ELIZABETH PETERS

De la autora de **LA MALDICIÓN DE LOS FARAONES**

EL SARCÓFAGO DE LA MOMIA

"Una escritora tan popular, que las bibliotecas tienen que mantener sus libros bajo llave"
– *Washington Post Book World*

Elizabeth Peters
El Sarcófago de la Momia

Nº 3 Serie Amelia Peabody

Argumento

En 1894, Amelia y Emerson llevan a su hijo Ramses a través de Egipto. Denegado el permiso para excavar en las encantadoras pirámides de Dashoor, les asignan a los decrépitos túmulos de escombros que pasan por las pirámides de Mazghunah. Nada en este tramo de tierra yerma parece de interés hasta que un tratante de antigüedades ilegales muere. En poco tiempo, los sarcófagos de momias comienzan a aparecer y desaparecer, y un segundo asesinato complica el misterio. Cuando se hace evidente que un maestro del crimen está detrás de estos acontecimientos, Amelia empieza a excavar... los hechos.

Nota del editor

Después de la muerte de la autora de estas memorias (de las cuales éste es el tercer libro aparecido), sus herederos sintieron que sus animadas (o influenciadas) descripciones de los primeros días de las excavaciones en Egipto no deben ser apartadas de los historiadores de ese período. Dado que ciertos episodios implican asuntos que quizás avergüencen a los descendientes de los participantes en ellas (y posiblemente se traduzcan en acciones legales contra el editor y el redactor), se acordó que las memorias deberían aparecer en forma ficticia. Se hizo cierta cantidad de redacción juiciosa y muchos de los nombres fueron cambiados, incluido lo de señora “Emerson”. Sin embargo, en los últimos años han circulado algunos rumores con respecto a la exactitud de estos trabajos y la identidad de su autora, originados sospechamos, por miembros desafectos de la familia de la señora “Emerson”, que se resienten de su exclusión de las ganancias financieras (aunque son modestas) de los trabajos en cuestión. El redactor, por lo tanto, desea renunciar a toda la responsabilidad, primero, de las opiniones expresadas en ellos, que son las de la llorada difunta señora “Emerson”; y segundo, de ciertos errores secundarios de hecho, que son debidos en parte a la memoria defectuosa de la señora

“Emerson” y en parte aún mayor a sus excentricidades y prejuicios personales.

El redactor también desea disculparse por las peculiaridades estilísticas de este prefacio, que parece haber sido influenciado inconscientemente por el estilo literario de la señora “Emerson”. Ella no dudaría en estar complacida, sin duda, por tal demostración de la influencia que continúa ejerciendo en esos que fueron afectados por ella durante su larga y vigorosa vida.

Capítulo 1

Nunca había querido casarme. En mi opinión, una mujer nacida en la última mitad del siglo XIX de la era cristiana ya sufría bastantes desventajas como para abrazar voluntariamente otra. Esto no es decir que no me permitía ocasionalmente soñar despierta con románticos encuentros, pero era tan sensata como cualquier otra mujer a las atracciones visibles del otro sexo. Pero nunca esperé encontrar un hombre que fuera mi igual, y no tenía más deseo de dominar a un esposo que ser gobernada por él. El matrimonio, en mi opinión, debe ser un punto muerto equilibrado entre adversarios iguales.

Me había resignado a una vida de soltería cuando, a una edad algo avanzada, conocí a Radcliffe Emerson. Nuestro primer encuentro no fue romántico. Nunca olvidaré mi visión inicial de Emerson mientras estábamos cara a cara en el vestíbulo deprimente del Museo de Boulaq, la barba negra erizada, los ojos azules ardiendo, los puños apretados y su profunda voz de barítono bramando invectivas contra mí por desempolvar las antigüedades. Incluso entonces, cuando contesté a sus críticas de modo parecido, supe en mi corazón que nuestras vidas estarían entrelazadas.

Tuve varias razones lógicas y sensatas para aceptar la propuesta de matrimonio de Emerson. Emerson era un egiptólogo y mi primera visita al reino de los faraones plantó unas semillas de cariño hacia esa tierra antigua que pronto florecieron en flores exuberantes. La inteligencia aguda de Emerson y su lengua mordaz, que le habían ganado el título de “Padre de las Maldiciones” por parte de sus devotos trabajadores egipcios, le hacían un enemigo digno de mi acero. Y aún así, querido lector, ésas no fueron mis

verdaderas razones para rendirme a la propuesta de Emerson. Deploro los clichés, pero en este caso debo recurrir a uno. Emerson me volvió loca. Estoy resuelta a ser completamente sincera mientras escribo estas páginas, pero tengo que asegurarme que no serán publicadas, por lo menos durante mi vida. Empezaron como un diario personal, examinado con detenimiento sólo por un crítico cuya relación íntima le dio acceso a mis pensamientos privados, lo que reclamó de todos modos; y como sus observaciones sobre el estilo y el contenido de mis escritos llegó a ser más crítico, decidí rechazar el reclamo y guardar mis diarios. Ellos son, por lo tanto, míos solamente. Y a menos que mis herederos decidan que el mundo erudito no debe ser privado de las perspicacias contenidas en ellos (lo cual puede muy bien ocurrir), ningunos ojos excepto los míos leerán estas palabras.

¿Por qué, entonces, se preguntará el discreto lector, infiero yo en su existencia dirigiéndome a ella o a él? La respuesta debe ser obvia. El arte no puede existir en un vacío. El espíritu creador debe poseer audiencia. Es imposible para una escritora hacerse justicia a sí misma si sólo habla consigo misma.

Habiendo establecido este punto importante, vuelvo a mi narración.

No sólo Emerson me volvió loca, yo le volví loco a él. (Hablo en sentido figurado, por supuesto). Para los estándares actuales no soy hermosa. Afortunadamente para mí, los gustos de Emerson en esta área, como en otras, son sumamente originales. La tez, que otros encuentran cetrina y oscura, él la describió (en una ocasión memorable) como la miel de Hymettus; mi cabello basto y negro azache, que se niega a quedarse confinado en trenzas, en moños o en redecillas, despierta en él una variedad rara de placer táctil; y sus observaciones acerca de mi figura, que es anticuadamente esbelta en algunas áreas y excesivamente dotada en otras, no pueden ser reproducidas, ni siquiera aquí.

Para cualquier estándar, Emerson es un hombre notablemente apuesto. Mide más de metro ochenta y su forma robusta posee la elasticidad y el desarrollo muscular de la juventud, gracias a una vida al aire libre vigorosa. Bajo los rayos del benévolo sol egipcio sus brazos musculosos y su cara de rasgos duros se vuelven de un bronceado dorado, formando un llamativo marco para sus brillantes

ojos azul zafiro. La eliminación de la barba, ante mi petición urgente, destapó un hoyuelo especialmente atractivo en el mentón. Emerson prefiere llamarlo hendidura cuando se refiere a ese rasgo, pero es un hoyuelo. El pelo es negro, espeso y suave, brillando con los rayos de Tiziano a la luz del sol....

Pero basta de eso. Es suficiente decir que el estado matrimonial se demostró sumamente agradable, y los primeros años de nuestro matrimonio fueron tan completamente agradables como había esperado. Pasamos el invierno en Egipto, excavando por el día y compartiendo la deliciosa intimidad de una (por lo demás) tumba desocupada de noche; y el verano en Inglaterra con Walter, el hermano de Emerson, un prestigioso filólogo y marido de mi querida amiga Evelyn. Era una existencia completamente satisfactoria. No puedo imaginarme por qué yo, que normalmente tengo tanta visión de futuro y soy tan práctica como puede ser una mujer, no me di cuenta de que el estado matrimonial bastante a menudo lleva a otro estado relacionado. Me refiero, por supuesto, a la maternidad.

Cuando la posibilidad de esta interesante condición se manifestó por primera vez, no me preocupé excesivamente. Según mis cálculos el niño nacería en verano, permitiéndome terminar el trabajo de la temporada y tener todo el asunto terminado y hecho antes de volver a la excavación en otoño. Así resultó ser el caso y dejamos al niño, un chico, llamado como su tío Walter, bajo el cuidado de ese caballero y su mujer cuando nos embarcamos para Egipto en octubre.

Lo que resultó no fue enteramente culpa del niño. Yo no había anticipado que la siguiente visita de Emerson a su hijo, la primavera siguiente, induciría en él una idiotez senil que se manifestó en conversaciones con el bebé y en una desgana a ser separado de la criatura. Ramses, como el niño era llamado, merecía su apodo; era tan imperioso en sus demandas y tan dominante en su presencia como debió haber sido el más arrogante de los antiguos dioses-reyes egipcios. También era alarmantemente precoz. Una dama de mis conocidas utilizó ese término, después de que Ramses, a la edad de cuatro años, la hubiera invitado a una conferencia sobre el método apropiado de excavar un montón de desechos, el de ella, en realidad. (Su jardinero fue muy insultante). Cuando contesté que en

mi opinión el adjetivo estaba mal escogido, ella creyó que estaba ofendida. Lo que quise decir es que la palabra era inadecuada. “Catastróficamente precoz” habría sido más apropiada.

A pesar de su devoción al niño, Emerson languidecía en el clima triste de Inglaterra. No me refiero sólo a su clima meteorológico, sino a la monotonía estéril de la vida académica, a la que mi marido había sido condenado por su decisión de privarse de las excavaciones egipcias. No iría a Egipto sin Ramses y no arriesgaría la salud del chico en esa región infestada de microbios. Sólo la súplica de una dama afligida (que resultó ser, como sospeché desde el principio, una concienzuda malvada) le separó del lado de Ramses y, al verle resplandecer y expandirse entre sus amadas antigüedades, decidí que nunca más le permitiría sacrificarse por los compromisos familiares.

Decidimos llevar a Ramses con nosotros al año siguiente, pero una serie de angustiosos acontecimientos me permitieron aplazar ese placer. Mi querida amiga y cuñada, Evelyn, que había tenido cuatro niños sanos sin esfuerzo aparente, sufrió dos desilusiones sucesivas (como ella las llamó). El segundo aborto la lanzó a un estado de profunda depresión. Por alguna razón (relacionada posiblemente con su condición mental confusa) encontró la compañía de Ramses consoladora, y se echaba a llorar cuando proponíamos llevárnoslo. Walter agregó sus súplicas, declarando que los pequeños trucos alegres del chico evitaban que Evelyn meditara melancólicamente. Bien podría creer eso, porque se requería la atención concentrada de todos los adultos de la casa para refrenar a Ramses de la auto-inmolación y de que esparciera la destrucción por la propiedad. Nosotros, por lo tanto, nos rendimos a las súplicas de la tía y el tío de Ramses, yo con amable tolerancia, Emerson con reticente desgana.

Cuando volvimos de Egipto la primavera siguiente, Ramses parecía bien asentado en Chalfont y no vi razón para alterar el arreglo. Sabía, sin embargo, que esta excelente situación (excelente para Evelyn, quiero decir, por supuesto) no podía durar para siempre. Pero decidí no preocuparme por ello. “Suficiente para un día” como dicen las Escrituras.

El día llegó, como era de esperar. Fue durante la tercera semana de junio. Estaba trabajando en la biblioteca intentando ordenar las

notas de Emerson antes de que volviera de Londres con el próximo plazo. Alguna premonición oscura me rozó la mente, pero aunque no me distraigo fácilmente, especialmente con un tema que me embelesa tanto como las tumbas cortadas en las rocas de la Decimoctava Dinastía, me encontré sentada holgazaneando, mirando al jardín. Estaba en su mejor forma esa encantadora tarde de verano, las rosas estaban en flor y mis arrietes perennes lucían de lo más encantador. Ninguna de las plantas había sido pisoteada o desenterrada, las flores habían sido seleccionadas con tierna deliberación por el experto en ese asunto, no arrancadas, con raíces y todo, para hacer ramilletes para los sirvientes y los perros; el suave césped verde estaba sin ninguna huella de pequeños pies o de agujeros de excavación aficionada. Nunca antes lo había visto yo en esa condición prístina. Ramses había empezado a caminar un mes después de que nos mudáramos a la casa. Una suave nostalgia me cubrió y medité en la quietud, hasta que mi meditación fue interrumpida por un golpe en la puerta.

Nuestros sirvientes están entrenados para llamar antes de entrar. Esta costumbre confirma las sospechas de nuestros vecinos del condado de que somos unos groseros excéntricos, pero yo no veo razón para que a los adinerados les deba faltar la intimidad de la que los pobres disfrutan. Cuando Emerson y yo estamos trabajando, o cuando estamos solos en nuestra cámara, no apreciamos ser interrumpidos. Un golpe es permitido. Si no hay respuesta, el sirviente se marcha calladamente.

—Entre —dije.

—Es un telegrama, señora —dijo Wilkins, tambaleándose sobre mí con una bandeja.

Wilkins está perfectamente sano y fuerte, pero insiste en tambalearse para que no se le pida hacer algo que no quiera hacer. Tomé el telegrama, y otra vez las alas del oscuro presentimiento rozaron mi espíritu. Wilkins tembló (tiembla por la misma razón que se tambalea).

—Espero que no sean malas noticias, señora.

Examiné con detenimiento el telegrama.

—No —dije—. Al contrario, parecen ser buenas noticias. Saldremos para Chalfont mañana, Wilkins. Haga los arreglos, por favor.

—Sí, señora. Ruego su perdón, señora...

—¿Sí, Wilkins?

—¿Volverá el señorito Ramses a casa con ustedes?

—Posiblemente.

Una sombra de alguna emoción apasionada pasó rápidamente sobre la cara de Wilkins. No duró, Wilkins sabe lo que es apropiado.

—Eso será todo, Wilkins —dije con comprensión.

—Sí, señora. Gracias, señora. —Zigzagueó hacia la puerta.

Con una última mirada nostálgica a mi hermoso jardín volví a mis trabajos. Emerson me encontró ocupada cuando volvió. En vez de darme el abrazo cariñoso al que estaba acostumbrada, me dijo entre dientes un saludo, lanzó un puñado de papeles hacia mí y se sentó en su escritorio, al lado del mío.

Una esposa ordinaria y egoísta quizás hubiera hecho un comentario juguetón sobre su preocupación, y exigido el debido saludo sin palabras. Miré las nuevas notas y observé con mesura.

—¿Tu cita para las comprobaciones de la alfarería con Petrie sigue, entonces? Eso debería ahorrar tiempo para...

—No suficiente tiempo —gruñó Emerson, conduciendo su pluma frenéticamente a través de la página—. Estamos muy retrasados, Peabody. De ahora en adelante trabajaremos día y noche. No más paseos por el jardín, ningún compromiso social más hasta que el manuscrito esté completado.

Vacilé en darle la noticia de que, con toda probabilidad, pronto tendríamos con nosotros una distracción mucho más consumidora de tiempo que los compromisos sociales o los paseos. Y, dado que la mayoría de los arqueólogos se consideran a sí mismo rápidos si publican los resultados de su trabajo dentro de diez años, si acaso, supe que algo debía haber sucedido para inspirar esta prisa endemoniada. No fue difícil suponer qué era.

—¿Has visto al señor Petrie hoy? —pregunté.

—Mmm —dijo Emerson, escribiendo.

—Supongo que está preparando su propia publicación.

Emerson tiró la pluma a través del cuarto. Los ojos le ardían.

—¡La ha terminado! Va a impresión esta semana. ¿Puedes imaginarte tal cosa?

Petrie, el brillante joven excavador, era la bestia negra de Emerson. Tenían mucho en común, su insistencia por el orden y el

método en la arqueología, su desprecio hacia la falta de orden y método demostrados por todos los otros arqueólogos, y su hábito de expresar ese desprecio públicamente. En vez de hacerlos amigos, esta unanimidad los había hecho rivales. La costumbre de publicar dentro de un año era extraordinaria para ellos y se había convertido en una competición absurda, una demostración de superioridad masculina a nivel intelectual. No sólo era absurdo, era ineficaz, resultando, por lo menos en el caso de Petrie, en un trabajo bastante desaliñado.

Por lo tanto dije, esperando que esto consolara a mi afligido marido.

—No puede haber hecho un buen trabajo en tan poco tiempo, Emerson. ¿Qué es más importante, la calidad del trabajo o la fecha en que es publicado?

Esta actitud razonable falló inexplicablemente en consolar a Emerson.

—Son igualmente importantes —bramó—. ¿Dónde diablos está mi pluma? No debo malgastar un instante.

—La tiraste contra la pared. Dudo que podamos limpiar la tinta de ese busto. Sócrates parece que tiene sarampión.

—Tu humor, si puede llamarse así, es inapropiado, Peabody. No hay nada gracioso en esta situación.

Abandoné mis intentos de alegrarlo. Las noticias podían muy bien ser dichas.

—He tenido un telegrama de Evelyn esta tarde —dije—. Debemos ir a Chalfont inmediatamente.

El rubor del temperamento se desvaneció de la cara de Emerson, dejando blancos hasta los labios. Con remordimiento me di cuenta del efecto de mi poco meditado discurso sobre un hombre que es el más cariñoso de los hermanos y tío, y el más fatuo de los padres.

—Todo está bien —grité—. Son buenas noticias, no malas. Eso es lo que Evelyn dice. —Recogí el telegrama y lo leí en voz alta. "Noticias Maravillosas. Venid y compartirlas con nosotros. Hace mucho que no os vemos". ¿Ves?

Los labios de Emerson se retorcieron mientras luchaba por encontrar palabras con las que expresar su alivio. Finalmente gritó:

—Amelia, eres la mujer con más falta de tacto del universo. ¿Qué diablos te pasa? Lo has hecho deliberadamente.

Señalé la injusticia del cargo y tuvimos una refrescante pequeña discusión. Entonces Emerson se limpió la frente, se dio una sacudida y observó tranquilamente:

—¿Buenas noticias, eh? Un doctor honoris causa para Walter, quizás. O alguien ha creado una silla de egiptología para él.

—Hombre insensato —dije con una sonrisa—. Estás equivocado. Mi sugerencia es que Evelyn espera otra vez.

—Eso es ridículo, Peabody. No tengo fuertes objeciones a que mi hermano y su mujer continúen produciendo vástagos, pero llamar a eso noticias maravillosas...

—Mis sentimientos están de acuerdo con los tuyos, Emerson. Pero ninguno de nosotros escribió este telegrama. Ya conoces los sentimientos de Evelyn acerca de los niños.

—Cierto —reflexionó Emerson pensativamente sobre las opiniones raras de Evelyn. Entonces su cara se volvió resplandeciente—. ¡Peabody! ¿Te das cuenta de lo que esto significa? Si Evelyn se ha recuperado de su melancolía ya no requiere que Ramses siga en su compañía. ¡Podemos traer a nuestro chico a casa!

—Había llegado a la misma conclusión.

Emerson se puso de pie. Me levanté con él, me agarró en sus brazos y me dio vueltas, riéndose jubilosamente.

—¡Cómo he echado de menos el sonido de su voz, el tamborileo de sus piececitos! Mis lecturas sobre mi Historia del Antiguo Egipto, admirar los huesos que desentierra de la rosaleda. No me he quejado, Peabody, sabes que yo nunca me quejo, pero he estado solitario sin Ramses. Este año le llevaremos con nosotros. ¿No será maravilloso, Peabody, nosotros tres, trabajando juntos en Egipto?

—Bésame, Emerson —dije débilmente.

Nuestros vecinos no son personas interesantes. Tenemos poco que ver con ellos. Emerson ha contrariado a la mayor parte de los caballeros, quienes le consideran un radical del tipo más pernicioso, y yo no he cultivado a sus señoras. No hablan de nada excepto de sus hijos, el éxito de sus maridos y los defectos de sus sirvientes. Uno de los últimos temas favoritos en este apartado es la rapidez con que el vestíbulo de los sirvientes se pone al corriente de los asuntos privados del señor y la señora. Como lady Bassington declaró una vez, en mi presencia:

—Son unos espantosos chismosos, sabe. Supongo que no tienen nada mejor que hacer. Por cierto, querida, ¿ha oído usted lo último acerca de la señorita Harris y el mozo de cuadra?

Nuestros sirvientes sabían indudablemente más acerca de nuestros asuntos de lo que me habría gustado, pero atribuí esto al hábito de Emerson de gritar esos asuntos en voz alta, sin consideración por quien pudiera estar escuchando. Uno de los lacayos puede haber oído por casualidad sus gritos de éxtasis ante la perspectiva de reunirse con su niño, o quizás Wilkins se había permitido teorizar. En todo caso, la noticia se extendió rápidamente. Cuando subí a cambiarme para cenar, Rose lo sabía todo.

Rose es la criada, pero dado que yo no empleo a un sirviente personal, ella utiliza sus talentos cuando requiero ayuda con mi toilette. No la había llamado esa noche, pero aún así la encontré en mi cuarto, reparando aparentemente una falda que yo no podía recordar haber rasgado. Después de preguntar qué debía empacar para el viaje a Chalfont, dijo:

—Y mientras usted está lejos, señora, veré que el cuarto del señorito Ramses esté en orden.

—Su cuarto está en orden —contesté—. No veo razón para hacer nada más, ya que no permanecerá en él más de cinco minutos después de que lo ocupe.

—¿Entonces el señorito Ramses volverá a casa, señora? —preguntó Rose con una sonrisa.

La afición de Rose por Ramses es absolutamente incontable. No puedo calcular cuántos pies cúbicos de barro ha raspado ella de alfombras, paredes y muebles, como consecuencia de sus actividades. Y el barro es lo menos repugnante de los efluvios que Ramses deja tras su estela. Contesté, más bien secamente, que el día y hora del regreso de Ramses eran todavía meras especulaciones y que si cualquier acción por su parte fuera necesaria, sería informada tan pronto como yo lo supiera.

Ramses no tenía niñera. Naturalmente habíamos empleado una cuando tomamos la casa, nos dejó después de una semana y sus sucesoras entraron y salieron del lugar tan rápidamente, que Emerson se quejó de que nunca conseguía saber cuál era su aspecto. (Una vez había tomado a la honorable señorita Worth, cuyas

creencias religiosas demandaban una sencillez puritana en el vestir, como la nueva niñera y antes de que esta suposición pudiera ser corregida, había insultado a la señora en tal grado que ella nunca me visitó otra vez). A los tres años, Ramses nos había informado de que no necesitaba una niñera y no tendría una. Emerson estuvo de acuerdo con él. Yo no estuve de acuerdo. Él necesitaba algo, una sana mujer robusta que hubiera sido entrenada como guarda en una prisión, quizás, pero había llegado a ser cada vez más difícil encontrar niñeras para Ramses. Presumiblemente la noticia se había extendido.

Cuando entramos para cenar vi que el regreso inminente de Ramses había sido aceptado como un hecho. La cara de Wilkins llevaba su mirada de arrogante resignación que constituye su versión de enfurruñarse, y John, el lacayo, estaba sonriendo alegremente. Como Rose, era un inexplicable devoto de Ramses.

Hacía tiempo que me había resignado a la imposibilidad de enseñar a Emerson los temas apropiados de conversación ante los sirvientes. Wilkins no está resignado, pero no hay nada que pueda hacer acerca de ello. No es sólo que Emerson vocifere acerca de asuntos personales en la mesa del comedor, sino que a menudo consulta con Wilkins y John. Wilkins tiene una sola respuesta a todas las preguntas: "Yo realmente no podría decirlo, señor". John, que nunca había estado en el servicio antes de venir con nosotros, se había adaptado muy cómodamente a los hábitos de Emerson.

Esta noche, sin embargo, Emerson sorbió la sopa e hizo observaciones banales acerca del tiempo y la belleza de las rosas. Sospeché que tramaba algo y estaba bastante segura. Tan pronto como John se retiró para traer el siguiente plato, dijo casualmente:

—Debemos hacer planes para nuestra campaña de invierno, Peabody. ¿Llevarás a tu criada?

Ninguno de nosotros ha llevado jamás un asistente personal a nuestras expediciones. La idea de que Rose, con su pulcro vestido negro y almidonada cofia, se arrastrara dentro y fuera de una tienda o armando una cama plegable en el campamento en una tumba abandonada, era absurda. Se lo recordé a Emerson, lo cual sabía tan bien como yo.

—Puedes hacer lo que gustes, por supuesto —contestó—. Pero creo que este año puedo requerir los servicios de un asistente.

John... —el joven había vuelto con el rosbif—, ¿cuánto te gustaría venir con nosotros a Egipto este año?

Wilkins rescató la fuente antes de que mucha de la salsa goteara al suelo. John se agarró las manos.

—¿Qué, señor? ¿Yo, señor? Oh, señor, me gustaría por encima de todas las cosas. ¿Realmente habla en serio, señor?

—Yo nunca digo nada que no quiera —gritó Emerson indignadamente.

—¿Te has vuelto loco? —pregunté.

—Ahora, ahora, señora Emerson, pas devant les domestiques — Emerson sonrió de manera vulgar.

Naturalmente no hice caso a esta observación, que sólo había sido dicha para molestarme. Emerson había introducido el tema, yo estaba decidida a discutirlo a fondo de inmediato.

—¿Tú, con un asistente? No empleas a ninguno aquí, ¿qué posible uso podrías tener para un asistente en Luxor?

—Tenía en mente... —empezó Emerson.

Fue interrumpido por John.

—Oh, por favor, señor y señora, sería de utilidad, sinceramente lo sería. Podría mantener las tumbas limpias y sacar brillo a las botas. Estoy seguro de que necesitan un abrillantado, con toda esa arena de allí...

—Espléndido, espléndido —dijo Emerson—. Todo arreglado, entonces. ¿Qué demonios está haciendo, Wilkins? ¿Por qué no sirve la cena? Estoy hambriento.

No hubo respuesta de Wilkins, ni un parpadeo.

—Ponga la fuente sobre la mesa, John —dije con resignación—. Luego lleve al señor Wilkins afuera.

—Sí, señora. Gracias, señora. Ah, señora...

—Así se hará, John.

Aunque John es una persona grande, es sólo un chico y su tez refleja cada sombra de emoción. Había recorrido toda la gama del rubor, desde el entusiasmo a la palidez de la aprensión, ahora estaba de un delicado rosa pálido por el placer mientras dirigía a su desgraciado superior hacia fuera.

Emerson atacó la ternera con el cuchillo y el tenedor. Evitó mi mirada, pero ese rasgo en la comisura de su boca me presagió una satisfacción pagada de sí mismo que encontré enfurecedora.

—Si crees que el tema está cerrado, estás equivocado —dije—. Realmente, Emerson, deberías avergonzarte de ti mismo. ¿Nunca aprenderás? Tu conducta desconsiderada ha conmocionado a Wilkins en un estupor y ha levantado esperanzas en John que no pueden ser realizadas. Es demasiado malo.

—Seré maldecido si me disculpo con Wilkins —dijo Emerson entre dientes—. ¿De quién es esta casa, de todos modos? Si yo no puedo comportarme naturalmente en mi propia casa...

—Se recuperará, está acostumbrado a tus maneras. Es John en quien pienso. Estará tan decepcionado...

—Me sorprendes, Amelia —interrumpió Emerson—. ¿Supones realmente que deseo que John actúe como mi asistente? Tengo otra función en mente.

—Ramses —dije.

—Naturalmente. Devoto como soy de ese niño adorable, conozco sus modales. No puedo concentrarme en mi trabajo si debo preocuparme por él.

—Por supuesto, yo había planeado contratar a una mujer para que cuidara del chico cuando llegáramos a El Cairo...

—¡Una mujer! —Emerson dejó caer el cuchillo y plantó ambos codos sobre la mesa—. Ningún sirviente nativo puede tratar con Ramses, los egipcios miman mucho a sus propios niños y los que trabajan para personas inglesas han sido enseñados a consentir a todos los miembros de la llamada raza superior. ¡Superior! Hace que me hierva la sangre cuando oigo tal...

—Estás cambiando de tema —advertí, conociendo su propensión a sermonear sobre ese tema—. Encontraremos un hombre, entonces. Un joven fuerte y sano...

—Como John. Utiliza la cabeza, Amelia. Incluso si podemos encontrar una persona conveniente en El Cairo ¿qué hay del viaje?

—Oh —dije.

—Me vuelvo frío de terror al pensar en Ramses corriendo libre a bordo del buque —dijo Emerson, y verdaderamente, su bronceado semblante palideció visiblemente cuando habló—. Aparte de la posibilidad de que pueda caerse por la borda, están los otros pasajeros, la tripulación y los motores del buque para tomar en consideración. Podríamos agarrarlo con las dos manos para nunca oírle otra vez. Sólo un salvavidas, flotando en la superficie...

Con un esfuerzo me sacudí la espantosa visión.

—Eso parece una exageración —le aseguré.

—Quizás. —Emerson me dirigió una mirada que yo conocía bien —. Pero hay otras dificultades, Amelia. Si Ramses no tiene ningún asistente, tendrá que compartir nuestro camarote. ¡Maldición, querida, el viaje dura dos semanas! Si esperas que me prive...

Levanté una mano para callarlo, ya que John había vuelto, llevando un bol con coles de bruselas y sonriendo como el sol sobre las pirámides de Giza.

—Has dicho tu opinión, Emerson. Confieso que ese problema no se me había ocurrido.

—¿No? —La intensidad de la mirada de Emerson aumentó—. Quizás mejor te lo recuerdo, entonces.

Y lo hizo luego, esa noche, de una manera muy efectiva.

Alcanzamos Chalfont la siguiente tarde y fuimos saludados por Evelyn. Una mirada a su radiante cara me aseguró la exactitud de mi suposición y mientras le daba un abrazo de hermana murmuré:

—Estoy tan feliz por ti, Evelyn.

El reconocimiento de Emerson de las noticias fue menos convencional.

—Amelia me informa que estás en ello otra vez, Evelyn. Había esperado que hubieras terminado, prometiste venir con nosotros una vez hubieras terminado con este asunto de los niños. No hemos tenido una artista satisfactoria en la excavación desde que abandonaste la profesión y me parece...

Riendo, Walter le interrumpió.

—Ahora, Radcliffe, deberías saber que en esos asuntos Evelyn no es la única responsable. Deja de abusar de mi esposa, por favor y ven a ver mi última adquisición.

—¿El papiro demótico? —Emerson puede ser distraído de casi cualquier tema por una antigüedad. Soltó su cariñoso agarre sobre Evelyn y siguió a su hermano.

Evelyn me sonrió divertida. Los años habían sido bondadosos con ella, su belleza era tan serena como lo había sido cuando la conocí, y la maternidad apenas había ampliado su delgada figura. Su aspecto floreciente me tranquilizó, pero no pude evitar sentir una cierta ansiedad; tan pronto como los caballeros estuvieron fuera del alcance del oído, pregunté:

—¿Estás segura de que esta vez todo está bien? Quizás debería quedarme contigo durante el resto del verano. Si hubiera estado aquí la última vez...

Había creído que Emerson no podía oír por casualidad, pero sus orejas son irregularmente agudas en ocasiones. Se giró.

—¿Estás otra vez con eso, Amelia? Los egipcios pueden llamarte Sitt Hakim, pero eso no te califica para practicar la medicina. Evelyn lo hará mejor sin que tú la mediques.

Habiendo hecho estas declaraciones, desapareció en el pasillo que llevaba a la biblioteca.

—Ja —exclamé—. Ya sabes, Evelyn...

—Lo sé. —Su brazo me rodeó la cintura—. Nunca olvidaré el día que me devolviste a la vida cuando me desmayé en el Foro Romano. Tu marido puede no compartir que me cuides, Amelia, y yo te aseguro que no hay necesidad. Estoy más allá del punto donde... Es decir, el período peligroso ha...

Evelyn es absurdamente modesta acerca de estas cosas. Dado que yo considero la maternidad un acontecimiento natural e interesante no veo razón para la reticencia. Dije vigorosamente:

—Sí, los primeros tres meses eran para ti el período de riesgo. Concluyo entonces que darás a luz al niño en diciembre o enero. Hablando de niños...

—Sí, por supuesto. Estarás ansiosa por ver a Ramses.

Ella habló de manera vacilante, evitando mis ojos. Dije con serenidad:

—¿Le ha sucedido algo?

—No, no, claro que no. Por lo menos... La verdad es, que se ha perdido.

Antes de que pudiera seguir con mis indagaciones, Emerson vino rápidamente al pasillo donde estábamos paradas.

—¡Perdido! —bramó—. Peaaaaabody, ¡Ramses ha desaparecido! No ha sido visto desde el desayuno. Maldición, ¿por qué estás ahí parada? Debemos buscarlo inmediatamente.

Agarré un pilar de mármol y logré resistir los esfuerzos de Emerson de arrastrarme hacia la puerta.

—Cálmate, Emerson. Estoy segura de que la búsqueda está en camino. No puedes hacer nada que no haya sido hecho ya. De hecho, probablemente te perderías y entonces todos tendrían que

buscarte. No es insólito que Ramses se aleje durante espacios de tiempo largos, volverá cuando esté listo.

La última parte de este tranquilo y razonable discurso se malgastó en Emerson. Al encontrar que era incapaz de moverme, me soltó y salió precipitadamente por la puerta, dejándola abierta.

—No hay por qué preocuparse —me aseguró Evelyn—. Como has dicho, Ramses ha hecho esto antes.

—¡Raaaamses! —La voz de Emerson es notable porque se oye a distancia—. Papá está aquí, Ramses, ¿dónde estás? Rammmses...

—Creo que me apetece una taza de té —dije a Evelyn.

El té es considerado en estas islas y en otras partes como un reconstituyente. Fue en vista de eso que Evelyn me lo ofreció, mientras continuaba tranquilizándome en cuanto a la seguridad de Ramses. Estuve encantada con el té, ya que el largo paseo en tren me había dado sed. Si hubiera querido un reconstituyente, habría pedido whisky con soda.

Como podría haber predicho, unos pocos minutos después Emerson volvió con Ramses en sus brazos. Estudié el conmovedor cuadro con desaprobación. Ramses estaba, como de costumbre, increíblemente sucio, y el traje de Emerson había estado lavado y planchado.

Trotando detrás de ellos venía la gran gata pinta que habíamos traído de Egipto en nuestra penúltima expedición. Era la constante compañera de Ramses, pero desafortunadamente pocos de los admirables hábitos de la especie felina se le habían pegado a su joven propietario. Ella se tiró sobre la alfombra y empezó a limpiarse. Ramses se liberó del asidero de su padre y corrió hacia mí sin mucho más que limpiarse los pies.

Su pequeña y pegajosa personita olía a perro, chocolate, paja (paja usada, de los establos) y agua estancada. Después de abrazarme y dejarme abundantes huellas de su presencia en la falda de mi vestido, retrocedió y me sonrió.

—Buenas tardes, mamá.

Ramses tiene una sonrisa bastante atractiva. De otro modo, no es un niño guapo. Sus rasgos son demasiado grandes para su semblante juvenil, especialmente su nariz, que promete ser tan autoritaria como la de su tocayo del antiguo egipcio. Su mentón, que casi es demasiado grande en proporción al resto de la cara,

tiene el mismo hoyuelo que su padre. Debo confesar que el mentón de Ramses me ablanda. Le devolví la sonrisa.

—¿Dónde estabas, chico travieso?

—Soltando a loz animalez de laz trampaz —replicó Ramses—. He penzado que tu tren no iba a llegar tarde

[1].

—¿Qué es esto? —Fruncí el entrecejo—. Ceceas otra vez, Ramses. Te dije...

—No es un ceceo, Amelia. —Evelyn se apresuró a defender al bribón, que se había girado hacia la mesita de té y devoraba los sándwiches—. Él pronuncia su "s" perfectamente.

—Algún otro defecto del habla, entonces —contesté—. Lo hace deliberadamente. Sabe cómo me molesta.

Inclinándose contra la rodilla de su padre, Ramses se llenó la boca con un sándwich de berros y me miró enigmáticamente. Yo habría continuado el sermón pero llegó Walter, jadeante y sudando. Dejó salir un suspiro de alivio cuando vio al chico.

—Así que aquí estás, bribonzuelo. ¿Cómo has podido alejarte cuando sabías que tu mamá y tu papá estarían aquí?

—Penzé... —Ramses me miró. Lenta y deliberadamente repitió —, penzé que el tren llegaría tarde como azí ha sido el cazo. Debez pronunciar una orden contra Will Baker, tío Walter. Eztá poniendo trampaz otra vez. Fue necesario que liberara a loz desgraciados cautivos ezta tarde.

—¿De verdad? Me encargaré inmediatamente —dijo Walter.

—Buen Dios —exclamé en voz alta. Walter había zurrado una vez a Ramses (por arrancar páginas de su diccionario) y ahora también había sucumbido al imperioso dictado del pequeño tirano.

—El lenguaje, Amelia, el lenguaje —exclamó Emerson—. Recuerda que unas orejas jóvenes, inocentes e impresionables están escuchando.

Ante mi sugerencia Ramses se retiró para bañarse y cambiarse. Cuando volvió después de un intervalo corto estaba acompañado de sus primos. Habría sido difícil deducir la relación. Las mejillas de Ramses estaban bronceadas, y una mata de cabello negro rizado le hacía parecer uno de los residentes de las regiones mediterráneas orientales, mientras que sus primos habían heredado el cabello

rubio de su madre y la dulce regularidad de semblante de ambos padres. Son niños guapos, especialmente el tocayo de Emerson, el joven Radcliffe. Raddie, como lo llamábamos, tenía entonces nueve años de edad, pero parecía mayor. (Unos pocos meses en compañía de Ramses tienen ese efecto en individuos sensibles). Los gemelos, Johnny y Willy, parecían haber sufrido menos, quizás porque eran dos para compartir el efecto tempestuoso de la personalidad de Ramses. Nos saludaron con idénticas sonrisas de dientes separados y se inclinaron como pequeños caballeros. Entonces Ramses avanzó con la cuarta y (todavía) más joven de los niños de Evelyn, un querido pequeño querubín de cuatro años, con rizos dorados y grandes ojos azules. Los rizos estaban algo desaliñados y los ojos sobresalían, ya que Ramses la sostenía firmemente por el cuello. Empujándola hacia mí, anunció:

—Aquí está Melia, mamá.

Liberé a la inofensiva niña de su dominio.

—Conozco bien a mi tocaya, Ramses. Dale a la tía Amelia, un beso, querida.

La niña obedeció con la gracia que todos los vástagos de Evelyn poseían, pero cuando sugerí que se sentara a mi lado, sacudió la cabeza con timidez.

—Gracias, tía, pero si puedo me sentaré con Ramses.

Suspiré cuando percibí la mirada que dirigió a mi hijo. He visto la misma expresión en la cara de un ratón a punto de ser devorado por una cobra.

Evelyn mimó a los niños, llenándolos de bizcochos y animándolos a parlotear acerca de sus actividades; pero me uní a la discusión entre los hombres, que tenía que ver con nuestros planes para la campaña de otoño.

—¿No iréis a volver a Tebas, verdad? —preguntó Walter.

Esto era nuevo para mí, y estaba a punto de comentarlo cuando Emerson exclamó con exasperación.

—Maldición, Walter, iba a ser una sorpresa para Amelia.

—No me gustan las sorpresas —contesté—. No en asuntos que se refieren a nuestro trabajo, de todos modos.

—Te gustará ésta, mi querida Peabody. Adivina dónde vamos a excavar este invierno.

El querido nombre detuvo en seco la reprobación que se cernía

sobre mis labios. Su uso me devolvía a los primeros días de cuando nos conocimos, cuando Emerson utilizaba mi apellido en un intento de molestarme. Ahora santificado por tiernos recuerdos, es un símbolo de nuestra relación extraordinariamente satisfactoria. Emerson prefiere que yo utilice su apellido por la misma razón conmovedora.

Así que dije, siguiéndole la corriente.

—No puedo adivinarlo, mi querido Emerson. Hay docenas de sitios en Egipto que me muero por excavar.

—¿Pero qué añoras más? ¿Cuál es tu pasión de Egiptóloga, hasta ahora insatisfecha? ¿Qué es lo que anhelas?

—¡Oh, Emerson! —Apreté las manos. En mi entusiasmo dejé pasar el hecho de que tenía un sándwich de tomate. Limpiándome los fragmentos de las manos, continué en éxtasis creciente—: ¡Pirámides! ¿Nos has encontrado una pirámide?

—No una, sino cinco. —Contestó Emerson, sus ojos de zafiro reflejaban mi delicia—. Dahshoor, Peabody, el campo de pirámides de Dahshoor, ahí es donde tengo intención de cavar. Pensé que te gustaría, querida.

—Quieres decir cavar —repetí, mi primer entusiasmo se desvanecía—. ¿Has firmado por Dahshoor?

—Sabes que yo nunca solicito nada de antemano al Departamento de Antigüedades, mi amor. Si ciertos arqueólogos supieran dónde quiero excavar, ellos también lo solicitarían por puro rencor. No menciono nombres, pero sabes a quién me refiero.

Gesticulé a un lado esa calumnia incomprensible sobre el señor Petrie.

—Pero, Emerson, M. de Morgan cavó en Dahshoor la última primavera. Como jefe del Departamento de Antigüedades tiene la primera opción, ¿qué te hace suponer que te cederá el sitio?

—Comprendo que M. de Morgan es más razonable que su antecesor —dijo Walter, el pacificador—. Grebaut fue una elección desgraciada para el puesto.

—Grebaut era un idiota —estuvo de acuerdo Emerson—. Pero él nunca interfirió conmigo.

—Estaba aterrorizado de ti —exclamé—. Recuerdo por lo menos una ocasión en la que lo amenazaste con asesinarlo. De Morgan no puede ser tan tímido.

—No puedo imaginarme de dónde sacas tales ideas —dijo Emerson con leve sorpresa—. Soy un hombre especialmente ecuánime, y sugerir que amenazaría al Director General del Departamento de Antigüedades con violencia física, incluso si él fuera el más consumado tonto de todo el universo, realmente, Amelia, me asombras.

—No importa —dijo Walter, los ojos le centelleaban con diversión—. Vamos a esperar que no haya violencia de ninguna clase esta temporada. ¡Especialmente asesinos!

—Ciertamente espero que no —dijo Emerson—. Esas distracciones interfieren con el trabajo. Amelia sufre de desilusión, derivado de que no sé que tiene talentos como investigador criminal...

—Yo, por lo menos, tengo causa para agradecerle esos talentos —dijo mi estimada Evelyn tranquilamente—. No puedes culpar a Amelia, Radcliffe; yo fui la causa involuntaria de su primer encuentro con el crimen.

—Y —agregó Walter—, en la segunda ocasión tú fuiste el culpable, Radcliffe, tomando la dirección de una expedición plagada de desapariciones misteriosas y antiguas maldiciones.

—Ella me engañó —se quejó Emerson, mirándome.

—No sé de qué te quejas —repliqué—. Fue una experiencia muy interesante e hicimos algunos descubrimientos valiosos en esa campaña en el Valle de los Reyes.

—Pero te equivocaste en la identificación de la tumba —dijo Ramses, girándose hacia su padre—. Zoy de la opinión de que el sepulcro de Tutankhamon todavía no ze ha descubierto.

Viendo que estaba a punto de producirse una discusión, nada enfada más a Emerson que las críticas a su pericia en Egiptología, incluyendo las de su hijo, Walter se apresuró a cambiar de tema.

—Radcliffe, ¿has oído algo más acerca de la reciente inundación de antigüedades ilegales? El rumor mantiene que algunos objetos notablemente finos han aparecido en el mercado, incluidas joyas. ¿Puede ser que los ladrones de tumba de Tebas hayan encontrado otra reserva de momias reales?

—Tu tío se refiere a la cueva de Deir el Bahri —explicó Emerson a Ramses—. Contenía momias de personas reales ocultas por devotos sacerdotes después de que las tumbas originales hubieran

sido robadas.

—Graciaz, papá, pero eztoy completamente informado con loz detalles de eze notable descubrimiento. La rezerva fue encontrada por ladronez de tumba de Gurneh cerca de Tebas, quienez vendieron loz objetoz encontrados en laz momias, permitiendo que el Jefe del Departamento de Antigüedades, M. Maspero, lez rastreara y localizara la grieta en loz precipicios donde...

—Suficiente, Ramses —dije

—Ummm —dijo Emerson—. Para contestar a tu pregunta, Walter, es posible que los objetos a los que te refieres vengan de tal colección de momias reales. Sin embargo, por lo que he oído, sobrepasan ampliamente la época, lo más notable es un ornamento pectoral de la Duodécima Dinastía de oro, lapislázuli y turquesa, con el cartucho de Senuseñoret II. Me parece más probable que una nueva y más eficiente pandilla de ladrones de tumba haya reanudado el comercio, saqueando una variedad de sitios. ¡Qué buitres son estos desgraciados! Si pudiera colocarles mis manos encima...

—Has declarado en este momento que no jugarás a los detectives —dijo Walter con una sonrisa—. No asesinatos para Amelia y ningún robo para ti, Radcliffe. Sólo una inocente excavación. No olvides que prometiste estar atento a papiros, papiros demóticos, por favor. Necesito más ejemplos de esa forma del idioma si voy a tener éxito con mi diccionario.

—Y yo —dijo Ramses, alimentando al gato con el último de los sándwiches—, quiero desenterrar personaz muertaz. Loz restoz humanos zon indicadores de laz afiliaciones raciales de los antiguos egipcios. Ademáz, presiento que ze podría hacer un estudio útil de las técnicas de momificación en diferentes épocaz.

Emerson depositó una mirada tierna sobre su hijo y heredero.

—Muy bien, Ramses; papá te encontrará todos los cadáveres que quieras.

Capítulo 2

El viaje desde Brindisi a Alejandría transcurrió sin incidentes. (No considero el parar del buque, ante la insistencia frenética de Emerson, como un incidente verdadero en la carrera de Ramses; como le dije a Emerson en aquel momento, no había casi ninguna posibilidad de que el chico pudiera haberse caído por la borda. Verdaderamente él fue encontrado pronto, en la bodega, examinando la carga (por razones por las que no me preocupé entonces, ni más tarde).

Excepto por este único error, del cual no podía culpar a John, dado que Ramses lo había encerrado en su camarote, el joven se comportó bien. Siguió cada paso de Ramses y apenas apartó los ojos del chico. Se ocupó de las necesidades de Bastet, las que fueran; la gata requería menos asistencia que un niño humano. (Que es una de las razones por las que las señoras solteras prefieren los felinos a los bebés). Ramses no había insistido en traer a la gata; simplemente había dado por hecho que lo acompañaría. Las pocas ocasiones en que ellos habían estado separados, se habían mostrado tan horrendas que cedí sin luchar apenas.

Pero volviendo a John. Resultó ser una de las inspiraciones más brillantes de Emerson, y con mi típica amabilidad se lo admití a mi marido.

—John —dije—, ha sido una de tus inspiraciones más brillantes, Emerson.

Era la noche antes de atracar en Alejandría y estábamos recostados en armonioso acuerdo marital en la estrecha litera de nuestro camarote. John y Ramses ocupaban el camarote adyacente. Sabiendo que la portilla había sido clavada para cerrarla y que la

llave de la puerta cerrada del camarote estaba en posesión de Emerson, estaba tranquila sobre la presente ubicación de Ramses y por lo tanto capaz de disfrutar de la propia, en el abrazo de mi marido. Sus brazos musculosos se apretaron a mi alrededor mientras contestaba adormilado.

—Te lo dije.

En mi opinión este comentario debería ser evitado, especialmente por las personas casadas. Me abstuve de contestar, sin embargo. La noche era suave con las brisas del Oriente, la luz de la luna trazaba un sendero de plata por el suelo y la proximidad cercana de Emerson, debido a la estrechez del sofá donde estábamos recostados, inducía a un humor de amable tolerancia.

—No ha sucumbido al mal de mer —continué—. Aprende árabe con notable facilidad, se lleva bien con la gata Bastet.

La respuesta de Emerson no tuvo nada que ver con el tema bajo discusión y consiguió distraerme, acompañada como estuvo por ciertas demostraciones sin palabras. Cuando pude hablar, continué:

—Comienzo a creer que he subestimado la inteligencia del muchacho. Nos puede ser útil en la excavación: llevando el registro de la paga de los hombres o incluso...

—No puedo concebir —dijo Emerson—, por qué insistes en hablar del lacayo en un momento así.

Fui forzada a conceder que una vez más Emerson tenía bastante razón. No era el momento de estar hablando del lacayo.

John demostró una parte débil después de todo. A la mañana siguiente estaba resollando y para cuando alcanzamos El Cairo tenía un caso completamente desarrollado de catarro, con todo lo desagradable interno relacionado. Al ser preguntado, admitió débilmente que había abandonado el cinturón de franela que yo le había proporcionado, advirtiéndole que lo llevara día y noche para prevenir un resfriado.

—¡Qué locura! —Exclamé, mientras le metía en la cama y ordenaba las medicinas apropiadas—. ¡Qué absoluta locura, joven! Ha desatendido mis instrucciones y ahora vea las consecuencias. ¿Por qué no llevaba su cinturón? ¿Dónde está?

La cara de John estaba carmesí desde la base de la sólida garganta a las raíces del pelo, no podía decir si era por el remordimiento o el esfuerzo de intentar evitar que lo pusiera en la

cama. Sacando una cucharada del suave laxante que empleo comúnmente para esta indisposición, lo agarré por la nariz y cuando abrió la boca en busca de oxígeno vertí la medicina por su garganta. Una dosis de bismuto tenía éxito como laxante y entonces repetí mi pregunta.

—¿Dónde está su cinturón, John? Lo debe llevar cada instante.

John era incapaz de hablar. Sin embargo, el parpadeo más breve de los ojos hacia Ramses me dio la respuesta que esperaba. El chico estaba a los pies de la cama, mirando con una mirada de fría curiosidad y cuando me giré en su dirección contestó fácilmente.

—La culpa ez mía, mamá. Necesité la franela para hacer una correa para la gata Bastet.

El animal en cuestión estaba encaramado en el estribo, estudiando la red mosquitera recogida en lo alto del sofá con una expresión que despertó mis sospechas más profundas. Había notado con aprobación la trenzada cuerda con la que Bastet había sido provista. Era un artículo que yo no había pensado en traer, dado que la gata generalmente seguía los pasos de Ramses tan de cerca como un perro devoto, pero en una ciudad extraña, bajo circunstancias extrañas, era ciertamente una precaución sensata. Sin embargo, hasta ese momento no reconocí la cuerda como lo que quedaba de un cinturón de franela.

Dirigiéndome al problema más urgente primero, dije severamente.

—Bastet, no vas a trepar por la red mosquitera. Es demasiado frágil para soportar tu peso y se desplomará si intentas la hazaña. —La gata me miró y murmuró bajo en su garganta, continué ahora dirigiéndome a mi hijo—, ¿por qué no utilizaste tu propio cinturón de franela?

—Porque habrías visto que ya no estaba —dijo Ramses, con el candor que es una de sus características más admirables.

—¿Quién necesita los malditos cinturones de todos modos? —preguntó Emerson, que había estado recorriendo el cuarto como un tigre enjaulado—. Yo nunca llevo uno. Ve aquí, Amelia, has estado malgastando bastante tiempo jugando a los médicos. Esto es una aflicción temporal, la mayoría de los turistas sufren de ella, y John se pondrá mejor si lo dejas solo. Vamos, tenemos mucho que hacer y necesito tu ayuda.

Así tan solemne, sólo pude asentir. Nos retiramos a nuestro propio cuarto, que estaba contiguo al del enfermo, llevando a Ramses (y por supuesto a la gata) con nosotros. Pero cuando me giré hacia el baúl que contenía nuestros libros y notas, Emerson me agarró del brazo y me llevó a la ventana.

Nuestro cuarto estaba en el tercer piso del hotel, con un pequeño balcón con barandilla de hierro que daba a los jardines de la plaza Ezbekieh. Los árboles de mimosas estaban en flor, crisantemos y poinsetias se mezclaban en alborotada profusión, las famosas rosas formaban masas aterciopeladas de carmesí, oro y nieve blanca. Pero por una vez las flores (a las que soy sumamente aficionada) no atrajeron mi mirada. Los ojos buscaron el aire de arriba, donde los techos, las cúpulas, los minaretes y las agujas nadaban en un esplendor brumoso de luz.

El ancho pecho de Emerson se hinchó en un suspiro profundo y una sonrisa satisfecha le iluminó la cara. Atrajo a Ramses con el otro brazo. Supe, compartí la alegría que llenaba su corazón mientras introducía por primera vez a su hijo en la vida que lo era todo para él. Era un momento cargado de emoción, o lo habría sido, si Ramses, en un esfuerzo por conseguir una mejor vista no hubiera trepado por la baranda, de donde fue arrancado por el brazo paternal cuando osciló peligrosamente.

—No hagas eso, mi chico —dijo Emerson—. No es seguro. Papá te agarrará.

Con una visible mueca de burla y desprecio por la fragilidad humana, la gata Bastet tomó el lugar de Ramses en la baranda. Los ruidos de la calle de abajo se elevaron con el tono de los viajeros que volvían de las excursiones del día al apearse de asnos o coches. Magos y encantadores de serpientes procuraban atraer la atención, y las propinas, de los huéspedes del hotel; vendedores de flores y chucherías levantaban sus voces en discordes ruegos. Una banda militar marchaba calle abajo, precedida por un aguador que corría hacia atrás mientras vertía agua de una jarra inmensa para asentar el polvo. El semblante juvenil de Ramses mostró una pequeña emoción. Rara vez lo hacía. Sólo un suave rubor calentó las mejillas bronceadas, que era, para Ramses, una representación de gran entusiasmo e interés.

La gata Bastet se atacó el flanco suave con los dientes desnudos.

—No puede haber recogido una pulga ya —exclamé, llevando el animal a una silla.

Pero lo había hecho. Traté con el ofensor, me aseguré de que fuera un explorador solitario y luego observé.

—Tu noción de una correa ha sido una buena idea, Ramses, pero este harapo sucio no. Mañana compraremos un collar apropiado de cuero y una correa en el bazar.

Mi marido y mi hijo se quedaron en la ventana. Emerson indicaba las vistas de la ciudad. No les molesté. Dejé que Emerson disfrutara del momento, la desilusión vendría bastante pronto cuando se diera cuenta de que estaba destinado a disfrutar de varios días, y noches, en compañía de su hijo. Ramses no podía compartir la cámara infectada donde John reposaba y John no estaba en estado de proporcionar el grado apropiado de supervisión. Apenas podía con el trabajo cuando estaba a plena salud.

La carga descansaría principalmente en mí, por supuesto. Me resigné. Di palmadas para convocar al safragi del hotel y le dirigí para que me ayudara a desembalar.

Fuimos a cenar esa noche con un viejo amigo, el jeque Mohammed Bahsoor. Tenía unas facciones puramente beduinas, con los rasgos aquilinos y masculinos de esa raza espléndida. Habíamos decidido llevar a Ramses con nosotros, dejarlo en el hotel con sólo el debilitado John para vigilarle estaba fuera de cuestión, pero mis aprensiones en cuanto a su conducta estuvieron felizmente incumplidas. El buen anciano le dio la bienvenida con la amable cortesía de un verdadero hijo del desierto y Ramses, inusitadamente, se sentó quieto y apenas habló una palabra en toda la tarde.

Fui la única mujer presente. Las mujeres del jeque, por supuesto, nunca dejaban el harén, y aunque él siempre recibiera a señoras europeas cortésmente, no las invitaba a sus cenas íntimas, donde la conversación versaba sobre temas de interés político y científico.

—Las mujeres —insistió—, no pueden discutir sobre asuntos serios.

Es innecesario decir que estaba halagada de que no me incluyera en esa denuncia, y creo que él disfrutaba de mi animada defensa del sexo del que tengo el honor de ser miembro.

La reunión fue cosmopolita. Además de los egipcios y los

beduinos presentes, estaba M. Naville, el arqueólogo suizo; Insinger que era holandés, y el ayudante de M. Naville, un joven agradable llamado Howard Carter. Otro caballero destacaba por la magnificencia de su ropa. Los diamantes brillaban en su pechera y puños, y una ancha cinta carmesí de alguna orden extranjera le atravesaba el pecho. Era de altura media, pero parecía más alto a causa de su extraordinaria delgadez. Llevaba el cabello negro más corto de lo que era la moda, brillaba con pomada, al igual que el pequeño bigote. Un monóculo en su ojo derecho ampliaba esa óptica con efecto siniestro, dándole a toda su cara una apariencia curiosamente ladeada.

Cuándo vislumbró a esa persona, Emerson frunció el ceño y murmuró algo para sí, pero le agradaba demasiado el jeque Mohammed como para hacer una escena. Cuando el jeque presentó al "Príncipe Kalenischeff", mi marido forzó una sonrisa poco convincente y sólo dijo:

—Ya conozco al... eh...caballero.

Yo no le conocía, pero sabía de él. Cuando se inclinó sobre mi mano y la sostuvo contra los labios durante más tiempo de lo que la convención decretaba, recordé los comentarios críticos de Emerson.

—Él trabajó en Abydos con Amelineau. Entre ellos, hicieron un bonito lío en el lugar. Se llama a sí mismo arqueólogo, pero esa designación es tan inexacta como su título es apócrifo. Si él es un príncipe ruso yo soy la Emperatriz de China.

Dado que Emerson era crítico de todos los arqueólogos, yo había tomado eso con reservas, pero debo admitir que los oscuros ojos del príncipe y la sonrisa burlona me dieron una pobre impresión.

La conversación se limitó, gran parte de la noche, a cuestiones arqueológicas. Recuerdo que el principal tema se refirió a la presa propuesta en Philae, que en su diseño original habría ahogado los templos Ptolemaicos de la isla. Emerson, que desprecia los monumentos de este período degenerado, molestó a numerosos de sus colegas diciendo que los malditos templos no merecían preservarse, ni siquiera si retuvieran su colorido original. Al final, por supuesto, agregó su nombre a la petición enviada al Ministerio de asuntos exteriores y no dudo que el nombre de Emerson llevara peso considerable en la decisión final de bajar la altura de la presa y salvar los templos.

Los ojos le centelleaban alegremente, el jeque hizo sus observaciones provocativas usuales acerca del sexo femenino. Le contradije como de costumbre y ofrecí a los caballeros una conferencia sobre los derechos de las mujeres. Sólo una vez una onda de disensión potencial perturbó la calma de la tarde, cuando Naville preguntó a Emerson dónde excavaría esa temporada. La pregunta fue hecha con toda inocencia, pero Emerson contestó con un ceño y una negativa firme a discutir sus planes. Podría haber pasado si Kalenischeff no hubiera dicho con una perezosa voz arrastrada.

—Los sitios más prometedores ya han sido asignados. No debería demorarse mucho tiempo en solicitarlo, profesor.

La respuesta de Emerson ciertamente habría sido grosera. Logré evitarlo metiéndole un pedazo de cordero en la boca abierta. Estábamos comiendo al estilo árabe, sentados con las piernas cruzadas alrededor de una mesa baja y alimentándonos de pedacitos selectos, una manera de cenar que se demostró especialmente útil en esta ocasión.

A lo largo de la comida, Ramses estuvo sentado como una pequeña estatua, hablando sólo cuando le hablaban y comiendo tan pulcramente como fue posible en esas circunstancias. Cuando estuvimos listos para irnos hizo una reverencia impecable y dio gracias al jeque en perfecto árabe. El viejo caballero ingenuo estuvo encantado. Estrechó a Ramses contra el seno de la túnica inmaculada, se dirigió a él como "hijo" y lo proclamó miembro honorario de su tribu.

Cuando estuvimos por fin en el coche, Emerson se hundió con un gemido y se agarró la sección media con las manos.

—El único defecto que le encuentro a la hospitalidad árabe es su despilfarro. He comido demasiado, Amelia. Sé que no dormiré mucho esta noche.

Dado que el plato principal había consistido en una oveja asada rellena con pollos, que estaban rellenos de codorniz, compartí los sentimientos de Emerson. Pero por supuesto habría estado a la altura de la descortesía rehusar un plato. Suprimiendo un sonido mal visto de saciedad, dije:

—Ramses, te has comportado muy bien. Mamá ha estado orgullosa de ti.

—Eztaba probando mi conocimiento del idioma —dijo Ramses —. Ha sido alentador descubrir que la instruzión puramente académica que he recibido del tío Walter ha zido adecuada para el propózito. Virtualmente comprendía todo lo que se dezía.

—¿De verdad? —dije, algo inquieta. Ramses había estado tan callado que casi me había olvidado de que estaba presente, y yo me había expresado forzosamente sobre ciertas costumbres sexuales y maritales que mantienen a las mujeres egipcias virtualmente esclavas en sus propias casas. Mientras trataba de recordar qué había dicho, Ramses continuó.

—Sí, no tengo quejaz con respecto a la enseñanza de tío Walter. Tengo algunaz debilidadez con el argot y laz expresiones familiares, pero ezo se esperaba; uno sólo puede adquirirlaz mejor por experiencia personal.

Murmuré un acuerdo abstracto. Yo, ciertamente, había utilizado algunas expresiones que habría preferido que Ramses no oyera. Me consolé esperando que Walter no le hubiera enseñado palabras como “adulterio” y “pubertad”.

Cuando alcanzamos el hotel, Ramses voló para abrazar a la gata y Emerson abrió las contraventanas. La habitación estaba sofocante, pero habíamos tenido miedo de dejar abiertas las ventanas por temor a que Bastet escapara. Ella se había resentido de su encarcelamiento y así se lo había dicho a Ramses en una ronca queja, pero yo estaba complacida de ver que había seguido mi advertencia acerca de la red mosquitera. Esta colgaba de forma diáfana sin arrugas sobre nuestra cama, y otra red encerraba la cama más pequeña que había sido movida desde el cuarto de al lado.

Dejando a Emerson preparando a Ramses para la cama, fui a ver cómo le iba a John. Él me aseguró que estaba mejor y se expresó preparado para reasumir sus deberes inmediatamente, pero mi interrogatorio sacó a relucir el hecho de que los trastornos internos todavía no se habían reducido a un número normal (un interrogatorio que volvió a John incoherente por la vergüenza). Le dije que permaneciera en la cama, le administré la medicina (él me dijo que ya la había tomado, pero naturalmente no puse atención), comprobé para asegurarme que el nuevo cinturón de franela que le había dado estaba en su sitio y le ordené buenas noches.

Al volver a mi propia cámara me encontré a Emerson, Ramses y a la gata tumbados en nuestra cama en un montón enredado, todos dormidos, y en el caso de Emerson roncando. Al contrario de su opinión, la saciedad no afecta a la capacidad de Emerson para dormir, sólo le hace roncar. Coloqué a Ramses en su cama sin despertarlo y coloqué la red firmemente en su lugar. La gata quiso entrar con él, en casa siempre dormía con él, pero después de que le hubiera indicado el problema de la red y el estorbo que presentaba su rondar nocturno, se estableció al pie de la cama. Hacían una imagen que tocaba el corazón de cualquier madre. El tejido diáfano suavizaba los rasgos bastante grandes de mi hijo, y con su pequeño camisón blanco y sus rizos negros parecía un pequeño santo Semítico con un león a sus pies.

Podía haber sido el encanto de esta vista lo que relajó mis guardias internas o podía haber sido que estaba cansada después de un largo día agotador. Cualquiera que fuera la causa de mi negligencia, me desperté después de la luz del día para encontrar que la cuna de Ramses estaba vacía y el bribón había volado.

No me sorprendí, pero me enojó. Emerson todavía roncaba en feliz ignorancia. Me vestí rápidamente, no porque estuviera alarmada por la seguridad de Ramses sino porque prefería tratar con el asunto sin la ayuda de mi marido agitado y vociferante. Recordando una de las declaraciones de Ramses de la noche anterior, a la que yo no había puesto la atención que merecía, pude situarlo casi inmediatamente.

La calle del hotel estaba llena con la habitual variedad multicolor de mendigos, guías, asnos y chicos de los asnos, al acecho de los turistas. Estaba lo bastante segura de que Ramses estaría entre ellos. Aunque había esperado encontrarlo allí, me tomó varios minutos reconocerlo. Descalzo y sin sombrero, con su blanco camisón semejante en el diseño (y ya en suciedad) a las túnicas que llevaban los chicos de los asnos, se mezclaba admirablemente con los otros, incluso con su bronceada tez y los rizos negros en desorden. Admito que me sorprendió. Por un instante fui incapaz de moverme, y durante ese instante uno de los chicos más grandes, al encontrar que Ramses le bloqueaba el camino, se dirigió a él con un chorro de argot de los barrios bajos. La sorpresa que había experimentado antes palideció en

comparación a la sensación que me atrapó cuando oí que mi vástago respondía con una frase de cuyo significando no estaba segura, aunque la referencia general a ciertos animales y a sus hábitos era desafortunadamente demasiado clara.

No era la única europea en la terraza. Habían surgido varios otros madrugadores, preparados para viajar. Aunque normalmente soy impasible a las opiniones desinformadas de los demás, no me entusiasmaba admitir que conocía al niño polvoriento con la blanca túnica sucia, pero viendo que Ramses estaba a punto de ser golpeado por el joven enfurecido al que se acababa de dirigir como a un vástago bastardo de un inglés y un camello, pensé que era mejor intervenir.

—¡Ramses! —Grité.

Todos al alcance del oído se detuvieron y miraron. Supongo que debió haber sido aterrador oír a una aristócrata inglesa gritar el nombre de un antiguo faraón egipcio al amanecer en la terraza del Hotel Shepheard.

Ramses, que se había agachado detrás de un pequeño asno malhumorado, se sobresaltó. Su agresor se detuvo con el puño en alto y la gata Bastet, apareciendo de ningún lugar, aterrizó sobre la espalda de este último. Bastet es una gata grande, pesa aproximadamente seis kilos. El desafortunado chico del asno cayó de plano sobre el suelo con un sonido como el de una bola de cañón al golpear contra una pared, este efecto se reforzó aún más por la nube de polvo que se levantó. Surgiendo de la nube, Bastet estornudó y cayó detrás de Ramses, que avanzó hacia mí. Lo agarré por el cuello. En silencio nos retiramos al hotel.

Encontramos a Emerson bebiendo plácidamente té.

—Buenos días, queridos —dijo, con una sonrisa—. ¿Qué habéis estado haciendo tan tempranito?

Bastet se sentó y comenzó a lavarse. Eso hizo que se me ocurriera una excelente idea. Empujé a Ramses a los brazos de su padre.

—Lávalo —dije brevemente.

Mientras salían oí que Ramses explicaba.

—Mejoraba mi dominio de la forma familiar del idioma, papá.

A lo que Emerson contestó.

—Espléndido, mi chico, espléndido.

Después de desayunar nos embarcamos para nuestros recados, Emerson a visitar a M. de Morgan para obtener su concesión para excavar en Dahshoor, yo a hacer algunas compras necesarias. Normalmente habría acompañado a Emerson, pero eso hubiera significado llevar a Ramses, y después de oír las últimas adiciones a su vocabulario árabe sentí que sería imprudente exponer a Morgan a mi imprevisible niño desde el punto de vista lingüístico, por no mencionar a la gata, ya que Ramses se negaba a dar un paso sin ella. Cedí ante esta petición, dado que uno de mis recados era comprar un collar apropiado para Bastet.

El Muski, que es la principal vía pública del viejo El Cairo, había perdido bastante de su anticuado carácter oriental anterior, tiendas y edificios modernos se alineaban en su amplia extensión. Dejamos nuestro coche alquilado en la entrada a los bazares, no se permite el tráfico de vehículos por los callejones estrechos. Ante mi sugerencia Ramses tomó a la gata por temor a que fuera pisada. Ella asumió su posición predilecta, la cabeza en uno de los hombros de Ramses y sus cuartos traseros en el otro, con la cola colgando por delante.

Fuimos primero al bazar de los fabricantes de cuero, donde compramos no uno sino dos collares para Bastet. Uno era simple y bien hecho (mi selección), el otro era rojo brillante, adornado con escarabajos falsos y turquesa de imitación. Me sorprendió ver que Ramses exhibiera tal gusto cursi, pero decidí que no merecía la pena discutir. Ramses decoró inmediatamente a Bastet con el collar enjoyado y ató la correa carmesí a juego. Hacían una pareja singular, Ramses con la chaqueta de tweed y los pantalones que su padre había ordenado hacer a imitación de su propio traje de trabajo, y el gran felino con el mismo aspecto que el gato cazador representado en las pinturas de las tumbas egipcias. Me sentí aliviada de que Ramses no hubiera sugerido ponerle un pendiente de oro en la oreja, como hacían los antiguos dueños de animales.

Continué metódicamente con mis compras, medicinas, herramientas, cuerdas y otras necesidades profesionales. La mañana ya estaba bien avanzada cuando terminé, ya que incluso la transacción más sencilla no puede ser completada sin regatear, beber café y un intercambio de cumplidos floridos. Existía otra indagación que quería hacer antes de volver al hotel, al volverme para preguntar a Ramses si tenía hambre, vi que la pregunta era

innecesaria. Acababa de llevarse a la boca un pedazo de pastel de nueces del que goteaba miel. La miel se había deslizado por su mentón y chaqueta. Cada lugar ya estaba negro por las moscas.

—¿Dónde has conseguido eso? —pregunté.

—Eze hombre me lo ha dado. —Ramses indicó a un vendedor de dulces que estaba cerca, con su gran bandeja de madera equilibrada con habilidad sobre la cabeza. A través del enjambre de insectos que le rodeaba, el vendedor me dedicó una sonrisa con los dientes separados y una salutación respetuosa.

—¿No te dije que no comieras nada a menos que yo te diera permiso? —pregunté.

—No —dijo Ramses.

—Oh. Bien, te lo digo ahora.

—Muy bien —dijo Ramses. Se enjugó las manos pegajosas en los pantalones. Una oleada de moscas se zambulló sobre los nuevos lugares.

Continuamos en fila india a través de un corredor cubierto hasta una pequeña plaza con una fuente pública. Las mujeres con túnicas negras harapientas se arracimaban alrededor de la estructura de mármol, llenando sus jarras. La aparición de Ramses y Bastet las distrajo, señalaron y rieron tontamente y una levantó valientemente su velo para ver mejor.

—¿Adónde vamoz? —preguntó Ramses.

—A la tienda de un comerciante de antigüedades. Prometí a tu tío Walter que buscaría papiros.

—Papá dice que loz comerciantez de antigüedades zon unoz malditoz bribones que... —empezó Ramses.

—Conozco las opiniones de tu papá con respecto a los comerciantes de antigüedades. Sin embargo, a veces es necesario recurrir a estas personas. No vas a repetir los comentarios de tu papá al hombre que estamos a punto de conocer. No vas a hablar a menos que te hagan una pregunta directa. No salgas de la tienda. No toques nada en la tienda. No permitas que la gata se aleje. Y —agregué—, no comas nada a menos que yo te diga que puedes.

—Sí, mamá —dijo Ramses.

El Khan el Khaleel, el bazar de los trabajadores del metal, está, si es posible, más atiborrado aún que los otros. Nos abrimos paso por delante de las tiendas llenas de alacenas y con los estrechos

bancos de piedra llamados mastabas delante de ellas. Muchas de las mastabas estaban ocupadas por clientes; el comerciante, en el interior de la tienda, sacaba sus artículos brillantes de dentro de cajones cerrados.

La oficina de Abd el Atti estaba a la orilla de Khan el Khaleel. Por delante, la pequeña tienda sólo tenía una persiana; prefería invitar a los clientes a un cuarto más grande en la trasera de la tienda, donde se mostraba la colección de antigüedades del viejo bribón.

Desde los días de M. Mariette, el prestigioso fundador del Departamento de Antigüedades, la excavación en Egipto ha sido, teóricamente por lo menos, controlada estrictamente. Las concesiones se conceden sólo a eruditos entrenados. Los resultados de sus trabajos son estudiados por un funcionario del Departamento, que selecciona los objetos más selectos para el Museo. Al excavador se le permite mantener el resto. Cualquiera que desee exportar antigüedades debe tener un permiso, pero no es difícil obtenerlo cuando el objeto en cuestión no tiene ningún valor monetario ni histórico.

El sistema funcionaría bastante bien si la ley fuera obedecida. Desafortunadamente, es imposible supervisar cada acre cuadrado del país y la excavación ilegal es común. Al trabajar con prisa y con el temor a ser descubiertos, los excavadores no entrenados derriban los sitios en los que trabajan y por supuesto, no mantienen ningún registro de donde fueron encontrados los objetos. Los fellahin de Egipto tienen una nariz aguda para los tesoros, a menudo han localizado tumbas desconocidas para los arqueólogos. La famosa reserva de momias reales que Emerson había mencionado es un ejemplo visible. Pero los campesinos no son los únicos ofensores. Wallis Budge del Museo Británico se deleitó positivamente en aventajar a los funcionarios de antigüedades. Las tablillas de Amarna, el papiro de Anos y el gran manuscrito griego de las Odas de Bacchylides están entre los objetos de valor sacados de contrabando de Egipto por este llamado erudito.

En este ambiente moral ambiguo los comerciantes de antigüedades prosperaban. Algunos eran menos escrupulosos que otros, pero apenas ninguno de ellos operaba enteramente dentro de la ley. El comerciante honesto no tenía oportunidad contra sus

colegas poco honrados, los mejores artículos eran obtenidos de excavaciones ilegales. La reputación de Abd el Atti estaba a mitad de camino, peor que algunos comerciantes, no tan malo como otros, lo que significaba que quizá tuviera la clase de papiro que deseaba para Walter.

La mastaba ante la tienda estaba desocupada. Miré adentro. El cuarto estaba débilmente iluminado y lleno con mercancías. La mayor parte del espacio restante estaba lleno por Abd el Atti mismo. Él era casi tan bajo como yo y casi tan ancho como alto. Antes de que la opulencia venciera su figura debía haber sido un hombre guapo, con suaves ojos castaños y facciones regulares. Todavía era algo petimetre. La túnica exterior era de cachemir rosa salmón, y llevaba un inmenso turbante verde para aumentar quizás su estatura. Por detrás, que era cómo lo veía, el efecto era el de un gran globo anaranjado coronado por una col.

Su cuerpo casi ocultaba al otro hombre, que estaba dentro de la puerta con cortina, en la trasera de la tienda. Sólo vi su cara, y era un semblante muy siniestro, casi tan oscuro como un nubio, formado por líneas y bolsas de carne hundida que sugerían disipación más que edad. Cuándo él me vio, los labios retrocedieron en un gruñido bajo los harapientos bigotes negros e interrumpió a Abd el Atti con una advertencia dura.

—Gaft, ha'at iggaft... —seguido por otro comentario del que sólo capté unas pocas palabras.

Girando con una rapidez serpentina sorprendente en un hombre de su forma, Abd el Atti cortó en seco al otro con un gesto perentorio. La cara bronceada brilló grasientamente con el sudor.

—Es Sitt Hakim —dijo—. La mujer de Emerson. Usted honra mi casa, Sitt.

Dado que yo sabía quién era yo y Abd el Atti sabía quién era yo, sólo podía asumir que la declaración de identificación estaba dirigida al otro hombre. No era una presentación, ya que al oírlo la criatura desapareció, tan de repente y suavemente que la cortina apenas osciló. ¿Una advertencia, entonces? Estaba segura de ello. Cuándo me saludó, Abd el Atti había hablado árabe ordinario. Las observaciones cuchicheadas que había oído por casualidad habían sido en otra clase de discurso. Abd el Atti se inclinó, o lo intentó, no se doblaba fácilmente.

—Sea bienvenida honorable señora. Y este joven caballero, quién puede ser excepto ¡el hijo del gran Emerson! Qué guapo es y que gran inteligencia brilla en sus ojos.

Esto era un insulto mortal, pues uno no alaba a un niño por el temor a atraer la envidia de los demonios maliciosos. Supe que Abd el Atti debía estar muy nervioso para cometer tal error.

Ramses no dijo ni una palabra, sólo se inclinó en respuesta. La gata, observé con un toque de intranquilidad, no estaba a la vista.

—Pero vengan —continuó Abd el Atti—, siéntense en la mastaba, beberemos café; usted me dirá cómo le puedo servir.

Permití que me condujera fuera de la tienda. Se agachó a mi lado en la mastaba y dio palmadas para convocar a un sirviente. Bajo la túnica salmón llevaba un chaleco largo de seda siria a rayas, atado con un fajín de perlas e hilo de oro. No prestó atención a Ramses, que se quedó dentro de la tienda. Con las manos agarradas ostentosamente detrás de su espalda de conformidad con mis instrucciones, Ramses parecía estar estudiando las mercancías en exhibición. Decidí permitir que se quedase donde estaba. Incluso si rompiera algo, no importaría, la mayor parte de los objetos eran falsificaciones.

Abd el Atti y yo bebimos café e intercambiamos cumplidos insinceros durante un rato. Entonces él dijo, a propósito de nada en particular.

—Espero que el discurso de ese vil mendigo no la ofendiera. Trataba de venderme algunas antigüedades. Sin embargo sospeché que eran robadas, y como usted y mi gran buen amigo Emerson saben, yo no trato con personas poco honradas.

Asentí agradablemente. Supe que mentía y él sabía que yo lo sabía, jugábamos al honrado juego de los momentos de hipocresía mercantil, en que ambas partes profesan los sentimientos más nobles mientras cada uno planea estafar al otro tan completamente como sea posible.

Abd el Atti sonrió. Su semblante estaba entrenado para la imperturbabilidad, pero conocía bien al viejo desgraciado, su observación no era una disculpa, sino una pregunta implícita. Estaba desesperadamente ansioso por saber si yo había comprendido esas palabras cuchicheadas.

Muchos comercios y profesiones, especialmente los negocios

criminales, desarrollan idiomas privados para que los miembros puedan hablar entre sí sin ser comprendidos por los intrusos. La jerga de los ladrones de Londres en el siglo XVII es un ejemplo de tal argot, como se le llama. Abd el Atti y su compañero habían empleado el siim issaagha, el argot de los vendedores de oro y plata de El Cairo. Está basado en el antiguo hebreo, un idioma que había estudiado con mi difunto padre. De hecho, habían hablado tan rápida y suavemente, que sólo había comprendido unas pocas palabras.

Abd el Atti había dicho que "El Maestro se comerá nuestros corazones si...", entonces el otro hombre le había advertido que vigilara lo que decía, ya que había entrado un extranjero.

Yo no tenía intención de admitir que conocía el siim issaagha. Dejé que el anciano se preguntara y preocupara.

Estaba preocupado. En vez de chismorrear durante el plazo de tiempo prescrito, apuntó bruscamente al negocio, preguntándome qué deseaba.

—Vengo por el hermano de Emerson —expliqué—. Estudia el antiguo idioma de Egipto y le he prometido que le llevaría papiros.

Abd el Atti se sentó como una estatua brillante, las manos estables como rocas, pero un lívido matiz extraño se le extendió por la cara. La inocua palabra "papiro" había forjado ese cambio notable, ¿podía ser, me pregunté, que se hubiera encontrado una reserva de esos objetos? Me vi a mí misma exponiendo a la banda de criminales, deteniendo a los delincuentes y devolviendo cestas llenas de papiros a Walter.

Abd el Atti carraspeó.

—Me apena no poder ayudar a quien desearía honrar. Ay, ay, no tengo papiros.

Bien, había esperado eso. Abd el Atti nunca tenía el objeto que uno quería y si mis sospechas eran correctas (como sentía que eran) él tenía razones apremiantes para negarse a admitir que poseía esos particulares objetos. No tenía duda, sin embargo, que la codicia vencería a la precaución. Él tenía que venderle su botín a alguien, ¿por qué no a mí?

Así que continué a la siguiente etapa de las negociaciones, que terminaba generalmente con Abd el Atti recordando de repente que había oído tal cosa, no es que él tuviera el hábito de tratar con

ladrones, pero como un favor a un viejo amigo, quizás estuviera dispuesto a actuar como intermediario. Para mi sorpresa, Abd el Atti permaneció firme. Me ofreció otras antigüedades, pero no papiros.

Finalmente dije:

—Es una lástima, amigo mío. Tendré que ir a otro comerciante. Lo lamento, habría preferido comprarle a usted. —E hice como si me levantara.

Esa era la última etapa de la maniobra y generalmente traía el resultado deseado. Una expresión de angustia cruzó la rotunda cara de Abd el Atti, pero sacudió la cabeza.

—Yo también lo lamento, honorable Sitt. Pero no tengo papiros.

Su cuerpo gordo llenó la puerta estrecha de la tienda. Por encima de su hombro un extraño apéndice, como un tercer brazo, un brazo pequeño y delgado vestido con tejido de lana marrón. La voz aguda de Ramses.

—Mamá, ¿puedo hablar yo ahora?

Abd el Atti agarró frenéticamente el objeto que Ramses tenía. Perdió. Antes de que pudiera intentarlo otra vez, un peso pesado aterrizó en su hombro, inclinándolo hacia atrás. Dejó salir un chillido y empezó a golpear el aire con manos bronceadas llenas de anillos. Bastet saltó otra vez a la mastaba junto a mí, y Ramses se apretó entre el espacio que la gata le había hecho. Todavía sostenía el pedacito de papiro.

Lo tomé.

—¿Dónde has encontrado esto? —pregunté, en inglés.

—En el cuarto detráz de la cortina —dijo Ramses. Se agachó a mi lado, cruzando las piernas al estilo egipcio. Haciendo gestos a Bastet, agregó—: estaba buscando a la gata Bastet. Me dijiste que no la dejara vagar por ahí.

Abd el Atti se levantó él mismo a una posición vertical. Esperaba que estuviera enojado, verdaderamente tenía razones para estarlo, pero la mirada que lanzó a la gata moteada y al pequeño chico tenía un toque de terror supersticioso. Vi su mano moverse en un gesto rápido, el viejo encantamiento contra el mal de ojo y las fuerzas del mal.

—Yo no sé nada de eso —dijo jadeando—. Nunca lo he visto antes.

El pedacito había sido arrancado de un manuscrito más grande. Era aproximadamente rectangular y medía alrededor de quince por diez centímetros. El papiro estaba amarronado por la edad, pero menos quebradizo de lo que generalmente están tales reliquias, y la escritura se destacaba negra y firme.

—No es hierático ni demótico —dije—. Son cartas griegas.

—Como he dicho. —Balbuceó Abd el Atti—. Usted ha pedido papiros egipcios, Sitt, esto no es lo que usted desea.

—Creo que la ezcritura ez copta —dijo Ramses, seguía con las piernas cruzadas y los brazos doblados—. Ez egipcio, la última forma del idioma.

—Creo que tienes razón —dije, examinando el fragmento otra vez—. Me lo llevaré, Abd el Atti, ya que no tiene nada mejor. ¿Cuánto?

El comerciante hizo un gesto extraño y espasmódico de resignación.

—Yo no pido nada. Pero le advierto, Sitt...

—¿Me está amenazando, Abd el Atti?

—¡Qué Alá lo prohíba! —Por una vez el comerciante sonaba enteramente sincero. Otra vez miró nerviosamente a la gata, a Ramses, que lo contemplaba en silencio impasible, y a mí. Y detrás de mí, supe que veía la sombra de Emerson, a quien los egipcios llamaban el Padre de las Maldiciones. La combinación habría intimidado a un hombre más valiente que el pobre y gordo Abd el Atti. Tragó—. Yo no amenazo, advierto. Démelo. Si lo hace, ningún daño la seguirá, lo juro.

Como Emerson quizás hubiera dicho, este fue un enfoque equivocado. (De hecho, Emerson lo habría puesto con más énfasis, utilizando términos como “bandera roja ante un toro”). Me metí el fragmento con cuidado en mi bolso.

—Gracias por su advertencia, Abd el Atti. Ahora oiga la mía. Si la posesión de este pedacito es peligrosa para mí, es también peligrosa para usted. Sospecho que está usted metido en más de lo que puede soportar, viejo amigo. ¿Desea ayuda? Dígame la verdad. Emerson y yo le protegeremos, palabra de un inglés.

Abd el Atti vaciló. En ese momento Bastet levantó las patas traseras y las plantó sobre el hombro de Ramses, golpeando la cabeza contra la de él. Era un hábito suyo cuando estaba inquieta y

deseosa de moverse, y fue una completa coincidencia que hubiera escogido ese momento preciso para moverse, pero la vista pareció golpear el terror en el alma taimada de Abd el Atti.

—Es la voluntad de Alá —cuchicheó—. Venga esta noche, con Emerson, cuando el muecín llame desde el minarete a medianoche.

Él no diría más. Mientras volvíamos sobre nuestros pasos eché un vistazo por encima del hombro y lo vi agachado en la mastaba, todavía como una brillante estatua de tamaño natural. Miraba fijamente hacia adelante.

Nos apretamos contra la pared para permitir a un asno pasar. Ramses dijo:

—¿El viejo caballero eztaba mintiendo, verdad, mamá?

—¿Sobre qué, hijo? —pregunté distraídamente.

—Acerca de todo, mamá.

—Creo que tienes razón, Ramses.

Estaba ardiendo de impaciencia por contarle a Emerson que habíamos dado con una oportunidad de exponer a una banda de ladrones de antigüedades. Cuando alcanzamos el Shepheards me sorprendió encontrar que él todavía no había vuelto. Morgan no le caía bien y no se habría demorado charlando. Sin embargo, tenía muchos amigos en El Cairo y supuse que se había detenido para ver a alguno de ellos, como a menudo hacía, perdiendo la noción del tiempo.

Después de mirar a John y encontrarlo durmiendo dulcemente, ordené que trajeran agua. Ramses necesitaba un baño. Necesitaba un baño tres o cuatro veces al día bajo circunstancias normales. Y el polvo de los bazares, por no mencionar la miel, había tenido efectos horribles. Ramses se retiró obedientemente detrás de la pantalla trenzada que ocultaba los utensilios de ablución. Durante un tiempo salpicó y farfulló en silencio, luego comenzó a tararear, otro hábito molesto que había aprendido con su tía y su tío. Como su padre, Ramses no tiene ningún sentido musical. El zumbido insistentemente plano de su voz era extremadamente duro para unas sensibles orejas como las mías, y ahora parecía haber adquirido una cierta cualidad oriental, una subida y bajada vibrante, que guardaba semejanza con los cantantes de la calle de El Cairo. Escuché hasta que no lo pude soportar más y le pedí que desistiera.

Se había terminado de bañar y casi vestido antes de que mis sentidos, tensos por el deseo de que su padre regresara, advirtieran un sonido como un trueno lejano. Se volvió más fuerte y furioso cuando más se acercaba a nuestra puerta. Miré a Ramses. Él me miró. La gata Bastet se levantó de la alfombra y se retiró, con dignidad pero con prisa, bajo la cama. La puerta tembló, se estremeció y se abrió de repente, golpeando la pared con un golpe. El yeso se aflojó y cayó al suelo.

Emerson se detuvo en la entrada. Su cara estaba roja brillante. Las venas en la garganta destacaban como cuerdas. Se esforzó por hablar y falló, sólo un ruido bajo como un gruñido surgió de los labios retorcidos. El gruñido subió a un rugido y del rugido las palabras finalmente tomaron forma.

Me cubrí las orejas con las manos, luego quité una mano para hacer gestos imperativos hacia Ramses. Emerson maldecía en árabe y yo estaba segura de que el chico estaba haciendo notas mentales del "discurso coloquial".

Los seductores ojos de Emerson se centraron en la cara fascinada de su hijo. Con un esfuerzo poderoso controló su ira. Se permitió el consuelo final de cerrar la puerta de un golpe. Un trozo de yeso se agregó al montón ya en el suelo. Emerson tomó un aliento largo, el pecho se expandió en toda su extensión y temí que los botones saltaran de su camisa.

—Er... ejem —dijo—. Hola, hijo, Amelia. ¿Habéis tenido una mañana agradable?

—Evítanos los cumplidos en esta ocasión —exclamé—. Respira, Emerson, antes de que explotes. Sólo evita lo profano, a ser posible.

—No es posible —gritó Emerson con voz angustiada—. ¡No puedo hablar sin obscenidades con respecto a ese canalla, ese vil, ese... ese... Morgan!

—Se ha negado a la concesión para Dahshoor.

Emerson pateó un taburete, enviándolo a volar a través del cuarto. La cabeza de Bastet, que había salido cuidadosamente de debajo la cama, desapareció otra vez.

—Tiene intención de trabajar en Dahshoor él mismo esta temporada —dijo Emerson con voz estrangulada—. Tuvo el descaro de decirme que era demasiado tarde para solicitudes.

Mis labios se separaron. Antes de que pudiera hablar, Emerson

se giró con una horrible mirada en la cara.

—Si dices "te lo dije", Peabody, yo...yo... convertiré en astillas esa cama.

—Por supuesto hazlo, si alivias tus sentimientos, Emerson. Estoy profundamente herida por tu acusación, la cual estoy segura nunca habrías hecho si estuvieras en control de tus emociones. Sabes que aborrezco la frase que has mencionado y que nunca, en todos los años de nuestro matrimonio...

—El diablo que no has... —gritó Emerson.

—El diablo que no haz... —Ramses hizo eco—. No recuerdaz, mamá, ayer en el tren desde Alejandría y el día antes de ezo, cuando papá ze olvidó...

—¡Ramses! —Emerson se volvió, más con pena que con ira, a su heredero ofendedor—. No debes utilizar tal lenguaje, especialmente a tu querida mamá. Discúlpate inmediatamente.

—Me disculpo —dijo Ramses—. No quería ofenderte, mamá, pero no veo que eztá mal con eza expresión. Tiene una cualidad de colorido énfasis que llama fuertemente...

—Suficiente, hijo.

—Sí papá.

El silencio que resultó fue como la quietud después de una tempestad, cuando las hojas cuelgan lacias en el aire y la naturaleza parece contener el aliento. Emerson se sentó en la cama y se limpió la frente. Su aspecto se calmó, la guapa forma bronceada que era el color normal en Egipto y una tierna y cariñosa sonrisa transformó su cara.

—¿Me estábais esperando para almorzar? Eso fue amable, queridos. Vamos a bajar inmediatamente.

—Debemos discutir esto, Emerson —dije.

—Ciertamente, Amelia. Lo discutiremos en el almuerzo.

—No si vas a perder la paciencia. El Shepheard es un hotel respetable. Los huéspedes que gritan obscenidades y tiran la porcelana por el salón comedor...

—No puedo imaginarme de dónde sacas tales ideas, Amelia —replicó Emerson con voz herida—. Yo nunca pierdo la paciencia. Ah, ahí está Bastet. Es un bonito collar el que lleva. ¿Qué hace debajo de la cama?

Bastet declinó la invitación de Ramses para almorzar, una

invitación hecha debo decir, sin consultarme, así que bajamos los tres. No me engañaba la aparente calma de Emerson, el golpe había sido cruel, la desilusión grave y yo apenas lo sentía menos que él. Por supuesto, era culpa de Emerson por no hacer lo que le había sugerido, pero por nada del mundo se lo recordaría. Después de haber tomado nuestros lugares y que los camareros se hubieran marchado a la búsqueda del sustento que habíamos ordenado, dije:

—Podría tener una pequeña charla con M. de Morgan. Es un francés, después de todo joven, su reputación por la galantería...

—Demasiado merecida —gruñó Emerson—. No vas a acercarte a él, Amelia. ¿Supones que he olvidado la manera abominable en que se comportó la última vez que nos encontramos?

La conducta abominable de M. de Morgan había consistido en besarme la mano y ofrecerme unos pocos cumplidos floridos en francés. Sin embargo, estaba conmovida por la suposición de Emerson de que todo hombre con el que me encuentro tiene propósitos amorosos hacia mí. Era un engaño suyo, pero un engaño agradable.

—¿Qué hizo él? —Ramses preguntó con interés.

—No importa, chico —contestó Emerson—. Él es francés y los franceses son todos así. No son de fiar con las damas ni con las antigüedades. No conozco a un solo francés que tenga la menor idea de cómo realizar una excavación.

Sabiendo que Emerson era capaz de dar una conferencia sobre este tema interminablemente y que Ramses estaba a punto de solicitar información más específica sobre la no honradez de los franceses con las señoras, giré la conversación de vuelta al tema que me preocupaba.

—Muy bien, Emerson, si prefieres que no hablé con él no lo haré. ¿Pero qué vamos a hacer? ¿Asumo que te ofreció otro sitio?

Las mejillas de Emerson se oscurecieron.

—Contrólate —supliqué—. Habla lentamente y respira profundo, Emerson. No puede ser tan malo como eso.

—Es peor, Peabody. ¿Sabes qué sitio ese bast... ese miserable tuvo el descaro de ofrecerme? "Quiere pirámides" dijo, con esa sonrisa afectada francesa suya, "yo le doy pirámides, mi querido repollo. Mazghunah. ¿Qué dice a Mazghunah"?

Dio un gutural sonido rodante que hizo que la palabra pareciera

un juramento en algún idioma exótico.

—Mazghunah —repetí—, Emerson, confieso que el nombre me es completamente desconocido. ¿Dónde está?

Mi admisión de ignorancia tuvo el efecto deseado de calmar la dignidad herida de Emerson. Rara vez tiene la ocasión de sermonearme en egiptología. Sin embargo, en este caso yo no estaba siendo diplomática. No reconocí el nombre y cuando Emerson me lo explicó, supe por qué no significaba nada para mí y por qué mi pobre esposo había estado tan furioso.

Mazghunah está a sólo unos pocos kilómetros al sur de Dahshoor, el sitio que habíamos deseado. Dahshoor, Sakkara, Giza y Mazghunah son los antiguos cementerios de Memphis, la una vez gran capital del antiguo Egipto, de los que ahora sólo quedan unos pocos montones de ruinas. Todo está cerca de El Cairo y se jactan de ser tumbas de pirámide; pero las dos "pirámides" de Mazghunah sólo existen como trozos de piedra caliza en el suelo del desierto. Nadie se había molestado en investigarlas porque no había casi nada que investigar.

—Hay también cementerios tardíos —dijo Emerson con una burla—. De Morgan señaló eso, como si fuera un incentivo agregado en vez de una desventaja.

Pronunció la palabra "tardío" como si fuera un insulto, que para Emerson lo era. El período de interés para Emerson en Egipto empezó aproximadamente en el 4000 A.C. y se detuvo 2500 años después. Nada después del 1500 A.C. tenía la menor atracción para él, y los cementerios tardíos que estaban fechados en los períodos romano y ptolemaicos, basura en lo que se refería a Emerson.

Aunque mis propios espíritus estaban bajos, procuré animar a mi marido afligido.

—Es posible que haya papiros —dije alegremente—. Recuerda los papiros que el señor Petrie encontró en Hawara.

Demasiado tarde me di cuenta de que el nombre del señor Petrie no estaba pensado para mejorar el humor de Emerson. Frunciendo el ceño, atacó al pescado que el camarero había puesto delante de él, como si su tenedor fuera una lanza y el pescado el señor Petrie, hervido, desollado y a su merced.

—Me mintió —gruñó—. Su publicación no estaba lista. Era tarde este año. ¿Sabías eso, Amelia?

Lo sabía. Me lo había dicho aproximadamente quince veces. Emerson rumió melancólicamente sobre las iniquidades de Petrie y de Morgan.

—Lo hizo deliberadamente, Amelia. Mazghunah está cerca de Dahshoor, se asegurará de que reciba informes diarios de sus descubrimientos mientras yo desentierro momias romanas y alfarería deteriorada.

—Entonces no tomes Mazghunah. Pide otro sitio.

Emerson comió en silencio durante un tiempo. Gradualmente su semblante se aligeró y una sonrisa le curvó los labios bien formados. Conocía esa sonrisa. No presagiaba nada bueno para alguien y pensé que sabía para quién.

Por fin mi marido dijo lentamente:

—Aceptaré Mazghunah. ¿No te importa, verdad, Peabody? Cuándo visité ese sitio años atrás decidí a mi propia satisfacción que los restos eran de pirámides. Las superestructuras han desaparecido enteramente, pero seguramente hay metros de corredores y cámaras. No hay ninguna oportunidad de nada mejor, Firth tiene Sakkara, y las pirámides de Giza son populares para los turistas, uno no puede trabajar allí.

—No tengo inconveniente. "Adónde tú vayas", ya sabes, Emerson; pero espero que no estés planeando ningún asalto desacertado sobre M. de Morgan.

—No puedo imaginarme qué quieres decir —dijo Emerson—. Naturalmente le ofreceré al caballero el beneficio de mi experiencia y el conocimiento superior siempre que la oportunidad se presente. Estoy decidido a poner la otra mejilla y devolver lo bueno donde...

Se calló al captar mi mirada escéptica sobre él y después de un momento su gran risa campechana retumbó a través del salón comedor, cesando las conversaciones y haciendo que el cristal repicara. La risa de Emerson es irresistible. Me uní a él, mientras Ramses miraba con una sonrisa débil, como un filósofo de edad avanzada que tolera las bufonadas de los jóvenes. No fue hasta después de que hubiéramos vuelto a nuestro cuarto que descubrí que Ramses se había aprovechado de nuestra distracción para ocultar el pescado bajo la camisa como un presente para Bastet. Ella disfrutó mucho de ello.

Capítulo 3

Aunque traté de disimular mis sentimientos, estaba extremadamente molesta. Parecía indudable que tendría que padecer el tonto error de Emerson, nada menos. De Morgan había excavado en Dahshoor el año anterior. Habría sido necesaria una considerable cantidad de tacto y persuasión para convencerle de que cediera el sitio a otro excavador, y los métodos de persuasión de Emerson no estaban calculados para conquistar a un adversario. Aunque no había estado presente, supe demasiado bien qué había acontecido. Emerson había irrumpido en la oficina de Morgan, sin anunciarse y sin ser invitado, había apoyado los puños en el escritorio del director y había proclamado sus intenciones.

—Buenos días, monsieur. Trabajaré en Dahshoor esta temporada.

De Morgan había acariciado su exuberante bigote.

—Mais, mon cher collegue, c'est imposible. Yo trabajaré en Dahshoor esta temporada.

La respuesta de Emerson habría sido un grito indignado y un puñetazo en la mesa; Morgan habría continuado acariciándose el bigote y negando con la cabeza hasta que Emerson salió dando un portazo, aniquilando mesitas y varias sillas a su paso.

Examiné cuidadosamente los libros de consulta que habíamos traído con nosotros, en un vano intento de encontrar algo acerca de Mazghunah. Pocos de los expertos lo mencionaban, y si había pirámides en el lugar ese hecho no era ampliamente conocido. Si Emerson no había confirmado su existencia, suponía a Morgan capaz de inventarlas, para ridiculizar a Emerson.

Emerson exagera, en su estilo humorístico, cuando dice que

tengo pasión por las pirámides. Sin embargo, admito un afecto particular por estas estructuras. En mi primera visita a Egipto como turista, había caído víctima del encanto de sus oscuros y sofocantes pasadizos, alfombrados de escombros y excrementos de murciélagos. Todavía, desde que comencé la práctica de la arqueología, no había podido investigar una pirámide profesionalmente. Nuestros intereses nos habían llevado a otros lugares. No me había percatado de cuánto ansiaba explorar una pirámide hasta que descubrí que no podría.

—Abusir —dije—. ¿Emerson, qué tal Abusir? Las pirámides allí están muy derruidas, pero son pirámides.

—Excavaremos en Mazghunah —dijo Emerson. Lo dijo muy tranquilamente, pero su barbilla se tensó de una cierta manera que conocía bien. La barbilla de Emerson es uno de sus rasgos más seductores. Cuando se tensaba de esa forma en particular, sin embargo, tenía que reprimir el deseo de golpearlo con fuerza con mi puño.

—Los restos de la pirámide en Zawaiet el'Aryan —insistí—. Maspero desistió de entrar ahí hace diez años. Podríamos encontrar la entrada que no halló.

Emerson estuvo visiblemente tentado. Le gustaría superar a Maspero o a cualquier otro arqueólogo. Pero después de un momento, negó con la cabeza.

—Excavaremos en Mazghunah —repitió—. Tengo mis razones, Amelia.

—Y sé cuáles son. No son dignas de ti, Emerson. Si intentas...

Cruzando la habitación con unas pocas zancadas, detuvo mi boca con la suya.

—Te resarciré, Peabody —murmuró—. Te prometí pirámides y pirámides es lo que tendrás. Mientras tanto, quizá esto...

Incapaz de articular palabra, gesticulé silenciosamente hacia la puerta que conectaba nuestra habitación con la siguiente. Ramses se había retirado hacia allá, supuestamente para darle a John una lección de árabe. El murmullo de sus voces, rotas cada dos por tres por la risa ahogada de John, confirmó la advertencia.

Con una mirada hacia la puerta de haber sido cazado, mi marido me soltó.

—¿Cuándo acabará este tormento? —Gimió, agarrándose el pelo

con ambas manos.

La voz de Ramses se detuvo por un momento y luego continuó:

—John debería poder reanudar sus deberes mañana —dije.

—¿Por qué no esta noche? —Emerson sonrió significativamente.

—Bueno... cielo santo... —exclamé—. Lo había olvidado. Tenemos una cita esta noche, Emerson. Las inquietantes noticias realmente me la quitaron de la cabeza.

Emerson se sentó en la cama.

—Otra vez no —dijo—. Me lo prometiste, Amelia... ¿Qué estás tramando ahora?

Le dije lo que había sucedido en el mercado. Pequeños jadeos y gritos salieron de sus labios mientras procedía, pero elevé la voz y continué, determinada a presentarle una narración coherente. Al final mostré el trozo de papiro.

—Obviamente Abd el Atti mentía cuando afirmó que no tenía papiros —dije—. Para asegurarse, esto es copto, pero...

Emerson apartó a un lado el fragmento.

—Precisamente. Walter no está interesado en el copto, ése es el idioma de los cristianos egipcios.

—Soy bien consciente de ello, Emerson. Este fragmento prueba...

—No negociaste con ese gordo sinvergüenza. Sabes lo que pienso de...

—Y tú sabes que los traficantes son propensos a tener los mejores escritos. Le prometí a Walter...

—Pero esto no es...

—Donde hay un trozo debe de haber un papiro. Yo...

—Te dije...

—Estoy convencida...

—Tú...

—Tú...

Para entonces ambos estábamos en pie y nuestras voces habían aumentado considerablemente. No me disculpo por mi exasperación.

Emerson pondría a prueba la paciencia de un santo. Pierde los estribos por cualquier cosa.

Dejamos de hablar al mismo tiempo, y Emerson comenzó a andar rápidamente de arriba abajo por el cuarto. En el silencio, los altibajos de la voz de Ramses continuaron plácidamente.

Finalmente Emerson dejó de pasear. El movimiento rápido generalmente le tranquiliza y le haré la justicia de admitir que, aunque explota con rapidez, es igual de rápido en recobrar la calma. Alisé sus rizos desgreñados.

—Le dije a Abd el Atti que nos acercaríamos a la tienda esta noche.

—Así que le dijiste eso. Lo que omitiste explicar es por qué diablos debería tomarme tantas molestias por el viejo bribón. Hay otras cosas que preferiría hacer esta noche.

Sus ojos centellearon significativamente mientras me miraba, pero resistí la súplica.

—Está desesperadamente asustado de algo o alguien, Emerson. Creo que está involucrado en el negocio ilícito de antigüedades.

—Bien, claro que lo está, Peabody. Todos ellos lo están.

—Me refiero, Emerson, a la reciente oleada sin precedente de cosas robadas sobre la que tú y Walter discutíais. Tú mismo dijiste que algún nuevo jugador ha debido entrar en el juego, algún genio desconocido del crimen, que ha organizado a los ladrones independientes en una gran conspiración.

—¡No dije nada de eso! Sólo sugerí...

—Abd el Atti forma parte de la pandilla. Su referencia al Maestro comiéndose su corazón...

—Pintoresco, pero apenas convincente —dijo Emerson. Su tono era menos vehemente sin embargo, y vi que mis argumentos habían dejado huella. Continuó—: ¿Estás segura de que entendiste correctamente? No puedo creer que hiciera una admisión perjudicial en tu presencia.

—No sabía que yo estaba presente. ¿Además... no me estabas escuchando, Emerson?... Él hablaba del siim issaagha.

—Muy bien —dijo Emerson—. Estoy de acuerdo en que Abd el Atti bien puede estar involucrado en algo más profundo y más oscuro que sus oscuras actividades habituales. Pero tu opinión de que él forma parte de alguna pandilla imaginaria es pura suposición. Tienes una habilidad absolutamente única para construir una enorme torre de teorías a partir un único hecho. Las torres sin cimientos se tambalean, mi querida Peabody. Controla tu alborotada imaginación y ten piedad de tu acongojado esposo, te lo suplico.

Estaba introduciéndose a sí mismo en otro arranque de furia, así es que sólo dije suavemente,

—Pero ¿y si suponemos que tengo razón, Emerson? Podemos tener una oportunidad para detener este vil tráfico de antigüedades, que ambos aborrecemos. ¿La oportunidad, por muy remota que sea, no merece la trivial inconveniencia que propongo?

—Umm —dijo Emerson.

Sabía que el gruñido estaba todo lo cerca de una concesión que iba a conseguir, así que no continué el debate, que habría quedado finalizado de todas formas por la llegada de nuestro hijo, anunciando que la lección de árabe había terminado. No quería que Ramses captase nada de nuestro plan. Habría insistido en acompañarnos y su padre podría haber sido lo suficientemente tonto como para estar de acuerdo.

Estaba a punto de apartar mi trozo de papiro cuando Ramses preguntó si podía verlo. Se lo entregué, advirtiéndole que tuviera cuidado, una admonición a la que él contestó con una mirada entremezclada de desprecio y reproche.

—Sé que lo harás —dije—. Pero no veo lo que quieres con eso. Tu tío Walter no te ha enseñado copto junto con los jeroglíficos, ¿no?

—El tío Walter no zabe copto —contestó Ramses con altivez—. Sólo tengo curiosidad por ver lo que puedo hacer con ezto con mis conocimientoz de lenguaz antiguaz; ya que, como tú debez zaber, el idioma copto es un dezarrollo del egipcio aunque ezcrito con letras griegas.

Le hice un gesto para que se fuera. Ya era bastante malo ser sermoneada sobre egiptología por el propio marido, los pronunciamientos presumidos y dogmáticos de mi joven hijo algunas veces ponían a prueba mis nervios. Se sentó a la mesa con Bastet a su lado. Ambos se concentraron en el texto, la gata parecía estar tan interesada como el niño.

La puerta de la habitación contigua resonó con una serie de golpes: la versión de John de una llamada. Tiene las manos sumamente grandes y ninguna idea de su fuerza. Era agradable oír el sonido, sin embargo, después del largo silencio de esa dirección y le ofrecí entrar. Emerson lo miró y estalló en risas.

John llevaba puesto un uniforme de lacayo, que probablemente

había traído con él de Inglaterra: pantalones bombachos, botones del latón y todo lo demás, y debo reconocer que se veía bastante ridículo de esa guisa. El regocijo de Emerson trajo un sonrojo apenas perceptible a su cara de muchacho, aunque era evidente que no tenía ni idea de lo que su amo encontraba tan chistoso.

—Estoy a su servicio, señor y señora —anunció—. Con mis disculpas por haber abandonado mis obligaciones los últimos días, y respetuosamente agradecido por las amables atenciones recibidas de la señora.

—Muy bien, muy bien —dijo Emerson—. ¿Seguro que estás bien, muchacho?

—Lo bastante bien —le aseguré—. Ahora, John, asegúrate de no dejar nunca tu franela y tener cuidado con lo que comes y bebes.

Miré a Ramses mientras concluía mi consejo, recordando la golosina que él había consumido, un incidente que no había pensado que mereciera la pena mencionarle a su padre. Él parecía estar muy bien. Había estado segura de que lo estaría. Las hojas venenosas y las bayas, la goma de borrar, la tinta y los montones de dulces que habrían derribado a un buey, habían atravesado el tracto digestivo de Ramses sin la más leve molestia en esa región.

En posición de firmes, John esperaba órdenes. Dije:

—No hay nada que hacer ahora; ¿por qué no sales un poquito? No has visto nada de la ciudad o del hotel.

—Iré con él —dijo Ramses, empujando hacia atrás su silla.

—No sé —comencé.

—¿Qué hay de tu trabajo, hijo mío? —inquirió Emerson.

Este intento, más sutil que el mío, fue igualmente estéril. Ramses recogió su sombrero y se dirigió hacia la puerta.

—El manuzcrito parece haber pertenecido a una perzona llamada Didymus Thomas —dijo serenamente—. Ezo es todo lo que puedo deducir por ahora, pero haré otro intento dezpuéz de que haya conseguido un diccionario copto. Vamos, John.

—Permanece en el hotel —dije rápidamente—. O en la terraza. No comas nada. No hables con los niños de los asnos. No repitas a nadie las palabras que aprendiste de los chicos de los asnos. No vayas a la cocina, o a los cuartos de baño, o cualquiera de los dormitorios. Quédate con John. Si tienes la intención de llevarte a Bastet contigo, ponle la correa. No la dejes salir sin correa. No la

dejes perseguir a ratones, perros, otros gatos o las faldas de señoras.

Hice una pausa para tomar aliento. Ramses fingió tomar eso por el fin de la perorata. Con una sonrisa angelical se deslizó por la puerta.

—Date prisa —le rogué a John—. No lo pierdas de vista.

—Puede contar conmigo, señora —dijo John, enderezando los hombros—. Estoy listo y preparado para la tarea. Yo...

—¡Date prisa! —Lo empujé hacia de la puerta. Luego recurrí a Emerson—. ¿Cubrí todas las contingencias?

—Probablemente no —dijo mi marido. Me condujo al interior del cuarto y cerró la puerta.

—No hay forma de cerrarla —dije, después de un intervalo.

—Mmmm —dijo Emerson agradablemente.

—No estarán fuera el tiempo suficiente...

—Entonces debemos hacer el mejor uso del tiempo del que disponemos —dijo Emerson.

* * *

Había tenido el descuido de no prohibirle a Ramses que escalara las palmeras del patio. Explicó en tono ofendido que sólo había querido obtener una mejor vista de los dátiles, de los que había oído hablar, pero no había comido ni uno sólo. En prueba de ello me regaló un puñado, sacándolos con alguna dificultad del bolsillo de su pequeña camisa.

Lo mandé salir para que John lo bañara y empecé a sacar el traje de noche de Emerson. Él lo estudió con aversión.

—Te lo dije, Amelia, no tengo intención de ponerme esas prendas. ¿Qué tortura has planificado ahora?

—Tengo invitados para cenar con nosotros esta noche —dije, quitándome la ropa—, ayúdame con mi vestido, ¿quieres?

Emerson se distrae con facilidad. Se movió con celeridad para sacarme el vestido por la cabeza, y después fijó su atención en los botones.

—¿Quién es? No será Petrie, él nunca acepta invitaciones para cenar. Un hombre sensato... ¿Naville? ¿Carter? No... —Las manos que recorrían mi columna vertebral se detuvieron, y la cara de Emerson surgió por encima de mi hombro, deslumbrante como una gárgola—. ¡Morgan no! Peabody, si tienes en mente alguna conspiración poco limpia...

—¿Yo haría tal cosa? —De Morgan había rehusado la invitación con una educada disculpa, estaba comprometido en otro sitio—. No —continué, mientras Emerson regresaba a los botones, la blusa tenía docenas de ellos, cada uno del tamaño de un guisante—. Quedé encantada al enterarme de que el Istar y las Siete Hathors están en puerto.

—Oh. Sayce y Wilberforce. —Emerson resopló en mi nuca—. No puedo imaginar qué ves en esos dos. Un clérigo diletante y un político renegado...

—Son unos excelentes estudiosos. El reverendo Sayce acaba de ser nombrado para la nueva cátedra de Asiriología en Oxford.

—Unos aficionados —repitió Emerson—. Navegando arriba y abajo por el Nilo en sus dahabiyyas en lugar de trabajar como hombres honrados.

Se me escapó un suspiro triste y Emerson, el más sensible de los hombres, otra vez interrumpió sus ocupaciones para mirar interrogativamente sobre mi hombro.

—¿Añoras tu dahabiyya, Peabody? Si te complace...

—No, no, mi querido Emerson. Confieso que esa época de navegación fue una dicha absoluta, pero no la cambiaría por el placer de nuestro trabajo juntos.

Esta admisión dio como resultado una interrupción más larga de la desabotonadura, pero finalmente persuadí a Emerson para que completara la tarea. Girándome, exigí su opinión.

—Me gusta ese vestido, Peabody. El carmesí te sienta bien. Me recuerda el vestido de noche que llevabas la noche en que me propusiste matrimonio.

—Tendrás tu pequeño chiste, Emerson. —Me inspeccionó en el espejo—. ¿No es un matiz demasiado brillante para una matrona y madre de un niño crecido? ¿No? Bien, acepto tu juicio como siempre, mi querido Emerson.

También tenía un recuerdo cariñoso del vestido de noche al que se refería. Lo llevaba puesto la noche en que se me declaró, y siempre procuraba tener en mi guardarropa un vestido de color y corte similar. Faltaba una abominación del pasado, sin embargo: el polisón. Habría deseado que algún árbitro de moda también se deshiciese de los corsés. El mío nunca estaba tan apretado como la moda decretaba, pues tenía serias sospechas acerca del efecto de un

apretado acordonamiento sobre los órganos internos. No los llevaba en absoluto bajo mi traje de faena, pero era menester alguna concesión con un vestido de noche para lograr la suave silueta que entonces estaba de moda.

Abroché alrededor de mi cuello una cadena de oro de la que colgaba un escarabajo de Thutmoses III, regalo de mi marido, y completamente vestida fui a ayudar a Emerson con el suyo. John y Ramses regresaron a tiempo de contribuir con su asistencia, lo cual no fue inoportuno, pues Emerson continuaba en su estilo habitual, perdiendo botones de cuello, alfileres y broches por la vehemencia con la que atacaba estos accesorios. Ramses se había vuelto particularmente bueno localizando botones de cuello, era lo bastante pequeño como para meterse debajo de las camas y otros muebles.

Emerson se veía tan bien parecido en traje de noche que todo el esfuerzo valía la pena. Su color se vería realzado y el azul brillante de sus ojos, brillantes de ira, sólo acrecentaban su espléndida apariencia. A diferencia de la mayor parte de los hombres que conocía, él continuaba bien afeitado. Le prefería sin adornos hirsutos, pero sospechaba que sólo era otro ejemplo de la perversidad Emersoniana. Si las barbas hubieran pasado de moda, Emerson se habría dejado una.

—Estáz muy guapo, papá —dijo Ramses admirativamente—. Pero no me guztan los trajez azí. Es demasiado difícil mantenerse limpio.

Emerson se sacudió distraídamente los pelos de gato pegados en su manga y envié a Ramses para que se diera otro baño. Aparentemente nadie quitaba nunca el polvo debajo de la cama. Encargamos que les subieran la cena a John y Ramses, y bajamos la escalera para encontrarnos con nuestros invitados.

* * *

La cena no fue un éxito completo. Pero nunca lo era cuando Emerson estaba de mal humor, y él estaba casi siempre de mal humor cuando se veía forzado a cenar fuera, en público y en traje de etiqueta. Lo he visto comportarse peor. A duras penas sentía respeto por el señor Wilberforce, pero el reverendo Sayce sacaba todos sus instintos más bajos. No podía haber habido un mayor contraste entre dos hombres: Emerson, alto, ancho de hombros y

saludable, y Sayce, pequeño y parco, con ojos hundidos detrás de sus gafas con montura de acero. Vestía un atuendo clerical incluso en una excavación y se parecía a un enorme escarabajo con su largo abrigo negro y el alzacuello.

Wilberforce, a quiénes los árabes llamaban "Padre de la Barba", tenía un carácter más flemático, y Emerson había dejado de gastarle bromas puesto que sólo respondía sonriendo y acariciándose su magnífica barba blanca. Nos saludaron con su afabilidad acostumbrada y expresaron su pesar por no tener el placer de reunirse con Ramses esa noche.

—Como siempre están al día de todas las noticias —dije de forma traviesa—. Tan sólo llegamos ayer, pero ya están enterados de que nuestro hijo está con nosotros esta temporada.

—La comunidad de estudiosos y egiptólogos es pequeña —dijo Wilberforce con una sonrisa—. Es natural que nos tomemos interés en las actividades de los otros.

—No veo por qué —dijo Emerson, con el aire de un hombre que ha decidido ser desagradable—. Las actividades personales de otros, estudiosos o no, son en extremo aburridas. Y las actividades profesionales de la mayor parte de los arqueólogos que conozco no son siquiera dignas de hablar de ellas.

Traté de reconducir la conversación con una pregunta cortés sobre la señora Wilberforce. Había, claro está, incluido a esa señora en mi invitación, pero ella se había visto forzado a declinar. Siempre estaba forzada a rechazarlas. Parecía ser una persona más bien enfermiza.

Mis discretos esfuerzos fueron en vanos, sin embargo. El reverendo Sayce, que había sido acosado verbalmente por Emerson en demasiadas ocasiones, no fue lo suficientemente cristiano como para privarse de una oportunidad de vengarse.

—Hablando de actividades profesionales —dijo él—, tengo entendido que nuestro amigo Morgan tiene grandes esperanzas para sus excavaciones en Dahshoor. ¿Dónde va a trabajar esta temporada, profesor?

Viendo por la expresión de Emerson que estaba a punto de emprender una diatriba contra De Morgan, le pateé bajo la mesa. Su expresión se convirtió en una de extrema angustia y dejó escapar un grito de dolor.

—Mazghunah —dije, antes de que Emerson pudiera recuperarse —. Excavamos en Mazghunah esta temporada. Las pirámides, ya saben.

—¿Las pirámides? —Wilberforce era demasiado cortés para contradecir a una señora, pero parecía confuso—. Confieso que no conozco el lugar, pero pensé que estaba familiarizado con todas las pirámides conocidas.

—Éstas —dije—, son unas pirámides desconocidas.

La conversación entonces se hizo general. No fue hasta que nos retiramos al salón para el brandy y los cigarros (en el caso de los caballeros) que extraje mi trozo de papiro y se lo entregué al reverendo.

—Conseguí esto hoy de uno de los traficantes de antigüedades. Puesto que usted es el experto bíblico entre nosotros, pensé que podría hacer más de lo que yo he podido hacer.

Los ojos hundidos del reverendo se iluminaron con la llama de la investigación. Ajustando sus gafas, examinó la escritura, diciendo mientras lo hacía:

—No soy un experto en copto, señora Emerson. Espero que esto sea probablemente... —Su voz se apagó cuando dedicó toda su atención al texto, y Wilberforce comentó, sonriendo:

—Me sorprende, señora Amelia. Pensé que usted y su marido se negaban a comprar a los traficantes.

—Yo me niego —dijo Emerson, levantando la nariz en el aire—. Desafortunadamente, los principios de mi esposa son más elásticos que los míos.

—Íbamos buscando papiros para Walter —expliqué.

—Ah, sí... el profesor Emerson más joven. Uno de los mejores estudiosos del idioma. Pero me temo que encontrará mucha competencia, señora Amelia. Con tantos jóvenes estudiando egipcio, todos quieren textos nuevos.

—¿Incluyéndolo a usted? —pregunté, mirando agudamente al señor Wilberforce.

—Por supuesto. Pero —dijo el americano, con los ojos brillantes —, jugaré limpia y abiertamente, señora. Si encuentra algo importante, no trataré de robarlo.

—Lo que es más de lo que puede decirse de algunos de nuestros socios —masculló Emerson—. Si te encuentras con Wallis Budge,

dile que llevo un grueso bastón y lo usaré con cualquiera que intente hacerse con mi propiedad.

No escuché la respuesta del señor Wilberforce. Mi atención quedó atrapada por dos personas que acababan de entrar en el salón.

El joven había girado la cabeza para dirigirse a su compañero. El perfil así exhibido era griego puro, con el fino y exquisito modelado de un Apolo o un Hermes del siglo V. Su pelo, retirado de su alta y clásica frente, brillaba como el electrum, el preparado de plata y oro usado por los egipcios en sus ornamentos de más valor. La palidez extrema de su piel, que me condujo a deducir que no había estado mucho tiempo expuesto al sol de Egipto, acrecentaba la impresión de ser una escultura en alabastro. Entonces él sonrió, en respuesta a algún comentario de su compañera, y tuvo lugar una notable transformación. La benevolencia resplandeció en cada rasgo de su semblante. La estatua de mármol cobró vida.

La señora que estaba con él... no era una dama. Su traje de noche, de un profundo raso púrpura, era del último y más extravagante estilo propuesto no en el mundo de la moda sino en el de las mujeres de vida alegre. Estaba adornado con piel, abalorios, volantes, encajes, lazos, borlas y plumas, pero se las ingeniaba para dejar al descubierto una impropia cantidad de abundante pecho blanco. Las gemas resplandecían en cada parte de su corpulenta persona y los cosméticos cubrían cada centímetro cuadrado de su cara. Si el caballero era una escultura tallada en mármol clásico, su compañera era una desastrada y pintarrajeada efigie de carnaval.

Emerson me dio un empujón en el codo.

—¿Qué estás mirando tan boquiabierta, Amelia? El señor Wilberforce te ha hecho una pregunta.

—Perdóneme —dije—. Confieso que estaba mirando a ese joven tan extremadamente apuesto.

—Usted y cada una de las otras señoras del salón —dijo el señor Wilberforce—. Es un rostro notable, ¿no? Cuando lo vi la primera vez me recordó a los jóvenes jinetes del friso del Partenón.

La pareja vino hacia nosotros, la mujer pegada al brazo de su compañero, y vi con sobresalto que el héroe griego vestía un alzacuello de clérigo.

—Un clérigo —exclamé.

—Eso es una muestra de la fascinación de las señoras —dijo Emerson con un labio torcido—. Todas las mujeres sin carácter chochean por curas debiluchos. ¿Uno de sus colegas, Sayce?

El reverendo levantó la mirada. Un ceño arrugaba su frente.

—No —dijo él, de forma más bien concisa.

—Es un americano —aclaró Wilberforce—. Un miembro de una de esas curiosas sectas que proliferan en mi gran país. Creo que se llaman a sí mismos los Hermanos del Sagrado Jerusalén.

—¿Y la... er... señora? —Inquirí.

—No puedo imaginar por qué estás tan interesada en estas personas —se quejó Emerson—. Si hay algo más tedioso que un piadoso hipócrita predicador, es una mujer con cabeza de chorlito vestida a la moda. Doy gracias por no tener nada que ver con tales personas.

Fue al señor Wilberforce a quién había dirigido mi pregunta y, como suponía, pudo satisfacer mi curiosidad.

—Ella es la Baronesa von Hohensteinbauergrunewald. Una familia bávara, relacionada con los Wittelsbachs, y casi tan rica como esa casa real.

—Ja —exclamó Emerson—. El joven es un cazafortunas. Lo sabía. Un cazafortunas debilucho y santurrón.

—Oh, cállate, Emerson —dije—. ¿Están comprometidos? Ella parece muy amistosa con el joven.

—No lo creo —dijo Wilberforce, sofocando una sonrisa—. La baronesa es viuda, pero la disparidad de sus edades, por mencionar sólo una incongruencia... Y llamar al joven un cazafortunas es injusto. Quienes lo conocen hablan de él con el máximo respeto.

—No quiero conocerlo o hablar de él —dijo Emerson—, entonces, Sayce, ¿qué deduce del fragmento de la señora Emerson?

—Es un texto difícil —dijo Sayce con lentitud—. Puedo leer los nombres propios... son griegos...

—Didymus Thomas —dije.

—La felicito por sus conocimientos, señora Emerson. Estoy seguro de que también notó esta conexión, que es la abreviatura para el nombre de Jesús.

Sonreí modestamente. Emerson bufó.

—¿Un texto bíblico? Eso es todo lo que los coptos escribían siempre, malditos sean... copias de las Sagradas Escrituras y

aburridas mentiras sobre los santos. ¿Quién fue Didymus Thomas?

—El apóstol, se supone —dijo el reverendo.

—¿Tomás el de las dudas? —Emerson sonrió abiertamente—. El único apóstol con un gramo de sentido común. Siempre me gustó el viejo Thomas.

Sayce frunció el ceño.

—Bendito sean quienes no han visto y han creído —citó.

—Bueno, ¿qué más podía decir el hombre? —exigió Emerson—. Admito que supo cómo darle la vuelta a una frase... si existió alguna vez, lo cual es dudoso.

La etérea barba de chivo de Sayce se estremeció ante la afrenta.

—Si ésa es su opinión, profesor, este fragmento puede tener poco interés para usted.

—De ningún modo. —Emerson lo arrancó de la mano del reverendo—. Lo mantendré como un recuerdo de mi apóstol favorito. De verdad, Sayce, no es usted mejor que los otros bandidos en mi profesión, intentando robar mis descubrimientos.

El señor Wilberforce anunció en voz alta que era hora de irse. Emerson continuó hablando, expresando una serie de opiniones calculadas para enfurecer al reverendo Sayce. Que iban desde sus dudas en lo que se refiere a la existencia histórica de Cristo, hasta su pobre opinión sobre los misioneros cristianos.

—El descaro de los villanos —exclamó, refiriéndose a lo último — ¿Qué negocio tienen forzando sus prejuicios y estrechez de miras sobre los musulmanes? En su forma original, la fe del Islam es tan buena como cualquier otra religión... es decir, no muy buena, pero...

Wilberforce finalmente condujo a su ofendido amigo fuera, pero no antes de que el reverendo lanzara un disparo final.

—Le deseo suerte con sus “pirámides”, profesor. Y estoy seguro de que disfrutará con sus vecinos en Mazghunah.

—¿Qué supones que quiso decir con eso? —exigió Emerson mientras los dos salían, la alta silueta de Wilberforce elevándose sobre la de su amigo, más ligera.

—Nos enteraremos a su debido tiempo, supongo.

Esas fueron mis palabras exactas. Las recuerdo bien. Si hubiese sabido siquiera bajo qué horrendas circunstancias volverían a mí, como el lento tañido de una campana fúnebre, un escalofrío

premonitorio habría estremecido mis extremidades. Pero no lo hizo.

* * *

Después de pasar por la habitación de Ramses y encontrarle envuelto en una inocente somnolencia, con el gato dormido a sus pies, Emerson propuso que buscáramos nuestro propio lecho.

—¿Has olvidado nuestra cita? —Inquirí.

—Esperaba que tú lo hubiera hecho —contestó Emerson —. Abd el Atti no nos espera, Amelia. Sólo lo dijo para deshacerse de ti.

—Tonterías, Emerson. Cuando el muezín llame desde minarete a medianoche...

—No hará nada de eso. Debes tener mejor criterio, Amelia. No hay una llamada a medianoche a la oración. La del amanecer, la del mediodía, la de media tarde, la de la puesta de sol y la del anochecer, esas son las veces prescritas en el salah para los creyentes musulmanes.

Tenía toda la razón. No puedo suponer por qué el hecho había resbalado de mi mente. Recuperándome de mi momentánea desazón, dije:

—Pero estoy segura de que algunas veces he oído una llamada del muezín por la noche.

—Oh sí, algunas veces. El fervor religioso es proclive a captar devotos a horas extrañas. Pero uno no puede predecir tales ocasiones. Si depende de eso, Amelia, el viejo sinvergüenza no estará en su tienda.

—No podemos estar seguros de eso.

Emerson golpeó el suelo con su pie.

—Maldita sea, Amelia, eres la mujer más terca que he conocido. Hagamos un trato... si esa palabra está en tu vocabulario.

Crucé mis brazos.

—Haz tu propuesta.

—Estaremos sentados en la terraza durante otra hora o así. Si oímos una llamada a la oración, de cualquier mezquita al alcance del oído, iremos a Khan el Khaleel. Si sobre las doce y media no hemos oído nada, nos iremos a la cama.

Emerson había ideado una sugerencia apreciable. El plan era precisamente lo que yo había estado a punto de proponer, pues al fin y al cabo, no podríamos salir hacia la tienda hasta que hubiéramos oído la señal.

—Ese es un trato muy razonable —dije—. Como siempre, Emerson, me someto a tu buen juicio.

Hay peores formas de pasar una hora que en la terraza del Shepheard. Nos sentamos en una mesa cerca de la verja de hierro, sorbiendo nuestro café y observando a los paseantes, pues la gente trasnocha en el clima cálido de Egipto. Las estrellas, muy abundantes, colgaban tan bajo que parecían estar enredadas en las ramas de los árboles, y daban una luz casi tan brillante como la el día. Los vendedores de flores ofrecían sus mercancías: collares de jazmín y ramilletes de capullos de rosa atados con brillantes lazos. El perfume de las flores era denso y embriagador en el aire caliente de noche. Emerson me regaló un ramillete de flores y apretó mi mano. Con la cálida presión de sus dedos en los míos y sus ojos expresando sentimientos, no se necesitaban las palabras de una conversación normal; con la brisa seductora acariciando mi mejilla y el perfume de las rosas perfumando la noche... casi olvidé mi propósito.

—¿Escucha... qué fue eso? —Alto y claro por encima de las cúpulas iluminadas por la luna, subía y bajaba con una cadencia musical... ¡el grito del muezín!

—¡Allahu akbar, allahu akbar... la ilaha illa'llah!...

Dios es grande, Dios es grande; no hay Dios sino Dios.

Me levanté de un salto.

—¡Lo sabía! Rápido, Emerson, vámonos.

—Maldita sea —dijo Emerson—. Muy bien, Amelia. Pero cuando le ponga las manos encima a ese villano gordo, lamentará haber sugerido esto.

Nos habíamos, claro está, cambiado con nuestra vestimenta de trabajo antes de bajar a la terraza. Emerson se cambió porque odiaba el traje de etiqueta; yo me cambié porque había estado segura todo el tiempo de que iríamos al Khan el Khaleel. Y, como los acontecimientos probaban, tenía razón. Emerson insistía incluso ahora en que Abd el Atti nunca quiso que fuéramos y que la exclamación espontánea del muezín esa noche era pura coincidencia. Lo absurdo de esto debería ser muy evidente.

Sea como fuere, estábamos en camino antes de que la última recomendación del religioso se hubiera desvanecido en el silencio. Fuimos a pie, habría sido inapropiado llevar un carruaje a una cita

secreta, y en todo caso, ningún vehículo podía haber entrado en los callejones estrechos del Khan el Khaleel. Emerson mantuvo un paso rápido. Estaba deseoso de acabar con el negocio y aclararlo. Estaba deseoso de llegar a la tienda y saber qué secreto mortal amenazaba a mi viejo amigo. Porque yo le tenía un cierto apego a Abd el Atti. Podría ser un sinvergüenza, pero era un sinvergüenza cautivador.

Después de que hubiéramos salido del Muski hacia las calles más estrechas del bazar, la luz de las estrellas quedó oculta por completo por las casas que surgían amenazadoramente a ambos lados, y mientras más profundamente penetrábamos en el corazón del laberinto, más oscuro se volvía. Los balcones que sobresalían con sus contraventanas de madera enrejadas, destacaban en la calle casi encontrándose en lo alto. Ocasionalmente una ventana iluminada derramaba una tenue luz dorada sobre el camino, pero la mayor parte de las ventanas estaban a oscuras. Los rayos de luz paralelos señalaban las contraventanas cerradas. La oscuridad rebosaba de inmundos movimientos, ratas que se deslizaban por detrás de los montones de basura, flacos e infectos perros callejeros se escabullían dentro de los callejones más estrechos mientras nos acercábamos. El hedor rancio a fruta podrida, desechos humanos y aire infectado llenaba el callejón como un líquido palpable, atascando las ventanas de la nariz y los pulmones.

Emerson se lanzó hacia adelante, chapoteando en el barro de cosas indecibles y a veces resbalando en una corteza de melón o una naranja podrida. Me quedé un poco detrás de él. Ésta era la primera vez que estaba en la ciudad vieja por la noche sin un criado llevando una antorcha.

No me desanimo con facilidad. Puedo afrontar el peligro sin miedo, enfrentarme a enemigos sin perder mi calma; pero el furtivo y apestoso silencio comenzaba a avasallar mi mente. Me alegraba de que Emerson estuviera conmigo y era aún más feliz porque él no hubiera sugerido que me quedara atrás. En esto, como en todas nuestras aventuras, éramos socios a partes iguales. Pocos hombres podrían haber aceptado esa situación. Emerson es un hombre notable. Pero por supuesto, si no hubiera sido un hombre notable, no me habría casado con él.

Excepto por los movimientos suaves y siniestros de los depredadores nocturnos, el silencio era completo. En las calles

modernas, donde los turistas y aquellos que satisfacían sus antojos todavía buscaban el placer, había luces y risa, música y voces fuertes. Los habitantes del Khan el Khaleel estaban dormidos o inmersos en ocupaciones que exigían luces tenues y puertas atrancadas. Mientras avanzábamos, percibí un soplo de desagradable dulzor y vi una pálida veta de luz a través de una ventana con postigos. Una voz, amortiguada por las gruesas paredes de adobe, exhaló un tenue chillido de dolor o de éxtasis. La casa era un ghurza, una guarida de opio, dónde los hashshahiin reposaban envueltos en sueños letárgicos. Grité a mi vez cuando una forma oscura saltó a través de una abertura más delante y desapareció en un portal, disolviéndose en la oscuridad que había allí. Emerson se rió entre dientes.

—El nadurgiyya dormitaba. Debería habernos oído acercarnos antes.

Él hablaba en voz baja; Pero ¡oh, cuán sorprendente y felizmente consoladora fue esa reposada voz inglesa!

—¿Nadurgiyya? —repetí.

—El vigilante. Nos tomó por espías de la policía. El ghurza cerrará a cal y canto hasta que el supuesto peligro haya pasado. ¿Lamentas haber venido, Peabody?

La calle era tan estrecha que no podíamos caminar uno al lado del otro, y tan oscura que apenas podría distinguir el contorno ambiguo de su silueta. Sentí, más que vi, la mano estirada hacia mí. Cogiéndola, contesté con sinceridad,

—De ningún modo, mi querido Emerson. Es una experiencia de lo más interesante e inusual. Pero reconozco que si no estuvieras conmigo notaría una cierta intranquilidad.

—Ya casi estamos —dijo Emerson—. Si resulta ser una búsqueda inútil, Peabody, te lo reprocharé el resto de tu vida.

Como todas las demás, la tienda de Abd el Atti estaba a oscuras y aparentemente desierta.

—¿Qué te dije? —dijo Emerson.

—Debemos dar la vuelta por atrás —dije.

—¿Por atrás, Peabody? ¿Crees que esto es un pueblo inglés, con sendas y puertas de cocina?

—No es momento para juegos, Emerson. Confío plenamente en que sabes dónde está ubicada la entrada trasera. Debe de haber otra

entrada, algunos de los clientes de Abd el Atti difícilmente elegirían entrar por la puerta principal con sus mercancías.

Emerson gruñó. Tomándome de la mano, avanzó por la calle un trecho y luego me condujo hacia lo que parecía ser una pared blanca. Había una abertura, sin embargo, tan estrecha y opaca que parecía una línea dibujada con la más negra de las tintas. Mis hombros rozaron las paredes a los lados. Emerson tuvo que deslizarse de costado.

—Aquí es —dijo él, después de un momento.

—¿Dónde? No puedo ver nada.

Él dirigió mi mano hacia una superficie invisible. Sentí la madera bajo mis dedos.

—No hay aldaba —dije, tanteando.

—Ni campanilla —dijo Emerson sarcásticamente. Llamó suavemente con los nudillos.

No hubo respuesta. Emerson, nunca el más paciente de hombres, dejó escapar un juramento y golpeó la puerta con su puño.

El panel se abrió. Apenas unos centímetros, no más, y se movió en absoluto silencio; a través de la abertura salía una luz pálida, tan débil que no penetró en la oscuridad donde nos encontrábamos.

—Qué diablos —masculló Emerson.

Compartía sus sentimientos. Había algo extraño y siniestro en el movimiento de la puerta. Desde adentro no venía ni el más leve susurro. Era como si un paño mortuorio de horror descansara sobre la zona, silenciando incluso el aliento. Más prosaicamente, la docilidad de la puerta implicaba siniestras implicaciones. O que la persona que la había abierto estaba oculta detrás, o que la puerta no había sido cerrada con llave en primer lugar. Era inconcebible que un comerciante en ese barrio dejara su tienda sin cerrar por la noche, a menos que...

—Retrocede, Peabody —pidió Emerson. Reforzó la orden con un empujón del brazo que me arrojó contra la pared con bastante más fuerza de la necesaria. Antes de que pudiera protestar, levantó el pie y pateó la puerta.

Si tenía la intención de inmovilizar a un presunto asesino entre la puerta y la pared, falló. El portal era tan pesado que respondió muy lentamente a su ataque, abriéndose sólo a medias. Emerson maldijo y se agarró el pie.

Fui a su lado y me asomé. Una única lámpara, una de los tazones de arcilla con petróleo que han sido usados desde la antigüedad, iluminaba la estancia; la llama oscilante y humeante creaba una ilusión extraña de movimiento subrepticio en las sombras. El lugar estaba en un desorden tremendo. Abd el Atti no era conocido por su limpieza, pero algo más alarmante que la pereza era el responsable de la confusión reinante. Una mesa de madera desvencijada estaba volcada. Trocitos de cerámica y cristal desperdigados por el suelo debían de haber caído de su superficie, o de los estantes en la pared de la derecha, que estaban vacíos. Mezclados con los pedazos rotos había escarabajos y ushebtis, fragmentos de papiro y lino, vasijas de piedra, esculturas e incluso una momia envuelta, semioculta por una caja de embalaje de madera.

Emerson repitió su juramento del Príncipe del Mal y dio osadamente un paso adelante. Atrapé su brazo.

—Emerson, ten cuidado. Tengo la hipótesis de que aquí ha tenido lugar una lucha.

—O eso o Abd el Atti ha sufrido un ataque por fin.

—Si fuera ése el caso, su cuerpo postrado sería visible.

—Cierto. —Emerson acarició el hoyuelo de su barbilla, una invariable costumbre suya cuándo estaba sumido en sus pensamientos—. Tu hipótesis parece la más probable.

Trató de soltarse de mi agarre, pero persistí.

—Probablemente uno de los combatientes fue nuestro viejo amigo. Pero el otro... Emerson, puede caer sobre nosotros, dispuesto a atacar.

—Sería un tonto si se quedase —contestó Emerson—. Incluso si hubiera estado en el local cuando llegamos, ha tenido tiempo de sobra para emprender la huida a través de la parte delantera de la tienda mientras estamos aquí discutiendo. ¿Además, dónde iba a esconderse? El único lugar posible... —Miró con atención detrás de la puerta—. No, no hay nadie aquí. Entra y cierra la puerta. No me gusta la pinta que tiene esto.

Seguí sus instrucciones. Me sentí más segura con la pesada puerta cerrada contra los peligros de la noche. Pero una sensación de hundimiento me había agarrado. No podría quitarme de encima la impresión de que algo atroz acechaba en este lugar tranquilo y

oscuro.

—Quizá Abd el Atti no estaba aquí después de todo —dije—. Dos ladrones se pelearon... o cayeron...

Emerson continuó frotándose la barbilla.

—Es imposible decir si falta algo. ¡Qué desorden! Buen Dios, Amelia... mira allí, en el estante. Ese fragmento de relieve pintado... lo vi sólo dos años atrás en una de las tumbas en El Bersheh. ¡Dios confunda al viejo bribón, no tiene más principios morales que un chacal, robarle a sus antepasados!

—Emerson —amonesté—, éste no es el momento...

—Y allí... —Emerson saltó sobre un objeto medio oculto por pedazos de cerámica—. Un panel retrato... arrancado de la momia... pintado al temple sobre madera.

Sólo una cosa puede distraer a Emerson de su pasión por las antigüedades. No parecía apropiado aplicar esta distracción. Le dejé parlotear y escarbar en los escombros; lentamente, con el temor entorpeciendo cada uno de mis pasos, me acerqué a la puerta encortinada que conducía a la trastienda. Sabía lo que iba a encontrar y estaba preparada, o eso pensé, para lo peor; pero la visión que chocó con mis ojos cuando corrí la cortina congeló mis extremidades y mi aparato vocal.

Al principio fue sólo una masa oscura e informe que casi llenaba la diminuta estancia. La cosa oscura se movía, contoneándose con suavidad, como un monstruo de las profundidades respondiendo torpemente a los lentos movimientos de las corrientes de agua. Una trémula luz dorada, un destello de color escarlata —mis ojos, ajustándose a la penumbra, comenzaban a distinguir detalles— una mano, con anillos brillantes... Una cara. Irreconocible como humana y mucho menos familiar. La negra e hinchada lengua sobresalía en una mueca espantosa, los ojos abiertos inyectados en sangre...

Un chillido de horror salió de mis labios. Emerson estuvo instantáneamente a mi lado. Sus manos se cerraron dolorosamente sobre mis hombros.

—Peabody, vete. No mires.

Pero había mirado y supe que la vista atormentaría mis sueños: Abd el Atti, colgando de la viga central de su tienda, se bamboleaba de un lado a otro igual que algunos monstruos alados de la noche.

Capítulo 4

Carraspeé y tranquilicé a mi marido.

—Soy yo otra vez, Emerson. Me disculpo por sobresaltarte.

—No es necesario disculparse, mi querida Peabody. ¡Qué vista tan horrible! Era bastante grotesco en vida, pero esto...

—¿Deberíamos cortar la cuerda para bajarlo?

—Sería poco práctico e innecesario —dijo Emerson—. No queda ni rastro de vida en él. Les dejaremos esa desagradable tarea a las autoridades. —Traté de apartar sus manos, y él continuó, muy indignado—. ¿No tendrás intención de jugar a los médicos? Te aseguro, Peabody...

—Mi querido Emerson, nunca he pretendido que pudiera devolver la vida a los muertos. Pero antes de que llamemos a la policía quiero examinar la situación.

Aun acostumbrada como estoy a las muertes violentas, me costó algún esfuerzo tocar la mano fláccida. Todavía estaba caliente. Era imposible calcular la hora de la muerte, la temperatura en el cuarto cerrado era sofocantemente caliente. Aunque deduje que no llevaba mucho tiempo muerto. Encendí algunos fósforos y examiné el suelo, evitando mirar el rostro atroz de Abd el Atti.

—¿Qué diantres estás haciendo? —exigió Emerson, con los brazos en jarras—. Salgamos de este lugar infernal. Tenemos que regresar al hotel para llamar a la policía, las gentes de por aquí no responden a los golpes en la puerta por la noche.

—Por supuesto. —Había visto lo que necesitaba saber. Seguí a Emerson a la trastienda y dejé caer la cortina en su lugar, ocultando el horror del interior.

—¿Buscando pistas? —inquirió Emerson irónicamente cuando

inspeccioné los escombros del suelo. El retrato de la momia no estaba allí. No hice ningún comentario, el fragmento había sido robado de todas formas y no podía estar en mejores manos que las de mi marido.

—No sé lo que ando buscando —contesté—. Es desesperante, supongo, ninguna posibilidad de encontrar una huella clara en estos escombros. ¡Ah! Emerson, mira aquí. ¿No es esto una mancha de sangre?

—El pobre tipo murió estrangulado, Peabody —exclamó Emerson.

—Obviamente, Emerson. Pero estoy segura de que esta sangre...

—Probablemente sea pintura.

—... que esta sangre es del ladrón que...

—¿Qué ladrón?

—... que se cortó durante la pelea —continué, ya acostumbrada al grosero hábito de Emerson de interrumpir—. En el pie, espero. Pisó un trozo de cerámica rota mientras forcejeaba con Abd el Atti...

Emerson me agarró firmemente de la mano.

—Basta, Peabody. Si no vienes conmigo, te echaré sobre mi hombro y te llevaré.

—El callejón de afuera es demasiado estrecho —señalé—. Sólo un minuto, Emerson.

Él me levantó mientras mis dedos se cerraron sobre el objeto que había atraído mi atención.

—Es un trocito de papiro —exclamé.

Emerson me sacó del cuarto.

Habíamos alcanzado la ancha avenida de Muski antes de que cualquiera de nosotros hablara de nuevo. Incluso esa populosa calle estaba tranquila, puesto que era tarde en extremo, pero el benéfico resplandor de las estrellas elevó nuestros espíritus mientras iluminaba la escena. Tomé una larga inspiración.

—Espera un momento, Emerson. No puedo caminar tan rápido. Estoy cansada.

—Lo supongo, después de semejante noche. —Pero Emerson inmediatamente ralentizó su paso y me ofreció el brazo. Caminamos el uno junto al otro y no tuve escrúpulos en apoyarme en él. Le gusta que me apoye en él. En un tono mucho más suave, comentó —: tenías razón después de todo, Peabody. El pobre viejo miserable

tenía algo en mente. Es una pena que decidiera acabar con todo antes de hablar con nosotros.

—¿Qué estás diciendo? —Exclamé—. Abd de Atti no se suicidó. Fue asesinado.

—Amelia, esa es una mera suposición. Confieso que ya esperaba que fraguaras alguna teoría descabellada. El sensacionalismo es tu alimento y tu bebida. Pero no puedes...

—Oh, Emerson, no seas ridículo. Viste la habitación del asesinato. ¿Había algo cerca del cuerpo, una mesa, una silla, un taburete en lo que Abd el Atti pudiera haberse subido mientras ataba el nudo corredizo alrededor de su cuello?

—Maldición —dijo Emerson.

—Sin duda. Fue asesinado, Emerson... nuestro viejo amigo fue vilmente asesinado. Y después de que él hubiera rogado que lo salváramos.

—Te ruego que no insultes mi inteligencia tratando de conmoverme con semejante tontería sentimental —exclamó Emerson furioso—. Si Abd el Atti fue asesinado, el asesino fue uno de sus socios criminales. No tiene nada que ver con nosotros. Sólo una desafortunada coincidencia o, más exactamente, tu hábito incurable de meterte en asuntos ajenos, nos situó en el lugar a destiempo. Se lo notificaremos a la policía, como es nuestro deber, y ése será el fin de este asunto. Tengo bastantes cosas en la cabeza este año. No permitiré que mis actividades profesionales sean interrumpidas...

Lo dejé que refunfuñara. El tiempo demostraría que yo tenía razón, la presión inexorable de los acontecimientos forzaría nuestra implicación. Así que ¿para qué discutir?

* * *

Algunas horas de sueño restauraron mi vigor y espíritu usuales. Cuando me desperté el sol estaba alto en el cielo. Mi primera acción, aún antes de beber el té que el safragi me trajo, fue abrir la puerta que daba a la habitación contigua. Estaba vacía. Una nota, colocada destacadamente sobre el tapete, explicaba que John y Ramses, no queriendo despertarnos, habían salido fuera para explorar la ciudad.

“No se preocupen, señor y señora”, había escrito John. “Cuidaré del señorito Ramses.”

Emerson no se quedó tranquilo con el mensaje.

—Ya ves qué ocurre cuando sales a tus absurdas aventuras —gruñó—. Dormimos demasiado y ahora nuestro joven hijo indefenso vaga por las calles de esta ciudad malvada, desprotegido y vulnerable.

—También estoy profundamente preocupada —le aseguré—. No me atrevo a imaginar qué puede hacer Ramses en El Cairo en el transcurso de algunas horas. Sin duda pronto recibiremos delegaciones de ciudadanos indignados, con facturas por daños.

Hablaba medio en broma. Esperaba una confrontación, no con las víctimas de Ramses, sino con la policía, pues aunque Emerson se había negado resueltamente a discutir el asesinato de Abd el Atti, estaba segura de que nuestra implicación en ese asunto no había terminado. Y ciertamente el mensaje llegó mientras terminábamos el desayuno, que había sido traído a nuestra habitación. El safragi de túnica blanca se inclinó casi hasta el suelo cuando lo entregó. ¿Podríamos, en nuestra infinita condescendencia, acudir a la oficina del director, donde un agente de policía deseaba consultarnos?

Emerson arrojó al suelo su servilleta.

—Ahí está, ¿lo ves? Más retrasos, más vejaciones. Es todo culpa tuya, Amelia. Vamos, acabemos con esto.

El señor Baehler, el director del Shepheard, se levantó para saludarnos cuando entramos en su oficina. Era suizo: un hombre alto, bien parecido, con una melena de pelo gris y una sonrisa aduladora.

Mi sonrisa en respuesta se convirtió en una mueca de disgusto cuando vi a las otras personas que estaban presentes. Había esperado encontrar a un oficial de policía. No había esperado que el oficial tuviera en custodia a la pequeña e increíblemente sucísima persona de mi hijo.

Emerson estaba igual de afectado. Pasó rozando al señor Baehler, ignorando la mano extendida de este último, y agarró rápidamente a Ramses en sus brazos.

—¡Ramses! ¡Mi querido niño! ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Estás herido?

Aplastado contra el pecho de su padre, Ramses era incapaz de contestar. Emerson giró para dirigir una mirada enfurecida al policía.

—¿Cómo se atreve, señor?

—Contrólate, Emerson —exclamé—. Harías mejor en darle a este caballero las gracias por escoltar al niño a casa.

El oficial de policía me dirigió una mirada agradecida. Era un hombre canoso, corpulento, con un cutis de un hermoso marrón-café. Su excelente inglés y pulcro uniforme mostraba la inconfundible disciplina británica que ha transformado Egipto desde que el gobierno de Majestad asumió un beneficioso control sobre esa tierra, anteriormente envuelta en la noche.

—Gracias, señora —dijo, tocando su gorra—. El joven señorito no está herido, se lo prometo.

—Ya veo. Había supuesto, inspector... ¿es ése el tratamiento correcto?... Había supuesto que había venido a preguntarnos en referencia al asesinato de anoche.

—Pero sí que lo he hecho, señora —respondió respetuosamente —. Encontramos al joven señorito en la tienda del hombre muerto.

Me hundí en la silla que el señor Baehler sujetó para mí. Ramses dijo jadeando:

—Mamá, hay un azunto que preferiría dizcutir contigo en privado...

—¡Silencio! —grité.

—Pero, mamá, Baztet...

—¡Silencio he dicho!

El silencio se hizo. Incluso el señor Baehler, cuya reputación de ecuanimidad y actitud social era incomparable, pareció perdido. Lenta y deliberadamente empecé a enfocar mi mirada en John, que permanecía pegado a la pared entre una mesa y una alta silla tallada.

No era posible que una persona del tamaño de John pasara desapercibida. Pero hacía todo lo posible. Cuando mis ojos recayeron sobre él, tartamudeó:

—Oh, señora, l' hice lo mejor qui pude, certamente. L'hice, pero no tinia la menor idea d'ande estábamos hasta...

—Cuida tus vocales —dije severamente—. Estás volviendo a las inaceptables costumbres verbales del ambiente del que el profesor Emerson te rescató. Cinco años de mi entrenamiento deberían haber erradicado todas las huellas de tu pasado.

John tragó saliva. Su manzana de Adán se estremeció

violentamente.

—Yo —dijo lentamente—, no supe dónde estaban... dónde estábamos... hasta...

—Ezo ez cierto, mamá —interrumpió Ramses—. No fue culpa de John. Él penzaba que zólo eztábamoz explorando bazares.

Todo el mundo habló a la vez. El señor Baehler imploró que resolviéramos nuestras disputas familiares en privado, puesto que él era un hombre ocupado, el inspector comentó que tenía trabajo que hacer en cualquier otra parte, Emerson le gritó a John, John trató de defenderse, con sus vocales sufriendo horriblemente durante el proceso, Ramses defendió a John. Silencié el alboroto poniéndome impetuosamente en pie.

—¡Basta! Inspector, ¿supongo que ya no necesita a Ramses?

—No —dijo el caballero, con sentida sinceridad.

—John, lleva arriba a Ramses y lávalo. Quedaos en tu cuarto, ambos, hasta que vayamos. No, Emerson, ni una palabra.

Fui, claro está, obedecida al pie de la letra. Después de que los bribones se hubieran ido, recuperé mi silla.

—Ahora —dije—. A los negocios.

Pronto quedó resuelto. Para mi excesivo disgusto, me encontré con que el punto de vista del policía del caso coincidía con el de Emerson. Él apenas podía negarse a oír mi interpretación, pero por las miradas que intercambiaron los caballeros, sin mencionar las constantes interrupciones de Emerson, supe que mis puntos de vista serían dejados de lado.

—Una pelea entre ladrones —resumió el inspector—. Gracias, profesor y señora Emerson, por su ayuda.

—Cuando haya localizado al sospechoso, iré a la comisaría para identificarlo —dije.

—¿Sospechoso? —El inspector clavó los ojos sobre mí.

—El hombre que vi ayer hablando con Abd el Atti. ¿Anotó la descripción que le di?

—Oh. Sí, señora, lo hice.

—Esa descripción se ajustaría a la mitad de la población masculina de El Cairo —dijo Emerson con desprecio—. Lo que en realidad necesita, inspector, es un experto para evaluar el contenido de la tienda. La mayor parte de eso es propiedad robada, le pertenece por derecho al Departamento de Antigüedades. Aunque el

cielo sabe que no hay nadie en ese granero polvoriento de museo que tenga la más mínima noción de cómo cuidar de las exhibiciones.

—Amigos —dijo el señor Baehler lastimosamente—. Perdónenme...

—Sí, por supuesto —dije—. Emerson, el señor Baehler es un hombre ocupado, no puedo suponer por qué continúas ocupando su tiempo. Continuaremos nuestro debate sobre el caso en otro sitio.

Sin embargo, el inspector inexplicablemente se negó a hacer esto. Ni siquiera aceptó la oferta de Emerson de ayudar a catalogar el contenido de la tienda. Emerson le habría seguido, discutiendo, si no lo hubiera detenido.

—No puedes salir a la calle con ese aspecto. Ramses se ha frotado por toda tu persona. ¿Qué es esa sustancia negruzca y pegajosa, lo sabes?

Emerson recorrió con la mirada el frente de su abrigo.

—Parece ser alquitrán —dijo con una plácida sorpresa—. Hablando de Ramses...

—Sí —dije desagradablemente—. Hablemos de, y con, ese jovencito.

Encontramos a John y Ramses sentados uno al lado del otro sobre la cama, como criminales esperando sentencia... aunque había pocos signos de culpabilidad en el semblante recientemente restregado de Ramses.

—Mamá —comenzó—, Baztet...

—¿Dónde está la gata? —pregunté.

La cara de Ramses se volvió bastante púrpura por la frustración.

—Puez ezo ez lo que intento explicar, mamá. Baztet ze ha perdido. Cuando el policía me zujetó, baztante más bruzcamente de lo que las circunztanciaz requerían, en mi opinión...

—¿Bruscamente has dicho? —El semblante de Emerson reflejaba la misma sombra enojada que su hijo—. Maldito sea, sabía que debería haberle dado de puñetazos al villano en la mandíbula. Quedaos aquí, regresaré tan pronto como...

—¡Espera, Emerson, espera! —Agarré su brazo con ambas manos y clavé mis talones en la alfombra. Mientras luchábamos, yo para sujetarlo y Emerson para liberarse, Ramses comentó pensativamente:

—No le habría pateado en la ezpinilla zi hubiera zido máz cortéz. Referirse a mí como duendecillo entrometido de Zatanáz fue inapropiado.

Emerson dejó de luchar.

—Umm —dijo él.

—Olvida al policía —grité—. Olvida a la gata. Ella volverá cuando le convenga, Ramses, después de todo es una nativa del país.

—La reputada habilidad de loz animalez para cruzar grandez distanciaz en terreno dezconocido ez exagerada, en mi opinión —dijo Ramses.

—Tienes demasiadas opiniones —repliqué gravemente—, ¿qué hacías en el establecimiento de Abd el Atti?

Me descubro a mí misma incapaz de reproducir la explicación de Ramses. Su forma de hablar era sumamente prolija, y parecía seleccionar deliberadamente tantas palabras como era posible que contuvieran la "s". Tampoco fue una explicación convincente. Ramses dijo que había sentido curiosidad por examinar más de cerca varios objetos que había visto en la parte trasera de la tienda durante su visita no autorizada del día anterior. Cuando le pregunté directamente, admitió que sin querer nos había oído discutiendo sobre nuestra intención de visitar a Abd el Atti esa noche.

—Quería ir con vozotroz —añadió acusadoramente—. Pero no pude permanecer dezpierto, y tú, mamá, no me dezpertazte.

—No tenía intención de llevarte, Ramses.

—Ezo sospeché —dijo Ramses.

—¿Sobre qué objetos sentías curiosidad? —preguntó su padre.

—No importa —dije—. ¿Os dais cuenta de que casi ha pasado medio día? Nunca he conocido a un grupo de gente que malgaste tanto tiempo en asuntos insignificantes.

Emerson me lanzó una mirada que decía, alto y claro «¿Y de quién es la culpa de que hayamos desaprovechado la mitad de día?» No habló en voz alta, sin embargo, puesto que intentamos no criticarnos el uno al otro delante de Ramses. Un frente unido es absolutamente esencial para la supervivencia en esa parcela. En lugar de ello, gruñó:

—No puedo esperar a sacudirme el polvo de esta ciudad abominable de mis zapatos. Había esperado irme al final de la

semana, pero...

—Podemos salir mañana si nos ponemos manos a la obra de inmediato —contesté—, ¿qué falta por hacer?

No fue realmente un gran trato. Acordé encargarme de nuestros preparativos para el viaje y el envío de los suministros que había comprado. Emerson debía ir a Aziyeh, el pueblo de las cercanías en el que reclutamos a nuestros obreros calificados, para hacer los arreglos finales para su viaje hacia Mazghunah.

—Llévatelo contigo —dije, señalando a Ramses.

—Claro —dijo Emerson—. Tenía intención de hacerlo. ¿Qué pasa con John?

John se había levantado pesadamente cuando entré en el cuarto. Permanecía de pie, tieso como una estatua durante toda la discusión, sin atreverse a hablar. Sus ojos, fijos sin pestañear en mi rostro, mantenían la misma expresión entre la vergüenza y la esperanza que a menudo había visto en los semblantes de los perros después de haberse portado mal.

—Señora —comenzó, con la más meticulosa atención a sus vocales—, quisiera decir...

—Demasiado se ha dicho ya —interrumpí—. No te culpo, John. Estás fuera de tu tierra natal, como quién dice. En el futuro definiré los perímetros de vuestras andanzas más cuidadosamente.

—Sí, señora. Gracias, señora. —John resplandeció—. ¿Debo ir con el señorito Ramses y el profesor, señora?

—No. Te necesito. ¿Estás de acuerdo, Emerson?

Emerson, en su consumada inocencia, dijo que estaba muy de acuerdo.

Y por fin, después de una comida apresurada, nos separamos para completar las tareas que teníamos asignadas. Pronto había acabado con lo mío. Los europeos constantemente se quejan de los hábitos dilatorios de Oriente, pero imagino que ésa es sólo una excusa para su incompetencia. Nunca he tenido la menor dificultad para obligar a la gente a que hagan lo que quiero que hagan. Sólo se requiere una actitud firme y la determinación de no ser distraída del problema que se tiene entre manos. Ése es el problema de Emerson y, de hecho, el problema de la mayoría de hombres. Se distraen fácilmente. Yo sabía, por ejemplo, que Emerson ocuparía el resto del día en un proyecto que podía haber sido completado en

tres horas, tiempo de viaje incluido. Se repantigaría a fumar y estaría tumbado holgazaneando fumando y charlando (chismorreando) con Abdullah, nuestro viejo capataz, Ramses volvería a casa con el estómago lleno de caramelos antihigiénicos y su precoz cerebro repleto de nuevas palabras, la mayor parte de ellas groserías. Estaba resignada a ello. La alternativa habría sido llevar a Ramses conmigo.

John me siguió con silenciosa y escrupulosa devoción mientras cumplí con mis tareas. Una levísima sombra de aprensión cruzó su semblante ingenuo cuando le indiqué al conductor del carruaje que nos dejara cerca de la entrada al Khan el Khaleel, pero controló su lengua hasta que estuvimos casi en nuestro destino.

—Ay, señora —comenzó—. Li prometí al amo...

—Las vocales, John —dije—. Presta atención a tus vocales.

John se dejó caer detrás cuando pasé bajo el arco que conducía allí desde la plaza.

—Sí, señora. Señora, ¿vamos a ese... a ese lugar?

—Ciertamente.

—Pero, señora...

—Si le prometiste al profesor Emerson que me impedirías ir allí, debiste tener mejor criterio. Y él no debería haberte sacado una promesa que posiblemente no podrías mantener. —John dejó escapar un gemido apenas perceptible y yo condescendí a explicarme, algo que rara vez hago—. La gata, John... la gata de Ramses. Lo menos que podemos hacer es buscar al animal. Al niño se le rompería el corazón dejarla atrás.

Una escena de absoluto pandemónium apareció ante nuestros ojos cuando giramos hacia la calle frente a la tienda. El estrecho camino estaba completamente bloqueado por cuerpos, incluyendo los de varios asnos. La mayoría de la gente eran hombres, aunque había algunas mujeres, todos de la clase más humilde, y todos parecían estar atentos a algún espectáculo por delante. Se reían y hablaban, sus cuerpos se bamboleaban mientras trataban de ver por encima de las cabezas de los de la primera fila. Los niños se escurrían por el medio de la multitud.

Algunas frases árabes de cortesía y la aplicación juiciosa de mi útil parasol en espaldas, hombros y cabezas, captaron pronto la atención de los más cercanos a mí. Obsequiosamente se separaron

para dejarme pasar.

La tienda de Abd el Atti era el foco de interés del populacho. Había esperado encontrarla cerrada y con las contraventanas echadas, con un agente de policía de servicio. En lugar de ello, el lugar permanecía totalmente abierto, sin ningún policía a la vista. La pequeña habitación delantera estaba llena de trabajadores vistiendo con las baratas túnicas a rayas azules y blancas de su clase, y los andrajosos turbantes en sus cabezas. Tan pronto como vi lo que ocurría, entendí la diversión de los espectadores. Un trabajador se adelantaba con un fardo en los brazos, que cargaba en un asno cercano. Otro trabajador lo quitaba. El proceso parecía tener toda la futilidad del tejido y destejido de Penélope en su tapiz, y al principio no podía imaginar lo que todo eso significaba. Luego vi a dos personas que estaban nariz con nariz en el centro del cuarto, gritando órdenes contradictorias. Uno era un hombre, que vestía un atildado traje europeo y un fez rojo oscuro. La otra era una mujer cubierta de negro polvoriento de pies a cabeza. En su agitación ella había dejado caer su velo, revelando una cara tan arrugada como una grosella y tan malevolente como la de la bruja de un cuento de hadas alemán. Su boca boqueaba, mostrando unas encías desdentadas, mientras alternativamente gritaba órdenes a los trabajadores e improperios a su adversario.

Parecía ser el tipo de situación que exigía la asistencia de una persona sensata. Apliqué la puntera de mi parasol, enérgica aunque imparcialmente, a las personas que bloqueaban mi camino, y proseguí hacia la puerta de la tienda. La anciana fue la primera en divisarme. Ella se detuvo a mitad de una palabra, una palabra demasiado impropia para que alguien, y mucho menos una mujer, la utilizara y clavó sus ojos en mí. Los trabajadores dejaron caer sus fardos y se quedaron con la boca abierta, el populacho murmuró y se agitó, observando impacientemente, y el hombre del fez se giró para afrontarme.

—¿Qué está pasando aquí? —Exigí—. Ésta es la tienda de Abd el Atti. ¿Quiénes son esta gente que está robando su propiedad?

Había hablado en árabe, pero el hombre, identificando mi nacionalidad por mi vestido, contestó en un inglés con acento, aunque fluido.

—No soy ladrón, missus. Soy el hijo del difunto Abd el Atti.

¿Puedo preguntar su honorable nombre?

La última pregunta fue pronunciada con manifiesto desprecio, que se extinguió tan pronto como di mi nombre. La anciana dejó escapar un cacareo de risa.

—Es la mujer del Padre de las Maldiciones —exclamó—. La que llaman Sitt Hakim. He oído hablar de usted, Sitt. ¿No dejará que roben a una anciana, que una esposa honrada sea despojada de su herencia?

—¿Usted es la esposa de Abd el Atti? —pregunté con incredulidad. ¿Esta horrible y vieja bruja? ¿De Abd el Atti, que era lo bastante rico como para comprar cualquier número de jóvenes esposas y que tenía un marcado aprecio por la belleza?

—Su esposa principal —dijo la bruja. Recordando tardíamente su estado afligido, dejó escapar un aullido poco convincente de aflicción y se agachó para recoger un manojo de polvo, que se derramó sobre su cabeza.

—¿Su madre? —le pregunté al hombre.

—Que Allah no lo permita —fue la piadosa respuesta—. Pero soy el hijo vivo mayor, missus. Llevo la mercancía a mi propia tienda, es una tienda elegante, missus, en el Muski, una tienda moderna. Muchos ingleses vienen a mí, si viene, le venderé cosas bellas, muy baratas...

—Sí, sí, pero esa no es la cuestión —dije, aceptando distraídamente la tarjeta que me dio—. No puede llevarse estas cosas ahora. La policía investiga la muerte de su padre. ¿No le dijeron que dejara la escena del crimen intacta?

—¿Del crimen? —Una sonrisa singularmente cínica transformó la cara del hombre. Sus ojos se estrecharon hasta convertirse en unas ranuras y sus labios apenas se separaron—. Mi desafortunado padre ha ido a hacer las paces con Alá. Tenía amigos equivocados, missus. Sabía que tarde o temprano uno de ellos se desharía de él.

—¿Y no llama a eso un crimen?

El hombre tan sólo se encogió de hombros y comenzó a poner los ojos en blanco, con el fatalismo inefable e incontestable del oriente.

—En cualquier caso —dije—, no puede sacar nada de la tienda. Devuelva todos los objetos, por favor, y cierre la puerta con llave.

La risa demoníaca de la anciana estalló de nuevo. Comenzó a

arrastrar los pies en un baile grotesco de triunfo.

—Sabía que la honorable sitt no permitiría que le robaran a una anciana. La sabiduría del Profeta sea contigo, gran señora. Acepta la bendición de una anciana. Que tengas muchos hijos... muchos, muchos hijos.

La idea era tan abrumadora que creo que me puse pálida. El hombre confundió mi reacción con miedo. Dijo con voz anodina:

—No puede obligarme a hacer eso, missus. No sois la policía.

—No le hable de ese modo a mi señora —dijo John, indignado— Señora, ¿le doy un puñetazo en la nariz?

La alegría, medio irónica, medio entusiasta, estalló en aquellos del populacho que entendían inglés. Evidentemente el hijo de Abd el Atti no era popular entre los vecinos del difunto.

—Claro que no —dije— ¿Qué es eso de hablar de darle puñetazos a la gente? No debes tratar de imitar todos los hábitos de tu amo, John. El señor... —miré la tarjeta que sostenía—. El señor Aslimi será razonable, estoy segura.

El señor Aslimi no tenía mucho dónde escoger en el asunto. Los asnos se fueron sin trabas, y aunque es difícil de leer el semblante de un asno, parecían estar contentos de librarse de sus cargas. Los trabajadores se fueron, maldiciendo por lo insignificante de su paga, y la multitud se dispersó. Despaché a la querida anciana antes de que ella pudiera repetir su agorera bendición. Se fue dando salto, graznando como un gran cuervo negro. Entonces me volví hacia el señor Aslimi. Era un individuo desagradable, pero no podía evitar sentir algo de simpatía por alguien que tenía que vérselas con tal madrastra.

—Si coopera, señor Aslimi, me esmeraré en abogar por su caso ante las autoridades.

—¿Cooperar cómo? —preguntó Aslimi cautelosamente.

—Contestando a mis preguntas. ¿Cuánto sabe del negocio de su padre?

Bien, por supuesto él juró que no sabía nada de ninguna conexión criminal. Esperaba que dijera eso, pero mi intuición (que casi nunca falla) me dijo que no estaba directamente involucrado con la banda de antigüedades, probablemente a su pesar. También negó cualquier conocimiento sobre el personaje sospechoso que yo había visto con Abd el Atti. Esta vez mi intuición me aseguró que

estaba mintiendo. Si no conocía la identidad del hombre, tenía una idea aproximada de quién podía ser.

Entonces le pedí permiso para registrar la tienda. Había algunas valiosas y obviamente ilegales antigüedades en diversas alacenas cerradas, pero no eran asunto mío, y la expresión severa de Aslimi se alivió perceptiblemente cuando las pasé de largo sin hacer comentarios. No encontré nada que me diera una pista sobre la identidad del asesino de Abd el Atti. El lugar había sido pisoteado por muchos pies y saqueado a fondo, y además, no tenía ni idea de qué estaba buscando.

Ni había ni rastro de la perdida Bastet. El señor Aslimi negó haberla visto. Esta vez estuve segura de que decía la verdad.

Nos separamos con fórmulas de buena voluntad que eran falsas por ambos lados. Estaba segura de que él no se aventuraría a reabrir la tienda, puesto que le había asegurado que daría parte a la policía de sus actividades.

Cuando John y yo volvimos sobre nuestros pasos a través de las sinuosas y sombrías calles, me mantuve alerta por si veía una forma ágil y felina, pero no sirvió de nada. No hubo respuesta a mis repetidos gritos, excepto las miradas curiosas de los transeúntes. Oí a uno decir, en respuesta a una pregunta de su compañero:

—Es el nombre de uno de los viejos dioses. Son magos de gran poder, ella y su marido, sin duda está recitando una maldición contra ese... Aslimi.

Al llegar al Muski tomamos un carruaje hasta la entrada del bazar. John se sentó ansiosamente sobre el mismo borde del asiento.

—Señora —dijo él.

—¿Sí?

—Yo... no le mencionaré esto al amo, si usted quiere.

—No hay ninguna razón por la que debieras sacar el tema, John. Pero si respondes a una pregunta directa, naturalmente le dirás la verdad.

—¿Lo haré?

—Por supuesto. Andábamos buscando a la gata. Desafortunadamente no encontramos ningún rastro de ella.

Pero cuando entré en mi habitación, lo primero que vi fue una forma felina familiar, acurrucada al pie de mi cama. Como yo había

predicho, Bastet había encontrado su camino a casa.

El sol se ponía llameando tras las doradas agujas y minaretes de El Cairo cuando los vagabundos regresaron, precisamente en el estado que había esperado. Ramses se abalanzó, como siempre, a abrazarme. Llevaba puesto mi vestido más viejo en previsión de ello. Yo era la única persona, exceptuando a su tía Evelyn, con quien Ramses era tan físicamente demostrativo. A veces sospechaba que lo hacía a propósito, pues casi siempre estaba cubierto de una sustancia nociva u otra. En esta ocasión, sin embargo, se desvió en el último momento y se precipitó hacia la gata.

—¿Dónde la encontraste, mamá?

Me sentí halagada por su suposición de que yo era la responsable, pero la verdad me obligó a contestar:

—No la encontré, Ramses... aunque la busqué. Encontró su propio camino de vuelta.

—Es un alivio —dijo Emerson, sonriendo pálidamente—. Ramses estaba realmente angustiado por ella. Mantenla con la correa de ahora en adelante, hijo mío.

—Y bájala hasta después de que hayas tomado un baño —añadí —. He pasado una hora cepillándola y limpiándola. Vas a ensuciarla otra vez.

Agarrando a la gata contra su pecho, en flagrante ignorancia a esta orden, Ramses se retiró acompañado de John. Él (Ramses) olía de forma muy peculiar. A cabra, creo.

Emerson también olía a cabra y al fuerte tabaco preferido por los hombres de Aziyeh. Parecía cansado y admitió que mucho cuando le pregunté. Cuando le pregunté más, admitió que el "ímpetu juvenil" de Ramses, como lo denominó, era el responsable de su fatiga. Ramses se había caído de una palmera y dentro del río, había sido atacado y ligeramente pisoteado por una cabra después de tratar de aflojar la cuerda alrededor de su cuello, porque le pareció que estaba muy apretada (el animal, o había equivocado sus motivos, o se había dejado vencer por la irascibilidad de carácter a que son tradicionalmente propensos los machos cabríos), y había concluido la tarde consumiendo varias pintas de vino de dátil, prohibido para los musulmanes devotos, pero confeccionado a escondidas por algunos de los aldeanos.

—Es extraño —dije—. No parecía estar ebrio.

—Se deshizo del vino casi inmediatamente —dijo Emerson—. En el suelo de la casa de Abdullah.

Ante mi sugerencia, Emerson se retiró detrás del biombo para refrescarse, mientras llamé al safragi y ordené whisky con soda para ambos.

Mientras sorbíamos esta bebida estimulante, comparamos apuntes sobre las actividades del día. Los resultados fueron de lo más satisfactorios. Todos los arreglos necesarios habían sido completados y estábamos listos para salir al amanecer. Yo había pasado el resto de la tarde preparando y precintando nuestras cajas, mejor dicho, supervisando a los sirvientes del hotel en esa labor, así que pudimos pasar la tarde en pacífico disfrute. Sería la última tarde en muchas semanas que disfrutaríamos de las comodidades civilizadas, y aunque no cedería ante nadie mi aprecio por la vida del desierto, tenía la intención de aprovecharme del vino, de la buena mesa, de los baños calientes y las camas suaves mientras estuvieran disponibles.

Nos llevamos a Ramses con nosotros para la cena, aunque se resistió a separarse de Bastet.

—Alguien la ha laztimado —dijo, mirándome acusadoramente —. Hay un corte en zu lomo, mamá... un corte fino, como zi estuviera hecho por un cuchillo.

—Lo vi y lo curé, Ramses.

—Pero, mamá...

—Es sorprendente que ella no tenga más cicatrices que mostrar a causa de su aventura. Sólo espero que no haya...

—¿Qué no haya qué, mamá?

—No importa. —Clavé los ojos en la gata, que me devolvió la mirada con sus enigmáticos ojos dorados. No pareció estar en estado de excitación amorosa... el tiempo, y sólo el tiempo, lo diría todo.

Por una vez Emerson no se quejó por verse forzado a cenar fuera. Hinchado de orgullo paternal, presentó a todo el mundo que conocía y a varios que no:

—Mi hijo, Walter Peabody Emerson.

Yo misma me enorgullecí bastante del niño. Llevaba puesto un traje escocés, con un pequeño kilt del tartán Emerson. (Diseñado por mí misma, es una mezcla de buen gusto en escarlata, verde

oscuro y azul, con estrechas franjas amarillas y púrpuras.)

Después de todo fue una noche de lo más agradable, y cuando nos retiramos a nuestras habitaciones buscamos nuestro sofá para la contemplación serena de un día bien empleado y del trabajo útil que había por delante.

La luna se había ocultado y la plateada luz de las estrellas era la única iluminación cuando me desperté de madrugada. Me espabile instantáneamente. Nunca me despierto a menos que haya una razón y pronto identifiqué el motivo que me había espabilado en esta ocasión: un sonido suave y sigiloso en la esquina del cuarto, donde se amontonaban nuestras bolsas y cajas, listas para sacarlas por la mañana.

Durante un momento me quedé perfectamente inmóvil, permitiendo que mis ojos se ajustaran a la trémula luz y esforzándome en escuchar. Los ronquidos de Emerson interfirieron con esta última actividad, pero en los momentos de calma entre la inspiración y la expiración pude oír al ladrón hurgando entre nuestro equipaje.

Estoy acostumbrada a las alarmas nocturnas. Por alguna razón me sucede a menudo. Apenas necesito decir que no estaba para nada asustada. La única pregunta en mi mente era cómo apresar al ladrón. No había cerrojo en nuestra puerta. La presencia del safragi en el vestíbulo "se suponía" suficiente para disuadir a los ladrones ocasionales, pocos de los cuales hubieran tenido la temeridad de entrar en un lugar como el Shepheard. Estuve segura de que este acontecimiento inusual era el resultado de mi investigación del asesinato de Abd el Atti. Era una perspectiva emocionante. Aquí, a fin de cuentas, en mi propia habitación, había una posible pista. No se me ocurrió despertar a Emerson. Se despierta ruidosamente, con gritos y jadeos y moviéndose agitadamente.

En varias ocasiones previas había caído en el error de enredarme en la mosquitera, dándole así una oportunidad de escapar a un invasor de medianoche. Estaba decidida a no cometer el mismo error. Los pliegues transparentes de la red estaban remetidos firmemente bajo el colchón a los lados de la cama. Empecé a tirar suavemente de la porción más próxima a mi cabeza, liberando una pulgada cada vez. Emerson continuaba roncando. El ladrón continuaba buscando.

Cuando la red estuvo floja, todo lo lejos que podía alcanzar sin mover nada más que mi brazo, llegó el momento crucial. Revisé mentalmente mis planes. Mi parasol estaba preparado como siempre, apoyado contra el cabecero de la cama. El ladrón estaba en la esquina más alejada de la puerta. La velocidad en lugar del silencio era ahora mi objetivo. Recogiendo un puñado de la red, le di un fuerte tirón.

El maldito aparato al completo se desplomó sobre mí. Evidentemente los clavos que lo sujetaban al techo se habían aflojado. Mientras luchaba en vano para liberarme, oí, mezclado con las maldiciones desconcertadas de Emerson, el sonido de unos pies golpeando el suelo. La puerta se abrió y se cerró.

—Maldita sea —grité, olvidándome de mí misma, en mi frustración.

—Maldita sea —gritó Emerson—. Qué demonios... —Y otras expresiones aún más enérgicas de alarma.

Mis esfuerzos para liberarme fueron frustrados por la frenética lucha de Emerson, que sólo consiguió enrollar la red más apretadamente alrededor de nuestras extremidades. Cuando las personas que dormían en la habitación contigua llegaron precipitadamente a la escena estábamos acostados uno al lado del otro, enrollados como un par de momias gemelas e incapaces de ningún movimiento. Emerson todavía rugía lanzando maldiciones y la visión de la cara de John mientras se quedaba mirando, con su gorro de dormir levantado en un pico y sus pantorrillas desnudas asomando bajo el dobladillo de su camisón, me hizo prorrumpir en una risa histérica.

El aliento de Emerson finalmente se agotó, había inspirado una porción de la red, que estaba enrollada en su cara. En el bendito silencio que siguió le di a John instrucciones de poner en el suelo la lámpara antes de que la dejara caer e incendiara el lugar. La gata agachó la cabeza y empezó a husmear por el cuarto. El pelo de su lomo estaba levantado en una tiesa cordillera.

Ramses se había hecho cargo de la situación con una mirada de apacible indagación. Desapareció en su habitación y regresó llevando algún objeto que brillaba a la luz. Hasta que no se acercó a la cama no lo identifiqué. Dejé escapar un chillido.

—¡No, Ramses! Suéltalo. Suéltalo de inmediato, ¿me oyes?

Cuando hablo en ese tono, Ramses no discute. Dejó caer el cuchillo. Tenía por lo menos veinte centímetros de largo y estaba pulido hasta un brillo perverso.

—Mi intención —comenzó—, era liberarte a ti y a papá del eztorbo que de alguna manera totalmente inezplicable parece haber...

—No tengo nada en contra de tus intenciones, sólo de tus métodos. —Logré sacar un brazo. No pasó mucho tiempo antes de que hubiera apartado a patadas la red, y me giré de inmediato, con cierta ansiedad, hacia Emerson. Como me temía, su boca abierta estaba rellena de red. Sus ojos estaban hinchados y su cara se había vuelto de un portentoso matiz de malva.

Fue necesario algún tiempo para restablecer el orden. Reviví a mi jadeante esposo, confisqué el cuchillo, un regalo de Abdullah, que Ramses no había considerado oportuno mencionar, y ordené a mi hijo, a mi criado y a mi gata que regresaran a sus camas. Luego, finalmente, pude prestar atención al crimen, pues el allanamiento frustrado, me atrevo a afirmar, debe ser considerado un crimen.

No tenía sentido perseguir al ladrón. Había tenido tiempo de cruzar medio El Cairo para entonces. Una mirada a la escena de su búsqueda me aseguró que era un maestro en su ilegal oficio, pues había logrado crear un descalabro considerable con un mínimo de sonido. No se había aventurado a abrir ninguna de las cajas de embalaje, que habían sido cerradas con clavos, pero todo nuestro equipaje personal había sido registrado. El contenido estaba esparcido en descuidados montones por el suelo. Una botella de tinta había perdido su tapón, con consecuencias desastrosas para mi mejor blusa.

Emerson, ahora completamente recuperado aunque respirando con fuerza por la nariz, se enderezó hasta una posición sentada. Con los brazos cruzados y la cara congestionada, observó en sombrío silencio durante un rato y luego inquirió amablemente,

—Amelia, ¿por qué estás gateando a cuatro patas?

—Ando buscando pistas, por supuesto.

—Ah, sí. Una tarjeta de visita, quizá. Un fragmento de tela rota de la túnica de nuestra visita... una túnica idéntica a la usada por la mitad de población de Egipto. Un mechón de pelo, cortésmente arrancado de su cuero cabelludo para ayudar...

—Los comentarios sarcásticos no son propios de ti, Emerson —dije, mientras continuaba gateando. Y era un proceso tedioso, podría añadirse, cuando los pliegues del camisón se arremolinan bajo las rodillas de una. Luego dejé escapar un grito de triunfo—: ¡Ajá!

—Una foto de la esposa y los niños del ladrón —continuó Emerson, entusiasmado con su tema—. Una carta con su nombre y dirección... aunque no hay bolsillos en esas túnicas y pocos de los que las visten pueden leer y escribir...

—Una huella —dije.

—Una huella —repitió Emerson— ¿De unas botas de tachuelas, quizá? De un patrón inusual, hechas por un único zapatero en todo El Cairo, que conserva un registro de sus clientes...

—Correcto —dije—. Al menos en lo que se refiere a las botas. Dudo, sin embargo, que el patrón demuestre ser único. Haré averiguaciones, por supuesto.

—¿Qué? —Emerson saltó de la cama— ¿pies calzados con botas, has dicho?

—Míralo por ti mismo. Hay una impresión clara. Ha debido pisar la tinta derramada. Me alegro del accidente por esa razón, aunque no entienda por qué tendría que haber una botella de tinta en mi bolso. Supongo que Ramses la puso allí.

Ahora a cuatro patas como yo, Emerson inspeccionó la huella.

—No hay razón por la que un vulgar ratero no debiera llevar botas. Si vistiera ropas europeas, o si fuera europeo, le resultaría más fácil conseguir entrar en el hotel...

Su voz se desvaneció de forma indecisa.

—Un vulgar ratero no se atrevería a entrar en el hotel, Emerson. Aunque el safragi está dormido la mayoría de las veces.

Emerson se acuclilló.

—Sé lo que piensas —exclamó acusadoramente—. Insistirás en alguna conexión con la muerte de Abd el Atti.

—Sería una extraña coincidencia si los dos acontecimientos no estuvieran conectados.

—Coincidencias más extrañas han ocurrido. ¿Detrás de qué podía ir?

—El retrato de la momia —sugerí.

Emerson pareció incómodo.

—Tengo intención de entregarlo al museo, Amelia.

—Por supuesto.

—Es una bella obra, pero no valiosa —filosofó Emerson, restregándose barbilla—, ¿rescataste... er... algo de la tienda?

—Sólo un trocito de papiro, que parece ser del mismo escrito que el que obtuve de Abd el Atti.

—Los dos juntos no valdrían el riesgo corrido por el ladrón. —Emerson se sentó. Con el codo en la rodilla, la mejilla en su mano, podría servir de modelo para la espléndida estatua de monsieur Rodin, incluso sus ropas... o, para decirlo con toda la discreción posible, la ausencia de ellas. Emerson se niega a llevar camisón y la nueva moda pasajera de los pijamas han merecido un buen número de exabruptos por su parte.

—El papiro del cual proceden los fragmentos es posible que sea de valor —dijo, después de un tiempo—. Sayce estaba intrigado, aunque trató de ocultarlo, el muy taimado. No tenemos el papiro, sin embargo. ¿No es verdad?

—Emerson, me hieres en lo más vivo. ¿Cuándo te he engañado alguna vez acerca de algo importante?

—Muy a menudo, Amelia. Sin embargo, en este caso aceptaré tu palabra. ¿Estás de acuerdo en que no poseemos nada que explique la visita de un emisario de tu imaginario Maestro Criminal?

—No que yo sepa. Sin embargo...

Emerson se puso majestuosamente en pie.

—La invasión fue obra de un vulgar ladrón —proclamó, con tono retórico—. Ahí se acaba todo. Ven a la cama, Amelia.

Capítulo 5

Mazghunah.

¡Mazghunah! Mazghunah...

No, no hay magia en el nombre, sin importar cómo se diga. Ni siquiera una fila de signos de admiración puede prestar encanto a una colección tan grosera de sílabas. Giza, Sakkara, Dahshoor no son más eufónicos, quizás, pero evocan el cebo de la antigüedad y la exploración. Mazghunah no tiene nada que se pueda recomendar.

Posee una estación de ferrocarril y descendimos del tren para encontrar que éramos aguardados con ansia. Dominando a todos los espectadores que se habían reunido en el andén estaba la forma majestuosa de nuestro reis, Abdullah, que se había adelantado para arreglar el transporte y el alojamiento. Es el más solemne de los hombres, casi tan alto como Emerson, y hay que decirlo, por encima de la altura media egipcia, con una variedad de pelo facial que se volvía de un tono más ligero con los años, pronto rivalizará con el blanco como la nieve de la túnica. Pero tiene la energía de un joven y cuando nos vio una ancha sonrisa aligeró la solemnidad de su bronceado semblante.

Después de que nuestro equipaje hubiera sido cargado en los asnos que Abdullah había seleccionado, montamos nuestros propios corceles.

—Adelante, Peabody —gritó Emerson—. ¡Adelante!

Con las mejillas ruborizadas y los ojos resplandecientes instó a su asno a trotar. Es imposible que un hombre alto parezca heroico cuando monta en una de esas bestias pequeñas, pero mientras miraba a Emerson trotando, con los codos hacia fuera y las rodillas bien arriba, la sonrisa que curvaba mis labios no era de mofa.

Emerson estaba en su elemento, feliz como uno sólo puede estar cuando encuentra su propio nicho en la vida. Ni la desilusión de la decisión de Morgan podría aplastar ese espíritu noble.

La inundación retrocedía, pero la extensión de agua todavía cubría los campos. Siguiendo los diques del primitivo sistema de irrigación, cabalgamos hasta que de repente el verde de los árboles y las cosechas jóvenes cedió a la tierra árida del desierto, en una línea tan brusca que parecía haber sido dibujada por una mano celestial. Adelante estaba la escena de nuestro trabajo de invierno.

Nunca olvidaré la profunda depresión que me aferró cuando percibí por primera vez el sitio de Mazghunah. Más allá de las colinas bajas y áridas que bordeaban los cultivos, una vasta extensión de arena regada de escombros se estiraba al oeste hasta donde alcanzaba la vista. Al norte, perfiladas valientemente contra el cielo, estaban las dos pirámides de piedra de Dahshoor, una con un contorno regular, la otra marcada por el curioso cambio en el ángulo de la cuesta que le ha dado el nombre de "Pirámide inclinada". El contraste entre estos dos magníficos monumentos y la ondulante esterilidad de nuestro sitio era casi demasiado doloroso para ser soportado. Emerson se había detenido, cuando me acerqué a su lado vi que tenía los ojos fijos en las lejanas siluetas y que una mueca de furia le retorcía los labios.

—Monstruo —gruñó—. ¡Canalla! ¡Tendré mi venganza, el día de ajustar cuentas no puede estar lejos!

—Emerson —dije, poniendo la mano en su brazo.

Se giró hacia mí con una sonrisa de dulzura artificial.

—Sí, querida. ¿Un lugar encantador, verdad?

—Encantador —murmuré.

—Creo que voy a cabalgar al norte y dar los buenos días a nuestro vecino —dijo Emerson con indiferencia—. Si tú, mi querida Peabody, instalas el campamento...

—¿Instalar el campamento? —repetí—. ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Con qué?

Llamar desierto al terreno de esta parte de Egipto es erróneo, ya que no es la clase de desierto que el lector puede imaginarse en su mente, vastas dunas de arena, rodando suavemente hasta el infinito sin mucho más que un arbusto o las aristas de piedra. Esta área era lo bastante árida, pero el suelo era desigual, roto por hoyos, aristas

y agujeros, y cada trozo de la superficie estaba regado de escombros, fragmentos de alfarería rota, pedacitos de madera y de otras cosas, evidencias menos sabrosas de ocupación. Mi ojo experimentado inmediatamente lo identificó como un cementerio. Bajo la superficie de piedra yacían cientos de tumbas. Todo había sido robado en antiguos tiempos, los pedacitos que ensuciaban el suelo eran los restos de los bienes enterrados con los muertos y los restos de los muertos en sí mismos.

Ramses se bajó de su asno. Agachándose, empezó a examinar los escombros.

—Aquí, señorito Ramses, deje esa basura desagradable —exclamó John.

Ramses sostuvo un objeto que parecía una rama rota.

—Es un femuw —dijo con una voz temblorosa—. Perdón, mamá, quiero decir, un fémur.

John dejó salir un grito de repugnancia y trató de tirar el hueso de Ramses. Comprendí la emoción que había afectado al niño y dije tolerantemente.

—No importa, John. No puedes evitar que Ramses excave aquí.

—Esta basura desagradable es el objeto de nuestra presente búsqueda —agregó Emerson—. Déjalo, hijo, conoces la regla de la excavación, nunca muevas nada hasta que su ubicación haya sido registrada.

Ramses se levantó obedientemente. La brisa tibia del desierto le erizó el pelo. Los ojos resplandecieron con el fervor de un peregrino que ha alcanzado finalmente la Ciudad Santa.

Habiendo persuadido a Ramses de abandonar los huesos por el momento, cabalgamos hacia el noroeste. Cerca de una arista de piedra encontramos a nuestros hombres, que habían llegado el día antes para seleccionar el sitio del campamento. Había diez en total, incluyendo a Abdullah, viejos amigos y excavadores experimentados que supervisarían a los trabajadores no especializados que esperábamos contratar en el pueblo. Devolví sus salutaciones entusiastas, notando mientras lo hacía que el campamento consistía en un hoyo para el fuego y dos tiendas. El interrogatorio obtuvo la respuesta insulsa.

—Pero, Sitt, no hay ningún otro lugar.

En varias de mis expediciones yo había establecido el gobierno

de la casa en una tumba vacía. Recordé con particular placer las tumbas recortadas en la piedra de El Amarna, siempre digo que no hay nada más espacioso o conveniente que una tumba, especialmente la de una persona adinerada. Obviamente tal servicio no estaba disponible aquí.

Subí a la cima del risco. Mientras trepaba entre las piedras di gracias por una bendición al menos, ya no me estorbaban las faldas voluminosas y el corsé apretado que habían sido de rigor cuando empecé el estudio de la egiptología. Mis ropas de trabajo actuales habían sido desarrolladas y refinadas por mí y eran enteramente satisfactorias, estética y prácticamente. Consistían en un sombrero de paja de ala ancha de hombre, una blusa con manga larga y cuello suave, y pantalones turcos sueltos hasta la rodilla, con robustas botas y polainas debajo de los pantalones. El uniforme, si puedo llamarlo así, estaba completado por un accesorio importante, un cinturón ancho de cuero al que había unido una modificación de una castellana pasada de moda. En vez de tijeras y las llaves que las amas de casa ataron una vez a este dispositivo, mi colección de instrumentos útiles incluía un cuchillo de caza, una pistola, papel de escribir y lápiz, cerillas y velas, una regla plegable, una pequeña cantimplora de agua, una brújula de bolsillo y un costurero. Emerson declaraba que tintineaba como un preso encadenado cuando caminaba. También se oponía a ser pinchado en las costillas por el cuchillo, la pistola, etcétera, cuando me abrazaba. Pero estoy segura que la utilidad de cada artículo será evidente para el lector astuto.

Abdullah me siguió a la colina. La cara tenía esa expresión remota y meditabunda que llevaba cuando esperaba una reprimenda.

Estábamos bastante cerca de los cultivos. Un grupo de palmeras a medio kilómetro de distancia presagiaba la presencia de agua y entre las palmeras pude ver los techos bajos de una aldea. Más a mano estaba el objetivo que buscaba. Lo había vislumbrado mientras cabalgábamos, las ruinas de un edificio de algún tipo. Lo señalé.

—¿Qué es eso, Abdullah?

—Es un edificio, Sitt —dijo Abdullah, en tono de asombro. Uno supondría que él nunca había advertido el lugar antes.

—¿Está ocupado, Abdullah?

—No lo creo, Sitt.

—¿Quién es el dueño, Abdullah?

Abdullah contestó con el inefable encogimiento de hombros árabe. Mientras me preparaba para descender por el lado lejano del risco, dijo rápidamente.

—Ese no es un lugar bueno, Sitt Hakim.

—Tiene paredes y parte de un techo —contesté—. Eso es lo bastante bueno para mí.

—Pero, Sitt...

—Abdullah, sabes cómo me molesta tu reticencia musulmana. Habla francamente. ¿Qué está mal con el lugar?

—Está lleno de diablos —dijo Abdullah.

—Ya veo. Bien, no te preocupes por eso. Emerson expulsará a los diablos.

Llamé a los otros y los hice seguirme. Cuanto más nos acercábamos, más complacida estaba con mi descubrimiento y más desconcertada con ello. No era una casa ordinaria, la extensión de las paredes, algunas derribadas y otras todavía intactas, sugería una estructura de tamaño y complejidad considerables. No tenía signos de haber sido habitada recientemente. El páramo árido se extendía por todas partes, sin ningún árbol ni brizna de hierba.

Los materiales de construcción eran una mezcla extraña. Algunas de las paredes eran de adobe, otras de piedra. Unos pocos bloques eran tan grandes como cajas de embalaje.

—Robados de nuestras pirámides —se quejó Emerson. Se metió a través de un agujero en la pared más cercana. No necesito decir que yo estaba muy cerca.

El área interior había sido un patio, con secciones en tres lados y una pared robusta en el cuarto. La pared y la serie de cuartos en el sur habían caído en ruinas, pero las secciones restantes habían sobrevivido, aunque la mayoría estaban abiertas al cielo. Unos pocos pilares soportaban un pasillo techado en un lado.

Emerson chasqueó los dedos.

—Fue un monasterio, Peabody. Estas eran las celdas de los monjes y esa ruina en el rincón distante debe haber sido la iglesia.

—Qué curioso —exclamé.

—En absoluto. Hay muchos santuarios como éste abandonados

en Egipto. Este país fue la casa del monacato después de todo, y las comunidades religiosas existieron tan temprano como el siglo II d.C. La aldea más cercana, Dronkeh, es un asentamiento copto.

—Nunca me habías dicho eso, Emerson.

—Nunca preguntaste, Peabody.

Mientras continuábamos nuestra gira de inspección llegué a ser consciente de una sensación extraña de intranquilidad. Era enteramente inexplicable, el sol brillaba desde un cielo despejado y, excepto por el ocasional susurro agitado cuando molestábamos a algún lagarto o escorpión en su pacífico nido, no había signo de peligro. Pero un aire de melancólica desolación yacía sobre el lugar. Abdullah lo presentía, permanecía cerca de los talones de Emerson y mantenía los ojos abiertos recorriendo de un lado a otro.

—¿Por qué supones que fue abandonado? —pregunté.

Emerson se acarició el mentón. Incluso sus nervios de acero parecían afectados por la atmósfera, tenía la frente ligeramente fruncida cuando contestó.

—Puede ser que el abastecimiento de agua fallara. Esta estructura es vieja, Peabody, mil años, quizás más. Lo suficiente para que el río cambiara su curso y que un edificio desierto se convirtiera en ruinas. Pero pienso que parte de esta destrucción fue deliberada. La iglesia estaba construida sólidamente, pero apenas queda ninguna piedra.

—Ha habido luchas, creo... ¿entre musulmanes y cristianos?

—Paganos y cristianos, musulmanes y cristianos, cristianos y cristianos. Es curioso cómo la religión despierta la violencia más feroz de la que la humanidad es capaz. Los coptos destruyeron los templos paganos y persiguieron a los adoradores de los viejos dioses, también mataron a los correligionarios que discrepaban con las diferencias sutiles del dogma. Después de la conquista musulmana, los coptos fueron tratados con indulgencia al principio, pero su propia intolerancia finalmente probó la paciencia de los conquistadores y soportaron la misma persecución que habían infligido a otros.

—Bien, no importa. Esto será una casa admirable para la expedición. Por una vez tendremos suficiente espacio de almacenamiento.

—No hay agua.

—Se puede traer de la aldea. —Tomé mi lápiz y empecé a hacer una lista—. Reparar el techo, las paredes, insertar nuevas puertas y marcos de ventana, barrer...

Abdullah tosió.

—Expulsar a los afrits —sugirió.

—Sí, para estar seguros. —Hice otra nota.

—¿Afrits? —repitió Emerson—. Peabody, qué demonios...

Lo llevé aparte y le expliqué.

—Ya veo —contestó—. Bien, realizaré cualquier ritual necesario, pero primero quizás deberíamos ir a la aldea y llevar a cabo las formalidades legales.

Estaba feliz de asentir a esta sensata sugerencia.

—No deberíamos tener dificultad en obtener un arrendamiento —dije, mientras caminábamos lado a lado—. Ya que el lugar ha estado abandonado durante tanto tiempo, no puede ser de importancia para los aldeanos.

—Sólo espero que el sacerdote local no crea en demonios —dijo Emerson—. No tengo inconveniente en realizar un espectáculo para Abdullah y los hombres, pero un exorcismo por día es mi límite.

Tan pronto como fuimos vistos, los aldeanos salieron de sus casas. Los gritos usuales de "¡Propina!" estaban mezclados con otro juramento solemne.

—Ana cristiano, Ah Hawadji, soy cristiano, noble señor.

—Y por lo tanto tienes derecho a propina adicional —dijo Emerson, curvando el labio—. Bah.

La mayor parte de las casas estaban arracimadas alrededor del pozo. La iglesia, con su pequeña cúpula modesta, no era mucho más grande que la casa a su lado.

—La rectoría —dijo Emerson, indicando esta residencia—. Y allí, si no me equivoco, está el párroco.

Estaba en la puerta de su casa, un hombre alto y musculoso que llevaba el turbante azul oscuro que distinguía a los cristianos egipcios. Artículo prescrito una vez como vestimenta para una minoría despreciada, ahora es llevado como un asunto de orgullo.

En vez de venir a saludarnos, el sacerdote cruzó los brazos y se paró con la cabeza erguida como un rey que espera recibir a los peticionarios. Su figura era espléndida. La cara era casi invisible, adornada por la colección más notable de pelo facial que yo jamás

hubiera visto. Empezaba al nivel de la oreja, bajaba como una onda de ébano a través de mejillas y labio superior y fluía como una cascada de marta casi hasta la cintura. Las cejas eran igualmente notables pese a su hirsuta extravagancia. Eran las únicas características que daban alguna indicación de las emociones del propietario y de momento su configuración no era halagüeña, ya que un ceño oscurecía la frente pastoral.

Ante la aparición del sacerdote la mayor parte de los otros aldeanos se desvanecieron calladamente. Quedaron una media docena de hombres holgazaneando cerca del sacerdote. Llevaban los mismos turbantes de color añil y los mismos ceños sospechosos que su líder espiritual.

—Los diáconos —dijo Emerson con una mueca.

Entonces emprendió un discurso de saludo en su más impecable árabe. Agregué unas pocas palabras acertadas. Le siguió un largo silencio. Entonces los labios barbudos del sacerdote se separaron y una voz gruñó un seco:

—Sabakhum bil kheir, buenos días.

En cada casa musulmana que había visitado, el saludo formal era seguido por una invitación para entrar, ya que la hospitalidad a los extranjeros está impuesta por el Corán. Esperamos en balde esta cortesía de nuestro correligionario, si puedo utilizar ese término libremente y después de un silencio aún más largo el sacerdote preguntó qué deseábamos.

Esto ultrajó a Abdullah, que, aunque es una persona admirable en muchos sentidos, no estaba desprovisto del prejuicio de los musulmanes contra sus compatriotas cristianos. Desde que entró en la aldea tenía el aspecto de estar oliendo algo malo. Ahora exclamó:

—Comedor impuro de carne de cerdo, ¿cómo osas tratar a un gran señor de esta manera? ¿No sabes quién es Emerson, el Padre de las Maldiciones y su mujer principal, la lista y peligrosa lady Doctora? Honran tu aldea mugrienta entrando en ella. Marchémonos, Emerson, no necesitamos a estas personas bajas para que nos ayuden con nuestro trabajo.

Uno de los “diáconos” bordeó a su líder y le cuchicheó en la oreja. El turbante del sacerdote asintió en reconocimiento.

—El Padre de las Maldiciones —repitió y entonces, lentamente y deliberadamente—, le conozco. Sé su nombre.

Un frío me recorrió los miembros. La frase no significaba nada para el sacerdote, pero sin saberlo había repetido una fórmula siniestra utilizada por los sacerdotes-magos del antiguo Egipto. Saber el nombre de un hombre o un Dios era tener poder sobre él.

Abdullah encontró el comentario ofensivo, aunque probablemente por otras razones.

—¿Conoce su nombre? ¿Quién hay aquí que no conozca ese gran nombre? Desde las cataratas del sur a los pantanos del Delta...

—Suficiente —dijo Emerson. Tenía los labios retorcidos, pero mantuvo la cara seria, ya que la risa habría herido a Abdullah y ofendido al sacerdote—. ¿Sabe mi nombre, Padre? Está bien. Pero yo no conozco el suyo.

—Padre Girgis, sacerdote de la iglesia de Sitt Miriam en Dronkeh. ¿Es usted verdaderamente Emerson, el excavador de huesos de muertos? ¿Usted no es un hombre de Dios?

Me tocó a mí reprimir una sonrisa. Emerson escogió ignorar la segunda pregunta.

—Soy ese Emerson. Vengo aquí a excavar y emplearé a hombres de la aldea. Pero si ellos no quieren trabajar para mí, iré a otra parte.

Los aldeanos habían empezado a acercarse al claro donde la conversación continuaba. Un murmullo bajo surgió de ellos cuando oyeron la oferta para trabajar. Todos los fellahin, musulmanes y coptos, son lastimosamente pobres. La oportunidad de ganar lo que consideraron sueldos generosos no era una oferta para ser rechazada.

—Espere —dijo el sacerdote cuando Emerson se giró—. Si ha venido por eso, hablaremos.

Entonces por fin fuimos invitados a la “casa parroquial”, como Emerson la llamó. Era como todas las otras casas egipcias que habíamos visto, excepto que era ligeramente más grande y ligeramente más limpia. El largo diván que era el mueble más importante en la principal habitación estaba cubierto con cretona barata y desteñida, y el único ornamento era un crucifijo con una imagen de Cristo que parecía horriblemente viva, manchada con pintura roja en vez de sangre.

A sugerencia del sacerdote nos unimos a un pequeño caballero tímido de color nogal, que fue presentado como el Jeque el beJed,

el alcalde de la aldea. Era obvio que era un mero testaferro, ya que sólo chirrió asentimientos a todo lo que el sacerdote decía, hasta que habiendo solucionado el asunto del empleo, Emerson mencionó que queríamos ocupar el monasterio abandonado. Entonces el alcalde se volvió tan pálido como un hombre de su tez puede volverse y dejó escapar:

—Pero, effendi, eso no es posible.

—No profanaremos la iglesia —le aseguró Emerson—. Sólo queremos utilizar los cuartos que una vez fueron despensas y celdas.

—Pero, gran señor, nadie va allí —insistió el alcalde—. Está maldito, un lugar del mal, frecuentado por afrits y diablos.

—¿Maldito? —repitió Emerson con incredulidad—. ¿La casa de los monjes santos?

El alcalde puso los ojos en blanco.

—Hace mucho tiempo todos los santos varones fueron asesinados vilmente, oh, Padre de las Maldiciones. Sus espíritus todavía frecuentan la casa, hambrientos de venganza.

—Nosotros no tememos a los diablos ni a los fantasmas vengativos —contestó Emerson valientemente—. Si esa es su única objeción, effendi, tomaremos posesión inmediatamente.

El alcalde sacudió la cabeza pero no protestó más. El sacerdote había escuchado con una sonrisa sardónica. Ahora dijo:

—La casa es suya, Padre de las Maldiciones. Puede que los espíritus inquietos de los santos varones le reembolsen como merece.

Abdullah nos siguió por la calle de la aldea, irradiando desaprobación como sólo Abdullah puede. Sentí una brisa fresca en la nuca.

—Vamos en dirección equivocada —dije a Emerson—. Entramos en la aldea por el otro lado.

—Quiero ver el resto del lugar —fue su respuesta—. Aquí pasa algo extraño, Amelia. Estoy sorprendido de que tu intuición no haya captado las corrientes submarinas.

—Habría sido difícil pasarlas por alto —contesté altaneramente —. El sacerdote es evidentemente hostil a los intrusos. Espero que no socave nuestra autoridad.

—O, yo no pongo atención a tales personas. —Emerson dio un

paso sobre un perro sarnoso extendido en medio del sendero. Le gruñó y dijo distraídamente—: perro bueno, buen compañero —antes de continuar—, no me preocupa sino la curiosidad que me hace preguntarme por qué el señor reverendo debe demostrar tal antagonismo. Yo siempre tengo problemas con las personas religiosas, son tan confusamente supersticiosas, malditos. Pero el sacerdote fue grosero con nosotros aún antes de saber quiénes éramos. Me pregunto...

Su voz se desvaneció y se paró mirando fijamente.

Medio oculta por un espléndido grupo de palmeras majestuosas y parcialmente apartadas del resto de la aldea había varias casas. En contraste a las otras casuchas en ese lugar despreciable, éstas estaban impecablemente reparadas y recién blanqueadas. Incluso el polvo ante las puertas parecía haber sido barrido. Tres de las casas eran las habituales, pequeñas de dos o tres cuartos. La cuarta era algo más grande y había experimentado alguna reedificación. Una aguja agraciaba la azotea y encima de la puerta había un signo en letras doradas sobre negro. Se leía “Capilla del Santo Jerusalén”.

Cuando nos paramos en silenciosa admiración, la puerta de una de las casas más pequeñas se abrió. Una explosión de pequeños chicos estalló gritando y riéndose con la alegría de los jóvenes que escapan de los estudios. Tan pronto como nos vislumbraron corrieron hacia nosotros, gritando en busca de propina. Un querubín minúsculo se agarró a mis pantalones y me miró con ojos como chocolate fundido.

—Propina, Sitt —ceceó—. ¡Ana cristiano, ana protestante!

—Buen Dios —dije débilmente.

Emerson le puso una mano en la cabeza.

—No —gritó con pasión—. No. Es un engaño, no puede ser verdad. Después de todos los otros golpes crueles del destino que he aguantado... ¡Misioneros! ¡Misioneros, Amelia!

—Valor —supliqué, mientras el atezado niño continuaba tirando de mis pantalones—. Valor, Emerson. Podría ser peor.

Otros niños surgieron de la puerta de la escuela, niñas demasiado tímidas para emular la alegría de vivir de sus compañeros masculinos. Fueron seguidos por otra figura más alta. Por un momento se detuvo en la puerta parpadeando a la luz del sol, y los rayos del orbe al mediodía hicieron brillar su cabello

plateado-dorado como una aureola. Entonces nos vio. Una sonrisa de inefable dulzura se extendió por su guapa cara y levantó una mano en saludo o bendición.

Emerson se desplomó sobre un bloque de piedra, como un hombre en las últimas agonías de una enfermedad fatal.

—Es peor —dijo con una voz sepulcral.

—Chicos, chicos. —El hermoso joven caminó a zancadas hacia nosotros, ondeando los brazos. Habló en árabe, perfectamente pronunciado pero lento y simple—. Parad, chicos. Regresad a casa ahora. Id con vuestras madres. No pidáis propina, no complace a Dios.

Los canallas juveniles se dispersaron y su mentor concentró la atención en nosotros. De cerca era absolutamente deslumbrador. El pelo relucía, los dientes blancos brillaban y la cara resplandecía con buena voluntad. Emerson continuó mirándolo aturdidamente, así que consideré de mi incumbencia dirigir los servicios.

—Temo que debamos disculparnos por entrar en propiedad privada, señor. Permítame presentarme. Soy Amelia Peabody Emerson, la señora de Radcliffe Emerson y este...

"Este bloque de madera" quizás hubiera sido una descripción apropiada, por toda la respuesta que Emerson hizo, pero el hermoso joven no me permitió continuar.

—No necesita presentarse, señora Emerson, usted y su prestigioso marido son bien conocidos por todos los visitantes a El Cairo. Es un honor darles la bienvenida. Fui informado ayer mismo de que vendrían.

La indiferencia monolítica o el estado catatónico de Emerson se rompieron.

—¿Quién le informó? —preguntó.

—Qué, fue M. de Morgan —dijo el joven inocentemente—. El director del Departamento de Antigüedades. Como debe saber, trabaja en Dahshoor, bastante cerca de...

—Conozco la ubicación de Dahshoor, joven —dijo con brusquedad Emerson—. Pero no lo conozco a usted. ¿Quién demonios es?

—¡Emerson! —exclamé—. ¡Tal lenguaje a un hombre con hábitos!

—Por favor, no se disculpe —dijo el joven—. La culpa es mía,

por no mencionar mi nombre antes. Soy David Cabot, de los Cabot de Boston.

Esta fórmula parecía tener algún significado para él, pero no significaba nada para mí, ni tampoco, debo agregar, para Emerson, que continuó fulminando al joven señor Cabot, de los Cabot de Boston.

—Pero estoy olvidando mis modales —continuó—. Les estoy reteniendo al sol. ¿Entrarán y conocerán a mi familia?

Sabiendo que era soltero, asumí que se refería a sus padres, pero cuando pregunté él se rió y sacudió la cabeza.

—Me refiero a mi familia espiritual, señora Emerson. Mi padre en el Señor, el Pastor Ezekiel Jones es la cabeza de nuestra pequeña misión. Su hermana también trabaja en las viñas del Señor. Es casi la hora de nuestra comida del mediodía, ¿honrarán ustedes nuestra humilde morada?

Decliné cortésmente la invitación, explicando que los otros miembros de nuestra expedición nos esperaban y nos fuimos. Antes de estar bastante lejos del alcance del oído, Emerson dijo en voz alta.

—Has sido confusamente cortés, Amelia.

—¡Lo haces sonar como un crimen! Sentí necesario ser excesivamente cordial para compensar tu grosería.

—¿Grosero? ¿Yo grosero?

—Mucho.

—Bien, yo llamo grosero a entrar en la casa de un hombre y ordenarle dejar de venerar a su Dios escogido. ¡Qué descaro! El señor Cabot y su "padre en el Señor" mejor que no intenten sus artimañas sobre ¡mí!

—Creo que ni siquiera el señor Cabot trataría de convertirte a ¡ti! —dije, tomando su brazo—. De prisa, Emerson, hemos estado lejos demasiado tiempo. Sólo Dios sabe en qué travesura se habrá metido Ramses.

Pero por una vez Ramses era inocente de cualquier maldad. Lo encontramos agachado en la arena cerca del monasterio, cavando. Ya había sido recompensado de sus esfuerzos con una pequeña pila de fragmentos de cerámica. A la vista de su dedicado trabajo la expresión de Emerson se iluminó y esperé que la irritación producida por la presencia de los misioneros se hubiera aliviado.

Poco después la llegada de un contingente de hombres de la aldea nos aseguró que el sacerdote quería cooperar con nuestros esfuerzos. Esta primera contribución consistió en artesanos, albañiles, ladrilleros, carpinteros y yeseros. Emerson sonrió abiertamente cuando vio cómo aumentaba su audiencia, podía y no lo niega, pero adora representar una actuación teatral. El exorcismo de ese día fue uno de los mejores, a pesar de que se torció el tobillo mientras brincaba alrededor de la casa cantando poesía y oraciones. La audiencia aplaudió con entusiasmo y se declararon aliviados de toda aprensión con respecto a espíritus malvados. En poco tiempo el lugar desbordaba actividad y desarrollé grandes ilusiones de que para el anochecer ya tendríamos un techo sobre las cabezas y un suelo limpio donde colocar nuestras camas de campamento, las mesas y las sillas.

Los hombres de Aziyeh no confraternizaron con los aldeanos. Sus habilidades profesionales y el provincianismo de la mentalidad campesina, que considera a un hombre de una aldea a dos kilómetros como extranjero, por no mencionar las diferencias religiosas, les hacía ver a los “herejes” con desprecio altanero. Sin embargo, supe que no habría problemas, ya que Abdullah era un excelente capataz y sus hombres eran guiados por él. Por lo menos cuatro de ellos eran sus hijos. Iban desde Feisal, el mayor, un hombre canoso con niños crecidos propios, al joven Selim, un muchacho guapo de catorce años. Era obviamente el favorito de su padre y el benjamín adorado de la familia. Verdaderamente, su risa de muchacho era contagiosa y las maneras agradables lo convertían en el favorito de todos nosotros. En términos egipcios ya era un hombre y pronto tomaría una mujer, pero dado que estaba más cerca en edad a Ramses que cualquiera de los otros, los dos pronto entablaron amistad.

Después de que hubiera vigilado al muchacho un rato y me hubiera asegurado de que mi impresión inicial de su carácter era correcta, decidí designarlo como el guía oficial de Ramses, el sirviente y el guardia. Lo inapropiado de John para el papel se estaba volviendo demasiado aparente. Siempre trataba de evitar que Ramses hiciera cosas inocuas, tales como cavar, la cual era, después de todo, nuestra razón para estar allí, y le permitía hacer otras cosas, como beber agua sin hervir, que no era en absoluto inocua.

Además, John resultaba útil de otras maneras. Había aprendido árabe con sorprendente rapidez y se mezclaba fácilmente con los hombres, sin demostrar ninguno de los prejuicios insulares que afligen a muchas personas inglesas, inclusive quienes deberían saberlo mejor. Mientras barría arena del cuarto grande, una vez refectorio del monasterio, que habíamos seleccionado para nuestro salón, pude oír a John charlando con su árabe sin gramática pero efectivo y los otros hombres se reían afablemente de sus errores.

A media tarde, cuando surgí de la casa para inspeccionar las reparaciones en el techo, vi una pequeña procesión que avanzaba hacia mí. Al frente iban dos caballeros montados a lomo de asnos. La figura alta y elegante del señor Cabot fue inmediatamente reconocible. A su lado había otro hombre que llevaba el mismo oscuro traje clerical y un canotié de paja. No fue hasta que la caravana se acercó que me di cuenta de que la tercera persona era femenina.

Mi corazón se acongojó por la pobre criatura. Ella llevaba un pesado vestido negro de mangas largas de calicó, con faldas tan anchas que casi ocultaban al asno. Sólo su cabeza y cola sobresalían con un efecto extraño. Un sombrero pasado de moda, de un estilo que yo no había visto en años, le ocultaba completamente la cara y estaba tan envuelta en su traje que era imposible decir si era morena o rubia, joven o vieja.

El señor Cabot fue el primer en apearse.

—Aquí estamos —exclamó.

—Ya veo —contesté, dando gracias el cielo porque había mandado a Emerson y a Ramses a inspeccionar el sitio.

—Tengo el honor —continuó el señor Cabot—, de presentarle a mi reverenciado mentor, el Pastor Ezekiel Jones.

No había nada en la apariencia de esta persona que justificara la reverencia y el orgullo en la voz del señor Cabot. Era de altura mediana, con los hombros pesados y el cuerpo grueso de un obrero y sus rasgos toscos mejor habrían estado ocultos por una barba. La frente estaba cruzada por unas oscuras cejas tan gruesas como mi dedo. Sus movimientos eran torpes, se bajó con torpeza de su montura y se quitó con dificultad el sombrero. Cuando habló tuve alguna sospecha en cuanto a por qué inspiraba la admiración de su joven acólito. Su voz era de un suave timbre barítono, estropeada

por un desgraciado acento norteamericano, pero resonante y musical como un violonchelo.

—¿Cómo está usted, señora? Nos figuramos que podría necesitar alguna ayuda. Aquí mi hermana, Charity.

La mujer había desmontado. Su hermano la agarró por el hombro y la empujó hacia mí, como un comerciante que pregona sus artículos.

—Es muy trabajadora y una criada del Señor —continuó—. Dígale lo que quiere que haga.

Un estremecimiento de indignación me atravesó. Le ofrecí la mano a la chica.

—¿Cómo está usted, señorita Jones?

—Nosotros no utilizamos títulos mundanos —dijo su hermano—. El hermano David tiende a olvidarse de eso. Oh, está bien, amigo, sé que es respeto lo que te incita...

—Es verdad, señor —dijo el "hermano David" seriamente.

—Pero no merezco respeto, hermano. Soy sólo un miserable pecador como el resto de ustedes. Unos pocos pasos arriba en el camino que lleva a la salvación, quizá, pero un pecador miserable.

La sonrisa satisfecha de sí mismo con la que proclamó su humildad me hizo querer sacudirlo, pero el joven lo miró con conmovedora admiración. La "hermana Charity" estaba de pie con las manos dobladas en la cintura y la cabeza inclinada. Parecía una silueta recortada de un papel negro, sin vida y sin rasgos.

Había estado indecisa sobre si invitar a los visitantes a entrar en la casa, el hermano Ezekiel me quitó la decisión de las manos. Entró en ella. Lo seguí, para encontrar que se había sentado en la silla más cómoda del cuarto.

—Ha hecho bastante —dijo en la obvia sorpresa—. ¿Pronto pintará sobre esas imágenes paganas de la pared...?

—¿Paganas? —exclamé—. Es una imagen cristiana, señor, una pareja de santos, si no me equivoco.

—No haréis imágenes paganas de vosotros mismos —entonó Ezekiel. Su voz sonora resonó huecamente.

—Siento no poder ofrecerles un refresco —dije—. Como ve, todavía no estamos instalados.

Eso fue un acto de grosería digno de Emerson, ya que la cocina portátil estaba encendida y la tetera estaba hirviendo. Como iba a

aprender, la grosería no era defensa contra el hermano Ezekiel.

—Generalmente no tomo estimulantes —observó con serenidad —. Pero tomaré una taza de té con usted. A dónde fueres, ¿eh? Sé que ustedes los británicos no pueden pasar sin ello. Pero déjelo, señora. Charity atenderá al té. Bien, vamos, chica, ¿dónde están tus modales? Quítate el sombrero. No hay mucha luz aquí dentro y no quiero que derrames nada.

El cuarto estaba lo bastante iluminado para poder echar una buena mirada a la cara que se mostró al quitarse el absurdo sombrero. No era una belleza al estilo de la moda. La piel era muy pálida, no era de sorprender si iba con ese sombrero tan ancho, y la delicadeza de sus rasgos, combinada con su tamaño diminuto, la hacía parecer una niña a algunos años de la flor de la feminidad. Pero cuando me miró con timidez, como si me pidiera permiso para continuar, me encontré con el dulzor de su expresión. Los ojos eran su mejor característica, suaves y oscuros, medio velados por unas pestañas extraordinariamente largas y rizadas. El abundante cabello castaño estaba retirado de la cara de forma tirante por un feo moño, pero unos pocos rizos habían escapado y le acariciaban las mejillas redondeadas.

Le sonreí antes de darle una mirada menos amable a su hermano.

—Mi sirviente preparará el té —dije—. ¿John?

Sabía que había estado escuchando. La nueva puerta al patio estaba colgada y entreabierta. La puerta se abrió inmediatamente y sentí un orgullo casi maternal cuando John pareció. ¡Era un espécimen tan espléndido de joven virilidad inglesa! Tenía las mangas de la camisa enrolladas, mostrando los brazos musculosos de un Hércules. Se detuvo con tiesa dignidad, preparado para recibir mis órdenes y estuve segura de que cuando hablara sus vocales sonarían en perfecto orden.

La respuesta a mi citación nunca fue pronunciada. Las vocales y las consonantes murieron en su garganta. Había visto a la chica.

Una frase de Tennyson me vino a la mente con la certeza de una flecha al golpear con un ruido sordo en el centro de la diana. “La maldición me ha encontrado” gritó la Dama de Shalott (un pobre espécimen de mujer) cuando percibió por primera vez a Sir Lancelot. Así podría haber gritado John, quien estaba inclinado

hacia la poesía, cuando sus ojos percibieron a Charity Jones.

La chica no fue ignorante de su interés. No podría haber sido más aparente si lo hubiera gritado en voz alta. Un rubor débil le calentó las mejillas y bajó los ojos.

Las pestañas y el rubor completaron el desmoronamiento de John.

Cómo se las arregló para hacer y servir el té no estoy segura de saberlo, dado que nunca apartó los ojos de la chica. Esperé que el hermano Ezekiel se ofendiera por el interés de John. En vez de eso, miró a la pareja con una curiosa ausencia de expresión y apenas dijo una palabra. Las maneras caballerosas del hermano David nunca se habían mostrado como una mejor ventaja. Llevó una conversación animada, describiendo con considerable humor algunos de los problemas con los que él y su colega se habían encontrado con los aldeanos.

Pensé que tendría que tomar a John por los hombros y girarlo fuera de la sala cuando acabó, pero a la tercera repetición de mi despido salió tropezando. La puerta se quedó ligeramente entreabierta, sin embargo.

Finalmente el señor Jones se levantó.

—Volveremos —anunció—. Vendré en busca de Charity al anochecer.

—No, se la llevará con usted —dije—. Aprecio su oferta de ayuda, pero no la necesito. Mi gente tiene todo resuelto. —El pastor comenzó a oponerse. Levanté mi voz y continué—: Si requiero ayuda doméstica la contrataré. Ciertamente no permitiré que esta señorita actúe como mi fregona.

La cara de Ezekiel se volvió morada. Antes de que pudiera hablar, David dijo:

—Mi estimada señora Emerson, su delicadeza la honra, pero no comprende nuestro punto de vista. El trabajo honesto no es vergüenza. Yo mismo me enrollaría de buena gana las mangas y esgrimiría el cepillo o la escoba. Sé que Charity siente lo mismo.

—Oh, sí, con mucho gusto. —Era la primera vez que la chica se había aventurado a hablar. Su voz era tan suave como una brisa que suspira por las hojas. Y la mirada del joven David habló más fuerte que las palabras.

—No —dije.

—¿No? —repitió Ezekiel.

—No.

Cuando empleo un cierto tono y lo acompaño con una cierta mirada, es un hombre valiente quién osa contradecirme. El hermano Ezekiel no era un hombre valiente. Si lo hubiera sido, el sentido de conveniencia habría intervenido.

—Nos marcharemos entonces —dijo con una elegante reverencia —. Espero que nuestra oferta no haya sido malinterpretada.

—En absoluto. Sólo ha sido declinada. Con las gracias, por supuesto.

—Umm —dijo el hermano Ezekiel—. Bien, entonces, si es así cómo lo desea. Adiós. La veré en la iglesia el domingo.

Fue una declaración, no una pregunta, así que no contesté.

—Y a su sirviente también —continuó Ezekiel, mirando de manera significativa a la puerta parcialmente abierta—. Nosotros no hacemos ninguna de las distinciones sociales en las que ustedes los británicos creen. Para nosotros, todos los hombres son hermanos a los ojos del Señor. El joven será bienvenido.

Tomé al hermano Ezekiel por el brazo y lo acompañé fuera de la casa.

Mientras les miraba irse, la chica a una distancia modesta detrás de los dos hombres, tal indignación inundó mi ser que estampé el pie, un gesto frustrante en esta región, ya que la arena amortiguó el sonido. El despreciable pastor no sólo era un fanático religioso y un hombre grosero, no era mejor que un alcahuete para su Dios. Viendo el interés de John en Charity, quería hacer el uso de ello para ganar un converso. Casi deseé que Emerson hubiera estado allí, para tomar al desgraciado por el cuello y tirarlo por la puerta.

Le describí el encuentro a mi marido, cuando nos sentamos ante la puerta para disfrutas de la magnífica representación de colores de la puesta del sol sobre las arenas ámbar del desierto. Ramses estaba a alguna distancia, todavía cavando. Había amontonado un montón bastante grande de trozos de cerámica y huesos. Bastet yacía a su lado. De vez en cuando los pelos del bigote temblaban cuando el olor del pollo asado de la cocina le alcanzaba la nariz.

Para mi sorpresa, Emerson me dio escasa simpatía.

—Eso te sirve, Amelia. Te dije que fuiste demasiado cortés con ese hombre.

—Tonterías. Si hubieras conocido al Pastor Ezekiel Jones, te darías cuenta de que ni la cortesía ni la grosería le afectan en lo más mínimo.

—Entonces —dijo Emerson con serenidad—, deberías haber sacado tu pistola y ordenado que se marchara.

Ajusté el arma en cuestión.

—No comprendes la situación, Emerson. Preveo problemas más adelante. La chica está encaprichada con el joven David y John, nuestro John, se ha quedado prendado de ella. Es un clásico triángulo, Emerson.

—Apenas un triángulo —dijo Emerson, con una de esas toscas risas disimuladas masculinas—. A menos que el guapo joven se quede prendado de...

—¡Emerson!

—De otra persona —concluyó Emerson, con una mirada culpable a Ramses—. Amelia, como de costumbre, permites que tu desbocada imaginación se desboque. Ahora que tus instintos detectivescos han sido frustrados, al apartarte de la escena de la muerte de Abd el Atti, estás inventando intrigas románticas. ¿Por qué no puedes limitar tus energías al trabajo que nos aguarda aquí? Olvida tus fantasías, te lo ruego. Están todas en tu propia cabeza.

Ramses alzó la mirada de su excavación.

—John —observó—, está en la caza leyendo la Biblia.

Ay, Ramses tenía razón. John estaba leyendo la Biblia y continuó pasando mucho de su tiempo libre en esa persecución deprimente. El resto de su tiempo libre fue empleado en soñar despierto y vagar alrededor de la aldea (la expresión es de Emerson) con la esperanza de vislumbrar a su amor. Cuando regresaba con paso ligero y una sonrisa tonta en la cara sabía que había visto a Charity, cuando andaba con pasos pesados, pareciendo que su perro había muerto, sabía que su vigilia no había sido recompensada.

La mañana después de la visita de los misioneros completamos nuestra inspección preliminar del sitio. Su longitud total era alrededor de seis kilómetros, desde la aldea de Bernasht a una línea aproximadamente a medio kilómetro al sur de la Pirámide Inclinada de Dahshoor. Encontramos huellas de muchos pequeños cementerios, desde el Antiguo Reino a la época romana. Casi todo había sido saqueado completamente. Dos áreas hundidas, una

aproximadamente a cinco kilómetros al sur de la Pirámide Inclinada, la otra a medio kilómetro al norte de la primera, estaban cubiertas por una gruesa capa de trocitos de piedra caliza. Esto, anunció Emerson, era lo que quedaba de las pirámides de Mazghunah.

Repetí la palabra con una voz hueca.

—¿Pirámides?

—Pirámides —dijo Emerson firmemente. En el horizonte despejado los monumentos de Dahshoor se alzaban en irónico comentario.

Después del almuerzo Emerson declaró su intención de visitar a M. de Morgan.

—No podemos empezar el trabajo en otro día ni en dos —explicó con poca sinceridad—. Y Ramses debería ver Dahshoor. Había pensado llevarlo a Giza y Sakkara, pero dejamos El Cairo con tanta prisa que el pobre muchacho ni quiera visitó el Museo.

—Habrá tiempo para el turismo después de la temporada —contesté, doblando pulcramente mi servilleta.

—Es cortés visitar a nuestro vecino, Peabody.

—Sin duda, pero esta es la primera vez que te he visto tan consciente de la conveniencia. Oh, muy bien —agregué rápidamente—. Si insistes, Emerson, iremos.

Nos llevamos a Selim con nosotros, dejando a John para supervisar la renovación de nuestras dependencias y a Abdullah para concluir la inspección. Conocía los métodos de Emerson y era capaz de llevarlos a cabo, pero era una novedad para Emerson dejar a alguien más al cargo. Supe que eso era testimonio de la angustia de su espíritu.

A pesar de la ecuanimidad de genio por la que soy bien conocida, cuanto más nos acercábamos a los nobles monumentos de Dahshoor, más amarga era la emoción que me estrangulaba. ¡Con qué anhelo indescriptible veía las cosas a las que había esperado llegar a conocer íntimamente!

Las dos pirámides grandes de Dahshoor datan del mismo periodo de tiempo que las pirámides de Giza y son casi igual de grandes. Están construidas en piedra caliza blanca y ésta cubierta, blanca como la nieve, exhibe unos hechizadores cambios de matiz según la cualidad de la luz, un sorprendente dorado al atardecer, una palidez

traslúcida fantasmal bajo el resplandor de la luna. Ahora, con el mediodía un poco pasado, las estructuras elevadas brillaban deslumbradoramente blancas contra el profundo azul del cielo.

Hay tres pirámides más pequeñas en el lugar, construidas en un período posterior, cuando las habilidades constructoras habían empeorado. Construidas no de piedra sólida sino de ladrillos de barro revestidos con piedra, perdieron su forma piramidal original cuando sus sucesores o campesinos locales quitaron los bloques de la cubierta, deseosos de obtener materiales de construcción ya cortados. A pesar de su estado ruinoso, una de estas pirámides de ladrillos, la del extremo sur, domina el terreno y debido a algunos aspectos parece aún más grande que sus vecinas de piedra. Severa y casi amenazante, se alzaba mientras nos acercábamos, tan oscura como pálidas eran las grandes pirámides. Mis ojos eran atraídos cada vez más a ella y por último exclamé:

—Qué apariencia extraña y verdaderamente siniestra tiene esa estructura, Emerson. ¿Puede ser una pirámide?

Emerson se había puesto cada vez más malhumorado mientras nos acercábamos a Dahshoor. Ahora contestó gruñonamente.

—Sabes perfectamente bien que lo es, Peabody. Te ruego que no me contentes fingiendo ignorancia.

Él tenía razón, yo conocía los monumentos de Dahshoor tan bien como conocía los cuartos de mi propia casa. Sentía que podría haber atravesado el área con los ojos vendados. El mal humor de Emerson era debido en no pequeña parte al hecho de que era consciente de mi conmovedor anhelo y se sentía culpable, como bien podía.

Los árabes llamaron a la oscura estructura la “Pirámide Negra” y merecía el nombre, aunque se pareciera más a una inmensa torre truncada. Cuando nos acercamos, pudimos ver signos de actividad cerca del lado oriental, donde M. de Morgan excavaba. No había signo de M. de Morgan sin embargo hasta que el grito de Emerson lo sacó de la tienda donde había estado dormitando.

M. de Morgan estaba en la treintena. Había sido ingeniero de minas antes de ser designado para dirigir el Departamento de Antigüedades, una posición tradicionalmente otorgada a un ciudadano de Francia. Era un hombre guapo, con facciones regulares y unos bigotes exuberantes. Aunque había sido despertado

de repente, sus pantalones estaban pulcramente arrugados, la chaqueta Norfolk abotonada y el casco en su lugar, aunque por supuesto se quitó este último objeto cuando me vio. Emerson curvó el labio a la vista de esa "afectación", él se negaba a llevar sombrero y generalmente iba con las mangas enrolladas hasta los codos y el cuello de la camisa abierto.

Me disculpé por molestarle.

—En absoluto, señora —contestó, bostezando—. Estaba a punto de levantarme.

—Ya es hora —dijo mi marido—. Nunca hará progresos si sigue esta costumbre oriental de dormir por la tarde. Ni tampoco localizará la cámara de enterramiento de esa manera inexperta, cavando túneles al azar, en vez de buscar la apertura original de la infraestructura...

Con una risa forzada, Morgan lo interrumpió.

—Mon vieux, me niego a discutir asuntos profesionales hasta que haya saludado a su encantadora señora. Y este debe ser el señorito Emerson, ¿cómo estás, muchacho?

—Muy bien, graciaz-dijo Ramses—. ¿Puedo ir y mirar la pirámide?

—Un verdadero arqueólogo ya —dijo el francés—. Mais certainement, mon petit.

Hice gestos a Selim, que se había mantenido a una distancia respetuosa y siguió a Ramses. De Morgan nos ofreció sillas y algo de beber. Sorbíamos el vino cuando uno de los laterales de la tienda se abrió y apareció otro hombre, bostezando y estirándose.

—Por el Todopoderoso —dijo Emerson con sorpresa—. Es ese bribón de Kalenischeff. ¿Qué diablos hace él aquí?

Las cejas de Morgan subieron, pero sólo dijo:

—Ofreció sus servicios. Uno siempre puede utilizar un par de manos extra, ya sabe.

—Sabe menos acerca de excavación que Ramses —dijo Emerson.

—Estaré contento de la pericia del señorito Ramses —contestó Morgan, sonriendo pero claramente molesto—. Ah, su alteza, ¿conoce al Profesor y a la señora Emerson?

Kalenischeff estrechó la mano de Emerson, besó la mía, se disculpó por su desorden, preguntó después por Ramses, hizo comentarios acerca del calor y esperó que estuviéramos contentos

con Mazghunah. Ninguno de nosotros se sintió inclinado a contestar a esta última observación. Kalenischeff se puso su monóculo en el ojo y me miró ávidamente de un modo familiar.

—De todos modos, la señora presta belleza a un sitio de otro modo deprimente —dijo—. ¡Qué ropa tan encantadora!

—No he venido aquí a hablar de ropa de mujeres —dijo Emerson, frunciendo el ceño fieramente mientras el ruso estudiaba mis pantorrillas con botas.

—Por supuesto que no —replicó Kalenischeff con suavidad—. Cualquier consejo o ayuda que le podamos ofrecer...

Esto es sólo una muestra del curso poco satisfactorio de la conversación. Cada vez que Emerson trataba de introducir un tema sensato, Morgan hablaba del tiempo o el ruso hacía alguna sugerencia ligera. Es innecesario decir que ardía con indignación al ver a mi marido, tan infinitamente superior en todas las maneras, insultado por estos dos así que finalmente decidí no sufrirlo más. Puedo, cuando es necesario, levantar mi voz a un tono y a un volumen muy molesto para los oídos e imposible de ignorar.

—Desearía hablar con usted acerca del comercio de las antigüedades ilegales —dije.

El monóculo de Kalenischeff se cayó del ojo, Morgan se ahogó al tragar, los sirvientes saltaron y uno dejó caer el vaso que sostenía. Habiendo logrado mi objetivo inmediato de captar la atención de los caballeros, continué en un tono más moderado.

—Como Director del Departamento de Antigüedades, monsieur, está por supuesto completamente informado acerca de la situación. ¿Qué pasos está tomando para detener ese comercio inicuo y encarcelar a los que lo practican?

De Morgan carraspeó.

—Los pasos usuales, madame.

—Ahora, monsieur, esos no serán suficientes. —Sacudí el dedo juguetonamente y levanté mi voz un tono o dos—. Usted no se está dirigiendo a una turista de cabeza hueca, está hablando ¡conmigo! Sé más de lo que supone. Sé, por ejemplo que la extensión del comercio ha aumentado desastrosamente, que un Maestro Criminal desconocido ha entrado en el juego...

—¡El diablo! —gritó Kalenischeff. Su monóculo, que había colocado en su lugar, cayó otra vez—. Eh... perdone, señora

Emerson...

—Parece sorprendido —dije—. ¿Es esta información nueva para usted, su alteza?

—Siempre ha habido excavadores ilícitos. Pero su mención de un Maestro Criminal... —Se encogió de hombros.

—Su alteza tiene razón —dijo Morgan—. Admito que ha habido un aumento leve del comercio ilegal últimamente, pero... perdóneme, madame, el Maestro Criminal existe sólo en la ficción sensacionalista, yo no he visto pruebas del trabajo de su banda.

Sus negaciones me demostraron que no era lo bastante apto para su posición responsable. Kalenischeff obviamente ocultaba algo. Sentí que estaba al borde de un gran descubrimiento y estaba a punto de seguir mis indagaciones enérgicamente cuando surgió un grito. Contenía tal nota de terror y alarma que todos nosotros nos pusimos de pie y corrimos en la dirección de donde había venido.

Selim estaba tumbado en el suelo, agitando los brazos, sus gritos de socorro se alzaron a un tono frenético. Le rodeaba tal nube de arena que estuvimos bastante cerca antes de que me diera cuenta de cuál era el problema. El terreno al oeste de la base de pirámide era muy desigual, se hundía en agujeros y se levantaba en aristas, cierta evidencia de antiguas estructuras enterradas bajo la arena. De uno de tales huecos sobresalía un brazo, tieso como una rama de árbol. Alrededor de él Selim cavaba frenéticamente, y requirió muy poca inteligencia deducir que (A) el brazo pertenecía a Ramses, y (B) el resto de Ramses estaba bajo la arena.

Bramando con horror, Emerson apartó a Selim. En vez de perder el tiempo excavando, agarró la muñeca de Ramses y dio un tirón poderoso. Ramses subió como una trucha que sube en busca de una mosca.

Me incliné sobre mi parasol mientras Emerson cepillaba la arena de su hijo, ayudado sin ganas por los otros. Cuando lo peor fue quitado descorché mi cantimplora de agua y se la ofrecí a Emerson, junto con un pañuelo blanco limpio.

—Vierte el agua sobre la cara, Emerson. Observo que ha tenido el sentido común de mantener los ojos y la boca cerrados apretadamente, así que el daño no debe ser extenso.

Y así se demostró. Emerson decidió que debíamos llevar a Ramses a casa. Acepté la sugerencia, la interrupción había roto la

red que había estado tejiendo alrededor del malvado ruso y no tenía objeto continuar. Morgan no intentó retenernos.

Mientras nos despedíamos de forma reacia de Dahshoor, Selim me tiró de la manga.

—Sitt, le he fallado. ¡Golpéeme, maldígame!

—En absoluto, muchacho —contesté—. Es bastante imposible evitar que Ramses se caiga dentro o fuera de objetos. Tu tarea es rescatarlo o convocar ayuda y lo realizaste bastante bien. Sin ti, quizás se hubiera ahogado.

La cara de Selim se despejó. Con gratitud me besó la mano.

Emerson, con Ramses, se había adelantado una corta distancia. Al oír por casualidad lo que yo había dicho, se paró y nos esperó.

—Bastante correcto, Peabody. Has resumido la situación perfectamente. Ya he advertido a Ramses que sea más cuidadoso y... eh... no es necesario mencionar más el tema.

—Umm —dije.

—Todo bien lo que termina bien —insistió Emerson—. A propósito, Peabody, ¿cual fue el propósito de ese interrogatorio a Morgan acerca de ladrones de antigüedades? El hombre es un perfecto tonto, ya lo sabes. Es tan ineficaz como su antecesor en la oficina.

—Estaba a punto de preguntar a Kalenischeff acerca de la muerte de Abd el Atti cuando Ramses interrumpió, Emerson.

—¿Interrumpió? ¡Interrumpió! Supongo que ese es el único modo de decirlo.

—Kalenischeff tiene un carácter muy sospechoso. ¿Observaste su reacción cuando hablé del Maestro Criminal?

—Si yo hubiera estado llevando un monóculo...

—Una suposición muy improbable, Emerson. No puedo imaginarte llevando un avío tan absurdo.

—Si yo —repitió Emerson tenazmente—, hubiera estado llevando un monóculo, lo habría dejado caer al oír una sugerencia tan absurda. Te ruego que no salgas a jugar a detectives, Amelia. Todo eso está detrás de nosotros ahora.

Emerson estaba, por supuesto, engañándose con ilusiones cuando decía que nuestras investigaciones criminales habían acabado. Si se hubiera parado a considerar el asunto, se habría dado cuenta, como yo, de que salir de El Cairo no significaba que

saliéramos del caso. El ladrón que había entrado en nuestra habitación del hotel había sido dirigido allí a consecuencia de nuestra participación en la muerte de Abd el Atti. Estaba tan segura de eso como lo estaba de mi propio nombre. El ladrón no había encontrado el objeto que buscaba. Debía ser algo de importancia considerable para él o no se habría arriesgado a entrar en un lugar tan bien protegido como el Shepheard. ¿La conclusión? Debería ser obvia para cualquier persona razonable. El ladrón continuaría buscando el objeto perdido. Más pronto o más tarde oiríamos de él, otra tentativa de robo, un asalto sobre uno de nosotros o alguna otra atención interesante. Dado que eso no se le había ocurrido a Emerson, no me sentí obligada a indicárselo. Se habría molestado.

Al día siguiente estábamos listos para empezar el trabajo. Emerson había decidido comenzar con un cementerio tardío. Traté de disuadirlo, ya que no tengo paciencia con los mártires.

—Emerson, sabes bastante bien por los restos visibles que este cementerio data probablemente de tiempos romanos. Odias los cementerios tardíos. ¿Por qué no trabajamos en las... eh... pirámides? Puedes encontrar tumbas subsidiarias, templos, una infraestructura...

—No, Amelia. Estuve de acuerdo en excavar este sitio y lo excavaré, con una rigurosidad y una atención a los detalles que pondrán nuevos estándares en la metodología arqueológica. Que nunca se diga que un Emerson eludió su deber.

Y se marchó, con los hombros rectos y los ojos levantados hacia el horizonte. Parecía tan espléndido que no tuve valor para señalarle las desventajas de esa postura, cuando uno anda a zancadas valientemente hacia el futuro no puede mirar dónde pisa. Tropezó con la pila de trozos de cerámica de Ramses y cayó.

Ramses, que había estado a punto de ir tras él, se retiró prudentemente detrás de mis pantalones. Después de una mirada maligna en nuestra dirección, Emerson se levantó y se alejó cojeando.

—¿Qué va a hacer papá? —preguntó Ramses.

—Va a contratar trabajadores. Ves, vienen ahora.

Un grupo de hombres se había reunido alrededor de la mesa donde Emerson se había sentado, con John en su lado. Habíamos decidido poner a John al cargo de los registros del trabajo, haciendo

listas de los nombres de los hombres cuando eran admitidos y siguiendo las horas que trabajaban, más el dinero adicional que ganaban por hallazgos importantes. Los solicitantes continuaron deslizándose desde la aldea. Eran un grupo sombrío con túnicas oscuras y turbantes azules. Sólo los niños prestaban alguna alegría a la escena. Emplearíamos a varios de los últimos, tanto chicos como chicas, para llevar las cestas de arena que los hombres llenaban mientras cavaban.

Ramses estudió al grupo y decidió, correctamente, que prometía ser un procedimiento pesado.

—Te ayudaré, mamá —anunció.

—Eso es muy amable de tu parte, Ramses. ¿No preferirías terminar tu propia excavación?

Ramses echó a los trozos de cerámica una mirada despreciativa.

—Ya la he terminado, a mi propia satizfacción. Dezeaba llevar a cabo una excavación de mueztra, ya que, despuéz de todo, no he tenido experiencia en excavación, aunque eztoy naturalmente verzado en los principios bázicos. Sin embargo, ez aparente que ezte zitio está desprovisto de interéz. Creo que concentraré ahora mi atención...

—Por compasión, Ramses, no me sermonees. No puedo imaginarme de dónde deriva tu desgraciado hábito de la locuacidad. No hay necesidad de continuar y continuar cuando alguien te hace una pregunta sencilla. La brevedad, hijo, no es sólo el alma de la agudeza, sino que es la esencia de la eficiencia literaria y verbal. Sigue mi ejemplo, te lo ruego y de ahora en adelante...

Fui interrumpida, no por Ramses, que escuchaba atentamente, sino por Bastet. Dejó salir un largo y lastimero aullido y me mordió en el tobillo. Afortunadamente mis botas gruesas evitaron que los dientes penetraran en la piel.

En las páginas de este diario privado admitiré que cometí un error. No debería haber interrumpido a Ramses cuando hablaba de sus futuros planes.

Estuve completamente ocupada toda esa mañana con arreglos domésticos. No fue hasta que los hombres reasumieron el trabajo después de la interrupción del mediodía que tuve tiempo de mirarlos.

La primera zanja ya había sido comenzada. Teníamos a cincuenta hombres trabajando con picos y palas y muchos niños que llevaban los detritos. Para mí, la escena era familiar de temporadas anteriores y a pesar de que no esperaba que apareciera nada de interés, mis ánimos se alzaron ante la amada escena, los picos de los hombres que subían y bajaban rítmicamente, los niños que se escabullían con las cestas cargadas, cantando mientras trabajaban. Caminé por la línea, esperando que alguien me parara para anunciar un hallazgo, un ataúd, una reserva de joyas o una tumba. No fue hasta que alcancé el final de la zanja que hice el descubrimiento.

Uno oye con frecuencia, de turistas ingleses y europeos, que todos los egipcios se parecen bastante. Esto son tonterías, por supuesto, Emerson lo llama prejuicios y probablemente tiene razón. Admitiré sin embargo, que las omnipresentes túnicas informes y los turbantes crean una impresión de uniformidad. El pelo facial al que nuestros trabajadores eran adictos también se añadía a la impresión de que todos estaban estrechamente relacionados unos con los otros. A pesar de estas desventajas, no pasaron ni cinco minutos antes de ver una cara particular que hizo que me atravesara una descarga eléctrica.

Me apresuré adonde estaba Emerson.

—Está aquí —exclamé—. En la sección A-veinte-cuatro. Ven inmediatamente, Emerson.

Emerson, con una expresión singularmente agria en la cara, inspeccionaba el primer hallazgo del día, una lámpara tosca de alfarería. Me miró con ceño.

—¿Quién está aquí, Amelia?

Me detuve un momento para dar efecto.

—El hombre que hablaba con Abd el Atti.

Emerson lanzó la lámpara al suelo.

—¿De qué diablos estás hablando? ¿Qué hombre?

—Debes recordarlo. Te lo describí. Habló en el argot de los vendedores de oro y cuando me vio, él...

—¿Te has vuelto loca? —bramó Emerson.

Lo agarré del brazo.

—Ven rápidamente, Emerson.

Mientras íbamos me expliqué.

—Era un tipo muy mal parecido, Emerson. Nunca olvidaré su cara. Sólo pregúntate por qué debería él aparecer por aquí, a menos que nos esté siguiendo con algún propósito vil en la mente.

—¿Dónde está ese canalla? —preguntó Emerson, con suavidad engañosa.

—Allí. —Señalé.

—Tú, ahí —llamó Emerson.

El hombre se enderezó. Abrió los ojos con sorpresa simulada.

—¿Habla conmigo, effendi?

—Sí, a ti. ¿Cuál es tu nombre?

—Hamid, effendi.

—Ah, sí, lo recuerdo. No eres un hombre de por aquí.

—Vengo de Manawat, effendi, como le dije. Oímos que había trabajo aquí.

La respuesta salió fácilmente. Los ojos del hombre nunca abandonaron la cara de Emerson. Consideré eso sumamente sospechoso.

—Continúa discretamente, Emerson —dije en voz baja—. Si le acusas, puede golpearte con el pico.

—Bah —dijo Emerson—. ¿Cuándo estuviste por última vez en El Cairo, Hamid?

—¿El Cairo? Yo nunca he estado allí, effendi.

—¿Conoces a Abd el Atti, el comerciante de antigüedades?

—No, effendi.

Emerson le hizo gestos de que volviera al trabajo y me atrajo aparte.

—¿Ves? Estás imaginando cosas otra vez, Amelia.

—Por supuesto que lo negará todo, Emerson. No llevaste a cabo un interrogatorio apropiado. Pero qué más da, no suponía que le fuéramos a arrancar una confesión al canalla. Sólo quería atraer tu atención sobre él.

—Hazme un favor —dijo Emerson—. No atraigas mi atención sobre nadie, ni nada, a menos que haya estado muerto durante por lo menos mil años. Este trabajo es suficientemente tedioso. No necesito irritaciones adicionales. —Y se marchó, quejándose.

Para ser honesta, comenzaba a arrepentirme de haber actuado tan precipitadamente. Debería haber sabido que Emerson cuestionaría mi identificación y ahora yo había permitido que mi

sospechoso supiera que sospechaba de él. Habría sido preferible permitirle creer que su disfraz (de turbante añil) no había sido detectado.

El daño estaba hecho. Quizás, al saber que mis ojos estaban sobre él, Hamid cometería alguna acción precipitada, como un ataque directo sobre uno de nosotros. Animada por este razonamiento, volví a mi trabajo.

Pero encontré difícil concentrarme en lo que se suponía que estaba haciendo. Mi mirada seguía volviendo al horizonte del norte, donde las pirámides de Dahshoor se alzaban como ridículos recordatorios de un paraíso prohibido. Al mirarlas supe cómo se debió sentir Eva cuando miró a las flores y al follaje exuberante del Edén, de donde había sido expulsada para siempre. (Otro ejemplo de la hipocresía masculina, debo agregar. Adán no tenía ninguna obligación de comer de la fruta y su intento de cargar la culpa en su confiada esposa fue, por no decir otra cosa, cobardía).

A causa de esta distracción fui la primera en ver al jinete que se acercaba. Montado sobre un vigoroso semental árabe, presentaba un hermoso espectáculo mientras galopaba a través de los desechos. Se paró ante mí con un tirón de las riendas que hicieron que el caballo se encabritara y se quitó el sombrero. Todo el efecto de esa representación se estropeó a la vista del objeto que Morgan sostenía ante él en la silla. El objeto era mi hijo, cubierto de arena, quemado por el sol y sardónico. Su mirada de suave inocencia mientras me miraba habría conducido a la mayoría de las madres a la mutilación criminal.

Tiernamente, Morgan bajó a Ramses hasta mis brazos. Lo dejé caer inmediatamente y me desempolvé las manos.

—¿Dónde lo ha encontrado? —pregunté.

—A medio camino entre este lugar y mis propias excavaciones. En medio de ninguna parte, para ser preciso. Cuando le pregunté dónde pensaba que iba, contestó que había decidido hacerme una visita. C'est un enfant formidable. Verdaderamente el hijo de mi estimado colega, un trozo de un antiguo bloque de madera inglés, ¿n'est pas?

Emerson apareció trotando a tiempo de oír el cumplido final. La mirada que dirigió a Morgan habría marchitado a un hombre más sensible. De Morgan sólo sonrió y se retorció los bigotes. Entonces

comenzó a felicitar a Emerson por el inteligente, osado y excelente francés de su hijo.

—Umm, sí, sin duda —dijo Emerson—. Ramses, qué diablos, es decir, no debes alejarte de este modo tan descuidado.

—No eztaba deambulando —protestó Ramses—. Ziempre fui consciente de mi localización precisa. Confiezo que había subeztimado la diztancia entre ezte sitio y Dahshoor. Lo que requiero, papá, es un caballo. Como ezte.

De Morgan se rió.

—Encontrarías difícil controlar un corcel como Mazeppa —dijo, acariciando el cuello del semental—. Pero una montura de alguna clase, sí, sí, eso es razonable.

—Le ruego que no apoye a mi hijo en sus demandas ridículas, señor —dije, dando a Ramses una mirada dura—. ¿Ramses, dónde está Selim?

—Él me acompañó, por supuezto —dijo Ramses—. Pero M. de Morgan no le ha permitido venir a caballo con nozotroz.

De Morgan continuó intercediendo por Ramses, probablemente porque vio cuánto molestaba a Emerson su partidismo.

—¿Qué daño puede pasarle al muchacho, después de todo? Tan sólo tiene que seguir la línea de cultivos. Un caballo pequeño, señora y profesor, un pony, quizás. El chico es libre de visitarme en cualquier momento. No dudo que tendremos cosas más interesantes que mostrarle.

Emerson hizo un sonido como un toro a punto de cargar, pero se controló.

—¿Ya ha encontrado la cámara de enterramiento?

—Acabamos de empezar nuestra búsqueda —dijo Morgan altaneramente—. Pero dado que las cámaras de enterramiento están situadas por lo general directamente bajo el centro exacto del cuadrado de la pirámide, es sólo un asunto de tiempo.

—No es que importe —gruñó Emerson—. Como todas las otras, habrá sido robada y no encontrará nada.

—¿Quién sabe, mon cher? Tengo una sensación... aquí —De Morgan se golpeó el pecho de su chaqueta hecha a medida—, de que encontraremos grandes cosas esta temporada. ¿Y usted, qué suerte ha tenido?

—Como usted, sólo hemos empezado —dije, antes de que

Emerson pudiera estallar—. ¿Vendrá usted a la casa, monsieur, y se nos unirá a una taza de té?

De Morgan declinó, explicando que tenía un compromiso para la cena.

—Como sabe, Dahshoor es una parada popular para los turistas. La dahabiyya de la condesa de Westmoreland está allí actualmente y ceno con ella esta noche.

Este alarde falló en herir Emerson, a él no le impresionaban en absoluto los títulos y consideraba el cenar fuera una tarea dolorosa, algo a ser evitado siempre que fuera posible. Pero las otras indirectas del francés habían acertado y su discurso final estuvo diseñado para retorcer el cuchillo en la herida. Nos deseó suerte, nos dijo que visitáramos sus excavaciones en cualquier momento y repitió su invitación a Ramses.

—¿Vendrás y aprenderás cómo realizar una excavación, n'est pas, mon petit?

Ramses miró con adoración a la hermosa figura sobre el gran semental.

—Grazias, señor, me guztaría ezo.

Con una reverencia hacia mí y una sonrisa burlona hacia Emerson, Morgan hizo girar al caballo y se fue hacia la puesta del sol. Era una dirección enteramente equivocada y yo tuve que estar de acuerdo con Emerson cuando murmuró:

—Estos malditos franceses, ¡cualquier cosa por un gesto grandilocuente!

Capítulo 6

Al final Ramses se salió con la suya. Después de considerar el asunto, decidí que sería aconsejable para nosotros tener a mano alguna forma de transporte, ya que el sitio era extenso y aislado. Así que alquilamos varios asnos, en un arriendo a largo plazo, por así decirlo, e hicimos que los hombres construyeran un cobertizo para ellos cerca de las ruinas de la iglesia. Mi primer acto al tomar posesión de los asnos fue, como de costumbre, quitarles sus asquerosas mantas y lavarlos. No fue una tarea fácil, ya que el agua tuvo que ser acarreada desde el pueblo, y a los asnos no les gustó ser aseados.

Diré a favor de Ramses que intentó ser útil. Sin embargo, era más un obstáculo que una ayuda, dejando caer los recipientes de agua, derramando más líquido en su propia persona que en los asnos, y evitando por poco perder un dedo por un irritado equino cuyos dientes intentaba cepillar. En el instante en que los animales estuvieron listos para la locomoción él exigió usar uno.

—Ciertamente, mi muchacho —contestó su ingenuo padre.

—¿A dónde piensas ir? —exigió su más suspicaz madre.

—A Dahshoor, a vizitar a M. de Morgan —dijo Ramses.

El rostro de Emerson se demudó. Se sentía profundamente herido por la admiración de Ramses hacia el distinguido francés.

—Preferiría que no visitaras a M. de Morgan, Ramses. No solo, por lo menos. Papá te llevará con él en otra oportunidad.

En vez de debatir el asunto, Ramses juntó las manos y alzó unos suplicantes ojos hasta el rostro preocupado de su padre.

—¿Entoncez, papá, puedo hacer una pequellita excavación propia? ¿Zólo una pequellita, papá?

No puedo expresar del todo en palabras la sombra de sospecha que llenó mi mente ante esta evidente demostración de duplicidad. Habían pasado meses desde que Ramses había pronunciado mal la letra eñe. Su padre estuvo absurdamente encantado por este defecto de discurso, en efecto, estoy convencida que la anuencia de Emerson originó "la media lengua", como se llama, en el infante Ramses. Antes de que yo pudiera expresar mis dudas, Emerson refulgió afectuosamente ante el inocente rostro que se alzaba hacia él y dijo:

—Mi querido muchacho, claro que puedes. ¡Qué idea tan espléndida! Será una experiencia excelente para ti.

—¿Y puedo tomar uno o doz hombres para que me ayuden, papá?

—Estaba a punto de sugerirlo, Ramses. Déjame ver de quién puedo prescindir... además de Selim, por supuesto.

Se marcharon cogidos del brazo, dejándome intrigada con lo que Ramses planeaba esta vez. Incluso mi excelente imaginación falló en proporcionarme una respuesta.

El cementerio databa de la época romana. ¿Necesito decir más? Encontramos pequeñas tumbas excavadas en la roca, la mayoría de las cuales había sido saqueadas en la antigüedad. Nuestros esfuerzos fueron recompensados (uso la palabra irónicamente) por una colección variopinta de deshechos que los ladrones de tumbas habían desdeñado: ordinarias jarras de cerámica, fragmentos de cajas de madera y unas cuentas. Emerson registró los restos con peligrosa calma y los guardé en un rincón de la bodega. Las tumbas no saqueadas contenían ataúdes, un poco de madera y unas molduras de cartonaje (una variedad de papel maché) recargadamente barnizado. Abrimos tres de esos ataúdes, pero Emerson se vio obligado a rechazar la petición de Ramses de dejarle desenvolver las momias, ya que no teníamos ninguna instalación para aquella empresa particular. Dos de las momias poseían retratos pintados junto a las cabezas envueltas. Estas pinturas, hechas con cera coloreada sobre los delgados paneles de madera, fueron usadas en los últimos tiempos en lugar de las más tempranas comunes máscaras esculpidas. Petrie había encontrado varias de estas, algunas sumamente hermosas, cuando excavó en Hawara, pero nuestros ejemplares eran ordinarios y estaban dañados por la

humedad. Espero no tener que aclarar que traté estos especímenes desgraciados con el meticuloso cuidado que siempre empleo, cubriéndolos con una capa fresca de cera de abejas para fijar los colores y almacenándolas en cajas rellenas de algodón, de la misma manera que había empleado con el retrato que Emerson había rescatado de la tienda de Atti el-Abd. Aquellos salían mal parados en comparación con éste, que era el de una mujer que llevaba elaborados pendientes y una banda de oro. Sus grandes ojos oscuros y expresivos labios fueron dibujados y sombreados con un realismo propio de una técnica casi moderna.

El domingo, que era nuestro día de descanso, John apareció con ropajes regios, bombachos hasta la rodilla y todo lo demás. Sus botones habían sido pulidos hasta resplandecer deslumbrantemente. Respetuosamente pidió mi permiso para asistir a los oficios religiosos.

—Pero ninguna de las iglesias de aquí es la tuya, John —dije, parpadeando ante los botones.

Esta racional observación no tuvo ningún efecto en John, que siguió mirándome en mudo ruego, entonces asentí.

—Muy bien, John.

—También iré —dijo Ramses—. Quiero ver a la joven dama eza que John...

—Así será, Ramses.

—También dezeo observar el servicio copto —continuó Ramses —. Ez, según he averiguado, una interezante reminiscencia de cierta y antigua...

—Sí, lo sé, Ramses. Es con seguridad una idea. Iremos todos.

Emerson alzó la vista de sus notas.

—No me incluirás, espero.

—No si no deseas ir. Pero como Ramses ha indicado, el servicio copto...

—No seas hipócrita, Peabody. No es el fervor académico lo que te mueve, también quieres ver a John con la señorita de la que...

—Así es, Emerson —dije. John me miró con agradecimiento. Estaba de un rojo brillante desde el cuello de su chaqueta hasta los rizos de las cejas.

Los servicios en la iglesia Copta ya habían comenzado cuando alcanzamos el pueblo, aunque no hubiera supuesto que esto era así

por el murmullo de voces que podían oírse desde el interior. Desde la arboleda donde la misión americana estaba situada, el tañido metálico de la campana llamaba a los devotos a participar en el servicio. Había una nota perentoria en este persistente llamamiento, o eso me pareció, ésta me recordó a la voz del reverendo y la idea medio formada que me llegó mientras avanzábamos se cristalizó en la decisión de no acceder, incluso en apariencia, a la exigencia de que asistiera a su iglesia.

—Voy al servicio copto —dije—. ¿Ramses, vendrás conmigo o irás con John?

Para mi sorpresa, Ramses indicó que iría con John. No había creído que la vulgar curiosidad predominara sobre sus instintos académicos. Sin embargo, la decisión me satisfizo del todo. Informé a la pareja de que nos encontraríamos en el pozo y los vi seguir hacia la capilla.

El interior de la iglesia Copta de Sitt Miriam (la Virgen, en nuestros términos) estaba adornada con pinturas descoloridas de aquella dama y varios santos. No había ningún asiento o banco, los devotos se paseaban charlando libremente y parecían no prestar ninguna atención al sacerdote, que estaba de pie ante el altar rezando sus oraciones. La congregación no era muy grande, veinte o treinta personas, quizás. Reconocí a varios de los toscos hombres que parecían formar el séquito del sacerdote que santurronamente se arrodillaba ante los cuadros de los santos, pero el rostro que medio había esperado ver no estaba entre ellos. Sin embargo, no me sorprendió saber que Hamid no era un practicante regular.

Tomé un lugar en la parte posterior, cerca pero no dentro del recinto donde las mujeres eran segregadas. Mi llegada no había pasado desapercibida. Las conversaciones se detuvieron durante un momento y luego estallaron más altas que antes. Los encendidos ojos oscuros del sacerdote se fijaron en mí. Era demasiado experimentado para interrumpir su rezo, pero su voz se levantó en acentos más fuertes. Esto sonó como una denuncia de algo, posiblemente yo, pero no podía entender las palabras. Claramente esta parte del servicio estaba en la antigua lengua copta, y dudaba que el sacerdote y los fieles entendieran mucho más de esta. Los rezos eran aprendidos y repetidos de memoria.

Al poco tiempo el sacerdote cambió al árabe y reconocí que leía

uno de los evangelios. Esto continuó durante un tiempo interminable. Finalmente se giró hacia el heikal, o altar, balanceando un incensario del cual emanaba el nauseabundo olor del incienso. Comenzó a avanzar hacia los fieles, bendiciendo a cada individuo colocando una mano en su cabeza y amenazándolos con el incensario. Permanecí de pie sola, los otros devotos se quedaron prudentemente alejados y me pregunté si sería ignorada totalmente o si algún desaire en particular insultante, estaba en marcha. Conciban mi sorpresa, por lo tanto, cuando, habiéndose ocupado de cada hombre presente, el sacerdote se acercó rápidamente hacia mí. Colocando su mano pesadamente en mi cabeza, me bendijo en nombre de la Santísima Trinidad, la Madre de Dios y varios santos. Se lo agradecí y fui recompensada con una ondulación de la negra barba que tomé como un indicio de una sonrisa.

Cuando el sacerdote volvió hacia el heikal decidí que había cumplido con mi deber y podía retirarme. El interior del pequeño edificio estaba brumoso con el incienso barato y temí estar a punto de estornudar.

El sol estaba alto en el cielo. Inhalé profundas y satisfactorias bocanadas de caliente pero salubre aire y logré controlar el estornudo. Me quité el sombrero y me afligí al encontrar que mis temores eran correctos. De fina paja amarilla, que combinaba con mi vestido, el sombrero estaba cubierto con encaje blanco y estilizado con un racimo de rosas amarillas, lazos de cintas amarillas y dos moños de terciopelo blanco. Racimos de violetas artificiales y hojas completaban la modesta decoración, y el conjunto entero estaba delicadamente cubierto por tul. Era mi sombrero favorito, fue muy caro y había requerido una larga búsqueda encontrar un sombrero que no estuviera elaborado con aves muertas o plumas de avestruz. (Deploro la masacre de animales para alimentar la vanidad femenina).

Cuando la mano del sacerdote presionó mi cabeza escuché un crujido. Ahora vi que los moños estaban aplastados, las rosas colgaban precariamente de tallos torcidos y la marca de una gran y sucia mano estaba impresa en el tul triturado. El único consuelo que pude sacar era que también había un punto de sangre en el tul. Por lo visto uno de mis alfileres de sombrero había pinchado la palma

eclesiástica.

No había nada que hacer con el sombrero, así que lo restituí en mi cabeza y miré alrededor. La pequeña plaza estaba desierta excepto por un par de perros raquíticos y algunos pollos que no habían estado inspirados para asistir al servicio. Como John y Ramses no estaban a la vista, caminé hacia la misión.

La puerta de la iglesia estaba abierta. De ella salía la música, no las melifluas tonalidades del órgano o la dulce armonía de un coro entrenado, sino voces variopintas bramando lo que asumí debía de ser un himno. Creí reconocer los perforantes y desafinados agudos de Ramses, pero no pude distinguir ninguna de las palabras. Me senté en la misma roca que Emerson había usado una vez como asiento y esperé.

El sol se elevó más alto y la transpiración goteó por mi espalda. El canto continuó sin cesar, la misma monótona melodía repetida interminablemente. Finalmente sobresalió la voz del hermano Ezekiel. Pude escucharlo muy bien. Rezó por los elegidos y por aquellos que aún permanecían en la oscuridad de las falsas creencias (cada habitante del globo excepto los miembros de la Iglesia del Santo Jerusalén). Creí que nunca dejaría de rezar.

Finalmente lo hizo y los fieles comenzaron a salir.

Los “Fratestantes” [2] parecían tener éxito en sus esfuerzos por la conversión, ya que el auditorio del hermano Ezekiel era algo más extenso que el del otro sacerdote. La mayoría, si no todos los conversos, llevaban el oscuro turbante copto. Los misioneros cristianos habían tenido poco éxito en persuadir a los musulmanes, quizás por motivos ideológicos y quizás porque el gobierno egipcio desaprobaba (de varias formas eficaces y desagradables) a los apóstatas de la fe del Islam. Nadie se preocupaba por lo que hacían los coptos, de ahí la tasa de conversión más alta y el resentimiento de la jerarquía copta contra los misioneros. Este resentimiento, en varias ocasiones, había originado violencia física. Cuando Emerson me contó sobre estos casos yo exclamé con incredulidad, pero mi cínico marido sólo sonrió desdeñosamente.

—Nadie mata a un correligionario con tanto entusiasmo que un cristiano, querida. Mira su historia. —No realicé ningún comentario

sobre esto, ya que de hecho no pude pensar en nada que objetar.

Entre los devotos que llevaban el turbante azul hubo uno a quien reconocí. ¡Hamid era un converso! Cuando me vio tuvo el descaro de saludarme.

Finalmente, John salió de la iglesia. Su rostro estaba sonrosado por el placer y probablemente por el calor, ya que la temperatura en la capilla debía superar los cuarenta grados centígrados. Vino corriendo hacia mí, balbuceando una disculpa:

—Fue un servicio largo, señora.

—Eso observé. ¿Dónde está Ramses?

—Estaba aquí —dijo John vagamente—. Señora, me han hecho el honor de pedirme que me quede para la comida. ¿Puedo, señora?

Estuve a punto de contestar con una rotunda negativa cuando vi al grupo acercándose y olvidé lo que iba a decir. El hermano David, pareciendo un joven santo, le daba el brazo a una dama, la misma que había visto con él en el Shepheard. Su vestido esa mañana era de seda violeta brillante en un ceñido diseño, el abrigo corto tenía un corte en el frente que mostraba un enorme pañuelo de gasa blanco que sobresalía unos buenos treinta centímetros delante de ella. El sombrero a juego no sólo tenía cintas y flores, sino una pluma de garceta y un ave muerta montada con las alas y la cola en alto, como si estuviera en pleno vuelo.

Completando el trío estaba Ramses, su mano en la de la dama. Se veía tan piadoso como sólo Ramses puede aparentar cuando está planeando alguna acción reprensible, y estaba bañado en polvo desde el alguna vez cuello blanco, hasta sus botas con hebillas. Ramses es la única persona que conozco que puede ensuciarse estando sentado totalmente quieto en una iglesia.

El grupo se me echó encima. Todos hablaron a la vez. Ramses me saludó, el hermano David me reprochó no haber entrado en la capilla, y la dama gritó, con una voz tan chillona como la de una urraca:

—Ach du lieber Gott

[3], ¡qué placer es este! ¿La famosa Frau Emerson, no es así? ¡Cuántas veces he escuchado sobre usted, tuve la intención de visitarla y ahora está aquí, en persona!

—Me temo que usted tiene ventaja sobre mí —contesté.

—Permítame presentarle a la baronesa Hohensteinbauergrunewald —dijo el hermano David—. Ella es...

—Una gran admiradora de la famosa Frau Emerson y de su distinguido marido —gritó la baronesa, agarrando mi mano y aplastándola en las de ella—. ¡Y ahora la madre del liebe

[4] chico, encuentro que... es demasiada felicidad! Debe venir a verme. Insisto. Mi dahabiyya está en Dahshoor, inspecciono las pirámides, entretengo a distinguidos arqueólogos, colecciono antigüedades. ¿Vendrá está noche y el famoso profesor doctor Emerson a cenar, nicht?

[5]

—Nicht —dije—. Es decir se lo agradezco, baronesa, pero me temo...

—¿Tiene otro compromiso? —Los pequeños ojos marrón cieno de la baronesa centellearon. Me codeó familiarmente—. No, no tiene otro compromiso. ¿Qué podría hacer usted en este desierto? Vendrá. Una cena tendré para los arqueólogos famosos. El hermano David también vendrá. —El joven hombre asintió, sonrió y la baronesa continuó—: me quedaré sólo tres días en Dahshoor. Realizo el crucero por el Nilo. Así que vendrá esta noche. Al famoso profesor Doctor Emerson mostraré mi colección de antigüedades. Tengo momias, escarabajos, papiros...

—¿Papiros? —exclamé.

—Sí, muchos. ¿Así que ahora vendrá, eh? Deseo llevar al joven Ramses conmigo, él desea ver mi dahabiyya. Luego por la noche vendrá e irá a buscarlo. ¡Bien!

Dirigí a Ramses una mirada penetrante. Él juntó las manos.

—¿Oh, mamá, puedo ir con la dama?

—Estás muy desaseado... — comencé.

La baronesa se rió a carcajadas.

—Es así como un pequeño chico debe ser, ¿nicht? Cuidaré bien de él. Soy madre, conozco el corazón de una madre. —Ella le despeinó los rizos de ébano. El rostro de Ramses adoptó la mirada fija que por lo general precedía a un comentario grosero. Aborrecía que le despeinaran los rizos. Pero permaneció silencioso y mis sospechas sobre sus segundas intenciones, fueran las que fueran, se

vieron reforzadas.

Antes de que pudiera añadir nuevas objeciones, la baronesa me acalló y dijo en lo que es vulgarmente conocido como el gruñido de un cerdo:

—Ach, él se acerca, der Pfarrer

[6]. Él habla demasiado. Escapo. Sólo vengo a ver al hermano David, porque él es tan hermoso, pero der Pfarrer no me gusta. Ven, Bubchen

[7], nos escapamos.

Adecuó la acción a las palabras, arrastrando a Ramses con ella.

El hermano Ezekiel había salido de la capilla. Detrás de él estaba Charity, con las manos juntas y el rostro oculto por el bonete. Al verla John brincó como si una abeja lo hubiera picado.

—Señora —gimió él lastimosamente—, puedo...

—Muy bien —dije.

La baronesa con seguridad era una de las mujeres más vulgares que había conocido jamás, pero sus instintos eran básicamente sanos. También deseé escaparme del hermano Ezekiel. Cuando me batí en retirada sentí como si le arrojara a John, como un hueso a un león, a fin de concretizar mi huida. Al menos John era un mártir complaciente.

Así que la baronesa tenía papiros. En mi opinión ese hecho justificaba una visita. Sin embargo, Emerson no estaría contento. Había perdido a John con los misioneros, a Ramses con la baronesa y había comprometido a mi esposo en una visita social de la clase que particularmente detestaba. Pero había una circunstancia mitigante. Estaríamos solos en la casa esa tarde y sin duda podría persuadir a Emerson de cumplir con su deber.

Emerson fue debidamente persuadido. Rechazó usar el apropiado traje de noche, y no insistí, ya que había descubierto que mi aterciopelado vestido rojo no se adaptaba a la montura del lomo del asno. Me vestí con mi mejor pantalón turco y salimos, acompañados por Selim y Daoud.

Bastet estuvo aún más enojada que Emerson al enterarse de que no había traído a Ramses conmigo. La encerramos en una de las

despensas vacías para impedir que asistiera a la iglesia con nosotros, cuando la solté me dirigió una queja estentórea y se escapó de la casa. No había vuelto cuando nos marchamos, ni tampoco John.

—Algo se debe hacer con esas tonterías, Amelia —declaró Emerson, cuando trotamos hacia el norte—. No tendré a John convirtiéndose en un Hermano de Jerusalén. Creí que era más inteligente. Estoy decepcionado con él.

—No ha sido convertido por el hermano Ezekiel, bobo —dije afectuosamente—. Está enamorado, y como deberías saber, la inteligencia no es ninguna defensa contra esa peligrosa condición.

En vez de responder a ese tierno comentario, Emerson sólo gruñó.

Era otra de esas perfectas noches en el desierto. Una fresca brisa alejó el calor del día. El cielo de occidente se veía inundado de tonalidades de carmesí y dorado, mientras el cielo sobre nuestras cabezas poseía la clara translucidez del azul profundo de la vajilla china. Doradas por los rayos del sol al ocultarse, las pendientes de las grandes pirámides de Dahshoor se elevaban como escaleras al cielo. Incluso la sombría torre de la Pirámide Negra dominaba la escena. A causa de su posición parecía más imponente o más alta que la cercana pirámide de piedra al sur.

Pasamos cerca de su base en nuestro camino a la ribera. La tierra estaba cubierta con lascas de piedra caliza blanca, restos de los bloques de revestimiento que una vez habían recubierto el corazón de ladrillo. La temporada anterior, Morgan había desenterrado las ruinas de la pared del recinto y la capilla funeraria junto a la pirámide. Unas columnas caídas y los fragmentos de bajorrelieves eran todo lo que permanecía sobre la superficie del suelo. A pesar de la fútil vanidad humana, en unos años la implacable arena se tragaría las señales del trabajo de Morgan al igual que había cubierto las estructuras diseñadas para asegurar la inmortalidad del faraón. El sitio estaba desierto. Morgan se alojaba en Menyat Dahshoor, el pueblo más cercano.

Montamos siguiendo la larga sombra de la pirámide hacia el río. Varias dahabiyyas ancladas se mecían suavemente, pero fue fácil distinguir la de la baronesa, ya que la bandera alemana flameaba en la proa. Una placa recientemente pintada mostraba el nombre del

buque, Cleopatra. Era exactamente la clase de nombre trillado y obvio que habría esperado que eligiese la baronesa.

Una suave nostalgia me embargó cuando puse el pie en la cubierta. No hay medio más encantador para viajar que estas casas flotantes, los vapores del señor Cook que navegaban el Nilo, que casi los han sustituido, no pueden compararse en comodidad y encanto.

El salón principal estaba en la parte delantera del barco, con una fila de amplias ventanas siguiendo la curva de la proa. El dragoman de la baronesa abrió la puerta de un tirón y nos anunció, entramos en una cámara bañada con la luz de la puesta del sol y amueblada con estridente elegancia. Un amplio diván cubierto de mullidos cojines se encontraba en un extremo de la habitación, y sobre este, al más puro estilo de esplendor oriental, se reclinaba la baronesa. Doradas cadenas se entrelazaban en las oscuras masas de su cabello desatado, y sus pulseras de oro tintinearon cuando levantó una mano en saludo. Su níveo vestido era de la gasa más fina, una pesada gargantilla o collar, de cornalina y turquesas incrustadas en oro, le cubría el pecho. Supuse que el absurdo traje debía evocar a la fabulosa reina con cuyo nombre el barco había sido bautizado, pero no pude evitar recordar a la difunta y no muy llorada madame Berengeria, que también había rediseñado el antiguo traje egipcio, esforzándose bajo la impresión de que era la reencarnación de varias reinas muertas hace mucho tiempo. Pobre Berengeria, se habría vuelto verde de envidia con la magnificencia del traje tradicional de la baronesa, ya que sus pulseras eran de oro puro y el collar alrededor de su cuello parecía ser una genuina antigüedad.

Desde Emerson, que estaba detrás de mí, llegaron sonidos de inminente estrangulación. Me giré para encontrar que su apopléjica mirada estaba fija, no en los amplios encantos de la señora, sino sobre otro objeto. Un hermoso sarcófago, brillante por el barniz, estaba de pie descuidadamente apoyado contra el piano de cola como algún extravagante ornamento de salón. Una mesa estaba cubierta con una demostración igualmente ocasional de antigüedades... escarabajos, ushebtis, vasijas de cerámica y piedra. En otra mesa habían varios rollos de papiro.

La baronesa comenzó a retorcerse. Un momento después me di cuenta de que sus movimientos no eran los de un peculiar baile

recostado, sino simplemente una tentativa de levantarse del canapé, que era bajo y confortable. Al tener éxito en esto, arremetió hacia delante para darnos la bienvenida. Ya que Emerson no hizo ningún movimiento para tomarle la mano que ella sostenía bajo su nariz, ella estrechó la de él. La vigorosa sacudida pareció despertarlo de su estupor. Sus ojos se concentraron en el malévolo y deslumbrante brillo sobre su sobresaliente busto, y preguntó:

—Señora, ¿se percata de que el objeto que se ha colgado del pecho es una antigüedad inestimable?

La baronesa puso los ojos en blanco y cubrió el collar con manos ensortijadas.

—¡Ach, qué monstruosidad! ¿Lo rasgaría de mi indefenso cuerpo?

—En absoluto —contestó Emerson—. Una ruda manipulación podría dañar el collar.

La baronesa estalló en un rugido de risa.

—Es cierto lo que dicen sobre Emerson, el más distinguido. Sobre usted me advirtieron, que reprocharía...

—Por todos los cielos, señora, hable en alemán —interrumpió Emerson, su ceño se profundizó.

La señora continuó hablando en esa lengua.

—Sí, sí, todos hablan del profesor Emerson, me han dicho que me reprendería por mis pequeñas y pobres antigüedades. M. de Morgan no es tan hiriente como usted.

Procedió a presentar a los otros invitados. Si hubiera seleccionado deliberadamente a un grupo diseñado para molestar a Emerson, apenas podría haberlo hecho mejor; Morgan, Kalenischeff (con un intachable traje de noche, completado por una faja y un monóculo), el hermano David y tres de lo que Emerson llamaba “turistas confundidos”, de otras dahabiyyas. El único comentario memorable emitido por alguna de las turistas en toda la noche vino de una de las damas inglesas, quien con casina y lánguida voz comentó:

—¡Pero las ruinas están destartaladas! ¿Por qué no las repara alguien?

La única persona que esperaba ver no estaba presente y durante una pausa en la conversación pregunté a la baronesa:

—¿Dónde está Ramses?

—Encerrado en una de las cámaras de invitados —fue la respuesta—. Ah, no se preocupe, Frau Emerson, está felizmente ocupado con un papiro. Pero fue necesario para mí confinarlo. Ya se cayó por la borda y fue mordido por un león...

—¿León? —Emerson se dio la vuelta, con un grito, desde la estatua de granito de Isis que había estado examinando.

—Mi cachorro de león —explicó la baronesa—. Compré la adorable pequeña criatura a un comerciante en El Cairo.

—Ah —dije, ingeniosamente—. Ramses sin duda intentaba liberar al animal. ¿Tuvo éxito?

—Por suerte fuimos capaces de recuperarlo —contestó la baronesa.

Lamenté oír esto. Ramses indudablemente lo intentaría otra vez.

La baronesa tranquilizó a mi gruñente marido. La mordedura no había sido profunda y la asistencia médica fue puntualmente aplicada. Se acordó tácitamente que dejáramos a Ramses donde estaba hasta que fuera hora de llevarlo a casa. Emerson no insistió. Tenía otras cosas en mente.

Éstas eran, apenas necesito decir, las ilícitas antigüedades coleccionadas por la baronesa. Siguió regresando al tema a pesar de los esfuerzos de los demás por mantener la conversación en un ligero aspecto social y después de cenar finalmente tuvo éxito en realizar su amonestación. Caminando a zancadas de un lado a otro del salón, agitando los brazos, gritó anatemas mientras la baronesa sonreía y ponía los ojos en blanco.

—Si los turistas dejaran de comprar a estos comerciantes, tendrían que abandonar el negocio —gritó él—. El saqueo de tumbas y cementerios acabaría. Mire esto. —Señaló con un dedo acusador al sarcófago—. ¿Quién sabe qué pruebas vitales perdió el ladrón de tumbas cuando arrebató esta momia de su lugar de descanso?

La baronesa me dirigió una sonrisa conspiradora.

—Pero es magnífico, profesor. ¡Semejante pasión! Le felicito, mi querido.

—Temo que debo añadir mis reproches a los del profesor. —La declaración fue tan inesperada que detuvo el sermón de Emerson e hizo que todos los ojos se dirigieran hacia el orador. David prosiguió, con la misma voz suave—. Hacer que los hombres

carguen estos restos como un haz de leña es una costumbre deplorable. Como un hombre de iglesia, no puedo excusarlo.

—Pero este pobre cadáver era un pagano —dijo Kalenischeff, sonriendo con cinismo—. Creía que los hombres de la iglesia sólo se preocupaban por los restos de los cristianos.

—Pagano o cristiano, todos los hombres son hijos de Dios —fue la respuesta. Todas las damas presentes, excepto yo, soltaron suspiros de admiración y David continuó—: Por supuesto, si creyera que los restos pertenecieran a un cristiano, aunque engañado por un dogma falso, me vería obligado a protestar con más fuerza. No podría permitir...

—Creí que era cristiano —interrumpió la baronesa—. El comerciante a quién lo compré así lo dijo.

Una clamorosa protesta general se elevó. La baronesa se encogió de hombros.

—¿Cuál es la diferencia? Todos son iguales, huesos secos y carne... los ropajes del alma.

Este golpe perspicaz, lo confieso, fue perspicaz, estaba dirigido a David, cuyo alemán era obviamente pobre. Él pareció perplejo, y Morgan dijo dulcemente, en la lengua de Shakespeare:

—No, no hay cuestionamiento en eso. Temo que el comerciante la engañó, baronesa.

—Verdammter

[8] perro mestizo —dijo la baronesa tranquilamente—. ¿Cómo puede estar seguro, monsieur?

Morgan comenzó a contestar, pero Emerson lo detuvo.

—Por el estilo y decoración del sarcófago. Las inscripciones jeroglíficas identifican al dueño como un hombre llamado Thermoutharin. Era claramente un seguidor de los viejos dioses, las escenas en el relieve dorado muestran a Anubis e Isis, Osiris y Thoth, realizando la ceremonia de embalsamar a los muertos.

—Es del período Ptolemaico —dijo Morgan.

—No, no, mucho después. Siglo I o II d.C.

Los magros pómulos de Morgan enrojecieron con molestia ante el tono dogmático de Emerson, pero era demasiado caballeroso para debatir el punto. Fue el joven David Cabot quien bombardeó a mi marido con preguntas, el sentido de este signo o aquél, el

significado de las inscripciones, etcétera. Me sorprendí con su interés, pero no vi nada siniestro en él.

Al poco tiempo la baronesa se aburrió de una conversación en la que no era el tema central.

—¡Ach! —exclamó, batiendo palmas—. ¡Tantas molestias por una fea momia! Si le interesa tanto, profesor, puede quedársela. Se la doy como regalo. A menos que el hermano David quiera llevársela para sepultarla según ritos cristianos.

—No —dijo David—. El profesor me ha convencido, es pagano.

—Ni yo —dijo Emerson—. Estoy harto de esto... dónelo al Museo, baronesa.

—Lo consideraré —dijo la dama—, si esto tiene su aprobación, profesor.

Podría haberle dicho que su torpe coqueteo no tendría ningún efecto sobre Emerson. Cansada finalmente de un juego en el que ella era la única jugadora, la baronesa propuso a sus invitados ver a su nueva mascota, la cual estaba encerrada en una jaula en la cubierta. Emerson y yo declinamos, y cuando los demás se fueron, me giré hacia mi cónyuge infeliz.

—Has cumplido tus obligaciones como un caballero inglés, Emerson. Estoy lista para marcharme siempre que lo estés tú.

—Nunca quise venir en primer lugar, Peabody, tú bien sabes. Como sospeché, mi martirio fue en vano. La confundida mujer no tiene ningún papiro demótico.

—Lo sé. Pero quizás tu defensa de las antigüedades no solo influirá en la baronesa, sino en los otros turistas que estuvieron presentes.

Emerson resopló.

—No seas ingenua, Peabody. ¿Vámonos, eh? Si me quedó más tiempo en este almacén del desastre, me ahogaré.

—Muy bien, querido. Como siempre, me inclino ante tus deseos.

—Bah —dijo Emerson—. ¿Dónde supones que esa terrible mujer ha encerrado a nuestro pobre niño?

No fue difícil localizar a Ramses. Uno de los criados de la baronesa permanecía de guardia ante la puerta. Nos hizo una reverencia al estilo musulmán cuando nos vio y abrió el seguro.

La oscuridad había caído, pero el cuarto estaba bien iluminado por dos lámparas colgantes. Sus rayos caían sobre una mesa bien

suministrada de comida y bebida, y sobre otra mesa se encontraba un rollo de papiro parcialmente desenrollado. No había ninguna señal de Ramses.

—Maldita sea —dijo Emerson furioso—. Apostaré a que olvidó asegurar la portilla. —Apartó a un lado la cortina que ocultaba el orificio ya mencionado, y retrocedió con un grito. Colgando de la pared, como un disecado trofeo de caza, sobresalía un pequeño cuerpo sin cabeza terminando en unas lamentables botas marrones con broches. Las piernas permanecían totalmente flojas.

Acostumbrada como estaba a descubrir a Ramses en una amplia gama de peculiares posiciones, ésta fue tan extraña como para inducir una momentánea constricción en el pecho que me hizo enmudecer. Antes de que pudiera recuperarme, una remota y extrañamente amortiguada voz, pero aún así familiar comentó:

—Buenaz nochez, mamá. Buenaz nochez, papá. ¿Zeriaís tan amablez de empujarme?

Estaba atascado, en realidad, en algún sitio alrededor de su cintura, debido al hecho de que los bolsillos de su pequeña chaqueta estaban llenos de rocas.

—Fue un zingular error de cálculo por mi parte —comentó Ramses algo jadeante, cuando Emerson lo puso de pie—. Conté con el hecho, el cual frecuentemente he tenido la oportunidad de experimentar, que cuando la cabeza y loz hombroz pazan, el rezto del cuerpo lo zeguirá. Me olvidé de las rocaz, que zon especímenes interesantez de la hiztoria geológica de...

—¿Por qué no te impulsaste de regreso a la habitación? —pregunté con curiosidad, mientras que Emerson, aún pálido por el susto, recorría con las agitadas manos el cuerpo de su hijo.

—Ed problema yace en mi desafortunada falta de algunoz centímetroz —explicó Ramses—. Miz brazos no zon baztantez largoz para obtener el zuficiente agarre en eze lado del barco.

Habría continuado si yo no lo hubiera interrumpido.

—¿Y el papiro? —pregunté.

Ramses le dio una mirada despectiva.

—Un ejemplo mediocre de un texto mortuorio de la XX dinaztía. La dama no tiene ningún papiro demótico, mamá.

Encontramos al resto de los invitados aún en la cubierta. Las damas estaban en cuclillas ante la jaula en la que el pequeño león

merodeaba agitado, gruñendo y mostrando los dientes. Me mantuve firme sosteniendo los brazos de Ramses mientras presentábamos nuestras excusas y agradecimos a nuestra anfitriona. Al menos yo le agradecí, Emerson sólo resopló.

El hermano David anunció su intención de cabalgar de regreso con nosotros.

—Debo levantarme al amanecer —entonó él—. Ha sido un interludio encantador, pero mi Maestro me llama.

La baronesa extendió la mano y el hombre joven se inclinó sobre esta con elegante respeto.

—Umm —dijo Emerson, cuando lo dejamos completar su despedida—. Supongo que el interludio ha sido tan lucrativo como encantador. No estaría listo para irse si no hubiera conseguido lo que vino a buscar.

—¿Qué fue ezo? —preguntó Ramses con interés.

—Dinero, por supuesto. Donaciones para la iglesia. Ese es la función del hermano David, así lo creo... seducir a damas susceptibles.

—Emerson, por favor —exclamé.

—No literalmente —confesó Emerson—. Al menos no hago suposiciones.

—¿Cuál ez el zentido literal de eza palabra? —preguntó Ramses —. El diccionario ez en particular obscuro en eze punto.

Emerson cambió de tema.

Después de que montáramos, Emerson impuso un paso forzado en un esfuerzo por evitar la compañía de David, pero el joven no podía ser dejado atrás tan fácilmente. Antes de que el par trotara más allá del alcance del oído escuché que decía:

—Tenga la amabilidad de explicarme, profesor, cómo un hombre de su inteligencia superior puede ser tan indiferente a una gran pregunta que debe sustituir a todas las demás preguntas intelectuales...

Ramses y yo los seguimos a un paso más suave. Él se veía meditabundo, y después de un momento le pregunté:

—¿Dónde te mordió el cachorro de león?

—No me mordió. Zuz dientez razguñaron mi mano cuando lo zaqué de la jaula.

—No fue una acción prudente, Ramses.

—Eza —dijo Ramses—, no ez la cuestión, mamá.

—No me refiero a tu poco aconsejable tentativa de liberar al animal de su cautiverio. Parece ser un león muy joven. Sus posibilidades de supervivencia en una región donde no hay otros de su especie serían escasas.

Ramses guardó silencio durante un momento. Luego pensativamente dijo:

—Confiezo que eza objeción no se me ocurrió. Glazias por hacérmelo notar.

—De nada —contesté, congratulándome por haber manejado a Ramses de la manera más limpia posible. Muy pocas veces desobedecía una orden directa, pero en esas pocas ocasiones, había apelado a consideraciones morales como una excusa para dejar de obedecer. Sospeché que el bienestar de un animal le parecería excusa suficiente. Indicando que sólo empeoraría la condición del desafortunado león, como creía, había evitado una segunda tentativa de liberación.

¡Cuán cierto es el dicho de que no hay peor ciego como aquél que no quiere ver!

La noche era completamente silenciosa, el polémico misionero y su aspirante a presa se habían adelantado. La arena amortiguaba las pisadas de nuestros corceles. Podríamos haber sido un par de antiguas momias egipcias buscando el paraíso de Amenti, yo absorbida por la auto felicitación y Ramses anormalmente silencioso. Mirándolo, fui golpeada por un extraño y pequeño estremecimiento, ya que el marcado perfil que se delineaba contra el fondo más pálido de la arena se parecía alarmantemente a la nariz de su aguileño tocayo así como la barbilla prominente y las cejas caídas. Al menos esto se parecía a la momia de su tocayo, uno supone que los siglos de desecación no han mejorado el aspecto del faraón.

Cuando alcanzamos la casa, David nos deseó buenas noches y cabalgó hacia el pueblo. No mejoró el ánimo de Emerson encontrar la casa a oscuras y por lo visto desierta. Sin embargo, John estaba allí. Lo encontramos en su propia habitación leyendo la Biblia, y el lenguaje de Emerson, cuando contempló el sagrado libro, fue absolutamente desagradable.

A la mañana siguiente John estaba más que avergonzado por su

lapsus.

—Sé que debería haer teído sus camas hechas y la tetera hirviendo —dijo él—. No volverá a pasar, señora. El supremo deber de alguien es asegurar que un hombre haga lo que deba hacer en este mundo, mientras que no entre en conflicto con el deber de alguien...

—Sí, sí, John, eso es muy cierto —dije, viendo enrojecer el semblante de Emerson—. Me gustaría que me ayudes con la fotografía esta mañana, así que apresúrate y limpia las cosas del desayuno. ¿Ramses, debes... cuál es el problema contigo? Creo que tu barbilla está en tu avena. Sácala inmediatamente.

Ramses se limpió la barbilla. Lo miré con recelo, pero antes de que pudiera formular mis preguntas, Emerson arrojó su servilleta y se levantó, apartando la silla fuera de su camino como es su impetuoso hábito.

—Llegamos tarde —anunció él—. Es lo que pasa cuando uno permite que estupideces sociales interfieran con el trabajo. Vamos, Peabody.

Así empezó el día. Emerson trasladó a los hombres hasta un sitio más lejos hacia el noreste, donde el terreno irregular sugería la presencia de otro cementerio. Y así fue. Las tumbas eran completamente diferentes a las del cementerio romano. Éstos eran enterramientos sencillos, los cuerpos estaban envueltos con gruesas vendas de lino que al entrecruzarse formaban franjas rojas y blancas. Los bienes de las sepulturas incluían algunas burdas estelas con cruces talladas y algún otro emblema cristiano, haciendo evidente nuestras sospechas sobre la naturaleza de los entierros... que estos pertenecían a los coptos. Coptos muy antiguos, y esperaba que esta consideración impidiera que el sacerdote protestara. Nos había dejado estrictamente en paz, pero temía que se opusiera a nuestra excavación en un cementerio cristiano. Emerson por supuesto desdeñó esta posibilidad, manipularíamos los cuerpos con la reverencia que concedíamos a todo cuerpo humano e incluso los enterraríamos de nuevo si así lo deseaba el sacerdote. Pero primero, antes que nada él deseaba estudiarlos, y si algún ignorante supersticioso se oponía, podía mandarse a sí mismo y a sus supersticiones al Averno o a Gehenna

[9].

Emerson deseaba fotografías de las tumbas antes de que revisáramos el contenido. Esta era mi tarea esa mañana, y con ayuda de John llevé la cámara, el trípode, placas y otros implementos al sitio. Nos vimos forzados a esperar hasta que el sol estuviera lo bastante alto para iluminar los profundos hoyos y mientras permanecíamos en forzada ociosidad pregunté:

—¿Te divertiste en tu día libre, John?

—Sí, señora. Hubo otro servicio por la tarde. La hermana Charity cantó divinamente esa tonada, mmm, "Bañado en la sangre del Cordero".

—¿Y fue buena la cena?

—Sí, señora. La hermana Charity es una buena cocinera.

Reconocí uno de los síntomas de un extremo encaprichamiento, la necesidad de repetir frecuentemente el nombre del amado.

—Espero que no pienses en convertirte, John. Sabes que el profesor Emerson no admitiría eso.

El antiguo John habría prorrumpido en protestas de lealtad imperecedera. El nuevo y corrompido John adoptó un aspecto serio.

—Yo daría mi sangre vital por el profesor, señora. El día que me atrapó intentando robarle el reloj frente al Museo Británico me salvó de una vida de pecado y vicio. Nunca olvidaré su bondad al darme un puñetazo en la mandíbula y ordenarme que le acompañara a Kent, cuando ningún otro caballero me habría tomado a su cargo.

Sus labios temblaban mientras hablaba. Le di una amistosa caricia en el brazo.

—Con seguridad no podrías haber continuado tu carrera como carterista por más tiempo, John. Considerando tu visible tamaño y tu... si me perdonas por mencionarlo... tu torpeza creciente, estabas destinado a ser atrapado.

—Creciente es la palabra, señora. No creería lo pequeño y ágil que era cuando me dediqué al oficio. Pero eso pertenece al pasado, gracias al zzielo.

—Y al profesor Emerson.

—Y al profesor. Pero, señora, aunque lo reverencie y, como mencioné, me desangraría hasta derramar la última gota de mi cuerpo por él, o usted, o el amo Ramses, no puedo poner en peligro

mi alma por ninguna criatura mortal. La conciencia de un hombre es...

—Tonterías —dije—. Si debes citar, John, cita a las Escrituras. Estas al menos tienen calidad literaria, de lo que carecen las declaraciones del hermano Ezekiel.

John se quitó el sombrero y se rascó la cabeza.

—Haré eso, señora. A veces diseo que no fueda tan largo. Pero etoi decidido a abrirme camino por el Buen Libro, señora, no importa cento me tome.

—¿Hasta dónde has llegado?

—Levítico —dijo John con un suspiro profundo—. El Génesis y el Éxodo no fueron tan malos, ellos se destrozan la mayor parte del tiempo. Pero Levítico será mi perdición, señora.

—Sáltatelo —sugerí compasivamente.

—Ah no, señora, no puedo hacer eso.

Un grito ahogado de mi marido, un poco lejos de mí, me devolvió a mis deberes, e indiqué a John que comenzaríamos a fotografiar. Sin embargo, apenas inserté la placa en la cámara me di cuenta que la señal de Emerson estaba diseñada para llamar mi atención hacia un jinete que se aproximaba. Su traje de rayas azul-y-blanco flotaba al viento, se dirigió directamente hacia mí y desmontó del asno. Jadeando teatralmente, me entregó una nota y luego cayó desmayado sobre la arena.

Ya que el asno había sido quien había hecho todo el trabajo, ignoré esta demostración. Mientras John se inclinaba sobre el hombre caído con preocupación, abrí la nota.

El escritor obviamente era otro trágico frustrado. No había ni saludo ni firma, pero los garabatos apasionados y apenas legibles sólo podían ser escritos por una persona de mi conocimiento.

—Venga inmediatamente —esta decía—. ¡Desastre, ruina, destrucción!

Con la punta del pie le di un golpecito al postrado mensajero, quien parecía haber caído en un sueño reparador.

—¿Vienes de donde la dama alemana? —pregunté.

El hombre giró y no se sentó, nada peor para la ropa. Asintió enérgicamente.

—Envía por usted, Sitt Hakim, y por Emerson Effendi.

—¿Qué ha pasado? ¿Está herida la señora?

El mensajero apenas era más coherente que el mensaje. Aún procuraba obtener algo coherente de él cuando Emerson se acercó. Le di la nota y expliqué la situación.

—Deberíamos ir, Emerson.

—Yo no —dijo Emerson.

—No es necesario que ambos respondamos —concordé—. Hazte cargo de fotografiar mientras yo...

—Maldición, Peabody —gritó Emerson—. ¿Permitirás que esta absurda mujer interrumpa nuestro trabajo otra vez?

Todo esto terminó con ambos acudiendo a la llamada. Emerson afirmó que se no atrevía a dejarme fuera de su vista, pero la verdad es que estaba tan aburrido con nuestra lamentable excavación como lo estaba yo.

Y por supuesto uno debe procurar el bien del prójimo, hombre o mujer.

Mientras cabalgábamos a través del desierto mi ánimo se elevó, no, como los mal intencionados sugieren, ante la perspectiva de interferir en asuntos que no eran de mi incumbencia, sino ante la exquisita presencia de las pirámides de Dahshoor. Mi ánimo estaba atado a ellas por un hilo casi físico, cuanto más cerca estaba más alegre me sentía, me alejaba más y ese tenue hilo se tensaba, casi al punto del dolor.

La dahabiyya de la baronesa era la única en el muelle. Fuimos guiados inmediatamente hacia la dama, que estaba reclinaba en un canapé sobre la cubierta, bajo un toldo. Llevaba una ropa de lo más peculiar, parte negligé, parte vestido de té, de color rosa y lleno de volantes. Sentando a su lado estaba M. de Morgan sosteniéndole la mano, o para ser más preciso, teniendo la mano en la de ella.

—Ah, mon cher collegue

[10] —dijo él con obvio alivio—. Por fin ha llegado.

—Hace poco que hemos recibido el mensaje —dije—. ¿Qué ha pasado?

—¡Asesinato, matanza, invasión! —chilló la baronesa, tumbándose sobre el canapé.

—Robo —dijo Morgan sucintamente—. Anoche alguien irrumpió en el salón y robó varias de las antigüedades de la baronesa.

Eché un vistazo a Emerson. Con las manos las caderas, estudió a

la baronesa y a su protector con imparcial disgusto.

—¿Eso es todo? —dijo él—. Ven, Peabody, regresemos a trabajar.

—No, no, debe ayudarme —exclamó la baronesa—. Envié por ambos... los grandes investigadores de misterios, los grandes arqueólogos. Deben protegerme. Alguien desea asesinarme... asaltarme...

—Vamos, vamos, baronesa, contrólese —dije—. ¿Por qué el robo no ha sido descubierto antes? Es casi el mediodía.

—Pero es cuando me levanto —explicó la baronesa ingenuamente—. Mis criados me despertaron cuando se dieron cuenta de lo sucedido. Son unos perezosos y criados de baja estofa, deberían haber limpiado el salón a la salida del sol.

—Cuando el ama es floja, los criados serán perezosos —dije—. Algo de lo más infortunado. Varios de los posibles sospechosos ya han abandonado la escena.

Morgan soltó unos improperios en francés.

—¿Mais, chere señora, no se estará refiriendo a las personas de calidad que se reunieron aquí en la dahabiyya? Tales personas no son ladrones.

No podía menos que reírme de esta crédula declaración, pero sólo dije:

—Uno nunca puede estar seguro, ¿no es así? Primero déjenos echar un vistazo a la escena del crimen.

—No ha sido perturbada —dijo la baronesa, moviéndose impaciente en el canapé—. Ordené que lo dejaran tal cual estaba hasta que los grandes investigadores de misterios llegaran.

Fue fácil ver cómo entraron los ladrones. Las amplias ventanas en la proa estaban abiertas y los cojines del sofá habían sido aplastados por varios pares de pies. Lamentablemente las huellas eran amorfas en extremo y cuando las examiné con mi lente de bolsillo me encontré deseando, por una vez, que Egipto disfrutara de nuestro húmedo clima inglés. La arena seca no deja huellas.

Me giré hacia mi marido.

—Puedes decir lo que falta, Emerson. Creo que estudiaste las antigüedades con más detenimiento que yo.

—Debería ser obvio —dijo Emerson malhumoradamente—. ¿Anoche cuál era el artículo más visible en la estancia?

El piano de cola sería la respuesta, pero Emerson no se refería a eso.

—El sarcófago —contesté—. Sí, noté de inmediato que faltaba. ¿Qué más, Emerson?

—Un escarabajo de lapislázuli y una figurilla de Isis cuidando a Horus infante.

—¿Es todo?

—Es todo. Eran —añadió Emerson con honda emoción—, los objetos más finos de la colección.

Un examen adicional de la habitación no proporcionó nada de interés, así que nos pusimos a interrogar a los criados. La baronesa comenzó a gritar acusaciones y, como era de esperar, todos parecían tan culpables como Caín.

Hice callar a la mujer con unas palabras bien elegidas y conminé a Emerson a que interrogara a los hombres, algo que hizo con su eficacia habitual. Todos negaron su complicidad. Todos habían dormido durante la noche y cuando el dragoman sugirió que los djinns debían ser los responsables, los demás estuvieron rápidamente de acuerdo.

Morgan miró hacia el sol, ahora alto en el cielo.

—Debo volver a mis excavaciones, señora. Le aconsejo que llame a las autoridades locales. Ellos tratarán con sus criados.

Un aullido de angustia estalló desde el grupo acurrucado de hombres. Sabían demasiado bien cómo las autoridades locales trataban a los sospechosos. Con un gesto tranquilizador me dirigí a la baronesa.

—Lo prohíbo —grité.

—¿Lo prohíbe? —Morgan levantó las cejas.

—Y yo también —dijo Emerson, avanzando hasta mi lado—. Sabe tan bien como yo el proceder, Morgan, el método favorito de interrogación por aquí consiste en encender fuegos ardientes en los pies de los sospechosos hasta que confiesen. Son supuestos culpables hasta que no se pruebe su inocencia. Sin embargo —añadió él, frunciendo el ceño a Morgan—, esa asunción puede no parecer irrazonable a un ciudadano de la república francesa, con su anticuado código napoleónico.

Morgan agitó los brazos abruptamente.

—¡Me lavo las manos de todo este asunto! He desperdiciado

medio día. Haga lo que desee.

—Eso es lo que intento —contestó Emerson—. Bonjour, monsieur.

Después de que Morgan se fuera, maldiciendo quedamente en su propia lengua, Emerson se dirigió a la baronesa.

—Entiende, señora —dijo él, cuadrando sus espléndidos hombros—, que si llama a la policía, la señora Emerson y yo no la ayudaremos.

La baronesa se sintió impresionada por los hombros en lugar de por la amenaza. Los ojos se le vidriaron ligeramente, contempló la imponente figura de mi esposo hasta que le di un golpe con mi insuperable parasol.

—¿Qué? —masculló ella—. ¿La policía... quién los quiere? ¿Qué falta, después de todo? Nada que no pueda sustituir fácilmente.

—Me congratulo por su sentido común —dijo Emerson—. No hay necesidad de que se vuelva a preocupar de aquí en adelante, si gusta retirarse...

—¡Pero no, no entiende! —La espantosa mujer realmente lo detuvo por el brazo y acercó el rostro hacia él—. Los objetos robados no tienen importancia. ¿Pero qué hay de mí? Tengo miedo por mi vida, por mi virtud...

—En realidad no creo que necesite preocuparse por eso —dije.

—¿Me protegerá... a una pobre e indefensa Madchen

[11]? —insistió la baronesa. Sus dedos acariciaron el bíceps de Emerson. Los bíceps de Emerson son completamente notables, pero no permito que nadie excepto yo los admire de esa forma.

—La protegeré, baronesa —dije firmemente—. Es nuestro arreglo acostumbrado cuando mi esposo y yo nos involucramos en búsquedas detectivescas. Él persigue, yo protejo a las damas.

—Sí, bastante cierto —dijo Emerson, cambiando el peso con inquietud de un pie al otro—. La dejaré con la señora Emerson, mi dama, yo... yo iré... y preguntaré...

La baronesa lo liberó de su agarre y Emerson trastabilló en una rápida retirada.

—No corre peligro —dije—. A menos que tenga información que no haya revelado.

—No. —La baronesa me sonrió ampliamente con conocimiento

—. Su esposo es un hombre muy guapo. Mucho macho [12], como dicen los españoles.

—¿Eso dicen?

—Pero no pierdo el tiempo en una causa sin esperanza —siguió la baronesa—. Veo que él atado firmemente al cordel del delantal de su buena Frau inglesa. Mañana dejaré Dahshoor.

—¿Qué pasa con el hermano David? —pregunté maliciosamente —. Él no está atado al cordel del delantal de ninguna mujer... a menos que la señorita Charity haya capturado su corazón.

—¿Esa pálida criatura? —La baronesa resopló—. No, no, ella le adora, pero a él le es indiferente. Ella no tiene nada que ofrecerle. No equivocar, Frau Emerson, el joven hermoso sólo es santo en rostro y figura. Él tiene, como los franceses dicen, un ojo en mejor baza.

El francés y el español de la baronesa estaban tan fracturados como su inglés, pero me imaginé que no era tan ignorante de la naturaleza humana como de los idiomas. Continuó con creciente indignación:

—He llamado por él hoy, para que acuda a mi rescate, ¿y ha venido? No, no lo ha hecho. Y he hecho una gran donación a su iglesia.

—¡Así que la conjetura de Emerson fue correcta! —dije—. Comete una injusticia con el hermano David, baronesa. Aquí está.

Ella se dio la vuelta.

—Herr Gott —exclamó ella—. Ha traído al feo Pfarrer con él.

—Me imagino que es otro admirador.

—Me escapo —dijo la baronesa en voz alta—. Huyo. Dígales que no puedo ver a nadie. —Pero pasos adelante tropezó ostentosamente y cayó en un desmadejado montón sobre el canapé. El hermano Ezekiel se abalanzó sobre ella antes que la baronesa pudiera levantarse. Hurgando en la pila de agitados volantes, él sacó una mano, que agarró firmemente en sus grandes y peludos puños.

—Querida hermana, me alegro que no esté herida. Déjenos inclinar las cabezas y agradecer a Dios por este misericordioso escape. Padre Divino, deja caer al peso de tu ira sobre los bandidos que han perpetrado esta villanía, conviértelos en polvo, oh Señor,

derríbalos como hiciste con Amalekites y Jebusites y...

El polisílabo catálogo continuó.

—Buenos días, hermano David —dije—. Estoy contenta de que este aquí, puedo dejar a la baronesa con usted.

—Claro que puede —me aseguró David, con los suaves ojos azules radiantes—. La ternura y compasión femenina es algo tan peculiar en su hacer que le da crédito, señora Emerson, pero no hay ninguna necesidad de que se quede.

La baronesa aún yacía muy quieta. Podía ver su rostro, sus ojos estaban cerrados y parecía estar dormida, aunque cómo podía dormir con la voz del hermano Ezekiel es algo que no puedo imaginar,

—... y los reyes de Midian, nombrando a Evi, Rekem, Zur y Hur...

Encontré a Emerson rodeado por los criados y los miembros de la tripulación. Los arengaba en árabe, por lo que le escuchaban con fascinada atención. Los árabes en verdad aman a un orador experto. Al verme concluyó su discurso.

—Me conocen, hermanos míos, saben que no miento y que protejo a todos los hombres honestos. Piensen bien en lo que he dicho.

—¿Qué has dicho? —pregunté cuando nos alejamos, seguidos por las respetuosas despedidas de nuestra audiencia:

—Alá les guarde, la misericordia y la bendición de Alá esté con ustedes.

—Ah, lo habitual, Peabody. No creo que ninguno de los hombres esté directamente implicado en el robo, pero deben haber sido sobornados para guardar silencio. Un objeto del tamaño de ese sarcófago no pudo ser extraído del salón sin despertar a alguien.

—¿Sobornado... o intimidado? Siento la siniestra sombra del Maestro Criminal, Emerson. ¡A qué distancia se extiende su red de maldad!

—Te lo advierto, Peabody, no seré responsable si continúas hablando de redes, Maestros Criminales y sombras. Esto es un caso trivial y sórdido de robo. Esto no tiene ninguna conexión...

—Como una araña gigantesca tejiendo sus hilos entrelazados en una red que envuelve al rico y al pobre, al culpable y al inocente...

Emerson saltó sobre su montura y lo urgió a trotar.

Había dejado atrás los cultivos antes de que su semblante recobrara su acostumbrada placidez. Me abstuve de una nueva discusión, sabiendo que tarde o temprano reconocería la exactitud de mi análisis. Estaba muy segura, no transcurrió mucho antes de que comentara pensativamente:

—A pesar de todo, el caso tiene uno o dos rasgos curiosos. ¿Por qué los ladrones se tomarían tantas molestias para largarse con un ordinario sarcófago romano-egipcio? Era el de un plebeyo, no había ninguna expectativa en encontrar joyas o amuletos valiosos entre las envolturas.

—¿Y qué hay de los otros objetos que se llevaron? —pregunté.

—Eso es lo que hace la situación aún más curiosa, Peabody. Los otros dos objetos que se llevaron son el escarabajo y la figurilla. Eran los objetos más valiosos de la colección. La figurilla en particular era muy delicada, del final de la XVIII Dinastía, si no estoy equivocado. Uno podría suponer que el ladrón era un experto con una desafortunada trayectoria, ya que conocía su escaso valor. Pero había otros artículos, pequeños y fáciles de trasportar, que podrían haber obtenido un precio decente y los ladrones los desecharon a fin de dedicar un esfuerzo enorme en llevarse un sarcófago sin valor.

—Te olvidas de mencionar un artículo robado —dije—. O quizás no notaste su falta.

—¿De qué hablas, Peabody? No obvié nada.

—Sí, Emerson, lo hiciste.

—No, Peabody, no lo hice.

—El cachorro de león, Emerson. La jaula estaba vacía.

Las manos de Emerson soltaron su apretón sobre las riendas. Su asno hizo un alto. Me detuve junto a él.

—Vacía —repitió él tontamente.

—La puerta estaba cerrada y la jaula apartada, pero la observé detenidamente y puedo asegurarte...

—¡Oh, buen Dios! —Emerson me miró con consternación—. ¡Peabody! Tu propio e inocente hijo... No sospecharás... Ramses no podría llevarse el pesado sarcófago. Además, tiene mejor gusto como para robar algo así.

—Hace mucho que he dejado de intentar anticiparme a lo que Ramses puede o no puede hacer —contesté, con considerable pasión

—. Tu segundo punto tiene algo de mérito, pero los motivos de Ramses son tan oscuros como notables son sus capacidades. Nunca diablos sé lo que tiene en mente.

—Esa lengua, Peabody, esa lengua.

Me contuve a duras penas.

—Tienes razón. Gracias por recordármelo, Emerson.

—Siempre es un placer, Peabody.

Él arreó las riendas y continuamos en pensativo silencio. De pronto Emerson dijo con inquietud:

—¿Dónde crees que lo ha escondido?

—¿Qué, el sarcófago?

—No, maldita sea. El cachorro de león.

—Pronto lo averiguaremos.

—¿No crees que estuviera implicado en el otro robo, no es así, Amelia? —La voz de Emerson era lastimosa.

—No, por supuesto que no. Conozco la identidad del ladrón. Tan pronto como trate con Ramses lo pondré en custodia.

Capítulo 7

El cachorro de león estaba en la habitación de Ramses. Él estaba sentado en el suelo provocándolo con un trozo de carne cruda de aspecto asqueroso cuando irrumpimos allí. Alzó la mirada con el ceño fruncido y dijo a modo de reproche:

—Mamá, papá, no llamazteiz a la puerta. Zabéis que la intimidad ez importante para mí.

—¿Qué habrías hecho si hubiéramos llamado? —preguntó Emerson.

—Habría puezto al león debajo de la cama —dijo Ramses.

—¿Pero cómo podrías suponer...? —empezó Emerson.

Le di un codazo.

—Emerson, estás dejando que Ramses te distraiga otra vez. Siempre lo hace y tú siempre sucumbes. Ramses.

—¿Zí, mamá? —El cachorro se enroscó en una bola de pelo alrededor de su puño.

—Te dije que no... —Pero entonces fui obligada a detenerme para reconsiderar. No le había dicho a Ramses que no debía robar el león a la baronesa. Él esperó educadamente a que yo acabara, y dije débilmente—: te dije que no deambularas solo.

—Pero no lo hice, mamá. Zelim vino conmigo. Él llevó a cueztaz al cachorro de león. Mi azno no me dejaría montarlo conmigo.

Había visto a Selim esa mañana, pero ahora que pensé en ello me di cuenta que había tenido cuidado en dejarme ver sólo su espalda. Sin duda su rostro y manos tenían la prueba de la renuencia del cachorro a ser llevado a cuestas.

Me agaché en el suelo para examinar al animal más de cerca. Ciertamente parecía gozar de buena salud y ánimo. A simple modo

de investigación, para comprobar el estado de su pelaje, le hice cosquillas en la parte de atrás de la cabeza.

—Lo eztoy entrenando para que cace por zí mizmo —explicó Ramses, arrastrando el asqueroso bocado por el redondeado estómago del cachorro. Por lo visto ya había comido bastante, ya que ignoró la carne y empezó a lamerme los dedos.

—¿Qué vas a hacer con él? —preguntó Emerson, sentándose en el suelo. El cachorro trasladó sus atenciones hacia los dedos de él y este sonrió entre dientes—. Es una criaturita encantadora.

—Todas las criaturitas son encantadoras —le contesté con frialdad. El cachorro saltó a mi regazo y hociqueó dentro de mi falda—. Pero un día esta criaturita será lo bastante grande para zamparte en dos bocados, Ramses. No, león, no soy tu madre. No hay nada allí para ti. Mejor que encuentres algo de leche, Ramses.

—Zí, mamá, lo haré. Graciaz, mamá, no penzé en ezo.

—Y no intentes tus ardides conmigo, Ramses. No soy susceptible a los encantadores y jóvenes animales de cualquier especie. Estoy realmente decepcionada contigo. Esperaba que tuvieras un mayor sentido de la responsabilidad. Has cogido a esta criatura indefensa... —El cachorro, frustrado en su búsqueda de alimento, hundió los dientes afilados en la parte superior de mi pierna y me interrumpí con un aullido. Emerson me lo quitó y empezó a jugar con él mientras yo continuaba—:... esta criatura indefensa a tu cargo y eres incapaz de darle el cuidado que necesita. Ingenuamente espero que no abrigues la idea de que puedes persuadirnos a tu padre y a mí de llevarlo a casa con nosotros.

—Oh no, mamá —dijo Ramses, con los ojos bien abiertos. Emerson arrastró la carne por el suelo y se rió cuando el cachorro se abalanzó sobre ella.

—Me alegro de que te des cuenta. No podemos ir siempre llevándonos animales de Egipto. Bastet, la gata... Por todos los cielos, ¿y la gata? No tolerará a este intruso infantil por el momento.

—A ella le guzta —dijo Ramses.

Bastet, la gata, yacía encima de la maleta que Ramses utilizaba como armario. Las patas dobladas bajo el suave pecho, observando las payasadas del cachorro con lo que parecía ser una expresión de benevolente interés.

—Bien, bien —dijo Emerson, poniéndose en pie—. Pensaremos en algo, Ramses.

—Ya lo he penzado, papá. Voy a dárzelo a la tía Evelyn y al tío Walter. En Chalfont hay ezpacio máz que zuficiente para una rezerva de animalez zalvajez, dirigido por los últimoz principioz científicoz, y con la azistencia conztante de un veterinario...

—Eso es la sugerencia más atroz que haya oído nunca —exclamé —. Ramses, estoy muy desilusionada contigo. Considérate confinado en tu habitación hasta nuevo aviso. No... eso no. Debes arreglar una pequeña parte del lío que has provocado. Ve inmediatamente y trae a Selim.

Ramses corrió hacia la puerta. Me hundí en una silla. Era la primera vez, y seguramente no la última, que empezaba a tener serias dudas sobre mi capacidad de llevar a cabo la tarea que había asumido sin pensar. Había tratado con asesinos, ladrones y bandoleros de todas las clases; pero sospechaba que Ramses, quizás, sería demasiado incluso para mí.

Por supuesto, esas dudas pasaron rápidamente cuando ataqué los problemas inmediatos con mi eficiencia habitual. Después de sermonear a Selim y aplicar yodo en los arañazos, su cara se parecía a la de un indio piel roja en pie de guerra. Cuando acabé puse a uno de los hombres a montar una jaula, a otro en la tarea de construir una pantalla de madera maciza para la ventana de Ramses y a un tercero al pueblo para comprar una cabra del sexo apropiado y en condición de dar leche. Emerson protestó por la disminución de su mano de obra, pero no con la vehemencia habitual; y cuando acompañé a Ramses al salón y lo senté en un taburete, Emerson tomó una silla a mi lado con una expresión de inusual gravedad en el rostro.

Confieso que mi corazón se aligeró cuando Ramses declaró, con una convincente muestra de franqueza total, que no sabía nada del robo de las antigüedades de la baronesa.

—No cogería eze zarcófago de momia de pacotilla —exclamó—. Eztoy profundamente dolido, mamá, de que me creaz capaz de tanta ignorancia.

Intercambié miradas con Emerson. El brillo de alivio en sus magníficos ojos azules trajo en respuesta una sonrisa renuente a mis labios.

—Observa que no está ofendido de que cuestionemos su honestidad, sólo su inteligencia —dije.

—Robar eztá mal —dijo Ramses virtuosamente—. Lo dicen las Ezcrituraz.

—Acepta mis disculpas por dudar de ti, hijo mío —dijo Emerson —. Sabes, tal vez tendrías que haber señalado que carecías de la fuerza para manejar el objeto en cuestión, incluso con la ayuda de Selim.

—Oh, ezo no habría zido una defenza zuficiente, papá. Hay métodoz para tratar con eza dificultad. —Y su rostro tomó tal aspecto de pasmoso cálculo, que sentí que me recorría un escalofrío.

Emerson dijo a toda prisa:

—No importa, Ramses. ¿Observaste anoche alguna actividad sospechosa en la dahabiyya? Aparte de la tuya, quiero decir.

Ramses no tenía nada útil que ofrecer en este sentido. Su visita al barco de la baronesa había tenido lugar poco después de medianoche y estaba razonablemente seguro de que en ese momento el robo no había tenido lugar. El vigilante había sonado dormido y roncando. Al hacerle más preguntas, Ramses admitió que uno de los tripulantes se había despertado.

—Tuve la dezgracia de pizarle la mano. —Un dedo en los labios y una moneda caída en la mano maltrecha habían mantenido en silencio al sonriente testigo.

—Y sé cuál fue el hombre —gruñó Emerson—. Estuvo riendo con la mano en la boca todo el rato que lo interrogué sobre los ladrones. Maldición, Ramses...

—Tengo mucha hambre, mamá —comentó Ramses—. ¿Puedo ir y ver zi el cocinero tiene el almuerzo preparado?

Consentí, porque deseaba hablar a solas con Emerson.

—Parece que el robo tuvo lugar después de medianoche —empecé.

—Una conclusión lógica, Peabody. Pero, si me perdonarás mi mención, el hecho no es particularmente útil.

—Nunca dije que lo fuera, Emerson.

Emerson se reclinó hacia atrás y cruzó las piernas.

—¿Supongo que has fijado a Hamid como el ladrón?

—¿Las circunstancias no son sospechosas, Emerson? Hamid estaba en la escena cuando Abd el Atti encontró la muerte... Oh, no

es necesario que menees las cejas de ese modo altanero, ya sabes lo que quiero decir, no podemos demostrar que estuvo en la tienda esa noche, pero estaba en El Cairo y estaba involucrado en alguna negociación turbia con Abd el Atti. Unos pocos días después apareció aquí, con alguna excusa engañosa sobre buscar trabajo... y roban a la baronesa.

—Poco sólido —dijo Emerson juiciosamente—. Muy poco sólido, Peabody. Pero conociéndote, me sorprende que no tengas ya a tu sospechoso bajo arresto.

—He tenido tiempo de reconsiderar mi primer impulso, Emerson. ¿Qué habría de bueno en detener al hombre? Mientras no tengamos pruebas físicas que lo conecten a algún crimen, naturalmente lo negará todo. La medida más sensata es ignorarle y observar cada movimiento. Tarde o temprano hará algo criminal y lo atraparemos en el acto.

—¿Vigilarle, Peabody? ¿Quieres decir, seguirlo? Si crees que voy a pasarme la noche agachado detrás de una palmera observando roncar a Hamid, estás totalmente equivocada.

—Eso es un problema. Necesitas dormir, Emerson, y yo también.

—Dormir —dijo Emerson—, no es la única actividad nocturna de la que no tengo la intención de ser privado.

—Podemos hacer turnos —reflexioné—. Con un turbante y una túnica podría pasar por un hombre...

—La actividad a la que me refiero necesita que ambos estemos presentes, Peabody.

—Mí querido Emerson...

—Mi queridísima Peabody...

Pero en ese punto fuimos interrumpidos por Ramses, volviendo de la cocina con el pollo asado que había sido preparado para nosotros, y tuve que mencionar varias razones excelentes, del porqué debería alimentarnos a nosotros en vez de al león.

Las protestas de Emerson para vigilar a Hamid, aunque frívolas, tenían mérito. Por lo tanto consideré alternativas. La alternativa más obvia era John, y cuando volvimos de la excavación después del almuerzo me complació observar que él cumplía sus responsabilidades con destreza y dedicación. Le había dado algunas instrucciones sobre el uso de la cámara, aunque tendríamos que esperar hasta que las placas fueran reveladas para estar seguros de

que había llevado a cabo adecuadamente el procedimiento, su descripción del método que había seguido parecía el correcto. Tomé varias fotografías más por precaución, y luego nuestro hombre más habilidoso se puso a trabajar despejando las tumbas. Mientras los frágiles y lastimosos restos eran transportados cuidadosamente hacia la casa, me felicité por nuestra suerte al haber encontrado tal lugar admirable. Nunca antes, en ninguna expedición, había tenido suficiente espacio de almacenaje. Gracias a los antiguos monjes, ahora podía clasificar nuestros hallazgos de manera adecuada y metódica, la cerámica en una habitación, las momias romanas en otra, etcétera.

Hamid estaba trabajando incluso más aletargado de lo normal. Naturalmente estaría cansado si había ayudado a transportar objetos de peso la noche anterior. ¿Dónde demonios había puesto la cosa? Me pregunté. El sarcófago de la momia tenía más de dos metros de largo. Hamid era forastero en el pueblo, no tenía casa propia. Pero había muchos escondrijos en el desierto: tumbas abandonadas, fosas hundidas y la misma arena. O el sarcófago había sido cargado en un bote pequeño y transportado por el agua. Había muchas respuestas a la pregunta de dónde podría haber sido escondido, pero ninguna a la pregunta más difícil: ¿Por qué lo cogieron en primer lugar?

Al final tomé una decisión.

—John —dije—. Tengo una tarea para ti, una que requiere una inteligencia excepcional y devoción.

El joven se levantó en toda su estatura.

—Cualquier cosa, señora.

—Gracias, John. Estaba segura de que podría contar contigo. Sospecho que uno de nuestros trabajadores es un criminal despiadado. Durante el día estará bajo mi vigilancia, pero por la noche no puedo vigilarlo. Quiero que seas mis ojos. Averigua dónde vive. Toma una posición cerca. Si se va durante la noche, lo sigues. No te dejes ver, solo observa lo que hace e infórmame. ¿Puedes hacerlo?

John se rascó la cabeza.

—Bien, señora, desde luego que lo intentaré. Pero veo ciertas dificultades.

—¿Cuáles?

—¿No me verá si estoy apostado fuera de su casa cuando salga?

—No seas absurdo, John. No te verá porque estarás escondido.

—¿Dónde, señora?

—¿Dónde? Bien... eh... tiene que haber un árbol, un muro o algo de ese tipo en las cercanías. Utiliza la imaginación, John.

—Sí, señora —dijo John sin convicción.

—¿Qué otras dificultades anticipas?

—¿Supongamos que alguien me ve detrás del árbol y pregunta qué estoy haciendo allí?

—Si estás lo suficientemente bien escondido, no serás visto. Por todos los cielos, John, ¿no tienes recursos?

—No lo creo, señora. Pero lo haré lo mejor que pueda, lo cual es todo lo que un hombre puede hacer. ¿Quién es el tipo?

Empecé a señalar, luego me lo pensé mejor.

—Ese. El tercero por el final... no, maldición, el segundo. Cambia de posición.

—¿No querrá decir el hermano Hamid, señora?

—¿El hermano Hamid? Sí, John, creo que quiero decir el hermano Hamid. ¿Entonces, de verdad es un converso?

—Sí, señora, y sé dónde vive, duerme en un almacén detrás de la misión. Pero, señora, estoy seguro que está equivocada sobre que sea un criminal. Al hermano Ezekiel le cae bastante bien y al hermano Ezekiel no puede caerle bien un criminal, señora.

—El hermano Ezekiel no es más inmune que los otros hombres a los falsos halagos de un hipócrita. —John me brindó una mirada inexpresiva, así que di más detalles—. Las personas devotas son más vulnerables que la mayoría a las maquinaciones de los impíos.

—No entiendo todas esas palabras tan largas, señora, pero creo que capto lo que quiere decir —contestó John—. El hermano Ezekiel es demasiado confiado.

—Esa es una cualidad de los santos, John —dije yo—. A menudo el martirio es el resultado de la credulidad excesiva.

Si John comprendió esto no puedo decirlo, pero parecía estar convencido. Sin duda también se había dado cuenta que espiar a Hamid lo llevaría más cerca de Charity. Cuadrando los hombros exclamó:

—Haré justo lo que me dice, señora. ¿Qué le parece si me disfrazo?

—Es una sugerencia excelente, John. Me alegra ver que has entrado en ambiente. Tomaré prestados una túnica y un turbante de Abdullah; es el único de los hombres que es más o menos de tu altura.

John se fue a ayudar a Emerson y yo permanecí donde estaba, manteniendo una vigilancia cercana pero discreta sobre Hamid. Después de un rato Abdullah se acercó a mí.

—¿Qué hace el hombre, Sitt, que lo vigila tan detenidamente? —preguntó.

—¿Qué hombre, Abdullah? Estás equivocado. No lo estoy vigilando.

—Oh. —Con delicadeza Abdullah se rascó el mentón barbudo—. Estaba equivocado. Pensaba que sus agudos ojos estaban clavados en el forastero... el hombre de Manawat.

—No, que va. ¿Qué sabe de él, Abdullah?

El reis contestó sin demora:

—No ha trabajado con las manos, Sitt Hakim. Las tiene doloridas y sangrantes por el pico.

—¿Cómo se lleva con los otros hombres?

—No tiene amigos entre ellos. Aquellos del pueblo que permanecen fieles al sacerdote están enfadados con los que se han ido con los americanos. Pero él ni si quiera habla con los otros nuevos "Protestantes". ¿Le despido, Sitt? Hay otros quienes querrían el trabajo.

—No, no lo hagas. Sólo vigílalo de cerca. —Bajé la voz—. Tengo razones para pensar que Hamid es un criminal, Abdullah, tal vez un asesino.

—Oh, Sitt. —Abdullah apretó las manos—. ¡Otra vez no, estimada Sitt! Venimos a excavar, a trabajar; se lo ruego, Sitt, no lo haga otra vez.

—¿Qué quieres decir, Abdullah?

—Temía que esto pasaría —farfulló el reis, pasándose una mano temblorosa por la majestuosa frente—. Un pueblo de no creyentes, odiosos de Allah; una maldición en cada casa donde habitamos...

—Pero hemos disipado la maldición, Abdullah.

—No, Sitt, no. Los agitados espíritus de la muerte todavía están aquí. Daoud vio uno de ellos anoche.

Había estado esperando algo así... o si no lo esperaba, no fue

una sorpresa que hubiera ocurrido. Como dice Emerson, la mayoría de los hombres son supersticiosos, pero los egipcios tienen más razones para creer en fantasmas que los hombres de otros países. ¿Es algo asombroso que los descendientes de los faraones sientan la presencia de los dioses a quienes rindieron culto durante tres mil años? Añade los panteones de la Cristiandad y el Islam, y tienes a un surtido regimiento de demonios.

Estaba a punto de explicarle esto a Abdullah cuando fuimos interrumpidos por una llamada de Emerson:

—¡Peabody! ¡Oh, Peee #8209;body! Ven aquí, ¿quieres?

—Hablaré contigo más tarde —le dije a Abdullah—. No cedas al temor, amigo mío, sabes que el Padre de las Maldiciones está a la altura de cualquier espíritu maligno.

—Humm —dijo Abdullah.

Esa tarde trasladamos la escena de nuestras operaciones de nuevo. Mientras Emerson los colocaba (bastante desafortunadamente, en mi opinión) teníamos bastantes huesos mohosos de cristianos para que nos duraran. Lo que estábamos haciendo, en términos arqueológicos, era hacer una serie de zanjas de prueba a través del área para establecer la naturaleza general de los restos. Los críticos, que desconocen los métodos de la profesión, lo habrían descrito como palos de ciego con la esperanza de encontrar algo interesante, pero por supuesto ese no era el caso.

Encontré a Emerson de pie, encima de la cresta de una roca mirando fijamente a algo por debajo. John estaba con él.

—Ah, Peabody —dijo mi marido—. Échale un vistazo a esto, ¿quieres?

Tomando la mano que ofrecía, subí a la cresta. A primera vista no había nada que justificara su interés. Medio enterrada en la arena, medio expuesta por los picos de los trabajadores, había una momia envuelta. Lo intrincado de las vendas indicaba que era otra momia tolemaica o romana, de las que ya teníamos cantidad suficiente.

—Oh cariño —dije con compasión—. Otro maldito cementerio romano.

—No lo creo. Todavía estamos en el límite del cementerio cristiano, han aparecido otros dos enterramientos de esa naturaleza.

John se aclaró la garganta.

—Señor. He estado esperando para hablar con usted sobre eso. Esos pobres cristianos...

—Ahora no, John —dijo Emerson con irritación.

—Pero, señor, no está bien desenterrarlos si eran paganos. Si estuviéramos en Inglaterra...

—No estamos en Inglaterra —contestó Emerson—. ¿Bien, Peabody?

—Es curioso —estuve de acuerdo—. Uno esperaría que tal momia cuidadosamente vendada poseyera un ataúd o un sarcófago.

—Exactamente, mí querida Peabody.

—¿Así fue cómo la encontraron?

—La ves —contestó Emerson—, igual que los hombres la encontraron, a un metro escaso por debajo de la superficie.

—Estas intrusiones a veces suceden, Emerson. ¿Quieres que tome una fotografía?

Emerson se acarició la barbilla y luego contestó:

—Creo que no, Peabody. Tomaré nota de su posición y veremos qué aparece mientras se desarrollan los trabajos.

—Señor —dijo John—. Estos eran cristianos...

—Mantén la boca cerrada, John, y pásame ese cepillo.

—Es casi la hora del té, Emerson —le dije—. ¿Vendrás?

—Bah —dijo Emerson.

Tomando esto por aquiescencia, hice el camino de vuelta a la casa. Ramses no estaba en su habitación. El cachorro de león corrió a saludarme cuando abrí la puerta, y mientras le hacía cosquillas debajo de la barbilla me di cuenta que se había comido las zapatillas de Ramses y había reducido su camisón a jirones. Devolviéndolo a la jaula, por encima de sus lastimosas objeciones, volví al salón y encendí la tetera.

Tomamos el té “al fresco”, como dicen los italianos, organizando las mesas y las sillas en un espacio despejado para ese propósito delante de la casa. Los granitos de arena que de vez en cuando espolvoreaban el té y el pan eran un pequeño inconveniente a pagar por el aire fresco y la espléndida vista.

Cuando Emerson se reunió conmigo estaba refunfuñando como de costumbre.

—¿Cuántas veces te he dicho, Amelia, que este ritual es absurdo? El té por la tarde está muy bien en casa, pero interrumpir

el trabajo de uno en el campo... —Tomó la taza que le tendí, apurándola de un trago, y me la devolvió—. Petrie no se detiene para el té. Y te digo que yo no lo haré. Esta es la última vez.

Decía lo mismo cada día. Le llené la taza y le dije lo que le decía cada día, concretamente que un descanso incrementaba la eficiencia y que era necesario reponer la humedad perdida en el cuerpo durante el calor de la tarde.

—¿Dónde está Ramses? —preguntó Emerson.

—Llega tarde —contesté—. En lo que se refiere a dónde puede estar, no puedo contestar, gracias a tu negativa a dejarme supervisar sus actividades. Malcrías al niño, Emerson. ¿Cuántos niños de su edad tienen su propia excavación arqueológica?

—Quiere sorprendernos, Peabody. Sería cruel frustrar sus placeres inocentes. Ah, aquí está. Qué arreglado vas esta tarde, Ramses

No sólo iba arreglado, iba limpio. El pelo se le rizaba en apretados tirabuzones cuando se humedecía. Gotas de agua todavía brillaban en las espirales color negro. Estaba tan contenta ante esta manifestación de conformidad, bañarse no era algo que Ramses hiciera a menudo por propia voluntad, que no lo regañé por llegar tarde ni me opuse a la presencia del león. Ramses sujetó la correa al saliente de una piedra y empezó a devorar el pan y la mantequilla.

Fue un agradable interludio doméstico, y lo confieso, compartí los sentimientos de Emerson cuando soltó una exclamación de enfado.

—Maldición, vamos a ser interrumpidos de nuevo. ¿Ese francés hace algo más excepto visitas sociales?

La figura que se acercaba era en efecto la de Morgan, montado en su precioso corcel.

—Ramses —empecé.

—Zí, mamá. Creo que el león ha tenido zuficiente aire frezco por ahora. —Sólo hubo tiempo para que se metiera en la casa y cerrara la puerta antes que Morgan estuviera con nosotros.

Después de que los saludos fueran intercambiados y que Morgan aceptara una taza de té, nos preguntó cómo iba nuestro trabajo.

—Espléndido —contesté—. Hemos completado la inspección de la zona y estamos procediendo con las excavaciones de prueba. Han sido descubiertos los cementerios de las épocas romana y cristiana.

—Mi conmiseración, queridos amigos —exclamó de Morgan—. Pero quizás os topareis con algo más interesante con el tiempo.

—La conmiseración no es necesaria, monsieur —contesté—. Adoramos los cementerios romanos.

—Entonces sin duda estarán contentos de acoger a otra momia romana —dijo Morgan, retorciéndose el mostacho.

—¿Qué diablos quiere decir? —exigió Emerson.

—Esa es la razón de mi visita —contestó Morgan, una sonrisa maquiavélica curvó sus labios—. El sarcófago de la momia robada ha sido descubierto. Los ladrones lo abandonaron a unos pocos kilómetros de mi campamento, dónde fue encontrado esta tarde.

—Qué extraño —dije.

—No, es comprensible —dijo Morgan con condescendencia—. Esos ladrones son gente ignorante. Cometieron un error tomando el sarcófago de la momia; habiendo descubierto su falta de valor y cansados por el peso, simplemente lo abandonaron.

Emerson disparó al francés una mirada de desprecio devastadora. Yo dije:

—Sin duda la baronesa está contenta de tener de vuelta su reliquia.

—No querrá tener nada que ver con ella. —De Morgan sacudió la cabeza—. Les femmes, son siempre ilógicas. Es decir, madame, no me refiero a usted, entiende...

—No lo esperaría, monsieur.

—Ella gritó ondeando las manos: "Lléveselo, déselo a Herr Professor Emerson, que me ha regañado. No quiero tener nada que ver con esto, me ha traído terror y angustia". Así que —concluyó Morgan—, mis hombres se lo traerán más tarde.

—Muchas gracias —dijo Emerson entre los dientes apretados.

—De nada. —De Morgan acarició los rizos húmedos de Ramses, que estaba en cuclillas a sus pies como un perrito—. ¿Y cómo avanzan tus estudios de las momias, mon petit?

—De momento lo he dejado —dijo Ramses—. Encuentro que carezco de loz instrumentoz apropiadoz para tal inveztigación. El dezarrollo de medidaz precizaz de la capacidad craneal y huezoz zon necesarioz si uno quiere llegar a concluzionez zignificativaz rezpecto a racialez y fízicaz...

De Morgan interrumpió con una carcajada.

—No te preocupes, petit chou; si te aburres con las excavaciones de tus papás puedes visitarme. Mañana empiezo un nuevo túnel que seguramente me llevará a la cámara funeraria.

El rostro de Emerson se retorció. Captando mi mirada, dijo con voz apagada:

—Perdóname, Amelia. Debo... debo...

Y saltando de la silla, desapareció por la esquina de la casa.

—Me despido de usted, señora —dijo Morgan, levantándose—. Sólo vine para decirles que la propiedad robada ha sido recuperada y darles la despedida de la baronesa. Zarpa al amanecer.

—Bien —exclamé—. Es decir... me alegro que esté lo bastante recuperada para continuar su viaje.

—Pensé que se sentiría de esa manera —dijo Morgan con una sonrisa—. ¿Sabe que, después de todo, su pequeña mascota escapó?

—¿Sí?

Durante los últimos minutos un trasfondo apagado de golpes y gruñidos había fluido de la casa. La sonrisa de Morgan se ensanchó.

—Sí, lo hizo. Seguramente los ladrones abrieron la jaula por error. Ah, bien; es un asunto sin importancia.

—Exactamente —dije, cuando surgió un aullido de frustración felina y las zarpas atacaron la puerta por la parte de dentro.

Después de que Morgan se hubiera ido, sonriendo como un galo idiota, fui en busca de Emerson. Lo encontré dando patadas metódicamente a los cimientos de la casa, y lo llevé de vuelta a la excavación.

El resto del día fue tranquilo, y el genio de Emerson se calmó gradualmente bajo la relajante influencia de la actividad profesional. Después de cenar se sentó para poner al día su diario del trabajo de la jornada, ayudado por Ramses, mientras John y yo íbamos al cuarto oscuro y revelábamos las placas que habíamos tomado ese día. Algunas salieron bastante bien, pero pronto le corregí y le señalé que se había equivocado al enfocar la cámara.

Volvimos al salón. Bastet, la gata, estaba sentada encima de los papeles de Emerson. Distraídamente Emerson la levantaba cada vez que añadía una hoja terminada a la pila. El cachorro de león estaba mascando el cordón de la bota de Emerson. Mientras entraba, la puerta principal se abrió y apareció Ramses. Había adquirido el hábito de pasar la tarde con Abdullah y los otros hombres de

Aziyeh, para practicar el árabe, como él alegaba. Tenía mis reservas sobre esto, pero seguro que Abdullah evitaría que los hombres añadieran exhaustivamente expresiones coloquiales a la colección de Ramses. Me gustaba que se llevara bien con ellos. Abdullah decía que le gustaba su compañía. Supongo que poco más podía decir.

—Hora de ir a la cama, Ramses —dije.

—Zi, mamá. —Desenrolló la correa del cachorro de las patas de la mesa y los cordones de su padre—. Pazearé al león y luego me retiro.

—No te creerás que puedes adiestrar esa criatura como lo harías con un perro, ¿no? —pregunté, con una mezcla de diversión y exasperación.

—El experimento nunca ha zido intentado, que yo zepa, mamá. Conzidero que vale la pena intentarlo.

—Oh, muy bien. Pon al león en su jaula antes de ir a la cama. Asegúrate que el postigo está bien cerrado...

—Zí, mamá. ¿Mamá?

—¿Qué, Ramses?

Permanecía sujetando la correa, sus solemnes ojos oscuros fijos en mi rostro.

—Me guztaría decir, mamá, que zoy completamente conzciente de vuestro apoyo e indulgencia rezpecto al león. Me ezforzaré por dezcubrir el modo de demoztrar mi gratitud.

—Por favor no lo hagas —exclamé—. Aprecio tus comentarios, Ramses, pero puedes expresar mejor tu gratitud siendo un buen chico y obedeciendo las órdenes de tu mamá.

—Zí, mamá. Buenaz nochez, mamá. Buenaz noches, John. Buenaz nochez, gata Baztet. Buenaz nochez, papá.

—Buenas noches mi queridísimo niño —contestó Emerson—. Que duermas bien.

Después de que Ramses se fuera y John se llevara la bandeja de trozos de cerámica al almacén, Emerson dejó el bolígrafo y me miró con reprobación.

—Amelia, esa fue una disculpa muy masculina y cariñosa que recibiste de Ramses.

—No me sonó como una disculpa —contesté—. Y cuando Ramses se ofrece para hacer algo, se me hiela la sangre de expectación.

Emerson arrojó el bolígrafo.

—Maldición, Amelia, no te entiendo. El cielo sabe que eres una madre excelente...

—Intento serlo, Emerson.

—Lo eres, cariño, lo eres. Ramses lo cree. Pero no puedes ser más... más...

—¿Más qué, Emerson?

—¿Más cariñosa? Siempre estás hablando bruscamente al chico.

—No soy una persona efusiva, Emerson.

—Tengo razones para creer lo contrario —dijo Emerson, brindándome una mirada significativa.

—Eso es un asunto totalmente distinto. Naturalmente que le tengo cariño a Ramses, pero nunca seré una de esas adorables mamás que permiten que el afecto maternal las ciegue de los defectos de carácter y comportamiento demostrados por un niño.

John volvió en este momento de la discusión.

—Señora —exclamó—, hay un sarcófago enorme en el patio. ¿Qué hago con eso?

—Debe de ser el sarcófago de la momia de la baronesa —dije—. Supongo que los hombres de Morgan simplemente lo dejaron y se fueron. ¡Qué irritante! ¿Qué hacemos con eso, Emerson?

—Tira la maldita cosa —contestó Emerson, volviendo a su escrito.

—La pondremos con las otras —dije—. Ven, John, abriré el almacén.

La luna todavía no se había alzado, pero la superficie barnizada del sarcófago de la momia centelleaba oscuramente bajo la brillante luz de las estrellas. Abrí la puerta y John izó el ataúd en sus brazos, tan sin esfuerzo como si hubiera sido un armazón de papel vacío. Me recordó a ese charlatán italiano de Belzoni, un antiguo forzudo del circo que se había convertido a la arqueología. Fue uno de los primeros en excavar en Egipto, pero sus métodos apenas podían llamarse científicos, entre otros pecados, había empleado la pólvora para abrirse camino en las pirámides cerradas.

El almacén estaba lleno de ataúdes y tuvimos que mover varios de ellos para encontrar un lugar para el recién llegado. Habría sido más práctico, tal vez, abrir otra habitación, pero siempre me gustaba mantener juntos los objetos del mismo tipo. Cuando la cosa

fue guardada, John dijo:

—¿Quiere que vaya a espiar al hermano Hamid ahora, señora?

Le di el disfraz que había obtenido para él. La túnica de repuesto de Abdullah apenas le llegaba a las espinillas y las botas que se mostraban por debajo del dobladillo de la prenda tenían un aspecto bastante peculiar. John se ofreció a quitárselas, pero me decidí en contra. Sus pies no estaban endurecidos como los de los egipcios, y si pisaba algo afilado y doloroso podía soltar un grito que alertaría a Hamid de su presencia. Envolví el turbante alrededor de su cabeza y luego me retiré para estudiar el efecto.

No estaba convencida. Sin embargo, lo habíamos hecho lo mejor que pudimos. Envié a John y volví con Emerson. Tenía curiosidad del porqué John se había retirado tan pronto, pero fui capaz de distraerle sin dificultad.

Parecía como si hubiera dormido unas pocas horas (lo cual de hecho era el caso) cuando me despertó un golpe furioso en la puerta. Por una vez no fui impedida por una tela mosquitera. En esa estación, en el desierto, los insectos nocivos no presentaban un problema. Saltando de la cama, agarré mi parasol y adopté una postura de defensa. Luego reconocí la voz que me estaba llamando.

Emerson estaba jurando y sacudiéndose en la cama cuando abrí la puerta de golpe. Los primeros reflejos del amanecer calentaban el cielo, pero el patio todavía estaba en una profunda sombra. Aún así no había error en la alta forma que tenía en frente. Incluso si no hubiera reconocido la voz de John, habría reconocido su forma. Esa forma estaba, de todas maneras, extrañamente distorsionada, y después de un momento me di cuenta que sujetaba un cuerpo más pequeño y delgado estrechamente agarrado en sus brazos.

—¿Qué demonios tienes allí? —le pregunté, olvidando con la sorpresa mi adherencia normal al lenguaje apropiado.

—La hermana Charity, señora —dijo John.

—¿Por favor, le dirá que me suelte, señora? —preguntó la chica débilmente—. No estoy herida, pero el hermano John insiste...

—No os mováis, ninguno de los dos —interrumpí—. Esta es la situación más inaudita y antes de que pueda evaluarla apropiadamente debo tener luz. —Una maldición vehemente proveniente del diván nupcial me recordó algo que había pasado por alto momentáneamente y añadí con rapidez—: Emerson, ruego

que permanezcas acostado y envuelto en la manta. Hay una dama presente.

—Maldición, maldición, maldición —gritó Emerson apasionadamente—. Amelia...

—Sí, cariño, tengo las cosas controladas —contesté con dulzura —. Un momento hasta que encienda la lámpara. Ahora veremos qué está pasando.

Primero me aseguré de que Emerson no estuviera en un estado que le causara vergüenza a él o alguien más. Sólo le sobresalía la cabeza de la sábana en la que se había envuelto. La expresión de su rostro no le hacía justicia a sus atractivos rasgos.

El turbante de John se había desenrollado y le colgaba por la espalda. La túnica, una vez blanca como la nieve, estaba desgarrada por la mitad; los restos hechos jirones ennegrecidos por algo que primero tomé por sangre seca. Un examen más minucioso demostró que las manchas eran de humo y carbonilla. Tenía el rostro igualmente manchado, pero la amplia sonrisa en sus labios y el brillo constante de sus ojos azules me aseguraron que no había sufrido daño.

La chica también estaba despeinada pero sin marcas por el fuego. El pelo castaño claro le caía por los hombros y tenía el rostro ruborizado por la agitación y el bochorno mientras forcejeaba por liberarse de los musculosos brazos que la agarraban. Tenía los pies desnudos. Llevaba una prenda de corte amplio y color desvaído, azul oscuro o negro, que la cubría desde la garganta hasta los tobillos. Con mangas largas y apretadas. Un gorro de dormir le colgaba del cuello por las tiras.

—Por favor, señora, dígale que me baje —jadeó ella.

—Todo a su debido tiempo —le aseguré—. Ahora, John, cuéntame lo que ha pasado.

—Ha habido un fuego, señora.

—Eso deduje, John. ¿Dónde fue el fuego?

Es conveniente resumir la declaración de John, la cual tuvo que ser extraída de él frase por frase. Estaba escondido entre las palmeras cerca de la capilla cuando vio una lengua de llamas alzarse desde detrás del edificio. Sus gritos habían despertado a los hombres y con su ayuda tuvo éxito en sofocar el incendio antes de que hiciera mucho daño. No provino ninguna ayuda del pueblo; es

más, el lugar permaneció sospechosamente oscuro y en silencio, sin embargo los gritos de los misioneros tendrían que haber sido oídos. Una búsqueda en la zona no mostró ninguna señal del pirómano. El fuego había sido provocado, teniendo el inicio en una pila de ramas secas y hojas de palmera amontonadas contra los cimientos de la pequeña iglesia. Una vez las llamas fueron extinguidas, John había agarrado a la chica y la sacó fuera.

—¿Para qué demonios? —gritó Emerson, desde la cama.

—Para traerla con la señora Emerson, por supuesto —contestó John, con los ojos abiertos de par en par.

Emerson se hundió con una maldición.

—Por supuesto. Todo el mundo se lo trae todo a la señora Emerson. Leones, sarcófagos de momias, diversas jovencitas...

—Y muy bien, por cierto —dije yo—. No preste atención al profesor Emerson, mi querida señorita Charity. Le daría la bienvenida con la amabilidad que es su característica más evidente si no estuviera un pelín de mal humor porque...

—Te ruego que no te expliques, Amelia —dijo mi marido en un tono helado de desaprobación—. E...jem. No me molesta la presencia de la señorita Charity, si no la invasión que seguirá inevitablemente. ¿Sería demasiado pedir, Amelia, que la joven saliera y así poder conseguir mis pantalones? Un hombre está en clara desventaja cuando recibe hermanos furiosos y amantes indignados envuelto en una sábana.

Mi querido Emerson era de nuevo él mismo y estuve contenta de acceder a su razonable petición.

—Desde luego, cariño —contesté—. John, lleva a la joven dama a tu habitación.

La chica chilló y reanudó los forcejeos.

—Es la única habitación habitable y disponible en estos momentos —le expliqué, un tanto irritada ante la excesiva muestra de emotividad—. Espera un momento hasta que encuentre mis zapatillas y os acompañaré. Maldición, ¿dónde están?

—¡Señora! —exclamó John.

—Me perdonarán el lenguaje —dije, arrodillándome para mirar debajo de la cama—. Ah, aquí están. Justo como sospechaba, Ramses ha soltado al león en la habitación, después de que se lo prohibí rigurosamente.

—¿León? —jadeó Charity—. Ha dicho...

—Mira lo mordidas que están. Le dije a ese niño... ¡Vaya! Creo que la chica se ha desmayado. Menos mal. Llévala, John, yo os seguiré.

La hora subsiguiente fue un período de confusión sin precedentes, pero lo recuerdo sin fastidio; me crezco en mis poderes reales en tiempos de confusión. Ramses fue despertado por el ruido. Él, la gata y el león nos siguieron a la habitación de John, soltando preguntas (en el caso de Ramses) y atacando los jirones de la túnica de John (en el caso del león). Les ordené a los tres que volvieran a la habitación de Ramses, y después de que John pusiera a la chica en su catre, lo mandé retirarse al mismo lugar. La única que se negó a obedecerme fue la gata Bastet. Agachándose en el suelo al lado de la cama, observaba con interés mientras me esforzaba por devolverle el sentido a Charity.

Tan pronto como se recuperó insistió, casi histéricamente, en irse de la habitación. Aparentemente la mera idea de estar en la habitación de un joven en camisa de dormir era una indiscreción. Me había asegurado de que estuviera ilesa, así que cedí a su tonta insistencia y cuando llegamos al salón se calmó. La esperada invasión todavía no había ocurrido, pero estaba segura de que Emerson tenía razón; el hermano ultrajado llegaría en busca de su hermana, y el hermano David sin duda estaría con él, aunque la designación por Emerson del último como el amante de Charity era sólo otro ejemplo del fracaso de mi marido para comprender las sutiles corrientes del corazón humano. Decidí que era mejor aprovechar esta oportunidad para hablar con la chica a solas, e ir directamente al grano.

—No debe estar enfadada con John, señorita Charity. Su actuación fue precipitada e irreflexiva, pero los motivos eran buenos. Su única preocupación fue la seguridad de usted.

—Ahora lo veo. —La chica se apartó los mechones ondulados del rostro—. Pero fue una experiencia terrorífica, “el vocerío y las llamas”, luego ser secuestrada así, sin aviso. Yo nunca... es la primera vez que un hombre...

—Me atrevo a decir que se ha perdido muchísimas cosas, señorita Charity. La mayoría desacertadas, en mi opinión. Pero no haga caso. ¿No le gusta John?

—Es muy amable —dijo la chica lentamente—. Pero muy, muy grande.

—Pero eso puede ser una ventaja, ¿no cree? —Charity me miró fijamente y desconcertada, yo continué—: No, no lo sabría. Pero déjeme asegurarle, como una mujer respetablemente casada, que la combinación de fuerza física y sensibilidad moral, combinadas con la ternura del corazón, es exactamente lo que se busca en un marido. La combinación es rara, lo confieso, pero cuando uno se encuentra con esto...

—Diplomática como siempre, Amelia —dijo una voz desde la entrada.

—Ah, estás aquí, Emerson. Simplemente estaba explicando a la señorita Charity...

—Te oí. —Emerson entró en la habitación, abotonándose la camisa—. Tus tácticas se parecen bastante a las de los arietes, cariño. ¿Por qué no preparas el té y dejas en paz a la pobre chica?

—El té está listo. Pero, Emerson...

—Por favor, Amelia. Creo que oigo la aproximación de la invasión que mencioné, y si no obtengo mi té antes de enfrentarme a...

La chica se encogió en la silla, los brazos firmemente agarrados al cuerpo y el rostro apartado, aunque Emerson educadamente se abstuvo de mirarla. Cuando el acento estridente del hermano Ezekiel fue oído, pareció como si ella intentara meter el cuerpo dentro de la estructura de la silla.

Emerson se bebió apresuradamente el té de un trago y fue hacia la puerta para ver a quién se dirigía el visitante. Como había esperado, era Ramses.

—Te dije que permanecieras en tu habitación —le dije.

—Me dijizte que fuera a mi habitación, pero no dijizte que me quedara allí. Viendo que ezta perzona ze acercaba, me pareció que zería aconzejable que alguien lo recibiera para...

—Hablar por los codos, ¿no? —El hermano Ezekiel se deslizó torpemente de su asno y clavó en Ramses una mirada crítica—. Hijito, ¿no sabes que los niños deberían ver y no escuchar?

—No, no lo zabía —contestó Ramses—. Ez decir, zeñor, he oído eza opinión exprezada máz de una vez, pero no ez máz que un criterio y no eztá bazado en teoriaz sólidaz de...

—Eso será, Ramses —dije con un suspiro—. Hermano Ezekiel, ¿quiere entrar? Su hermana está aquí, sana y salva.

—Si usted lo dice. —El hermano Ezequiel me empujó para pasar —. Bien, está aquí, por lo menos, Charity, ¿dónde está tu navaja?

La chica se levantó. La cabeza inclinada, murmuró por debajo del pelo que le tapaba la cara:

—Debajo de la almohada, hermano. Hubo tal confusión que olvidé...

—¿No te dije que nunca dieras un paso sin esa arma? —tronó el hermano Ezekiel.

—Soy culpable, hermano.

—Sí, lo eres. Y serás castigada.

—Un momento, señor —habló Emerson con un ronroneo que a menudo engañaba a las personas que no estaban familiarizadas con su temperamento a creer que estaba de un humor afable—. No creo que hayamos sido presentados formalmente.

—No es culpa mía si no lo fuimos —contestó Ezekiel—. Por lo menos este desafortunado suceso me da la oportunidad de hablar con usted, profesor. Sé quién es y usted me conoce a mí; saltémonos las formalidades, no me atengo a ellas. —Se sentó.

—Tenga una silla —dijo Emerson.

—Ya tengo una. Me apetecería una taza de té, si no tiene café.

—Por supuesto. —Emerson le ofreció una taza. Con resignación esperé la explosión que sabía estaba por llegar. Cuanto más tiempo durara la actuación de Emerson de bondad, más fuerte sería la explosión final.

—¿Entiendo —siguió Emerson suavemente—, que la señorita Charity va armada con un cuchillo? Déjeme asegurarle, señor Jones, que tales precauciones no son necesarias. Este es un país pacífico y dudo que ella sea capaz de utilizar dicha arma.

—Debería ser capaz de utilizarla en sí misma —replicó el hermano Ezekiel—. Y eso es lo que se suponía que haría antes de dejar que un bicho varón posara sus manos sobre ella.

—Por Dios —grité—. Esto no es la antigua Roma, señor.

Esperé que Ezekiel se hubiera perdido la alusión, pero para mi sorpresa él contestó:

—Eran paganos, pero esa Lucrecia conocía el valor de la pureza en una mujer. Bien, en este caso no pasa nada. Vine para llevarla a

casa, pero ya que estoy aquí quizás pueda decirles lo que tengo en mente.

—Cómo no, quítese el peso de encima —dijo Emerson con gran seriedad—. Dudo que el órgano que menciona pueda soportar algún peso excesivo.

—¿Qué? Es sobre el cementerio cristiano que están desenterrando. Tendrán que parar, profesor. Eran herejes, pero fueron enterrados en el Señor.

Me preparé para la explosión. No llegó. Las cejas de Emerson se alzaron.

—¿Herejes? —repitió.

—Monofisitas —dijo el hermano Ezekiel.

Creía que las cejas de Emerson no podían alzarse más alto, pero estaba equivocada. Equivocando la causa de su sorpresa, el hermano Ezekiel le iluminó.

—Nuestro Señor y Salvador, profesor, tiene una doble naturaleza: la humana y la divina están mezcladas en él. Esto fue establecido por el Concilio de Chalcedon, anno domini 451. Es la doctrina, sin vueltas que darle. Aunque esos coptos no lo aceptaran. Siguieron a Eutyches, quien insistió en la absorción de la parte humana de Cristo por la divina en una naturaleza compuesta. De ahí, señor, el término Monofisita.

—Estoy familiarizado con el término y lo que significa —dijo Emerson.

—¿Oh? Bien, pero esa no es la cuestión. Puede que fueran herejes, pero eran cristianos, en cierto modo, y exijo que deje en paz sus tumbas.

El brillo de diversión en los ojos de Emerson fue remplazado por uno exaltado y decidí intervenir:

—Su hermana está al límite del desvanecimiento, hermano Ezekiel. Si no toma medidas para calmarla, lo haré yo. Charity... ¡Siéntate!

Charity se sentó. El hermano Ezekiel se levantó.

—Vamos, chica, un siervo del señor no se desvanece. He dicho lo que tenía que decir, ahora me marcharé.

—Todavía no —dijo Emerson—. Yo no he dicho lo que tenía que decir. Señor Jones...

—Hermano Ezekiel, señor.

Emerson sacudió la cabeza.

—En realidad, usted no esperará que emplee esa afectación absurda. Usted no es mi hermano. Sin embargo, usted es un miembro del género humano, y siento que mi deber es advertirle. Ha despertado un resentimiento considerable en el pueblo, el fuego de anoche tal vez no sea la última demostración de ese resentimiento.

El hermano Ezekiel alzó los ojos al cielo.

—¡Si la gloriosa corona del mártir debe ser mía, Oh Señor, hazme digno!

—Si no fuera un idiota tan entretenido me haría enfadar —masculló Emerson para sí mismo—. Mire, señor, está haciendo todo lo posible para aumentar el enfado justificable del sacerdote local, cuyo rebaño está robando...

—Busco salvarlos de los fuegos del infierno —explicó Ezekiel—. Están todos malditos...

La voz de Emerson se alzó a un bramido.

—¡Tal vez estén malditos, pero usted estará muerto! No sería la primera vez que las misiones protestantes han sido atacadas. Expóngase al peligro todo lo que quiera, pero no tiene derecho a arriesgar a sus inocentes conversos y a su hermana.

—Se hará la voluntad de Dios —dijo Ezekiel.

—Sin duda —estuvo de acuerdo Emerson—. Oh, salga de aquí, pequeño maníaco antes de que lo eche fuera. Señorita Charity, si alguna vez necesita nuestra ayuda, estamos aquí, a sus órdenes. Envíe un mensaje mediante John o cualquier otro mensajero.

Entonces me di cuenta que a su modo peculiar Ezekiel había exhibido una clase de autocontrol comparable a la de mi marido. El insulto final de Emerson resquebrajó la fachada de calma del misionero. Un clamoroso ceño fruncido oscureció su frente. Pero antes de que pudiera expresar con palabras la indignación que lo embargaba, se oyó otro sonido, el sonido de un débil y amenazador gruñido. Pensé que tal vez Ramses había soltado al cachorro de león y miré alrededor.

Pero la fuente del gruñido era Bastet, que había aparecido desde ninguna parte de ese modo desconcertante suyo. Agazapada en la mesa cerca de Emerson, movía la cola y hacía un ruido bajo con la garganta, sintiendo la ira que llenaba la habitación y preparada

para defender a su amo.

Charity soltó un grito débil.

—Lléveselo... oh, por favor, lléveselo.

—Debe vencer esta debilidad, Charity —dijo el hermano David, sacudiendo la cabeza—. No hay nada más inofensivo que un afable gato doméstico. —Tendió la mano hacia Bastet. Ella le bufó. A toda prisa dio un paso atrás—. Un afable gato doméstico —repitió, con menos confianza.

Charity se retiró a trompicones, los ojos abiertos de par en par clavados en el gruñido agudo del gato.

—Sabe que haría cualquier cosa para complacerle, hermano. Lo he intentado. Pero no puedo... no puedo...

Observando su palidez y el sudor que punteaba su frente, me di cuenta que el terror era tan genuino como poco común. ¡No me extraña que la mera mención del león le provocara que perdiera la conciencia!

Eché un vistazo a Ramses, que estaba sentado en silencio en una esquina. Había esperado por lo menos un comentario, o más probablemente un discurso prolijo proveniente de él ante esto. Sin duda sabía que le ordenaría salir de la habitación si se aventuraba a hablar.

—Llévate a la gata, Ramses —le dije.

—Pero, mamá.

—No importa, nos vamos —espetó Ezekiel. La mirada que le brindó a Bastet mostraba que encontraba el temor de Charity tan incomprensible como el afecto del hermano David por tales criaturas. Luego se giró hacia Emerson—. No se preocupe por mi hermana, profesor, ha sido bien enseñada; conoce el lugar de una mujer. Le recuerdo, señor, del primero de los Corintios, capítulo catorce, versículos treinta y cuatro y treinta y cinco: “Deja que tu mujer guarde silencio... no les está permitido hablar. Y si quieren aprender alguna cosa, deja que se lo pregunten a sus maridos en casa”. Sería mejor que aplicara eso en su propia casa, profesor, antes de empezar a interferir con los que tienen mejor criterio.

Cuando él y su séquito se fueron, Emerson estalló en enormes carcajadas.

—¡Calzonazos! —gritó alegremente—. La vieja acusación de calzonazos. ¿Lo superaré alguna vez?

Me puse de puntillas y le lancé los brazos al cuello.

—Emerson —dije—, ¿he tenido ocasión últimamente de mencionar que mis sentimientos por ti son de la naturaleza más cariñosa?

Mi marido me devolvió el abrazo.

—Lo mencionaste de pasada hace unas horas, pero si quieres ocuparte de ahondar en detalles en el tema...

Pero después de un intervalo demasiado breve me hizo a un lado con delicadeza.

—De todas formas, Peabody —dijo con seriedad—, no podemos dejar que esos idiotas se tiren de cabeza a la destrucción sin intentar detenerles.

—¿Piensas que las cosas están así de serias?

—Me temo que sí —añadió, con un refrescante toque de malicia —. Has estado demasiado ocupada jugando a detectives para darte cuenta de lo que está pasando. Ya hay una división evidente entre nuestros trabajadores, los conversos son rechazados por sus compañeros y Abdullah ha informado de varios casos de peleas a puñetazos. En verdad creo que ese despreciable predicador quiere conseguir el martirio.

—No puede haber peligro en eso, Emerson. No en nuestros días.

—Esperemos que no. Qué diablos, hemos perdido demasiado tiempo con la criatura. Los hombres estarán en la excavación. Debo irme.

Con un rápido abrazo partió y me senté para tomar otra taza de té. No obstante, apenas había tomado asiento, antes de que un grito de furia colérica alcanzara mis oídos. Reconocí la voz amada y me apresuré a correr a su lado, temiendo no sé qué, tal vez algún nuevo ultraje del hermano Ezekiel.

El pastor se había ido y Emerson no estaba en ningún lugar a la vista. El volumen de sus quejas me llevó hasta él, en el otro extremo de la casa. No podía creer que no hubiera inspeccionado esa región desde el día de nuestra llegada, cuando hice un recorrido por las paredes para ver dónde se necesitaban reparaciones. En esa ocasión las paredes habían estado intactas, aunque viejas. Ahora tenía un enorme agujero frente a mis asombrados ojos. Emerson pateaba el suelo arriba y abajo moviendo los brazos y gritando a Abdullah, quien escuchaba con un aire de dignidad herida. Al verme, Emerson

giró sus reproches en un nuevo objetivo.

—¿Qué clase de mantenimiento de la casa llamas a esto, Peabody?

Remarqué la injusticia de la acusación con unas pocas palabras enérgicas pero bien escogidas. Emerson se secó la frente.

—Perdona mi lenguaje, Peabody. Ha sido una mañana difícil. ¡Y ahora esto!

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Es un agujero, Peabody. Un agujero en la pared de uno de nuestros almacenes.

—¡Oh, Emerson, puedo verlo! ¿Cómo pasó?

—No lo sé, Peabody. Quizás Ramses ha robado un elefante e intentó confinarlo en la habitación.

Ignoré este intento de humor fuera de lugar.

—La pared es vieja y algo de la argamasa se ha caído. Tal vez simplemente se derrumbó.

—¡No hables como una idiota, Peabody! —gritó Emerson.

—¡No me grites, Emerson!

La cabeza de Abdullah se estaba moviendo de un lado a otro, como alguien viendo un partido de tenis. Ahora comentó, no exactamente en voz baja:

—Es bueno verles tan simpáticos a los dos. Pero claro, es el espíritu del antiguo sacerdote, intentando regresar a su casa de la cual el Padre de las Maldiciones lo expulsó.

—Abdullah, sabes que eso son disparates —dije.

—Absolutamente cierto —estuvo de acuerdo Emerson—. Cuando se expulsa a un espíritu, sigue expulsado.

Abdullah sonrió. Emerson se secó la frente con la manga y dijo con voz resignada:

—Vamos a ver cuál es el daño. ¿Qué almacén es este, Amelia? No puedo orientarme del todo.

Conté las ventanas.

—Esta es la habitación dónde guardé los sarcófagos de las momias, Emerson. Las del cementerio romano.

Emerson se golpeó con fuerza en la frente.

—Hay alguna extraña fatalidad en esto —masculló—. Abdullah, ve a la excavación y consigue que los hombres empiecen. Vamos hacia la puerta, Peabody, y veremos qué hay o qué no, dentro.

Hicimos lo que sugirió. Los ataúdes habían sido más o menos revueltos, pero me di cuenta que ninguno de los ladrillos había caído dentro, lo cual arrojaba una duda en mi teoría de una caída espontánea. En realidad no lo creía, por supuesto. Los ladrillos habían sido quitados uno a uno hasta que fue hecha una obertura lo suficientemente grande. No habría sido difícil de hacer. La argamasa estaba gastada y desmenuzada.

—...cinco, seis, siete —contó Emerson—. Están todos aquí, Amelia.

Me aclaré la garganta.

—Emerson.

—Oh, maldición —exclamó Emerson—. No me digas que pusiste el sarcófago de la momia de la baronesa en esta habitación.

—Parecía el lugar lógico, Emerson.

—Entonces aquí deberían haber ocho sarcófagos de momia.

—Mis cálculos concuerdan con los tuyos, Emerson.

—Falta uno.

—Parece una conclusión razonable.

Los dedos de Emerson arañaron su barbilla.

—Trae a John —dijo.

Me giré para obedecerle; no era el momento de poner reparos a un tono innecesariamente perentorio. Desde una de las puertas a lo largo de la línea de celdas sobresalió una cabeza.

—¿Puedo zalir, mamá? —preguntó Ramses.

—Y ya puestos, encuentra a John.

—Eztá aquí, mamá.

La pareja pronto se unió a nosotros y Emerson, con la ayuda de John, empezó a sacar los sarcófagos de las momias del almacén. Cuando estuvieron alineados en una hilera macabra, Emerson las inspeccionó.

—Estos son los ataúdes que encontramos, Peabody —anunció—. El único que ha sido robado, otra vez, debe ser el que pertenecía a la baronesa.

—Incorrecto, Emerson. Ese —señalé— es el sarcófago que John y yo pusimos en esta habitación anoche. Me acuerdo del parche de barniz que faltaba en el pie, y también la posición aproximada, la cual observé cuando lo sacabas.

—Incorrecto, Peabody. Conozco todos y cada uno de estos

sarcófagos. Fácilmente estaría tan equivocado como con la identidad de mi propia madre.

—Ya que no has visto a la querida anciana desde hace quince años, cometerías fácilmente tal error.

—Olvida a mi madre —replicó Emerson—. No puedo imaginarme porqué la metimos en esto. Si no me crees, Peabody, puedo comprobar mis notas. Hice descripciones detalladas de los ataúdes, como hago siempre.

—No, no, mi querido Emerson, no necesito tales verificaciones; tu memoria es siempre tan exacta. Pero estoy igualmente segura de que esto —señalé de nuevo—, es el sarcófago que trajimos anoche.

—La concluzión ez obvia, digo yo —dijo Ramses con voz aguda —. El zarcófago de la momia que trajeron anoche, zupuestamente el robado de la zeñora, no fue de hecho el único robado...

—Te aseguro, Ramses, que esa posibilidad no se nos ha escapado —contesté con algo de aspereza.

—El inevitable corolario —siguió Ramses—, ez que...

—Pido silencio durante un momento, Ramses —rogó Emerson, agarrándose sus deliciosos mechones con ambas manos—. Déjame pensar. Entre los sarcófagos de momia zumbando dentro y fuera de mi vida como un tren exprés... Originariamente había siete sarcófagos en esta habitación.

Murmuré un alentador:

—Exacto, Emerson —y clavé una mirada en Ramses que acalló las palabras suspendidas en sus labios.

—Siete —repitió Emerson con mucho dolor—. Anoche otro sarcófago fue colocado en esta habitación. Ocho. Por casualidad no te diste cuenta, Peabody, cuántos...

—Lo siento Emerson, no. Estaba oscuro y teníamos prisa.

—El sarcófago de la baronesa fue robado —siguió Emerson—. Un sarcófago que creíamos era ese ataúd que nos entregaron. Estás segura que éste —señaló— era el sarcófago en cuestión. Debemos suponer, entonces, que el sarcófago que recibimos no era el que pertenecía a la baronesa, si no otro sarcófago, proveniente de Dios sabe dónde.

—Pero zabemos de dónde —gritó Ramses, incapaz de contenerse más tiempo—. Papá tiene razón; aquí tenemoz el zarcófago original dezcubierto por nuestroz hombres. El que noz devolvieron era el

nueztro. Un zaqueador tiene que haberlo zacado antez de ezta habitación.

—¿Un qué? —pregunté.

—Un ladrón —dijo Ramses.

—Que repuso los ladrillos después de habernos robado el sarcófago de la momia. Sí —estuvo de acuerdo Emerson—. Pudo haber sido así. Luego el ladrón llevó el sarcófago robado al desierto, donde lo abandonó. Ese idiota incompetente de Morgan, que no reconocería su propio sarcófago si no se le acercara y lo saludara con un bonjour, supuso que el encontrado por sus hombres era el que le pertenecía a la baronesa. Al parecer eso es lo que hizo el ladrón, ¿pero por qué lo haría?

Esta vez estaba decidida a que Ramses no se me adelantara.

—Con la esperanza, la cual se demostró justificada, de que la búsqueda del sarcófago de la baronesa sería abandonada.

—Umm —dijo Emerson—. Mi pregunta era puramente retórica, Peabody. Si no hubieras interrumpido, habría propuesto la misma solución. ¿Podría pediros que permanezcáis en silencio y me permitáis solucionar este problema paso a paso de una manera lógica?

—Desde luego, querido Emerson.

—Dezde luego, papá.

—Desde luego, señor —añadió John con voz desconcertada—, no tengo ni la más ligera noción de lo que están hablando, señor.

Emerson se aclaró la garganta pretenciosamente.

—Muy bien. Empezaremos con la hipótesis de que el ladrón robó uno de nuestros sarcófagos para sustituirlo por el que le pertenecía a la baronesa. Se molestó enormemente en volver a poner los ladrillos en la pared para que el robo no se notara. ¿Entonces por qué derribó la pared anoche?

Le clavó a Ramses tal tremenda mirada que el niño cerró la boca con un sonoro chasquido. Emerson siguió:

—No para devolver el sarcófago robado. Aquí sólo hay siete, el mismo número que había en un principio. Se plantean dos posibilidades. O el ladrón deseaba recuperar algún objeto que había ocultado en el almacén la vez que sacó nuestro sarcófago, o deseaba atraer nuestra atención hacia sus actividades.

Se detuvo. Nosotros, su público, permanecimos respetuosamente

en silencio. Una mirada de placer infantil se extendió por el rostro de Emerson.

—Si alguno de vosotros tiene hipótesis alternativas que sugerir, puede hablar —dijo gentilmente.

Mi abominable niño me ganó por la cara otra vez.

—Tal vez un zegundo grupo, ademáz del ladrón original, quizo exponer el villano acto del hurto.

Emerson negó con la cabeza vehementemente.

—Me niego a introducir a otro villano desconocido, Ramses. Con uno ya es bastante.

—Estoy a favor de tu primera hipótesis, Emerson —dije—. Era necesario encontrar un escondite para el sarcófago de la momia de la baronesa. ¿Qué mejor lugar que entre otros parecidos? Creo que el ladrón colocó el sarcófago en el almacén y tomó uno de las nuestros. Anoche nos desvalijó de nuevo y sacó el primer sarcófago de la momia.

—Tengo el presentimiento —dijo Emerson de manera coloquial —, que si oigo las palabras sarcófago de la momia de nuevo, me estallará un vaso sanguíneo en el cerebro. Peabody, tu teoría es perfectamente razonable, excepto por un pequeño punto. En primer lugar, no hay ninguna razón para que nadie con un gramo de sentido común quisiera robar el sarc... la propiedad de la baronesa, y mucho menos pasar por todas estas absurdas peripecias por ello.

Nos miramos perplejos el uno al otro. John se rascó la cabeza. Por último Ramses dijo pensativamente:

—Puedo penzar en variaz pozibilidades, papá. Pero ez un error con mayúzculaz teorizar zin zuficientez datoz.

—Bien dicho, Ramses —dijo Emerson con aprobación.

—La fraze no es original, papá.

—No te preocupes. Abandonemos las teorías y pasemos a la acción. Peabody, me acerco a tu línea de pensamiento. Hamid es el único personaje sospechoso de los alrededores. Vamos a interrogar a Hamid.

Pero Hamid no estaba en la excavación. No se había presentado al trabajo esa mañana y todos los hombres negaron haberlo visto.

—¿Qué te dije? —grité—. Ha volado. ¿No prueba eso su culpabilidad?

—No prueba nada excepto que no está aquí —contestó Emerson

mosqueado—. Quizás ya ha logrado su propósito, cualquier maldita cosa que pudiera haber sido y se marchó. Así que mucho mejor. Puedo seguir con mi trabajo en paz.

—Pero, Emerson...

Emerson se volvió contra mí y meneó el dedo bajo mi nariz.

—Trabajo, Peabody, ¡trabajo! ¿Te es familiar la palabra? Sé que encuentras nuestras actividades tediosas, sé que anhelas las pirámides y desdeñas los cementerios...

—Emerson, nunca dije...

—Lo pensaste. Te he visto pensando en ello.

—No fui la única si lo hice.

Emerson echó el brazo alrededor de mis hombros, ajeno a los hombres trabajando en las cercanías. Un débil murmullo de diversión surgió desde ellos.

—En lo cierto como siempre, Peabody. También encuentro aburridas nuestras excavaciones actuales. Estoy descargando mi mal humor sobre ti.

—¿No podríamos empezar a trabajar en las pirámides ya, Emerson? Son poca cosa, pero nuestras.

—Ya conoces mis métodos, Peabody. Una cosa a la vez. No seré distraído del deber por la llamada de la sirena de... ejem... las pirámides.

Durante los días siguientes parecía que las esperanzas de Emerson respecto a Hamid eran justificadas. No hubo más ataques a los misioneros o en nuestra propiedad, y una tarde, cuando sin querer utilicé la frase sarcófago de la momia, Emerson apenas parpadeó. Le dejé disfrutar de su ilusorio sentido de tranquilidad, pero lo supe, con esa inteligencia intuitiva por la cual a menudo he sido elogiada, que la paz no duraría, que la calma era sólo una delgada superficie sobre un caldero hirviente de pasiones que al final tiene que estallar.

Nuestra decisión de permitir a Ramses su propia excavación había sido un éxito. Estaba fuera todo el día, llevándose la comida del mediodía con él y volviendo siempre a la hora del té. No obstante, una tarde que iba con retraso, estaba a punto de enviar a alguien a buscarlo cuando pude ver brevemente una pequeña forma escabulléndose con un extraño movimiento como de cangrejo a lo largo del claustro sombreado. Estaba llevando algo, envuelto en la

camisa. Supe que la ropa que rodeaba al bulto era la camisa porque él no llevaba la prenda puesta.

—¡Ramses! —grité.

Ramses se escondió rápidamente en su habitación, pero de inmediato reapareció.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no te quites ninguna prenda exterior sin motivo suficiente? —pregunté.

—Muchaz vecez, mamá.

—¿Que tienes allí?

—Algunaz cozaz que encontré mientraz excavaba, mamá.

—¿Puedo verlas?

—Prefiero que no, mamá, en ezte momento.

Estaba a punto de insistir cuando Emerson, que se había reunido conmigo, dijo en voz baja:

—Un momento, Peabody.

Me hizo a un lado.

—Ramses quiere mantener sus descubrimientos escondidos para sorprendernos —explicó—. Tú no querrías defraudar al querido hombrecito, ¿no?

Esta no era una pregunta que pudiera contestar completamente bajo esas circunstancias, así que permanecí en silencio. Una sonrisa cariñosa se desplegó en el rostro de Emerson.

—Ha estado reuniendo trozos de cerámica y sus huesos favoritos, espero. Deberías exclamar y admirarlos, Amelia, cuando seamos invitados a ver la exposición.

—Por supuesto que cumpliré con mi deber, Emerson. ¿Cuándo has visto que fallara? —Me giré hacia Ramses, que permanecía esperando fuera de su habitación, y lo dejé marchar con un gesto. Entró enseguida y cerró la puerta.

Fueran de la naturaleza que fueran los descubrimientos de Ramses, no podrían haber sido más pobres que los nuestros. Habíamos hallado un pequeño cementerio familiar fechado en la cuarta o quinta dinastía, pero las pequeñas y humildes tumbas no contenían productos funerarios dignos de conservar, y el terreno de esa parte del yacimiento era tan húmedo que los huesos tenían la consistencia del fango espeso. Incluso ahora no puedo recordar esa época sin que una capa de hastío se pose sobre mí.

Afortunadamente este miserable estado sin acontecimientos no

duró mucho. El primer indicio de un nuevo estallido de violencia fue bastante inocente, o así lo pareció entonces. Estábamos sentados en el salón Emerson y yo después de una cena sencilla. Él estaba pasando a limpio sus notas y yo recomponía mi onceaba ánfora romana, un tipo de vasija que nunca he admirado. Ramses estaba en su habitación, involucrado en algún esfuerzo misterioso; John estaba en su habitación intentando terminar Levítico. El cachorro de león jugaba a mis pies, rematando mis zapatillas. Desde que se comió una, decidí que también podía tener la otra. Bastet yacía sobre la mesa al lado de los papeles de Emerson, los ojos abiertos una rendija y el raro ronroneo haciendo eco en la habitación silenciosa.

—Creo que deberíamos hacer pronto un viaje al Cairo —comenté.

Emerson arrojó el bolígrafo.

—Sabía que esto iba a llegar. Peabody, te prohíbo rotundamente merodear por los bazares buscando asesinos. Ahora mismo todo está en paz y no te tendré...

—Emerson, no puedo imaginar de dónde sacas tales ideas. Necesito ir de compras, eso es todo. No tenemos un par de zapatillas entre los dos y mi reserva de bismuto está disminuyendo. Toda esta gente parece sufrir dolencias de estómago.

—Si no lo hubieras repartido con tanta generosidad, no se habría agotado.

Nuestra afable discusión se estaba desarrollando bien cuando fuimos interrumpidos por una llamada desde el exterior. Desde el robo en el almacén, Abdullah había asumido la responsabilidad de poner un guardia en la casa. Él o uno de sus hijos dormían cerca de la puerta cada noche. Ese gesto me emocionó, aún más porque sabía que Abdullah no estaba del todo convencido de que Emerson se hubiera deshecho de los espíritus malignos.

Oyéndolo gritar, ambos fuimos hacia la puerta. Dos formas se aproximaban. Con la luz de la linterna que Abdullah sujetaba en alto pronto reconocí a los amigos.

—Es el reverendo y el señor Wilberforce —exclamé—. ¡Qué sorpresa!

—Sólo me sorprende que no hayan venido antes —refunfuñó Emerson—. Han pasado tres o cuatro días desde que tuvimos

visitas, estaba empezando a disfrutar del gusto de la falsa ilusión que tal vez nos permitirían seguir con nuestro trabajo en paz.

La presencia de nuestros visitantes fue explicada rápidamente.

—Amarramos esta mañana en Dahshoor —manifestó el reverendo Sayce—, y pasamos la tarde con Morgan. Ya que debemos reanudar nuestro camino por la mañana, decidimos acercarnos y visitarles esta noche.

—Qué amable de su parte —dije, dando un codazo a Emerson en las costillas para evitar que contradijera la afirmación—. Bienvenidos a nuestros humildes alojamientos.

—No tan humildes —dijo el americano, con una mirada de aprobación a la acogedora escena—. Tiene el autentico toque femenino, señora Amelia, de hacer que cualquier morada parezca un hogar. La felicito... ¡Dios mío! —Saltó hacia atrás, justo a tiempo de evitar que el cachorro de león le agarrara el pie. Llevaba elegantes polainas de flecos, y apenas pude culpar a la joven criatura por estar interesada en esta nueva clase de moda.

Agarré al león y até la correa a la pata de la mesa. El señor Wilberforce tomó una silla tan lejos como le fue posible, y el reverendo dijo:

—¿Puede ser ese el león que le pertenecía a la baronesa? Oímos que lo había perdido.

—Ramses lo encontró —expliqué. No creía en contar falsedades a menos que fuera absolutamente necesario. La afirmación era cierta. No había razón para explicar dónde encontró Ramses al león.

La conversación giró hacia los descubrimientos de Morgan, y Emerson se sentó mordiéndose el labio con irritación silenciosa.

—Sin duda —dijo el reverendo Sayce—, que la pirámide de ladrillos del sur fue construida por el rey Amenemhet III de la XII dinastía. De Morgan ha encontrado varias magníficas tumbas privadas de ese periodo. Ha añadido volúmenes para nuestro conocimiento del Reino Medio.

—Qué bien —dije.

La conversación languideció a partir de entonces. Ni siquiera el reverendo tuvo el valor de preguntar a Emerson cómo progresaba su trabajo. Por fin el señor Wilberforce dijo:

—A decir verdad, amigos míos, teníamos una razón especial para la visita. Hemos estado un pelín preocupados por vuestra

seguridad.

Emerson parecía ofendido.

—Por el amor de Dios, Wilberforce ¿qué quieres decir? Soy perfectamente capaz de proteger a mi familia y a mí.

—Pero un número de sucesos alarmantes ha ocurrido en vuestra zona —dijo Wilberforce—. Oímos lo del robo en la dahabiyya de la baronesa. El día antes que abandonáramos el Cairo nos encontramos con el señor David Cabot, quien nos contó lo del ataque a la misión.

—Apenas un ataque —dijo Emerson—. Algún descontento prendió fuego detrás de la capilla, pero aunque ese edificio hubiera sido totalmente destruido, lo cual era improbable, no le habría pasado nada a nadie.

—Aún, esto es una mala señal —dijo Sayce—. Y el señor Cabot admitió que está aumentando la animosidad entre los aldeanos.

—¿Ha conocido al hermano Ezekiel? —preguntó Emerson.

Wilberforce se rió.

—Ya le capto, profesor. Si fuera inclinado a provocar incendios, el suyo sería el primer establecimiento en el que pondría una cerilla.

—No es un asunto para burlarse, Wilberforce —dijo el reverendo con gravedad—. No comparto el credo o las prácticas de los Hermanos de Jerusalén, pero no me gustaría ver herido a ninguno de ellos. Además, dan un mal nombre a todos los misioneros cristianos con su comportamiento poco diplomático.

—Pienso que han sobrestimado el peligro, caballeros —contestó Emerson—. Estoy vigilando la situación y puedo asegurarles que nadie se atreverá a hacer un movimiento hostil mientras yo esté en escena. —Sus grandes dientes blancos chasquearon cuando terminó. Sayce sacudió la cabeza pero no dijo nada más.

Poco después, los dos caballeros se levantaron para irse, alegando que debían empezar temprano. No fue hasta que estuvieron en la puerta, sombrero en mano, que Sayce se aclaró la garganta y comentó:

—Hay otro pequeño asunto que quiero discutir con usted, señora Emerson. Casi se me olvida, una nimiedad. Ese trozo de papiro que me enseñó, ¿todavía lo tiene?

—Sí —dije.

—¿La convencería de desprenderse de él? He estado considerando la parte del texto que logre traducir, y creo que podría tener algún pequeño interés para un estudiante de la historia bíblica.

—Para ser honesta, no sería capaz de ponerle la mano encima en este momento —admití—. No he tenido la ocasión de mirarlo desde que abandonamos El Cairo.

—¿Pero lo tiene? —El tono del reverendo fue extrañamente intenso.

—Sí, seguro. Está por algún lado.

—No quisiera molestarla...

—Entonces no lo haga —dijo Emerson, que había estado observando al hombrecito con curiosidad—. Supongo que no espera que la señora Emerson vacíe todas sus cajas y bolsas a esta hora de la noche.

—Desde luego que no. Sólo pensaba...

—Visítenos de nuevo en su camino río arriba —dijo Emerson, como un anfitrión cordial sugiriendo una visita—, cuando esté por la zona. Intentaremos localizar el trozo y luego consideraremos su petición.

Y con esto el reverendo tuvo que contentarse, sin embargo no parecía complacido.

Permanecimos en la puerta observando irse a nuestras visitas. Las estrellas tachonaban los cielos con un glorioso abandono y el desierto yacía plateado bajo la luna. El brazo de Emerson se movió sigilosamente alrededor de mi cintura.

—Peabody.

—¿Sí, mi querido Emerson?

—Soy un animal egoísta, Peabody.

—¡Mi querido Emerson!

Emerson me arrastró dentro y cerró la puerta.

—Aunque frustré tu deseo del alma, me defendiste con nobleza. Cuando le contaste a Morgan el otro día que adorabas las momias romanas, apenas pude contener mi emoción.

—Es amable de tu parte decir eso, Emerson. Y ahora, si me perdonas, mejor que acabe el ánfora.

—Maldita ánfora —gritó Emerson—. No más vasijas romanas o momias, Peabody. Mañana empezaremos en las pirámides. Seguro

que no son gran cosa como pirámides, pero será una mejora sobre lo que hemos estado haciendo.

—Emerson, ¿quieres decir?

—Sólo es lo justo, mi querida Peabody. Sólo el resentimiento y el egoísmo me guardaron de empezar en ellas hace tiempo. ¡Te mereces las pirámides y pirámides tendrás!

La emoción me estrangulaba. Sólo podía suspirar y mirarlo con la incondicional admiración que se merecía su gesto cariñoso. Sus ojos chispeaban como zafiros, Emerson tendió la mano y apagó la lámpara.

Capítulo 8

Las demostraciones de Emerson de cariño marital son de una naturaleza tan tempestuosa que generalmente sucumbimos al sueño rápidamente cuando terminan. En esta ocasión, sin embargo, me encontré inexplicablemente alerta mucho tiempo después de que las plácidas respiraciones de mi esposo testificaran las profundidades de su reposo. La luz de las estrellas brillaba intermitente por la ventana abierta y la brisa fresca de la noche acariciaba mi cara. En la lejanía de la noche tranquila, el solitario aullido de un chacal se alzó como el lamento de un espíritu errante.

¡Pero escucha, más cerca aunque apenas más fuerte, otro sonido! Me incorporé, apartándome el pelo de la cara. Volvió, un suave arañazo, un ruido sordo apenas perceptible y entonces, ¡oh cielos! una cacofonía de chillidos apenas humanos en su intensidad. No eran humanos. Eran los bramidos de un león.

Salté de la cama. A pesar de mi agitación un sentido de triunfo me llenó. Por una vez un alboroto nocturno me había encontrado despierta y preparada; por una vez, ninguna maldita red intervenía con mi pronta respuesta a la llamada del peligro. Agarré mi parasol y corrí a la puerta. Emerson estaba despierto y jurando.

—Tus pantalones, Emerson —grité—. Por favor, no olvides tus pantalones.

Ya que sólo había un león en las cercanías, no me fue difícil deducir de dónde provenía el sonido. El cuarto de Ramses estaba junto al nuestro. En esta ocasión no llamé.

El cuarto estaba oscuro. La luz fuera de la ventana estaba recortada por una forma que se retorcía y que llenaba toda la abertura. Sin demorarme un instante, empecé a golpearlo con mi

parasol. Desafortunadamente los golpes cayeron sobre la parte equivocada del intruso, cuya cabeza y hombros ya estaban fuera de la ventana. Estimulado, sin duda, por la zurra, redobló sus esfuerzos y se las arregló para escapar. Le habría seguido, pero en ese momento un dolor intolerable se me disparó por el tobillo izquierdo y perdí el equilibrio, cayendo pesadamente al suelo.

La casa estaba ahora despierta. Los gritos y chillidos de alarma venían de todas direcciones. Emerson fue el primero en llegar a la escena. Se precipitó de cabeza en el cuarto, tropezó con mi forma recostada y me dejó sin aliento.

El siguiente en aparecer fue John, con una lámpara en una mano y un palo robusto en la otra. Yo lo habría elogiado por pensar en la lámpara si hubiera tenido el aliento para hablar, ya que a causa de la luz él pudo reconocernos justo a tiempo de detener el golpe del garrote con el que había apuntado a la anatomía de Emerson. El cachorro de león continuaba royendo mi pie. Me había identificado, creo, después del primer ataque impulsivo, y ahora solamente jugaba, pero sus dientes eran muy afilados.

Emerson luchó por ponerse de pie.

—¡Ramses! —gritó—. ¿Ramses, dónde estás?

Me golpeó entonces que no hubiera oído a Ramses, lo cual era excepcional. Su catre era una masa de mantas derribadas, pero el propio chico no estaba en ningún lugar a la vista.

—¡Ra-a-a-a-amses! —chilló Emerson, con la cara morada.

—Estoy debajo del catre —dijo una débil voz.

Seguro que lo estaba. Emerson lo sacó fuera de un tirón y desenrolló la sábana en la que había estado envuelto tan apretadamente que había tenido el efecto de una camisa de fuerza. Canturreando cariños, apretó al chico contra su pecho.

—Habla conmigo, Ramses. ¿Estás herido? ¿Qué te ha hecho? Ramses, hijo...

Al haber oído a Ramses hablar, yo no tenía ninguna aprensión con respecto a su seguridad. Por lo tanto devolví al león a su jaula antes de decir tranquilamente.

—Emerson, no puede hablar porque le estás apretando demasiado fuerte. Relaja tu agarre, te lo ruego.

—Graciaz, mamá —dijo Ramses jadeantemente—. Entre la zábana, la cual zólo he conzeguido apartarla de la boca y el abrazo

de papá, el cual ez apreciado por el zentimiento que lo incitó, no obztante...

—Buen Dios, Ramses —exclamé—. ¿Por una vez dejarás tus retóricas e irás al grano? ¿Qué ha sucedido?

—Zólo puedo adivinar el origen de la dificultad, dado que dormía profundamente —dijo Ramses—. Pero prezumo que una persona apartó la cortina y entró por la ventana. No me he dezpertado hazta que él... o ella, no puedo determinar el género del intruzo, me envolvió en la zábana. En mi intento de liberarme me caí del catre y de algún modo, no puedo decir cómo, me encontré debajo de ezte mueble.

Como se quedó sin aliento tuvo que detenerse en ese punto y yo pregunté.

—¿Cómo ha salido el cachorro de león de su jaula?

Ramses miró la jaula. Del modo en que lo hacen todas las pequeñas criaturas, el cachorro se había enrollado en una pelota peluda y había caído dormido.

—Aparentemente me dezcuidé en cerrar la puerta de la jaula —dijo Ramses.

—Y también muy afortunado —dijo Emerson—. Me estremezco al pensar en lo que habría sucedido si esa noble bestia no nos hubiera advertido que corrías peligro.

—Nos podría haber despertado igual de efectivamente dentro de la jaula como fuera de ella —dije—. La única persona a la que parece haber atacado es a mí y si no lo hubiera hecho quizás habría conseguido prender al ladrón.

El padre y el hijo me miraron y entonces el uno al otro.

¡Estas mujeres!, parecieron observar, en unanimidad silenciosa. Siempre se están quejando de algo.

A la mañana siguiente en el desayuno le recordé a Emerson su promesa de darme una pirámide. Él me miró con reproche.

—No necesito que me lo recuerdes, Amelia. Un Emerson nunca rompe su palabra. Pero no podemos empezar hoy. Debo hacer una inspección preliminar del área circundante y clausurar nuestras excavaciones en el cementerio.

—Oh, muy bien, mi querido Emerson. Pero por favor no me traigas ningún hueso más. El último lote era tremendamente quebradizo. Los puse en una jalea consistente para quitarles la sal,

pero tengo pocos contenedores convenientes.

—No tenemos las instalaciones apropiadas para tratar con huesos —admitió Emerson—. Exponerlos sin ser capaz de preservarlos sería una infracción de mis principios de excavación.

—El hermano Ezekiel estará complacido si abandonas el cementerio —dije, ayudando a Emerson con la mermelada.

—Sólo espero que no piense que fui influido por sus demandas estrafalarias. —Emerson parecía tímido—. Seguí con los cementerios más tiempo del que debería sólo porque él me dijo que parara.

—Dado que pasarán varios días antes de que podamos empezar en las pirámides, podría hacer mi viaje a El Cairo inmediatamente.

—¿Irte, ahora? —gritó Emerson—. ¿Después del ataque asesino sobre nuestro hijo anoche?

—Debo ir, Emerson. El león se ha comido cada par de zapatillas que poseemos. No hay por qué dejar a Ramses sin protección, puedo ir y volver el mismo día. Además, no creo que el asalto sobre Ramses fuera premeditado. El intruso iba detrás de algo, era, en resumen, un ladrón, no un asesino.

—¿Detrás de algo? ¿En la habitación de Ramses?

—Puede haberse confundido de ventana. O la utilizó para alcanzar los cuartos de almacenamiento, que están sin ventanas, o el salón, cuya puerta exterior estaba protegida por Abdullah.

—Y buena ayuda fue Abdullah —gruñó Emerson—. Debe haber estado dormido como un muerto o no habría tardado tanto en llegar a la escena. Bien, bien, si estás tan decidida a irte, irás, pero tengo algunas dudas en cuanto a tu verdadero motivo. ¡Zapatillas, ciertamente! No lo niegues, Amelia, aún estás tras el rastro de tu Maestro Criminal imaginario.

—Debemos dedicar alguna atención a los criminales, maestros o de otro modo; ellos nos dan su completa atención. ¿Cuántos más de estos episodios de ladrones debemos soportar?

Emerson se encogió de hombros.

—Haz como quieras, Amelia. Lo haces en cualquier caso. Sólo trata de no ser asaltada, raptada o asesinada, si puedes.

Para mi sorpresa, Ramses se negó a acompañarme. (La invitación fue ofrecida por su padre, no por mí).

—Ya que te vaz, mamá —dijo—, ¿me traeráz un diccionario

copto?

—No sé si hay tal cosa, Ramses.

—Herr Steindorff ha publicado un Koptische Grammatik mit Chrestomathie, Wdrterverzeichnis und Literatur. Eze trabajo debería zer imposible de conzeguir, pero eztá la gramática y el glozario coptos elementalez en árabe de Al-Bakurah Al-shakiyyah o el Vocabularium Coptico-Latinum de Gustav Parthey...

—Veré qué puedo hacer —dije, incapaz de soportar algún título multilingüe más.

—Graciaz, mamá.

—¿Qué quieres hacer con un diccionario copto? —preguntó Emerson.

—Hay algunaz pocaz palabras en eze fragmento de papiro que mamá encontró que continúan eludiéndome.

—Cielos, el papiro copto —exclamé—. Lo había olvidado. El señor Sayce preguntaba por él apenas anoche...

—Él no lo tendrá —declaró Emerson.

—No seas rencoroso, Emerson. Me pregunto qué hice con el otro pedacito que encontré la noche que Abd el Atti fue asesinado.

—¿Otro fragmento, mamá? —preguntó Ramses.

—Parece ser del mismo manuscrito, pero era mucho más pequeño.

La cara de Ramses llegó a estar tensa por el entusiasmo.

—Me guztaría tenerlo, mamá.

—No recuerdo dónde lo puse, Ramses.

—Pero, mamá...

—Si eres un buen chico y haces todo lo que tu papá te diga, mamá te dará lo que has pedido cuando vuelva.

Me arrepentí de mi promesa a Ramses, ya que tenía mucho que hacer y encontrar un determinado libro en las tiendas dedicadas a ese comercio es un proceso que consume tiempo. En vez de estar pulcramente ordenados en estantes, la mercancía está amontonada en pilas y dado que los tratantes de libros son caballeros eruditos cuyas tiendas son frecuentadas por el mundo culto de El Cairo, estuve tentada de quedarme y hablar. Logré encontrar uno de los volúmenes que Ramses había solicitado. Entonces dejé el Sharia 'el Halwagi y fui al bazar de los zapateros, donde compré una docena de zapatillas, dos para mí, para Ramses y Emerson, y seis para el

león. Esperaba que cuando hubiera terminado con estas se hubiera arrancado los dientes.

Entonces y sólo entonces, fui al Khan el Khaleel.

La tienda de Abd el Atti estaba cerrada al igual que los postigos. Nadie contestó, ni siquiera cuando fui a la puerta trasera y la golpeé. Algo desanimada, me giré. Tenía la dirección de la tienda del señor Aslimi en el Muski y estaba a punto de ir en esa dirección cuando se me ocurrió otra idea. Pasé por delante de la fuente y bajo un antiguo arco, más lejos en el bazar.

Kriticas era el comerciante de antigüedades más conocido en El Cairo, un rival de Abd el Atti y un viejo amigo. Me saludó con placer y reproches.

—Comprendo que busque papiros demóticos, señora Emerson. ¿Por qué no vino usted a mí?

—Lo habría hecho, señor Kriticas, si no hubiera estado distraída por la muerte de Abd el Atti, de la cual estoy segura ha oído hablar.

—Ah, sí. —La noble frente griega de Kriticas se frunció—. Una triste tragedia. Ahora sucede que tengo un excelente espécimen de un papiro de la XXVI Dinastía...

Examiné la mercancía, bebí el café que me ofreció con insistencia y pregunté por su familia antes de decir casualmente.

—Veo que la tienda de Abd el Atti está cerrada. ¿Quién es el nuevo propietario, su hijo, o esa encantadora anciana, su mujer?

Kriticas tenía una característica risa silenciosa, todo su cuerpo se sacudió, pero ni un sonido salió de sus labios con barba.

—¿Ha conocido a la señora?

—Sí. Parece ser una mujer muy resuelta.

—Sí, uno podría decir eso. Ella no tiene reclamo legal, por supuesto. Ha estado actuando a favor de su hijo, Hassan. Es una cabeza loca, como ustedes los ingleses dicen, toma drogas, tiene problemas con la policía a menudo. Pero ya sabe cómo son estas madres, cuanto peor sea un hijo, más lo adoran.

—Hum —dije.

—Su causa era desesperada desde el inicio —continuó Kriticas —. Abd el Atti desheredó a Hassan hace varios años. Sin duda él está en apuros de alguna clase, no ha sido visto en varias semanas.

La idea que pinchaba en mi mente era tan obvia que me pregunté cómo no había pensado en ello antes.

—Creo que puedo haberlo visto —dije—. ¿Es de altura media, con cejas escasas y le falta un incisivo?

—A él y a otros cien mil egipcios —dijo Kriticas, con su risa silenciosa—. Ahora, señora Emerson, este papiro es especialmente fino. Tengo un comprador para él, pero si usted lo desea...

Compré el papiro, después de negociar considerablemente. La transacción puso a Kriticas de buen humor y bajó la guardia, ¡y ahí fue cuando golpeé!

—¿Es este papiro uno del botín del Maestro, por casualidad?

Utilicé el lenguaje siim issaagha. Los párpados de Kriticas se agitaron.

—¿Ruego su perdón, señora Emerson?

—Conoce el argot tan bien como yo —dije—. No importa, señor Kriticas. Tiene sus propias razones para permanecer silencioso, pero recuerde, Emerson y yo somos sus amigos. Si usted necesita alguna vez nuestra ayuda sólo tiene que pedirla.

El digno griego frunció los labios.

—¿Le dijo eso mismo a Abd el Atti? —preguntó.

* * *

Tomé el almuerzo en Shepheard. Emerson lo habría considerado una pérdida de tiempo, pero se habría equivocado. El hotel es el centro de la vida social en El Cairo y yo esperaba oír noticias sobre varios individuos en cuyas actividades estaba interesada. Esto resultó ser el caso. El señor Baehler me vio y, después de observar que estaba sola, se unió a mí para un aperitivo y me llenó con chismes. Después de que se fuera estaba tomando un café en la terraza cuando vi una cara conocida. Fingió no verme, pero me levanté y ondeé mi parasol.

—¡Príncipe Kalenischeff! ¡Su alteza!

Fingió gran sorpresa al verme y le persuadí de tomar asiento en mi mesa.

—Pensaba que usted nunca dejaba el lado de su prestigioso marido —dijo.

—Estoy igualmente sorprendida de verle, su alteza ¿Confío en que no haya nada mal en Dahshoor?

Esta muestra de la futilidad de nuestra conversación será suficiente, creo. Le permití hablar, esperando la oportunidad de insinuar una pregunta sutil pero significativa. No advertí que se

estaba acercando gradualmente hasta que algo me tocó el pie.

—He estado en el Khan el Khaleel esta mañana —dije, apartando el pie.

—Qué casualidad. Yo también —dijo Kalenischeff—. Es una lástima que no nos hayamos encontrado antes. Podría haber tenido el placer de ofrecerle el almuerzo.

Esta vez no fue un pie sino una mano, por debajo del mantel, la que hizo contacto con una de mis extremidades. Otra vez me alejé, otra vez la silla del Príncipe Kalenischeff se acercó más.

—Tengo una encantadora y pequeña segunda residencia urbana aquí en El Cairo —continuó mirándome de reojo a través del monóculo—. ¿Ya que es demasiado tarde para el almuerzo, qué tal un té?

La mano y el pie se entrometieron en mi persona.

Iré a distancias considerables en mi búsqueda de la verdad y la justicia, pero hay límites. Había dejado mi útil cinturón y sus instrumentos en casa, pero mi fiel parasol estaba a mi lado. Al levantarlo, bajé la punta de acero sobre el pie del príncipe.

El monóculo de Kalenischeff cayó de su ojo y abrió mucho la boca, pero no chilló en voz alta. Me levanté.

—Buenos días, su alteza. Perderé mi tren si permanezco aquí más tiempo.

A pesar de todo, había sido un día muy productivo. Apenas podía esperar para contarle a Emerson mis descubrimientos. (El encuentro con Kalenischeff tendría que ser borrado o Emerson saldría corriendo a Dahshoor y cometería varios ultrajes violentos sobre la persona del príncipe). El descubrimiento más importante era que el hombre al que nosotros conocíamos como Hamid era realmente el hijo renegado de Abd el Atti. ¿Pero era Hamid culpable del pecado ruin de parricidio? Al principio la idea me complació, pero cuanto más pensaba en ello, más se enfriaba mi entusiasmo. Podía visualizar una riña, palabras enojadas, golpes aporreando en el calor de la discusión. Pero no podía visualizar a Hamid, que no era particularmente musculoso, realizando el esfuerzo perverso y terrible de colgar el cuerpo inmenso de su padre del techo de la tienda. De hecho, este era uno de los aspectos más curiosos del caso. ¿Por qué haría cualquiera, musculoso o no, ese esfuerzo? El examen más superficial mostraría que Abd el Atti no se

había suicidado.

Me divertí durante el viaje de tren especulando sobre esos asuntos. El sol todavía no se había puesto cuando alcancé la casa. Esperaba que Emerson estuviera en la excavación. Imagine mi sorpresa, por lo tanto, cuando lo encontré en el salón con Ramses en la rodilla. Una sensación de indagación inquieta se extendió por mi ser, pero las noticias que traía no se podían contener.

—Emerson —grité—. He descubierto quién es Hamid realmente.

—Era —dijo Emerson.

—¿Perdón?

—Era. Ramses ha descubierto sus restos, rotos y desmembrados por chacales.

Estaba amargamente desilusionada. Ahora nunca podríamos interrogar a Hamid. Me senté y me quité mis guantes.

—Comienzo a preguntarme sobre ti, Ramses —dije—. ¿Cómo te las arreglado para hacer tal descubrimiento?

—Fue la gata Bastet, de hecho —dijo Ramses tranquilamente—. La he eztado entrenando para que busque. Está interesada ezpecialmente en huesoz, lo cual no ez zorprendente, teniendo en cuenta que ez carnívora y yo lo considero un testimonio de mis metodoz azí como de la inteligencia de la gata Bastet que ella haya podido vencer zu instintivo...

—No digas más, mi querido chico —exclamó Emerson—. ¿Amelia, cómo puedes pedirle a Ramses que discuta un tema que lo ha dejado mudo de horror?

—No eztoy en abzoluto horrorizado —dijo Ramses, retorciéndose en el agarre cariñoso de su padre—. Un eztudiante de la fiziología debe desarrollar una actitud zeparada hacia los especímenez que zon objeto de zu investigación. He eztado intentando explicárselo a papá, pero en vano.

Los brazos de Emerson se relajaron y Ramses escapó de su asidero.

—Lo vi inmediatamente, por la frescura del ezpécimen, ezo a pesar de la desecación que ez la inevitable consecuencia de ezte clima, era un individuo que ze había encontrado recientemente con la muerte. La gata Bastet me guió al lugar donde laz partez máz extrañas de...

—Suficiente, Ramses —dije—. ¿Emerson, dónde están los... eh...

restos?

—Los he traído aquí.

—Eso fue un error. Me gustaría haberlos examinado in situ.

—No te habría gustado haberlos examinado en absoluto —dijo Emerson—. La palabra «restos» es apropiada, Amelia.

—Loz examiné con cuidado, mamá —dijo Ramses consoladoramente—. El cuerpo estaba deznudo. Llevaba muerto varios díaz. No tenía marcaz excepto unaz extensas magulladoraz alrededor del cuello. Una cuerda apretadamente atada en eza parte de zu anatomía puede haber justificado alguna de ezaz contusiones, pero mi opinión ez que la estrangulación manual fue la causa de zu muerte.

—Muy bien, Ramses —dije—. ¿Qué pasos has dado, Emerson?

—He llamado al jefe local de policía.

—Bien. Si me excusáis, iré y me cambiaré de ropa.

Mientras salía oí que Ramses decía.

—Puedo obzervar, papá, que aunque tu consideración por mi zensibilidad era baztante innecezaria, aprecio apropiadamente el zentimiento que lo incitó.

El mudir no fue de ninguna utilidad, pero dado que no había esperado que lo fuera, no me molestó. Al ver los restos, debo confesar que la palabra era, como Emerson había sugerido, decididamente apropiada, se acarició la barba sedosa y murmuró:

—Alhamdullilah. ¿Qué harán estos no creyentes la próxima vez?

—Esperábamos, effendi, que usted nos dijera qué ha hecho este no creyente —dijo Emerson cortésmente.

—Parece, oh, Padre de las Maldiciones, que se colgó.

—¿Y luego salió al desierto para enterrarse?

—El Padre de Maldiciones bromea con su sirviente —dijo el mudir gravemente—. Un amigo debe haber realizado ese oficio para él. Sólo que el amigo no hizo el trabajo completo.

—Tonterías —exclamé—. El hombre fue asesinado.

—Esa es otra posibilidad. Si la sitt desea, preguntaré a los otros no creyentes.

Estaba obviamente desconcertado por nuestro interés en el asunto. No le importaba si los no creyentes escogían asesinarse los unos a los otros y no podía comprender por qué la muerte de un campesino, que no era ni siquiera uno de nuestros sirvientes, nos

debiera preocupar. Dado que yo no tenía el menor deseo de ver a los aldeanos alineados y golpeados en la versión local de un interrogatorio de la policía, decliné la oferta. Tampoco estaba tentada de explicar que Hamid no era copto, ni residente de la zona. La historia sólo habría confundido al viejo caballero solemne aún más.

Luego lo despedimos y le miramos irse, seguido por sus agentes de policías harapientos y descalzos. Estaba a punto de volver a la casa cuando Emerson, inclinándose con los brazos doblados contra la puerta, dijo:

—También podemos esperar aquí, Amelia. La siguiente delegación debe estar llegando en este momento.

—¿A quién esperas?

—A Jones, ¿quien más? Ya habrá oído las noticias, despedí a los hombres, dado que casi era la puesta del sol y no había modo de conseguir que trabajaran una vez supieron lo que había sucedido.

Al poco tiempo una procesión familiar apareció a lo lejos. Los dos hombres cabalgaban lado a lado. No fue hasta que estuvieron más cerca que vi el tercer asno y a su jinete.

—Cielos —exclamé—. Ha traído a la señorita Charity. Emerson, ¿no supones que ese hombre espantoso espere que ella...?

—¿Disponga de los restos? Ni siquiera el hermano Ezekiel iría tan lejos, me imagino. Quiere tener a la chica atada a sus talones como un obediente podenco.

El hermano David instó a su montura a galopar y pronto estuvo ante nosotros.

—¿Es verdad? —preguntó en tono agitado—. El hermano Hamid...

—Muerto —dijo Emerson alegremente—. Bastante muerto. Muy muerto realmente. Indudablemente muerto y... —Los otros ya habían llegado para entonces y se calló. Sin embargo Charity lo había oído, sus pequeñas manos callosas agarraron las riendas tan apretadamente, que los nudillos se le pusieron blancos. Ningún otro signo de emoción fue aparente, ya que la cara, como de costumbre, estaba ensombrecida por el borde de su sombrero.

Ezekiel desmontó.

—Hemos venido a devolver a nuestro pobre hermano a su entierro —anunció—. Y para llamar a la ira del Señor sobre su

asesino.

—Supongo que podría querer una taza de té —dije.

Ezekiel vaciló.

—Lubricará sus cuerdas vocales —dijo Emerson con hospitalidad —. Y reforzará el volumen de sus anatemas.

Sonriendo para mí misma, me adelanté al salón. Emerson podría quejarse todo lo que quisiera sobre mis intereses detectivescos, pero él no era inmune a la fiebre. Aquí estaba la oportunidad de averiguar qué sabían los misioneros sobre su «converso».

Había pensado ahorrar a John el desconcierto de aparecer, después de su conducta poco ortodoxa tras el fuego, pero la presencia de Charity envió unos tentáculos invisibles a envolverse alrededor de su corazón y le atrajo inexorablemente hacia ella. Apareció enseguida, ruborizado, para preguntar si podía servirnos. Enviarle lejos habría sido herirlo, así que asentí y me resigné a mirarle caer sobre los muebles y derramar el té, ya que nunca apartó los ojos del objeto de sus afectos.

La discusión giró inmediatamente a la muerte de Hamid.

—Pobre hombre —dijo David con dolor—. Cometió una injusticia, hermano, cuando dijo que se había escapado.

—Sí, lo hice —reconoció Ezekiel. Entonces echó una mirada al resto de nosotros como si esperara admiración por su admisión de culpabilidad. Presumiblemente consiguió suficiente del hermano David para satisfacerle, ya que siguió con la misma voz rotunda y satisfecha de sí mismo—, él fue un verdadero recipiente de gracia.

—Un hombre bueno —dijo el hermano David.

—Será echado de menos.

—Uno de los elegidos.

—Nunca me gustó.

La interrupción de la letanía con esta observación crítica fue casi tan sorprendente como su fuente, las palabras salieron de debajo del sombrero negro de Charity. Su hermano se giró con una mirada de asombro ultrajado y ella continuó desafiantemente.

—Era demasiado obsequioso, demasiado adulador. Y a veces, cuando no lo mirabas, sonreía para sí mismo de una manera burlona.

—Charity, Charity —dijo el hermano David suavemente—. Te olvidas de tu nombre.

La forma delgada y vestida de negro de la chica se giró hacia él como una flor en busca del sol. Se agarró las manos.

—Tiene razón, hermano David. Perdóneme.

—Sólo Dios puede hacer eso, querida.

Emerson, que había estado mirando el intercambio con manifiesta diversión, ahora estaba cansado de ella.

—¿Cuándo vieron al hombre por última vez? —preguntó.

Todos coincidieron en que Hamid no había sido visto desde la noche del fuego. Tomó su comida nocturna con los otros conversos antes de retirarse a su humilde jergón. El hermano David declaró haberlo visto durante la confusión más tarde, pero el hermano Ezekiel insistió en que Hamid fue visible por su ausencia entre esos que intentaban apagar las llamas. Cuando no apareció a la mañana siguiente, se descubrió que sus escasas posesiones tampoco estaban.

—Asumimos que había vuelto a su aldea —dijo David—. A veces nuestros conversos son... A veces no... eh...

—Sí, suficiente —dijo Emerson—. Su candidez me asombra, caballeros. Dejando de lado la cuestión de la conversión, introducir en su casa a un completo extraño, sin credenciales o referencias locales...

—Todos somos hermanos en el Señor —proclamó Ezekiel.

—Esa es su opinión —replicó Emerson—. En este caso la señorita Charity parece haber tenido mejor sentido que cualquiera de ustedes dos. Su «hermano» no era copto sino musulmán, no vino de una aldea vecina sino del hampa de El Cairo; era un mentiroso, más probablemente un ladrón y muy posiblemente un asesino.

Si Emerson me hubiera consultado de antemano, le habría aconsejado en contra de traicionar esta información que, el lector notará, implicaba que él lo había descubierto. Sin embargo, el abrupto anuncio tuvo el resultado de permitirme estudiar su efecto sobre los misioneros. Dado que mi práctica es sospechar de todos, sin excepción, me había preguntado naturalmente, si uno de ellos había asesinado a Hamid, por razones que eran al mismo tiempo irrelevantes para la investigación. Pero su asombro pareció verdadero. La expresión del hermano David era de cortés incredulidad. El hermano Ezekiel estaba atónito. Dejó caer la mandíbula y durante unos pocos segundos sólo pudo farfullar incomprensiblemente.

—Qué... dónde... cómo...

—No cabe duda acerca de ello —siguió Emerson—. Era un completo bribón y les embaucó perfectamente.

—Acusa al pobre de ser un ladrón —dijo el hermano David—. Dado que él ya no está aquí para defenderse, yo debo hacerlo por él. ¿Lo acusa de robarle?

—Él no nos robó nada a nosotros. Esto es... —Una sombra de disgusto cruzó la cara de Emerson. Supe que pensaba en los sarcófagos de la momia ambulante. Decidió no intentar explicar eso. En su lugar dijo—: fue responsable del robo de las antigüedades de la baronesa.

—¿Cómo sabe usted eso, señor? —preguntó el hermano Ezekiel.

—La señora Emerson y yo tenemos nuestros métodos —contestó Emerson.

—Pero por lo menos uno de los objetos perdidos fue recuperado —replicó Ezekiel.

—Eso fue un error. La momia... —la voz de Emerson se entrecortó, pero salió la palabra—. El sarcófago no pertenecía a la baronesa. Su paradero es todavía desconocido. Pero estamos tras la pista, no pasará mucho antes de que lo localicemos.

El hermano David se levantó.

—Perdóneme, profesor, pero yo no puedo escuchar acusaciones contra el muerto. Nuestros sirvientes deben haber llegado ya, si me muestra dónde está nuestro desgraciado hermano, nos lo llevaremos con nosotros.

—Ciertamente. También le prestaré un saco en el que llevarlo.

El sol se ponía con su esplendor llameante cuando el cortejo fúnebre avanzó hacia la aldea, una fila sombría contra el oscuro azul del cielo oriental. Se nos ofreció asistir a las exequias de «nuestro estimado hermano» a la mañana siguiente, una invitación a la que Emerson contestó con sincero asombro.

—Señor, debe estar loco para sugerir tal cosa.

John había encendido las lámparas cuando volvimos al salón. Ramses estaba allí también. Había estado escuchando escondido, ya que dijo inmediatamente.

—Papá, me guztaría aziztir al funeral.

—¿Por qué demonios querrías hacer eso? —preguntó Emerson.

—Hay variedad de folklore que declara que el azezino ez atraido

a loz servicioz funeralez de zu víctima. Yo zozpecho que ez pura leyenda, pero una mente zinceramente científica no rechaza una teoría zimplemente porque...

—Ramses, me sorprendes —dijo Emerson—. La indagación científica es una cosa, pero hay una forma de curiosidad malsana, a la que, lamento decir, ciertas personas adultas que deberían saberlo mejor son demasiado propensas...

Aquí se detuvo, al haber conseguido un desesperado enredo gramatical. Fríamente dije:

—¿Sí, Emerson? Continua.

—Bah —dijo Emerson—. Eh... estaba a punto de sugerir una forma alternativa de diversión. En vez de asistir a las exequias quizá deberíamos ir a Dahshoor y acosar, quiero decir, visitar, a Morgan.

—Una idea excelente, Emerson —dije—. Pero no hay ningún motivo para que no podamos hacer las dos cosas. El funeral es a primera hora de la mañana y después podemos cabalgar a Dahshoor.

Para mi sorpresa Emerson aceptó esta propuesta. Ramses fue también lo suficiente amable para estar de acuerdo. Más tarde, después de que Ramses hubiera sido enviado a la cama y John se retirara a su cuarto, finalmente había terminado el Levítico y ahora estaba profundizando en las complejidades más grandes del Números, le comenté a mi marido:

—Alabo tu autocontrol, Emerson. No perdiste la paciencia ni una vez con el hermano Ezekiel.

—No vale mi ira. —Emerson apartó el cuaderno—. De hecho, encuentro a la criatura bastante divertida. Es la persona más absurda con la que me he encontrado recientemente.

—¿Crees que asesinó a Hamid?

Emerson me miró fijamente.

—¿Por qué diablos debería haber sido él?

—Emerson, tú siempre te preocupas por el motivo. Deberías saber ya que esa no es la manera de resolver un caso. —Emerson continuaba mirándome boquiabierto. Continué—: Puedo pensar en varias razones por las qué el hermano Ezekiel exterminaría a Hamid. El hombre puede haber hecho avances inoportunos sobre la señorita Charity. Ezekiel es tan puritano que interpretaría un saludo cortés como un avance impropio. O Ezekiel puede haber

descubierto que Hamid no era sincero en su conversión.

—Peabody... —empezó Emerson en tono amenazador.

—Tengo unas pocas notas sobre el caso. —Abrí mi propio cuaderno—. Sabemos ahora que Hamid era el hijo desheredado de Abd el Atti y que era miembro de la banda criminal de ladrones de antigüedades. Estoy de acuerdo contigo en que un altercado entre ladrones es la explicación más probable de su asesinato. Estas sociedades secretas son cosas diabólicas. Si Hamid había traicionado su juramento, juramentado en ceremonias secretas y sellado con su propia sangre...

—Peabody, nunca dejas de asombrarme. ¿Cuándo encuentras tiempo para leer esa basura?

Reconociendo eso como una pregunta retórica, no le contesté.

—Los que toman drogas son notoriamente de poca confianza, el Maestro Criminal puede haber concluido que Hamid era peligroso y ordenado que lo ejecutaran.

—Creo que éste es nuestro primer Maestro Criminal ¿verdad? No me importa, Peabody. El noble canalla aficionado es mucho más de mi gusto.

—O, lo que en mi opinión, es más probable, Hamid decidió establecer el negocio para sí mismo, robando así a la banda las ganancias a las que creía que tenía derecho. El Maestro Criminal es indudablemente el sospechoso más probable.

—Oh, bastante. —Emerson cruzó los brazos—. ¿Supongo que has deducido la identidad de esa misteriosa, uno casi diría apócrifa, figura?

—Apenas apócrifo, Emerson. No podemos estar seguros de que no esté implicado más de un malhechor, ya que Hamid no fue la persona que entró en el cuarto de Ramses anoche. Llevaba muerto varios días, probablemente desde la noche del fuego.

—Umm —dijo Emerson—. Te otorgo lo de la pandilla, Peabody, aunque eso es estirar la evidencia. ¿Pero un Maestro Criminal?

—Una banda debe tener a un líder, Emerson. Naturalmente he dedicado algún pensamiento a quién puede ser. —Volví una página de mi cuaderno—. Ahora, por favor, no me interrumpas otra vez. Esto es un problema complejo y me confundirás.

—No haría eso por nada del mundo —dijo Emerson.

—El Maestro Criminal obviamente no es lo que parece.

—Brillante, Peabody.

—Por favor, Emerson. Lo que quiero decir es que él, o ella, ya que uno no debe denigrar los talentos naturales del llamado sexo más débil, ¿dónde estaba?

—No tengo la menor idea, Peabody.

—El Maestro Criminal tiene indudablemente otro personaje. Él o ella pueden tener la apariencia exterior del más respetable de los individuos. Un misionero, un noble ruso, una baronesa alemana, un arqueólogo...

—Umm —dijo Emerson—. Te aseguro, Peabody, que yo no soy tu Maestro Criminal. Tengo una coartada. Sabes dónde estoy de noche.

—Nunca he sospechado de ti, Emerson.

—Estoy aliviado de oírlo, Peabody.

—Vamos a tomar a los sospechosos en orden. Primero, el hermano Ezekiel. ¿Qué sabemos de él antes de que apareciera en Mazghunah este año? No dudo de que los Hermanos del Santo Jerusalén sean una secta legítima, pero parecen demasiado preparados para aceptar a sinvergüenzas plausibles en sus filas. Todo el personal de la misión puede esta implicado, el hermano David como enlace entre Ezekiel y el hampa de El Cairo, y la señorita Charity como señuelo. Su presencia agrega un aspecto de inocencia al grupo.

El interés de Emerson crecía, pero trató de ocultarlo.

—Ahí está otra vez, Peabody, tu debilidad hacia los jóvenes de apariencia agradable. La señorita Charity misma puede ser el Maestro Criminal. Ciertamente no hay sospechoso menos probable.

—Oh, no niego que pueda estar implicada criminalmente, Emerson. Es casi demasiado buena para ser verdad, una caricatura de una piadosa joven norteamericana. O el hermano David podría ser la cabeza de la banda, con Ezekiel como su víctima o su aliado. Sin embargo, considero al Príncipe Kalenischeff como igualmente sospechoso. Su reputación no es ninguna de las mejores. Su título es dudoso, su fuente de ingresos desconocida. Y los eslavos, en mi opinión, son personas muy inestables.

—¿Y los alemanes, Peabody?

—Bismarck, Emerson, te recuerdo a Bismarck. Y el Káiser ha sido muy grosero con su abuela.

—Un golpe palpable, Peabody. —Emerson se frotó el mentón pensativamente—. Confieso que la idea de la baronesa siendo un Maestro Criminal me encanta. Sin embargo, probablemente ya esté en Luxor. Un líder exitoso de criminales debe supervisar a sus hombres de confianza más de cerca.

—Ah, pero ella no está en Luxor —grité triunfantemente—. Pasé la tarde en el Shepheard, poniéndome al día con las noticias. La dahabiyya de la baronesa encalló en Minieh, dos días después de que dejara Dahshoor. Volvió a El Cairo en tren y ahora permanece en ese nuevo hotel cerca de las pirámides, el Mena House. Gizah está a sólo dos horas de Dahshoor en asno, menos en tren.

—¿El robo de sus antigüedades fue un ardid para apartar las sospechas de ella?

—Posible pero no probable, ella no estaba bajo sospecha en aquel momento, por lo menos no por nosotros. Considero más probable que el robo fuera un acto de rebelión de Hamid. Sí, eso es, la baronesa es el Maestro Criminal.

—¿Y quién es tu arqueólogo sospechoso? Seguramente no nuestro prestigioso vecino.

—¿Qué mejor disfraz podría adoptar un Maestro Criminal? Un arqueólogo tiene la más legítima de las excusas para excavar y los mejores medios posibles de saber de nuevos descubrimientos. Como inspector general, M. de Morgan puede controlar a todos los otros excavadores, dirigiéndolos lejos de los sitios que prometen contener objetos valiosos. Trabajó en Dahshoor la última primavera, donde hay tumbas de la XII Dinastía y fue el pasado verano cuando oímos por primera vez que había aparecido en el mercado un pectoral de la Duodécima Dinastía.

La cara de Emerson adoptó una mirada lejana, los brillantes ojos azules se suavizaron. Luego negó con la cabeza.

—No, Peabody. No debemos dejarnos llevar por ilusiones. Debe haber algún otro modo de conseguir que Morgan nos dé Dahshoor aparte de ponerlo en prisión. Tu sugerencia de un arqueólogo criminal tiene aspectos intrigantes, sin embargo. Y Morgan no es el único excavador que conozco que ha demostrado debilidad de carácter.

—No creo ni por un momento que el señor Petrie sea el Maestro Criminal, Emerson.

—Umm —dijo Emerson.

Aunque discutimos sobre sospechosos durante un rato, no pudimos añadir nada a la lista que yo había hecho. Las sugerencias de Emerson: el reverendo Sayce, Chauncy Murch, el misionero protestante de Luxor y M. Maspero, el anterior prestigioso jefe del Departamento de Antigüedades, eran demasiado ridículas para considerarlas. Como le indiqué, las teorías son una cosa, la improvisación salvaje es otra. Esperaba que la visita proyectada para el día siguiente a Dahshoor nos permitiera saber más. Kalenischeff todavía estaba allí, ayudando supuestamente a Morgan, y yo me prometí otra entrevista con ese caballero.

Era bastante tarde antes de que nos durmiéramos y aunque mi famoso instinto me puso sobre aviso instantáneamente ante el sonido de un suave rasguñar en la ventana, no estaba realmente tan despierta como debería haber estado. Estaba a punto de golpear con mi parasol al bulto oscuro que se asomaba por la ventana abierta cuando reconocí la voz que repetía mi nombre.

—¿Abdullah? —contesté—. ¿Es usted?

—Salga, Sitt Hakim. Sucede algo.

Me llevó sólo un momento tirar de mi bata. Encontrar mis zapatillas me tomó un poco más de tiempo, me había visto forzada a ocultarlas para evitar que Ramses alimentara al león con ellas, y en la confusión mental del sueño persistente no podía recordar dónde las había puesto. Al final, me uní a Abdullah fuera de la casa.

—Mire allí —dijo, señalando. A lo lejos, al noreste, un pilar brillante de llamas se elevaba al cielo. Había algo tan extraño acerca de la escena, la calma total de la noche, sin romper todavía por el lamento de los chacales, el vasto desierto baldío, frío bajo la luna, que permanecí inmóvil durante un momento. La llama lejana quizás había sido el fuego de sacrificio de algún culto diabólico.

Me recordé que este era el siglo XIX d.C, no el antiguo Egipto, y mi habitual buen humor me tranquilizó. Por lo menos la misión no estaba bajo ataque, el fuego estaba en algún lugar en el desierto.

—Rápido —exclamé—. Debemos localizar el lugar antes de que las llamas se apaguen.

—¿No deberíamos despertar al Padre de las Maldiciones? —preguntó Abdullah nerviosamente.

—Llevará demasiado tiempo. De prisa, Abdullah.

El sitio de las llamas no estaba tan lejos como había parecido, pero el fuego se había apagado hasta un resplandor triste antes de que lo alcanzáramos. Mientras estábamos allí mirando los restos fundidos, Abdullah encorvó los hombros y disparó una mirada rápida detrás de él. Comprendía sus sentimientos. El ambiente era misterioso en extremo y las ascuas que ardían, sugerían borrosamente los contornos de una forma humana.

El sonido de una respiración entrecortada y de pasos corriendo nos hizo sobresaltarnos. Abdullah conocía los hábitos de Emerson al igual que yo y prudentemente se puso detrás de mí, yo pude evitar que Emerson se lanzara a la garganta de, como él creía, mi secuestrador. Cuando la situación fue explicada, Emerson se sacudió como un perro grande.

—Desearía que no me hicieras esto, Peabody —se quejó—. Cuando salí y encontré que te habías ido temí lo peor.

Se había detenido sólo lo suficiente para agarrar los pantalones. El ancho pecho subía y bajaba por la velocidad a la que había corrido, y los mechones se curvaban en su frente. Con un esfuerzo conquisté mis emociones y recordé la causa de mi salida.

—Ummm —dijo Emerson, estudiando los carbones agonizantes —. Tienen una forma siniestra, ¿verdad?

—Menos ahora que antes. Pero no puede haber sido un cuerpo humano, Emerson. La carne y el hueso no estarían tan completamente consumidos.

—Correcto, Peabody. —Emerson se arrodilló y extendió la mano —. Ay —exclamó, llevándose los dedos a la boca.

—Ten cuidado, mi querido Emerson.

—La acción inmediata es imperativa, Peabody. El objeto casi se ha reducido enteramente a cenizas. Unos pocos momentos más... — Consiguió agarrar un pequeño fragmento, de apenas cinco centímetros. Se desmenuzó aún más cuando lo tiró de mano en mano, pero había visto bastante.

—Me imagino que hemos encontrado el sarcófago perdido de la momia, Peabody.

—¿Estás seguro?

—Hay huellas de barniz marrón. Supongo que podría ser uno de los nuestros...

—Nadie se ha acercado a nuestra casa esta noche —le aseguró

Abdullah.

—Entonces debe ser el que pertenecía a la baronesa —dije.

—No necesariamente —dijo Emerson taciturno—. Debe de haber cuatro o cinco mil de estas malditas cosas que todavía no han pasado por nuestras manos.

—No te rindas a la desesperación, Emerson —aconsejé—. O a la ligereza, si esa era tu intención. Estoy segura de que éste es el sarcófago que hemos estado buscando. Qué lástima que haya quedado tan poco.

—No es sorprendente que ardiera tan fácilmente, dado que estaba compuesto de barniz y cartonaje, ambos sumamente inflamables.

—Pero, Emerson, ¿por qué pasaría un ladrón por tantos problemas para obtener este artículo, sólo para destruirlo?

Él no tenía respuesta. Nos miramos el uno al otro en silenciosa conjetura, mientras el sol subía lentamente por el este.

* * *

Estaba contenta con la apariencia de nuestra pequeña partida cuando nos pusimos en camino al funeral. Las mejillas restregadas de John brillaban como manzanas pulidas, y Ramses tenía un aire de inocencia engañosa con la pequeña chaqueta Eton y los pantalones cortos. Emerson bufó cuando sugerí que se pusiera una corbata, pero Emerson nunca puede parecer menos que magnífico; y me imagino que yo tenía el aspecto respetable habitual, aunque el hecho de que planeáramos continuar directamente desde la aldea a Dahshoor necesitaba un traje menos formal del que generalmente me habría puesto cuando asistía a servicios religiosos.

Emerson se negó de lleno a entrar en la capilla. Lo dejamos sentado en su bloque favorito de piedra, como un serio capataz, con las manos en las rodillas en postura de un faraón egipcio entronizado.

El servicio fue menos prolongado de lo que esperaba, posiblemente porque el dominio del árabe del hermano Ezekiel no era extenso y posiblemente porque sus recién encontradas dudas en cuanto al carácter de Hamid redujeron el fervor de su elogio. Se cantaron unos pocos himnos lúgubres, John y Ramses se unieron a ellos con un efecto desastroso, y luego media docena de robustos conversos cargaron a hombros el ataúd de madera áspera y la

compañía se rezagó detrás de ellos.

Una multitud considerable se había reunido fuera de la capilla. Al principio pensé que habían venido a mirar, o a protestar, las ceremonias de los intrusos. Entonces vi que todos reían o sonreían y me di cuenta que estaban reunidos alrededor de mi marido, que charlaba con toda la gracia de su antiguo modelo recibiendo a la corte. Emerson tiene, lamento decir, una extensa colección de chistes árabes, muchos de ellos extremadamente vulgares, que guarda para la compañía masculina. Al verme, se calló en medio de una palabra y se levantó.

Arrastrados por los espectadores, seguimos al ataúd por el grupo de palmeras a la orilla de los cultivos. Asumí que el hermano Ezekiel había marcado el lugar para un cementerio, pero no había símbolos para ese propósito excepto el desalentador y significativo hoyo en el suelo. Ninguna valla cerraba el área, ningún símbolo religioso lo marcaba. Era una última morada desoladora y hostil, sólo demasiado apropiada, me temía, para el hombre despreciable cuyos huesos debían morar allí.

Con la Biblia abierta en las manos, el hermano Ezekiel se detuvo a la cabeza de la tumba con David a su lado y con Charity a los acostumbrados dos pasos atrás. John empezó a bordear el grupo hacia ella. Le pinché con mi parasol y sacudí la cabeza, frunciendo el entrecejo. Generalmente soy comprensiva con los sentimientos románticos, pero este no era el momento ni el lugar.

El mensaje sombrío de Isaiah sonó aún más deprimente en el gutural árabe de Ezekiel.

—Toda la carne es hierba y toda la bondad del mismo está como la flor del campo. La hierba se marchita, la flor se seca, porque el espíritu del Señor sopla sobre ello.

Ezekiel no continuó con el consuelo de los versos siguientes, con su certeza de la inmortalidad en la gracia de Dios. En su lugar cerró el Libro con un golpe y comenzó a hablar improvisadamente.

Estaba ansiosa por ponerme en camino, así que puse poca atención a sus palabras hasta que sentí los músculos del brazo de Emerson tensarse bajo mi mano. Entonces me di cuenta de que el elogio de Ezekiel se había vuelto una invectiva, enredada pero apasionada, una denuncia amarga de la Iglesia copta, sus creencias y su representante local.

Un murmullo de ira surgió, como el primer viento de una tormenta a través de la hierba seca. David se giró para mirar con sorpresa y alarma hacia su socio. Emerson carraspeó con fuerza.

—Me gustaría decir unas pocas palabras —gritó.

Su voz tranquilizó el murmullo de la multitud y el hermano Ezekiel se calló. Antes de que pudiera respirar, Emerson emprendió un discurso florido. Él no fue lo bastante hipócrita para alabar a Hamid, de quien sólo dijo que había trabajado para nosotros, así que nos sentíamos en la necesidad de reconocer su paso. Prosiguió a citar el Corán y la Biblia sobre el pecado del asesinato y proclamó su intención de llevar al asesino ante la justicia. Entonces despidió a la audiencia con la bendición de Dios, Alá, Jehová, Cristo y Mahoma, los cuales cubrían bastante bien todas las posibilidades.

Los oyentes se dispersaron lentamente, a excepción de los pocos que habían sido designados como excavadores de la tumba. Estos empezaron a meter con pala la arena en el hoyo y Emerson se enfrentó enojado al predicador.

—¿Es que se ha vuelto loco? —preguntó—. ¿Está tratando de comenzar una pequeña guerra aquí?

—He dicho la verdad como la vi —dijo Ezekiel.

Emerson le despidió con una mirada de desprecio.

—Trate de contener el candor de su amigo —dijo a David—, o se encontrará ardiendo usted mismo con su iglesia.

Sin esperar respuesta, se alejó a zancadas. Tuve que correr para alcanzarlo.

—¿Adónde vas, Emerson? Dejamos los asnos en la capilla.

—A ver al sacerdote. El asunto ya le habrá alcanzado, me temo, pero haremos lo que podamos para mitigar su efecto.

El sacerdote se negó a vernos. Según el serio discípulo que respondió a nuestra llamada, estaba absorbido por la oración y no podía ser perturbado. Nos dimos la vuelta de mala gana.

—No me gusta esto, Peabody —dijo Emerson seriamente.

—¿No crees que corramos peligro, Emerson?

—¿Nosotros? ¿Peligro? —Emerson se rió—. Él apenas se aventuraría a amenazarnos, mi querida Peabody. Pero los locos de la misión son otra historia y Ezekiel parece inclinado a comenzar problemas.

—El sacerdote fue bastante cortés el otro día. Por lo menos —

agregué, pensando lamentablemente en mi sombrero arruinado—, quería ser cortés.

—Ah, pero eso fue antes de que empezáramos a invitar a su rival a tomar el té y a animar a nuestro sirviente para que frecuente el otro establecimiento. Qué más da, Peabody, no hay causa para la alarma en el presente; visitaré al sacerdote otro día.

John volvió a la casa y Ramses, Emerson y yo nos pusimos en camino hacia Dahshoor. Mientras cabalgábamos por la orilla de los campos, el primero de los monumentos de Dahshoor con el que nos encontramos fue la Pirámide Negra. Ramses, que había estado silencioso hasta ese momento, comenzó a parlotear acerca de las formas verbales egipcias, y Emerson, cuya fuerza radicaba en la excavación antes que en la filología, estuvo algo desconcertado. Nos acercamos a la base de la pirámide y se detuvo, con una exclamación de sorpresa.

—Qué diablos, Peabody, alguien ha estado cavando aquí.

—Bien, por supuesto, Emerson.

—No me refiero a la investigación incompetente de Morgan, Peabody. Éstas son excavaciones recientes.

Yo no vi nada inusual, pero el ojo experto de Emerson no puede ser contradecido. Lo reconocí mientras añadía casualmente.

—Quizás algunos de los aldeanos de Menyat Dahshoor están haciendo pequeñas excavaciones ilícitas.

—¿Prácticamente bajo la mirada de Morgan? Bien, él no advertiría si se llevaran la pirámide entera.

—Ez un individuo muy fuerte —dijo Ramses con su voz de pito —. Todoz loz árabez le tienen miedo.

Emerson, que había estado estudiando el terreno caído con ceño pensativo, contestó a su hijo:

—Tienen miedo del mudir y su látigo, Ramses. Los caballeros ingleses no emplean tales amenazas, ni son necesarias. Debes ganarte el respeto de tus subordinados tratándolos con absoluta justicia. Por supuesto ayuda tener una personalidad intrínsecamente dominante y un carácter fuerte y justo, autoritario y tolerante...

Encontramos a los trabajadores tumbados a la sombra en su descanso del mediodía. De Morgan no estaba allí. Fuimos informados que estaba al sur de la pirámide de piedra con su huésped, que había expresado interés por ver esa estructura. Así

que giramos nuestros corceles en esa dirección y encontramos a Morgan almorzando. A la vista de la mesa, que estaba cubierta con una tela de lino y amueblado con porcelana y copas de cristal, Emerson dejó salir un sonido de repugnancia. Yo no puse atención, la proximidad del noble monumento en toda su gloria me indujo a un éxtasis que venció todo lo demás.

Emerson empezó inmediatamente a regañar a Morgan por tomarse tanto tiempo de su trabajo.

—Deja a los hombres sin supervisión —declaró—. Tienen todas las oportunidades de escapar con sus hallazgos.

—Pero, mon vieux

[13] —dijo Morgan, retorciéndose los bigotes—, usted está también lejos de la escena de sus trabajos, ¿no?

—Asistíamos a un funeral —dijo Emerson—. ¿Presumo que ha oído la muerte misteriosa de uno de nuestros hombres?

—Confieso —contestó de Morgan arrogantemente—, que tomo poco interés en los asuntos de los nativos.

—Él no era de las gentes del lugar —dije—. Tenemos razones para creer que era un criminal del peor tipo, un miembro de las bandas de ladrones de antigüedades.

—¿Criminales? ¿Ladrones? —sonrió De Morgan—. Insiste en sus interesantes ficciones, madame.

—Apenas ficciones, monsieur. Hemos sabido que el hombre asesinado era en realidad el hijo de Abd el Atti. —Me giré bruscamente hacia el Príncipe Kalenischeff—. Usted lo conocía, ¿verdad?

Pero el siniestro ruso no iba a ser atrapado tan fácilmente. Las arqueadas cejas se levantaron infinitesimalmente.

—¿Abd el Atti? El nombre me es familiar, pero... ¿Era por casualidad un comerciante de antigüedades?

—Lo era, su alteza, su uso del pasado es correcto. Abd el Atti ya no lo es.

—Ah sí, me viene ahora. Creo que oí de su muerte cuando estuve por última vez en El Cairo.

—¡Fue asesinado!

—¿De verdad? —El príncipe fijó su monóculo más firmemente en la cuenca del ojo—. Me temo que comparto el desinterés de M.

de Morgan sobre los asuntos de los nativos.

Me di cuenta de que sería más difícil de lo que había pensado engañar a Kalenischeff a una admisión perjudicial. Era un mentiroso consumado. Además, me encontré cada vez más distraída mientras la conversación continuaba. Pronto me di cuenta de cual era el problema. Una vez más la fiebre detectivesca peleaba con mi pasión por la arqueología. No era difícil mantener lo último dentro de límites razonables cuando la distracción consistía en decadentes momias romanas y pedacitos de alfarería; pero a la sombra de una pirámide, no cualquier pirámide, sino uno de las más majestuosos gigantes en todo Egipto, otros intereses eran dominados, como la brillantez del sol atenuaba la luz de una lámpara. Mi respiración se volvió rápida y superficial, mi cara ardía. Cuando al fin, Morgan se tocó los labios delicadamente con su servilleta y nos ofreció café dije, con tanta indiferencia como pude:

—Gracias, monsieur, pero creo que entraré en la pirámide.

—¿En la pirámide? —De Morgan se detuvo en el acto de levantarse, los ojos abiertos con asombro—. Madame, no puede hablar en serio.

—La señora Emerson nunca bromea con las pirámides —dijo mi marido.

—Ciertamente no —estuve de acuerdo.

—Pero, madame... Los pasajes son oscuros, sucios, calientes...

—Están abiertos, creo. Perring y Vyse los exploraron hace unos sesenta años.

—Sí, ciertamente, pero... hay murciélagos, madame.

—Loz murciélagoz no preocupan a mi madre —dijo Ramses.

—¿Pardon? —dijo Morgan, bastante perplejo.

—Los murciélagos no me preocupan —traduje—. Ni tampoco ninguna de las otras dificultades que ha mencionado.

—Si está decidida, madame, por supuesto que enviaré a uno de mis hombres con una antorcha —contestó de Morgan sin estar convencido—. Profesor, ¿usted no se opone?

Emerson cruzó los brazos y se recostó en la silla.

—Nunca me opongo a ninguno de los planes de la señora Emerson. Sería una pérdida de tiempo y energía.

De Morgan dijo, «Umm» casi en el tono de Emerson.

—Muy bien, madame, si insiste. Puede llevar a su hijo con usted

como guía —agregó, con una mirada de costado a Ramses—. Está bastante familiarizado con el interior de esa pirámide en particular.

Emerson tragó por el sitio equivocado y tuvo un ataque de tos. Miré a Ramses, que me miró a su vez con una cara tan enigmática como la de la gran Esfinge.

—¿Has explorado la Pirámide Inclinada, Ramses? —pregunté, con una voz muy tranquila.

—Ciertamente, madame —dijo de Morgan—. Mis hombres estuvieron algún tiempo buscando al pequeño... hombrecito. Afortunadamente uno de ellos lo vio entrar, de otro modo quizá no le habríamos encontrado a tiempo de salvarle.

—Como intenté explicar, monsieur, no tenía necesidad de rezcates —dijo Ramses—. Podría haber vuelto de nuevo zobre mis pasos en cualquier momento y tenía toda la intención de hacerlo a zu tiempo, y tenia intención de hacerlo azí una vez mi inveztigación estuviera completada.

Me sentí segura de que esa declaración era correcta. Ramses tenía un extraño sentido de la orientación y tantas vidas como un gato tiene la fama de tener, aunque para ahora, imaginaba que ya había agotado varias de ellas.

—Debería haberlo sabido —dije—. Un día cuando volviste a casa y tomaste un baño sin que te lo dijera...

—El olor a excremento de murciélago ez muy penetrante —replicó Ramses.

—¿No te prohibí explorar los interiores de las pirámides?

—No, mamá, estoy zeguro de que nunca pronunciazte eza prohibición específica. Zi lo hubieraz hecho azí, yo, por zupuesto...

—No importa. Dado que conoces el camino, podrías muy bien venir conmigo.

Dejamos a los otros en la mesa y buscamos la entrada, con uno de los hombres de Morgan para asistirnos. Yo estaba muy enfadada con Ramses. No lo podía castigar por desobedecerme, ya que no se me había ocurrido prohibirle explorar pirámides. Esa omisión podría ser remediada por lo menos, aunque me sentía segura de que Ramses encontraría inmediatamente algunas otras actividades que yo no había pensado en prohibir.

—Ramses —dije—. No vas a entrar en más pirámides, ¿comprendes?

—¿A menoz que ezté contigo y papá? —sugirió Ramses.

—Bien, sí, supongo que debo hacer esa excepción, dado que se aplica a la actual situación.

La entrada al interior de la pirámide estaba en el lado norte, a once metros del suelo. Gracias a la excepcional pendiente, la subida no era tan difícil como parecía, de cerca se veía que la superficie aparentemente lisa tenía innumerables grietas y roturas que proporcionaban asideros para dedos y pies. Ramses subió como un mono.

En la apertura el guía encendió su antorcha y me precedió por un pasillo estrecho y de techo bajo que descendía en una moderada pendiente. El aire se volvió más cerrado y caliente mientras íbamos hacia abajo, hacia abajo, más abajo, a la oscuridad jadeante. Recordé de mis lecturas que el pasillo tenía casi setenta y seis metros de largo. Parecía más largo. Por último se niveló, entonces nos encontramos en un vestíbulo estrecho pero alto cuyo techo estaba envuelto en sombras y murciélagos. Se instalaron en un chirrido agitado y comenzaron a revolverse inquietamente; era necesario tranquilizarlos antes de bajar.

Conocía el plano general del lugar por mis lecturas, pero Ramses tuvo que indicar la salida de este vestíbulo, que estaba a más de seis metros desde el suelo, en la pared sur de la cámara. Otro cuarto, con un techo escalonado, otro pasaje... Fue absolutamente delicioso y disfruté inmensamente cuando el guía comenzó a gimotear. La antorcha ardía baja por falta de aire, él se estaba ahogando, se había torcido el tobillo con los escombros del suelo, etcétera. Ignoré su petición de que volviéramos, pero yo misma estaba corta de aliento así que sugerí que nos sentáramos y descansáramos un rato.

Estábamos en uno de los pasillos superiores cerca de una gran piedra levadiza, la cual había sido diseñada para bloquear el pasaje y evitar que los ladrones alcanzaran la cámara de enterramiento. Por alguna razón, nunca había sido bajada a su lugar y proporcionaba un conveniente lugar para descansar.

Mientras estábamos sentados allí, toda la maravilla y el misterio del lugar me eclipsó. No éramos los primeros en penetrar ese misterio, varios arqueólogos modernos habían entrado en la pirámide y tres mil años antes de eso, un grupo de fuertes ladrones habían afrontado los peligros físicos y las maldiciones del muerto

para robarle al faraón sus tesoros. Cuando esos exploradores intrépidos pero poco científicos, Perring y Vyse, exploraron los pasajes en 1839, sólo encontraron pedacitos de madera, cestas y unos pocos murciélagos momificados dentro de una caja de madera. No había sarcófago y ninguna momia real. Ya que el Faraón Snefru, a quien pertenecía la pirámide, tenía otra tumba, él nunca podía haber descansado aquí; pero algo de valor debía haber ocupado las ahora vacías cámaras, o los antiguos ladrones no habrían irrumpido en ellas con cestas para llevarse el botín.

Mientras reflexionaba con placer, con el sudor goteándome por la nariz y el mentón, ocurrió el acontecimiento más extraño de toda esa temporada. El aire sofocante fue revuelto de repente por una brisa, que se levantó en un instante en ráfagas de viento. Se sintió frío contra los cuerpos sudorosos. La antorcha parpadeó desenfrenadamente y se apagó. La oscuridad se cerró sobre nosotros, una oscuridad llena de movimiento. El guía dejó salir un aullido que resonó horriblemente.

Le ordené que se calmara.

—Buen Dios, Ramses —dije con entusiasmo—. He leído sobre este fenómeno, pero nunca pensé que sería lo bastante afortunada para experimentarlo yo misma.

—Creo que Perring y Vyse lo mencionan —dijo la voz aguda y alta de mi irritantemente muy informado hijo, cerca de mí—. Es verdaderamente un fenómeno curiozo, mamá, dirigiendo a uno a zozpechar que hay corredorez y zalidaz al exterior todavía zin descubrir.

—Había alcanzado esa conclusión yo misma, Ramses.

—Era en la inveztigación de eza teoría donde eztaba comprometido cuando loz hombrez de M. de Morgan me interrumpieron. Uno de elloz tuvo el descaro de zacudirme, mamá. Hablé con M. de Morgan acerca de ello, pero él zólo ze rió y dij...

—No quiero saber que dijo, Ramses.

El viento disminuyó tan repentinamente como había empezado. En el silencio podía oír castañetear los dientes de nuestro guía.

—Sitt —gimió—, oh, Sitt, debemos irnos inmediatamente. Los djinns están despiertos y nos buscan. Moriremos aquí en la oscuridad y nuestras almas serán comidas.

—Podríamoz continuar la búsqueda de eza apertura

dezconocida, mamá —dijo Ramses.

Decir que estaba tentada es como decir que un hombre muerto de hambre sólo tiene un poco de hambre. El sentido común prevaleció, sin embargo. La búsqueda que Ramses proponía sería un trabajo de días, posiblemente semanas y no podría ser llevado a cabo sin una preparación anticipada. Había perdido toda noción del tiempo, como soy inclinada a hacer cuando disfruto, pero sospechaba que habíamos estado fuera más de lo que deberíamos haber estado. Por lo tanto, estuve forzada a negarme a la petición de Ramses y después de haber vuelto a encender la antorcha (una provisión de cerillas, en una caja impermeable de estaño, forma parte de mis suministros), volvimos de nuevo sobre nuestros pasos.

Ramses debió presentir el dolor que llenaba mi corazón por como me arrastraba yo por el último largo corredor ya que dijo:

—Ez demaziado malo que papá no pudiera obtener la concesión para Dahshoor, mamá.

—Nadie es perfecto, Ramses, ni tu papá. Si me hubiera permitido tratar con M. de Morgan... Pero eso está hecho y terminado.

—Sí, mamá. Pero me guztaría tener ezte zitio, ¿a ti no?

—Sería inútil para mí negarlo, Ramses. Pero nunca olvides que tu papá es el egiptólogo vivo más grande, incluso si le falta algo de tacto.

Emerson mantuvo una distancia discreta de nosotros mientras volvíamos a Mazghunah. Como Ramses había notado, el olor de excremento de murciélago es muy penetrante y desagradable. Sabía que era el olfato de Emerson, no su cariño, lo que dictaban la distancia. Después de un rato gritó:

—¿Te lo has pasado bien, Peabody?

—Sí, gracias, mi querido Emerson. Muy bien.

Emerson tocó a su asno y el animal avanzó furtivamente más cerca.

—Sabes que yo te habría conseguido Dahshoor si hubiera podido, Peabody.

—Lo sé, Emerson.

Sopló una brisa fuerte desde el sur. La nariz de Emerson se arrugó y permitió que el asno se quedara atrás.

—¿No quieres saber qué he aprendido del siniestro ruso

mientras tú vagabas dentro de la pirámide? —preguntó.

—A mí me guztaría zaberlo, papá —gritó Ramses, girando su asno.

Emerson se cubrió apresuradamente la cara con la manga.

—Más tarde, Ramses, más tarde. ¿Por qué no cabalgas con tu mamá?

Las insinuaciones de Emerson de revelaciones rusas sólo estaban pensadas para despertar mi curiosidad, como él por último admitió. Pero después de que cenáramos y Ramses se hubiera ido a su cuarto, Emerson se sentó en la mesa, dobló las manos y me miró seriamente.

—Debemos hablar, Peabody. Ha llegado el momento de que nos enfrentemos a una dolorosa verdad. Tengo razones para creer que estamos implicados en una conspiración criminal siniestra.

—Emerson —exclamé—. ¡Me asombras!

Mi marido me disparó una mirada agria.

—El sarcasmo no te favorece más que a mí, Peabody. Hasta recientemente, tus salvajes teorías no eran más que eso. Las repetidas invasiones de nuestras instalaciones, sin embargo, indican por alguna razón todavía desconocida que somos los objetos de una maldad activa. Aún más significativo es el hecho de que alguien ha estado excavando cerca de la Pirámide Negra. Y —agregó, frunciendo el entrecejo—, si usas las palabras «Maestro Criminal»...

—También podemos llamarle eso en vez de un seudónimo menos distintivo, Emerson.

—Umm —dijo Emerson.

—¿Entonces estás de acuerdo en que nuestros robos fueron cometidos por la banda de ladrones de antigüedades?

—Espera. —Emerson levantó una mano magistral—. Por una vez, Peabody, vamos a resolver este problema paso a paso, de un modo estrictamente lógico, en vez de saltar a un abismo de especulación sobre un paso de piedra inestable de teoría.

Recogí mi ropa para remendar. Las camisas de Emerson siempre necesitaban que les cosieran botones.

—Continúa, mi querido Emerson.

—Punto numero uno: la excavación ilícita en Dahshoor. Puedes recordar que mencioné que uno de los objetos que salió al mercado recientemente era un pectoral de la Duodécima Dinastía, con un

cartucho real. Dahshoor tiene tres pirámides de la Duodécima Dinastía, la Pirámide Negra es una de ellas. Hay otras tumbas reales de ese período en Egipto; pero, dada la evidencia de excavación reciente, yo creo que es una fuerte suposición que el pectoral vino de ese sitio.

—Estoy de acuerdo, Emerson. Y los ladrones no han terminado, así que es posible que haya otras tumbas...

—Punto numero dos —dijo Emerson en voz alta—. La asociación de Abd el Atti con el Maestro... con la banda. Su muerte, la presencia de su renegado hijo aquí en Mazghunah, el último asesinato, apoya esta conexión. ¿Estás de acuerdo?

—Dado que fui yo la primera en proponer esa teoría, estoy de acuerdo.

—Umm —dijo Emerson—. Pero desde aquí, Peabody, estamos a la deriva en un mar de conjeturas. ¿Qué posible interés podrían tener estos canallas en un grupo inocente como el nuestro? Su objetivo no puede ser el de callarnos, ninguno de nosotros ha visto nada que identificara al asesino de Abd el Atti...

—Podemos haber observado un indicio sin reconocer su significado.

—El hecho que permanece, Peabody, es que ningún ataque ha sido cometido sobre nuestras personas. Parece claro que esta gente busca algo que tenemos en nuestra posesión o que creen que tenemos en nuestra posesión.

—Creo que has acertado, Emerson —exclamé—. Sabemos que no tenemos nada de valor; el retrato de la momia era atractivo, pero no de mucho valor, y los fragmentos de papiro son completamente inapreciables. ¿Supones que algo más faltaba de la tienda, vendido, escondido o robado por terceros, y que esta banda atribuye su perdida a nosotros?

—Es una teoría plausible —admitió Emerson—. Tengo una memoria bastante clara de los objetos que estaban dispersados alrededor de la tienda esa noche. Es una lástima que no entraras en el cuarto trasero en tu primera visita; entonces quizás podríamos comparar inventarios.

—Yo no entré pero Ramses sí. ¿Le preguntamos?

—Odio implicar al muchacho en este negocio sucio, Amelia. Esperé hasta que se retiró antes de discutirlo.

—Emerson, subestimas a Ramses. En las pasadas semanas ha sido tomado en custodia por la policía, medio ahogado por una sábana y enterrado en la arena, ha robado un león y examinado un cuerpo en un desagradable mal estado, sin que se le despeine ni un cabello.

Emerson ya no objetó. La fiebre detectivesca ardía tan brillante en su pecho varonil como lo hacía en el mío. Estaba segura de que Ramses no estaba en la cama y el resquicio de luz bajo su puerta me demostró que tenía razón.

Emerson golpeó. Después de un momento la puerta se abrió y la cabeza despeinada de Ramses apareció. Estaba en camisón, pero la lámpara estaba encendida y había un montón de papeles sobre la mesa que servía como escritorio. La gramática copta estaba abierta.

Emerson explicó su idea. Ramses asintió.

—Creo que puedo zuministrar eza información, papá. ¿Noz retiramos al salón?

Ante mi sugerencia Ramses se puso la bata y una de sus zapatillas. La otra no se encontró por ninguna parte y me alegré de haber guardado un par de reserva. Después de que Emerson hubiera separado al cachorro de león de los cordones de sus botas nos retiramos al salón con Bastet siguiéndonos. Emerson tomó su pluma. Ramses cerró los ojos y empezó.

—Un corazón ezcarabajo de fayenza azul, con una oración a Osiris; una bandeja de cuentaz mezcladaz, cilíndricaz; un pedazo de lino de aproximadamente diez centímetros por cuarenta, con una etiqueta hierática donde ze leía «Año veinte, el día cuatro de la inundación...».

Recogí la ropa para remendar. Obviamente habíamos subestimado los poderes de Ramses de recuerdos visuales.

Su voz sonaba monótona.

—Fragmentos de un ataúd del período romano, conzistiendo en loz piez y porcionez de la parte superior de atráz, otro ataúd, Vigésima primera Dinastía, perteneciente a Isebaket, sacerdotisa de Hathor...

Pasaron unos buenos veinte minutos antes de que parara de hablar y abriera los ojos.

—Ezo ez todo lo que puedo recordar, papá.

—Muy bien, hijo. ¿Estás seguro que no había joyas, aparte de

cuentas baratas?

—Loz pequeñoz objetos de valor eztarían en laz alacenas cerradaz, papá. No intenté abrirlaz, ya que mamá me había prohibido tocar nada.

—Y porque tal acto habría sido ilegal, inmoral y poco escrupuloso —sugerí.

—Sí, mamá.

—Aunque es una lástima que no lo hicieras —observó Emerson.

—¿Puedes recordar qué artículos de la lista de Ramses faltaban? —pregunté—. Eso no demostraría necesariamente nada, Abd el Atti podría haberlos vendido durante la tarde.

—Cierto —Emerson miró la lista.

—No recuerdo ver ningún sarcófago de momias —dije.

Emerson lanzó la lista a través del cuarto. La gata Bastet se abalanzó sobre ella y la zarandeó de aquí para allá.

—¡No quiero hablar sobre sarcófagos, Peabody!

—¿Todavía continúan eztorbando, verdad? —preguntó Ramses —. Creo que debemoz considerar el sarcófago de la baronesa como ezencial para la zolución. Hasta que podamos explicar ezo, eztamoz despitadoz.

—Estoy de acuerdo, Ramses —dije—. Y tengo una idea.

Ramses se deslizó de su silla y fue a recuperar la lista en poder de Bastet. Emerson miró a lo lejos. Ninguno me pidió que explicara mi idea, así que continué.

—Hemos concluido que alguien ha encontrado un tesoro en Dahshoor y espera encontrar más.

Emerson sacudió la cabeza.

—Sólo es una posibilidad, Peabody.

—Pero cuando haz eliminado lo impozible, lo que queda, por improbable que zea, debe zer la verdad —dijo Ramses, volviendo a su silla.

—Muy bien, Ramses —exclamó a su padre—. Cuán conciso te estás volviendo.

—No es original, papá.

—No importa —dije impacientemente—. El oro y las joyas son causas suficientes de violencia, como la historia de la humanidad demuestra infelizmente; pero un sarcófago común no. Pero ¿qué es, pregunto, un sarcófago de momia? —Me detuve por el efecto. Mi

marido y mi hijo me miraron en silencio sepulcral—. Es un contenedor —grité—. Normalmente contiene un cuerpo humano, pero ¿qué si este sarcófago fue utilizado como escondite para pequeñas antigüedades robadas? La baronesa se lo habría llevado con ella, fuera del país, y es más improbable que las autoridades lo hubieran inspeccionado. Ella compró sus antigüedades abiertamente y sin duda tiene los papeles apropiados.

—Esa explicación, por supuesto, se me ha ocurrido a mí —dijo Emerson, acariciándose el mentón—. ¿Pero por qué le robaron los ladrones el sarcófago si querían que ella pasara de contrabando fuera del país los bienes robados?

—Porque nosotros estábamos interesados en ello —expliqué—. ¿No lo ves, Emerson? La baronesa es una mujer de carácter volátil e impulsivo y trataba de impresionarte. Te ofreció el sarcófago en una ocasión; aunque habló medio en broma, había una oportunidad de que ella llevara el plan a cabo. Los ladrones tuvieron que recuperarlo. Extrajeron los bienes robados y destruyeron el sarcófago, no teniendo más uso para él.

—Percibo variaz dificultadez con eza explicación, mamá —dijo Ramses.

—Cállate, Ramses. —Consideró Emerson—. Si esa idea es correcta, Peabody, la baronesa no puede ser el Maestro Criminal.

—Supongo que tienes razón, Emerson.

—Alégrate, Peabody, es sólo una idea. Todavía podemos pensar en algo que demuestre la culpabilidad de la baronesa. —Emerson me sonrió.

—La baronesa era sólo uno de nuestros sospechosos —contesté —. Varios de los otros estaban presentes esa noche, cuando la baronesa te ofreció el sarcófago. O uno de los sirvientes, si estaba en la nómina del Maestro Criminal, podría haber advertido a su superior que el escondite ya no era seguro.

—¿Pero quién es ese superior desconocido? (Si no tienes objeción, Peabody, prefiero ese término a «Maestro Criminal», que tiene un tufillo demasiado fuerte al tipo de literatura sensacional a la que me opongo). Nuestras deducciones pueden ser válidas hasta dónde van, pero estamos todavía en la oscuridad en cuánto a la identidad de la persona que está detrás de todo esto.

—Lo atraparemos, Emerson —dije de modo tranquilizador—.

Nunca hemos fallado aún.

Emerson no contestó. Ramses se sentó balanceando los pies, uno desnudo, otro encerrado en una zapatilla roja marroquí, y pareciendo pensativo. Después de un intervalo Emerson dijo:

—También podemos dejarlo por un tiempo. A la cama, mi chico, es muy tarde. Lamento haberte evitado descansar.

—No hay nececidad de dizculparse, papá. Encontré ezta discusión de lo máz eztimulante. Buenaz nochez, mamá. Buenaz nochez, papá. Vamos, Baztet.

Emerson y yo contestamos lo mismo, Bastet cayó detrás de Ramses mientras caminaba hacia la puerta. Poco antes de cerrarla detrás de él le oí decir pensativamente:

—¿Qué ez un zarcófago? Una pregunta muy provocativa... ¿Qué ez verdaderamente un zarcófago? Un zarcófago ez... Un zarcófago ez...

Empecé a estar de acuerdo con Emerson, preferiría no haber oído esas palabras otra vez.

Capítulo 9

Al día siguiente vi el momento que había aguardado durante tanto tiempo: el comienzo del trabajo en nuestras pirámides (o, para ser precisa, nuestra pirámide, Emerson había seleccionado la más septentrional de las dos). ¿Me atrevo a confesar la verdad? Creo que sí me atrevo. Aunque era una considerable mejora sobre las momias romanas y los huesos cristianos, la lastimosa excusa de pirámide que veía delante de mí tenía poco encanto. Demasiado tarde, oh destino, supe que no debería haberme dejado vencer por la tentación de explorar la Pirámide Acodada

[14], por muy irresistible que fuera la tentación.

Tampoco Emerson estaba tan alegre como era habitual en él. Algo le molestaba, mi afectuosa percepción me lo decía, pero no fue hasta esa tarde, cuando nos pusimos a trabajar registrando las actividades del día, que se dignó a confiar en mí.

Trabajamos en silencio durante algún tiempo, en los extremos opuestos de la larga mesa, con la lámpara derramando un remanso de claridad entre nosotros. De vez en cuando miraba a Emerson, pero siempre lo encontraba escribiendo afanosamente. De pronto mi trabajo se vio interrumpido por un fuerte "¡Maldita sea!" y el zumbido de un misil atravesando el aire. La pluma dio en la pared con una salpicadura de tinta y cayó al suelo.

Levanté la mirada. Los codos de Emerson estaban sobre la mesa. Sus manos agarraban firmemente su pelo.

—¿Qué está mal, Emerson? —pregunté.

—No puedo concentrarme, Peabody. Algo da vueltas en mi mente. Estaba convencido de que tú sentirías mi distracción, pero

cada vez que te miraba estabas ocupada escribiendo y no quería interrumpir.

—Pero yo sentía lo mismo —exclamé ansiosamente—. Nuestra comunicación mental es verdaderamente notable, Emerson. Lo he notado a menudo. ¿Qué te molesta?

—¿Recuerdas la momia intrusa que encontramos pocos días después del robo de la dahabiyya?

Tuve que pensar algunos instantes antes de que los recuerdos regresaran.

—Creo que sí. En el borde del cementerio cristiano, ¿no es así?

—Sí. Me sorprendió en ese momento... —Emerson se puso en pie de un salto—. ¿Recuerdas dónde la pusiste?

—Por supuesto. ¡No se guarda nada en mi almacén de expedición sin tener un distintivo...! ¡Emerson! Creo que ya sé lo que piensas.

Colisionamos en la puerta.

—Un momento —dije jadeando—. No nos precipitemos. Ve a traer una luz y yo llamaré a John, necesitaremos mover algunos objetos para alcanzar la momia.

Con la ayuda de John sacamos a la momia de su estante y la llevamos de regreso a la sala. Emerson despejó la mesa con el simple método de barrer sus papeles sobre el suelo y la momia fue colocada en la superficie.

—Ya —dijo Emerson—. Mira eso, Peabody.

No había nada fuera de lo normal en la momia, excepto la disposición de las vendas. En lugar de estar enrolladas fortuitamente alrededor del cuerpo, las tiras de tela blanca estaban dispuestas en complicados patrones de piezas cruzadas entre sí. Era esta técnica, entre otros factores, lo que le había permitido a Emerson fecharla. Tan intrincados eran algunos de los diseños que algunas veces me había preguntado si había libros de patrones que los embalsamadores pudieran consultar. Algunas momias de ese período llevaban máscaras de lino empapadas en yeso. Otras tenían paneles pintados con un retrato del difunto colocado sobre la cabeza vendada. En el caso de nuestra momia no había máscara ni panel con retrato, sólo una zona sin forma de vendajes.

—Ha sido desprendida —dijo Emerson, mientras yo pasaba una mano investigadora sobre esta parte de la momia.

—Creo que tienes razón, Emerson. Hay restos de goma sobrante o algún otro adhesivo, y los vendajes parecen haber sido removidos.

—Y —concluyó Emerson—, aquí está.

Sobre la cabeza sin forma, colocó el panel del retrato que había rescatado de la tienda de Abd el Atti.

John jadeó. La pintura, que era notablemente fiel a la realidad, animaba el bulto totalmente anónimo y cambiaba su aspecto. Una mujer yacía frente a nosotros, envuelta en indumentaria funeraria. Sus enormes y líquidos ojos oscuros parecían devolver nuestras miradas curiosas con una expresión de cortés indagación, los labios curvados sonreían ante nuestra consternación.

—Dos pedazos del puzzle —dijo Emerson—. Todo lo que necesitamos ahora es un sarcófago.

—Fue destruido... quemado —dije con seguridad—. Ésta es la momia de la baronesa, Emerson.

—Así lo creo, Peabody. Cuando observé arder el ataúd la otra noche, me chocó el hecho de que se consumiera tan rápidamente, con pocos residuos salvo las cenizas. Ciertamente estos cuerpos momificados, saturados de betún, arden fácilmente, pero debería haber algún signo de su presencia... un trocito de hueso o los restos de un amuleto. John...

El joven saltó. Sus ojos estaban clavados en la momia con horrorizada fascinación.

—Señor —tartamudeó.

—Tú metiste la caja de la momia en el almacén. ¿Notaste alguna diferencia en el peso comparado con las que habías manipulado antes?

—No era tan pesada como las demás —dijo John.

—¿Por qué diablos no lo dijiste entonces? —exigí.

—Vamos, Peabody, no regañes al muchacho. No está acostumbrado a manejar sarcófagos de momias, no se puede esperar que se dé cuenta que el hecho era significativo.

—Es verdad. Discúlpame, John.

—Oh, señora —John se interrumpió tragando saliva. Sus ojos se abrieron de par en par hasta mostrar el blanco de los ojos alrededor de las pupilas. Emerson había cogido un cuchillo y lo sostenía sobre el pecho de la momia—. Oh, señor... oh, Dios mío... señor.

—No quiero alterar el patrón del fajamiento —aclaró Emerson

—. La tela más cercana al cuerpo probablemente haya formado una masa sólida de todas formas. —Los músculos de sus antebrazos sobresalieron mientras él forzaba el cuchillo a través de las capas de lino.

John chilló y se cubrió los ojos con las manos.

—Hmmm —dijo Emerson, cortando delicadamente—. Aquí hay un... un pilar Djed

[15] en fayenza azul. El escarabajo del corazón debería estar cerca... Sí, y también es un espécimen bastante bueno. De feldespato verde.

—Está buscando amuletos —le dije a John—. Objetos mágicos, ya sabes. Muchos de ellos eran envueltos dentro de los vendajes. El pilar Djed significa estabilidad, el escarabajo del corazón garantiza que el corazón, la sede de la inteligencia, no sería extraído por los demonios. Estos dos amuletos casi siempre se encuentran en la zona del pecho...

—No me cuente eso, señora —rogó John, presionando las manos con fuerza sobre sus ojos.

Emerson arrojó al suelo el cuchillo.

—No hay necesidad de desmembrar más el espécimen. Indudablemente encontraríamos más amuletos y más ornamentos, la señora parece haber sido bastante acaudalada, pero lo principal se ha hecho, creo.

Asentí.

—La momia y sus accesorios son tan poco interesantes como el ataúd. ¡Qué fastidioso! Vamos, vamos, John, el profesor Emerson ha acabado, no te quedes ahí como un modelo posando para una estatua del terror.

John se destapó los ojos, pero los mantuvo resueltamente separados de la momia.

—Les ruego que me perdonen, señor y señora. Es sólo que... ella parece tan auténtica, descansando ahí de esa manera.

Ahora parecía haber una expresión de suave reproche en los luminosos ojos oscuros. Recogí una colcha del sofá y la lancé sobre el cuerpo mutilado. John dejó escapar un suspiro de alivio.

—Gracias, señora. ¿Puedo llevarla a ella de regreso al almacén ahora?

—Llevar eso, no llevarla a ella —dijo Emerson de inmediato—.

Nunca te harás un arqueólogo, John, si permites que semejantes pensamientos sentimentales se entrometan.

—Gracias, señor, pero no quiero ser arqueólogo. No es que no sea un trabajo útil, señor, no digo eso, pero no creo tener el temperamento para eso.

—Me temo que tienes razón, John. Es una lástima que no puedas imitarme. Éstos son sólo especímenes, no tienen identidad, uno debe mirarlos con serena imparcialidad y no debe permitir que el sentimentalismo le afecte. —Había alargado su mano para quitar el panel del retrato. Por un momento, sus dedos se detuvieron en el aire. Luego dijo—: Átalo, Amelia, o se caerá y se romperá cuando se mueva a la momia.

Habría sido más sencillo devolver el panel a la caja acolchada que había preparado para ella, pero no hice esa sugerencia. Coloqué el relleno cuidadosamente sobre el retrato y lo sujeté con tiras de tela. Envolviendo la colcha alrededor de la momia, John la levantó en sus brazos.

Lámpara en mano, le acompañé mientras la llevaba de regreso al almacén. Si se me permite decirlo, la escena era digna de uno de nuestros mejores pintores: las sombras sombrías del claustro derruido, el solitario círculo brillante de la luz de lámpara y la forma poderosa del joven caminando lenta y cuidadosamente, con la silueta envuelta en blanco sujeta contra el pecho. No era insensible al estado de ánimo de John, pero yo esperaba que no estuviese a punto de transferir sus afectos de Charity a la momia. Charity no le había alentado, pero no puede haber un objeto de amor más insensible que una mujer que ha estado muerta durante mil setecientos años, siglo más o menos.

Después de que hube cerrado la puerta, le di las gracias a John y le dije que ya podía retirarse. Él dijo con vacilación:

—Si no es una inconveniencia, señora... ¿puedo sentarme con usted y el profesor un rato?

—Por supuesto, John, ya sabes que siempre eres bienvenido. Pero pensé que estabas ocupado con el Levítico.

—Los Números, señora, he llegado hasta los Números. No creo, señora, que alguna vez pase de los Números.

—No te desanimes, puedes tener éxito en cualquier cosa si lo intentas. —Para ser honestos, mi aliento fue un pelín abstraído. Los

problemas románticos y religiosos de John habían comenzado a aburrirme y tenía otros asuntos más apremiantes en la cabeza.

Cuando pasamos frente a la puerta de Ramses vi la demasiado familiar franja de luz bajo ella. Me sorprendió que no hubiera sacado la cabeza para preguntar qué hacíamos, puesto que normalmente era tan curioso como una cotorra. Di un toquecito en la puerta.

—Luces fuera, Ramses. Ya ha pasado tu hora de acostarse.

—Eztoy trabajando en algo, mamá. ¿Puedo una media hora de gracia, por favor?

—¿En qué estás trabajando?

Hubo una pausa.

—El manuscrito copto, mamá —dijo finalmente.

—Te arruinarás la vista estudiando esa letra descolorida a la luz de la lámpara. Oh, muy bien, media hora, no más.

—Graziaz, mamá. Buenaz nochez, mamá. Buenaz nochez, John.

—Buenas noches, señorito Ramses.

—Me pregunto cómo sabía que tú estabas conmigo —dije pensativamente.

Cuando regresamos a la sala, Emerson recogía sus papeles desparramados.

—Vaya desastre —se quejó—. Échame una mano, ¿quieres, John?

John se apresuró a complacerle. Una vez que los papeles hubieron sido repuestos sobre la mesa, preguntó ansiosamente:

—¿Hay algo más que pueda hacer por usted, señor?

—No, gracias, tendré que ordenarlos yo mismo. Vuelve a tu Biblia, John... y puede que te ayude en algo.

John me dirigió una mirada de súplica y yo dije:

—John quiere sentarse con nosotros un rato, Emerson. Adelante, John. Siéntate.

John se sentó. Estaba sentado sobre el borde de la silla, con las manos sobre las rodillas y los ojos fijos en Emerson. Era imposible trabajar con tal silencioso monumento delante, no me sorprendí cuando después de un rato Emerson dejó su pluma y comentó:

—Pareces tener un asunto sin resolver, John. Tienes un cierto aire de indecisión. ¿Hay algo que te preocupe?

Sabía que John no confiaría en él. El pobre muchacho había sido

objeto de muchos comentarios burlones en materia de religión y aunque Emerson había sido, para ser Emerson, bastante considerado acerca de los anhelos románticos de John, su apariencia generalmente sardónica y su actitud no eran del tipo que inspiraría a un joven amante a expresar los (usualmente sosos) sentimientos que llenan su corazón. El vínculo de Emerson conmigo es romántico, pero nunca es soso.

John se rascó la cabeza.

—Bueno, señor...

—La señorita, supongo. Abandona, John. Nunca harás ningún progreso allí, ella le ha entregado su corazón a los hermanos David y Ezekiel, y a Jesús... no necesariamente en ese orden.

—Emerson, estás siendo grosero —dije.

—Nunca soy grosero —dijo Emerson indignado—. Estoy consolando a John y ayudándolo a una mejor comprensión. Si desea persistir en su absurda atracción, no me interpondré en su camino. ¿Me he interpuesto en su camino? ¿He impedido su vagabundeo hacia la misión la mitad de las tardes durante la semana? ¿Qué haces allí, John?

—Bueno, señor, nosotros hablamos, señor. Es lo que el hermano Ezekiel llama la hora del intercambio social.

La boca de Emerson se extendió en una amplia sonrisa. Tosí de forma intencionada, atrayendo su atención, él contuvo su comentario y John continuó:

—El hermano Ezekiel habla de los días de su infancia. Su madre, señor, debió de ser una santa desde siempre. Él no puede decir cuántos latigazos empleó con él... para ahuyentar a los diablos, ya sabe, señor. Yo les cuento lo que pasa aquí...

—¿Chismorreas sobre nosotros? —preguntó Emerson en un tono abominable.

—Oh, no, señor, nunca chismorrearía sobre usted y la señora Emerson. Sólo hablo de las pequeñas cosas que ocurren y las aventuras del señorito Ramses, como... el hermano David explica las Sagradas Escrituras y me ayuda con mi lectura.

—¿Y de qué habla Charity? —pregunté.

—Ella no habla, señora, ella se sienta y cose... camisas para los niños y para el hermano Ezekiel.

—Suena muy aburrido —dijo Emerson.

—Bueno, no, señor, yo no diría aburrido, aunque no es exactamente alegre, ya me entiende.

—¡Ajá! —Emerson rompió a reír—. Amelia, creo que detecto la primera grieta en la fachada devota. Aún puede haber esperanza para el muchacho. John, deberías pasar tus tardes con Abdullah y sus hombres, mejorando tu árabe. Su conversación es un entretenimiento más alegre.

—No, señor, no puedo hacer eso. A decir verdad, señor, estoy preocupado por los reverendos. No hay tantos conversos como antes. Uno de los niños le tiró una piedra a la hermana Charity el otro día. Y han pasado otras cosas.

—Umm —Emerson se acarició la barbilla—. Confirmas mis temores, John. Algo habrá que hacer acerca de eso. Bueno, muchacho, me alegro de que te hayas desahogado. Ahora vete a la cama, la señora Emerson y yo nos ocuparemos del asunto.

Después de que John se hubiera ido, Emerson dijo, complaciente:

—Sabía que él tenía algo en la cabeza. Para que veas, Amelia, un poco de tacto y un poco de simpatía es todo lo que se necesita para ganarse la confianza de un muchacho sencillo como John.

—Umm —dije— ¿Qué vas a hacer, Emerson?

—Los pasos deben ser dados —dijo Emerson, firme aunque vagamente—. Me gustaría que la gente resolviera sus problemas y no esperase que yo les rescate. Que no se repita, Amelia, tengo trabajo que hacer.

Su pluma empezó a recorrer la página. Recogí mi pluma, pero en lugar del dibujo a escala de los fragmentos de cerámica que estaba haciendo, una imagen se interponía entre mi vista y la página: la pintura del rostro de una mujer con líquidos ojos oscuros y una sonrisa apenas perceptible, enigmática.

¿Cómo podía concentrarme en vasijas o en pirámides cuando un crimen no resuelto exigía mi atención? La misma perplejidad del problema tenía una fascinación malvada, por eso estaba segura de que todos los trocitos de un hecho caben dentro de un patrón, si tan sólo pudiera interpretarlo. La momia y el sarcófago, el panel del retrato y el pectoral de la duodécima Dinastía, el asesinato, el robo, el incendio provocado... Todo eran partes de una única trama subyacente.

Frente a mí, sobre la mesa, estaban las listas que Emerson había hecho del contenido de la tienda de Abd el Atti. Las saqué con mano cuidadosa. Emerson no miró hacia arriba. Me llevé las listas.

Llegó, no como un estallido deslumbrante de iluminación mental, sino como un diminuto puntito de luz. Lentamente se amplió, encontrando otro crujido de comprensión aquí, relacionándose con otra cosa allí...

El arañazo de la pluma de Emerson se detuvo. Levanté la mirada para encontrarlo observándome.

—¿Otra vez con eso, Amelia?

—Creo que lo tengo, Emerson. La pista está aquí. —Sostuve en alto las listas.

—Una de las pistas, Peabody.

—¿Tienes una nueva teoría, Emerson?

—Más que una teoría, querida. Sé quién asesinó a Hamid y Abd el Atti.

—Yo también, Emerson.

Emerson sonrió.

—Esperaba que dirías eso, Peabody. Bien, vale, ¿entraremos en otra de esas amables competiciones: sobres sellados, para ser abiertos después de que hayamos atrapado al asesino?

—Mi querido Emerson, no hay necesidad de eso. Nunca dudaría de tu palabra. Una simple declaración en el sentido de que lo supiste todo el tiempo bastará... acompañada, por supuesto, por una explicación de cómo llegaste a la solución.

Emerson reflexionó, pero las ventajas del acuerdo eran tan obvias que no reflexionó demasiado. Un brillo humorístico iluminó sus ojos azules cuando asintió en señal de acuerdo.

—No puedo hacer menos que devolver el cumplido. ¡Choca esos cinco, mi querida Peabody!

* * *

No dije nada más y nada menos que la verdad cuando le dije a Emerson que había descubierto la identidad del asesino, sin embargo, en la privacidad de estas páginas, admitiré que algunos detalles todavía me eludían. Consideraba cuidadosamente cómo adquirir mejor la información necesaria cuando ocurrió un acontecimiento que me dio la oportunidad que necesitaba. Me refiero al descubrimiento de la entrada a nuestra pirámide.

Tan brillante fue la llama de fiebre detectivesca que esa declaración, que ordinariamente estaría adornada por varios puntos de admiración, es presentada como un hecho simple. No estaba enteramente impertérrita, nunca crean eso, la imagen del hueco oscuro abierto en la tierra provocó un breve arranque de entusiasmo y sólo el brazo fuerte de Emerson, tirando de mí hacia atrás, me impidió entrar de inmediato.

Después de un breve examen, él emergió cubierto de polvo y jadeando.

—Está en muy malas condiciones, Peabody. Algunas de las piedras que recubren los pasillos se han desprendido. Tendrán que ser apuntaladas antes de que cualquiera de nosotros se adentre más.

Sus ojos se movieron sobre el grupo de trabajadores, todos tan excitados como él. Uno estaba dando saltos sobre las puntas de sus pies, agitando los brazos. Mohammed era pequeño y gordo, con manos pequeñas y gorditas, pero esas manos tenían una delicadeza de tacto incomparable con cualquier otro del grupo. Era carpintero de profesión cuando no trabajaba para nosotros —el mejor hombre posible para la tarea que nos esperaba— y él lo sabía.

Emerson le dedicó una sonrisa de camaradería.

—Ten cuidado, Mohammed. Sobraron algunas tablas de la construcción del cobertizo para los asnos, creo, comienza con esas. Iré al pueblo y encontraré más.

—Podrías enviar a uno de los hombres —comenté, mientras nos marchábamos, dejando a Abdullah gritando órdenes.

—Sí que podría —dijo Emerson amablemente.

—Iré contigo.

—También pensé que podrías hacerlo, Peabody.

—¿Y después, una llamada a monsieur de Morgan?

—Actuamos como uno sólo, Peabody. Un resumen final de nuestros sospechosos, ¿eh?

—¿Sospechosos, Emerson? Dijiste que conocías la solución.

—Ah, pero éste es un asunto complicado, Peabody... una conspiración criminal, nada menos. Varias personas pueden estar involucradas.

—Muy cierto, Emerson.

Emerson sonrió y me dio una cariñosa palmadita en la espalda.

—También tengo intención de hablar cuatro palabritas con los

misioneros. Le prometí a John que lo haría... Un momento, Peabody. ¿Dónde está Ramses?

Estaba, como Emerson había temido, en medio del grupo que se apelotonaba alrededor de la entrada de la pirámide. Emerson lo llevó a un lado.

—¿Me oíste advertirle a Mohammed que tuviera cuidado?

—Sí, papá. Yo sólo...

Emerson lo tomó del cuello.

—Mohammed es nuestro carpintero más experto —dijo, enfatizando cada palabra con una amable sacudida—. La tarea será peligrosa, incluso para él. Tú no estás bajo ninguna circunstancia para tratar de ayudarle o dar un paso en ese o en cualquier otro pasadizo. ¿Está claro, hijo mío?

—Sí, papá.

Emerson liberó su agarre.

—¿Vendrás con nosotros, Ramses?

—No, papá, creo que no. Me iré y haré una pequeña excavación. Me llevaré a Zelim, por zupuesto.

—No vayas lejos.

—Oh, no, papá.

* * *

No había estado en el pueblo durante varios días. Exteriormente parecía bastante normal: el grupo de mujeres se reunía alrededor del pozo llenando las enormes jarras que llevaban con aparente facilidad encima de sus cabezas, los hombres holgazaneaban a la sombra, los perros callejeros estaban tumbados en el polvo del camino. Pero los saludos eran extrañamente apagados y ninguno de los niños nos acosó con sus perennes y lastimosas demandas de baksheesh.

Emerson fue directamente a la casa del sacerdote. Al principio pareció que se nos iba a negar la entrada. El guarda, uno de los "diáconos", como Emerson los llamaba, insistió en que el sacerdote todavía estaba rezando. Luego abrió la puerta.

—Incumples tus deberes de cortesía para con los invitados, hijo mío —dijo la voz profunda del sacerdote—. Hazlos entrar y honrar mi casa.

Cuando nos hubimos sentado por nosotros mismos en el diván, el sacerdote nos preguntó en qué podía servirnos. Emerson explicó

nuestra necesidad de tablas de madera y el predicador asintió.

—Las encontraremos. ¿Espero que sus paredes no se hayan derrumbado... su techo haya cedido... su paz haya sido perturbada, en ese aciago lugar?

—Es la pirámide la que se ha caído —contestó Emerson—. Hemos tenido problemas en el monasterio, para ser exactos, pero no se debieron a los demonios, fueron obra de hombres malvados.

El sacerdote sacudió la cabeza con compasión. Casi esperé que chasqueara la lengua.

—¿No se enteró de estas cosas? —insistió Emerson—. ¿La invasión en mi casa, el ataque sobre mi hijo?

—Es una desgracia —dijo el sacerdote.

—"Desgracia" no es la palabra. Un hombre fue asesinado, un incendio en la misión... parece, Padre, que ha habido también muchos "desgraciados" sucesos.

Incluso en las sombras donde estaba sentado, vi el destello de los ojos del sacerdote.

—Desde la llegada de los hombres de Dios. No teníamos problemas antes de que viniesen.

—No provocaron el incendio —dijo Emerson—. No forzaron la entrada de mi casa.

—¿Cree que mi gente hizo esas cosas? Se lo aseguro, los hombres de Dios son los responsables. Deben irse. No pueden quedarse aquí.

—Sé que ha habido provocación, Padre —dijo Emerson—. Le ruego, le advierto, que no permita que le provoquen.

—¿Me toma por tonto? —preguntó airado el sacerdote—. No somos más que esclavos en este país, tolerados sólo siempre que no hagamos nada. Si levantara mi mano contra los hombres de Dios, yo y toda mi gente moriríamos.

—Eso es cierto —dije.

El sacerdote se levantó.

—Viene aquí y me acusa de violencia y crimen. Se lo digo de nuevo: mire hacia los hombres de Dios para conseguir respuestas a sus preguntas. Averigüe por sí mismo la clase de hombres que son. Deben dejar este lugar. Dígaselo.

No pudimos haber sido más firmemente despedidos. Emerson se inclinó en silencio, y sentí una cierta... bien, quizá vergüenza es la

palabra correcta. Por primera vez podía ver el punto de vista del sacerdote. Unos desconocidos se habían instalado en su pueblo, le habían dicho a su gente que estaban equivocados, habían amenazado su autoridad espiritual y él no podía hacer nada, pues los desconocidos estaban bajo la protección del gobierno. Una forma de vida con siglos de historia estaba pasando y él era impotente para impedirlo.

Nos alejamos de la casa del sacerdote. Emerson dijo:

—Quizá podamos persuadir al hermano Ezekiel para establecer su cuartel general en otro sitio.

—Requerirá un tacto sobrehumano persuadirlo, Emerson. El más leve indicio de que pudiera estar en peligro sólo le hará estar más empeñado en quedarse.

—El tacto o una orden directa del Todopoderoso. —La cara de Emerson se iluminó—. Me pregunto...

—Quítatelo de la cabeza, Emerson. Tu sencilla magia de salón puede surtir efecto con nuestra gente, pero no creo que puedas inducir al hermano Ezekiel a que tome tu voz por la de El Otro.

La misión era la imagen de la tranquilidad absoluta. La escuela estaba en una clase. El soniquete de voces salía a través de las ventanas abiertas como el zumbido de abejas en una perezosa tarde de verano. Las sombras de las palmeras y los tamariscos daban frescor al terreno, y en una esquina sombreada tenía lugar una clase de costura. Las niñitas estaban sentadas, con sus pies desnudos modestamente recogidos bajo sus túnicas sombrías y sus brillantes cabezas morenas se inclinaban sobre su labor. Sentada al borde del bloque que le había servido a Emerson de asiento, Charity leía en voz alta la traducción al árabe del Nuevo Testamento. Su vestido era de la misma tela oscura que siempre vestía y el sudor centelleaba en su cara, aunque por una vez iba sin la horrenda cofia. Su pronunciación era pobre, pero su voz era suave y dulce, y la hermosa y antigua historia cobraba un encanto añadido porque la leía con mucho sentimiento.

—Y Jesús dijo: “Dejad que los niños se acerquen a mí, pues de ellos es el Reino de los Cielos”.

Me sentí como si viera el otro lado de la discusión que el sacerdote había presentado tan elocuentemente. El hermano Ezekiel era el hombre más irritante en el mundo y, a mi parecer, totalmente

incapacitado para la profesión que había abrazado, pero los misioneros realizaban una tarea importante, en particular con las niñitas ignorantes e ignoradas. Las mujeres coptas no estaban mejor que sus hermanas musulmanas. Aunque los misioneros no hicieran nada más, podrían ser la salvación de las mujeres de Egipto.

Pienso que incluso Emerson estaba conmovido, aunque uno no podría saberlo por su expresión. Pocas personas ven el lado más suave de Emerson, de hecho, algunas personas niegan que tenga uno.

No era el momento para el sentimentalismo, sin embargo. Reprimí mis emociones y Emerson dijo voz baja:

—Estamos de suerte. He aquí nuestra oportunidad para hablar con la chica a solas.

Me aclaré la garganta con fuerza. Había una serpiente en el pequeño Paraíso después de todo, el inofensivo sonido hizo que Charity se sobresaltara violentamente y mirara a su alrededor con el miedo escrito en la cara. Salí de la sombra de los árboles.

—Soy sólo yo, señorita Charity. Y el profesor Emerson está conmigo. Vuelva a sentarse, se lo ruego y permítanos tener una pequeña charla.

Ella se dejó caer en la piedra de la cual se había levantado a causa de su alarma.

—Podéis volver a casa ahora, chicas —dije—. La clase ha terminado.

Una de las jóvenes empezó el viejo grito de baksheesh, pero lo cortó después de mirar a Charity. Tomé asiento junto a la muchacha.

—Me disculpo por sobresaltarla —dije.

Emerson hizo un gesto impaciente.

—Perdemos el tiempo, Peabody. El cielo sabe que pronto seremos interrumpidos. ¿De qué tiene miedo, muchacha?

Se arrodilló al lado de ella. Supuse que ella se apartaría de un salto, pero algo en el severo rostro tan cercano al de ella pareció darle coraje. Incluso sonrió débilmente.

—Estaba absorta en esa maravillosa historia, profesor. No esperaba que alguien...

—¡Bah! —exclamó Emerson—. ¿No dice su credo que mentir es un pecado, señorita Charity?

—Es la verdad, señor.

—Una verdad a medias en el mejor de los casos. Este pueblo ya no es seguro, muchacha. ¿No puede persuadir a su hermano para ir a cualquier otro sitio?

La chica levantó la cabeza.

—Ya ve lo que estamos haciendo aquí, señor. ¿Podemos reconocer la derrota... podemos abandonar a estos ateos indefensos?

Capté la mirada de uno de los ateos, que nos espiaba desde detrás de un tronco de árbol. Me dirigió una sonrisa impúdica. Negué con la cabeza, sonriendo.

Emerson negó con la cabeza, frunciendo el ceño.

—Está en peligro y creo que lo sabe. ¿No hay alguna forma...? ¿Qué pasa, Peabody?

—Alguien observa desde la ventana de la casa —informé—. Vi el movimiento de la cortina. Sí, maldita sea... la puerta se abre, ya viene.

—Maldita sea —repitió Emerson—. No se levante, señorita Charity, escúcheme. Puede llegar un momento en que necesite nuestra ayuda. Envíe por nosotros, a cualquier hora del día o de la noche.

Charity no contestó. El hermano Ezekiel estaba casi sobre nosotros.

—Bien, si es el profesor y su respetable compañera —dijo—. ¿Qué haces aquí sentada, Charity? ¿Por qué no los invitas a entrar?

Charity se levantó como un títere al que tirasen de las cuerdas.

—Qué negligente soy —dijo ella—. Perdóname, hermano.

—De ningún modo —dijo Emerson, aunque la disculpa no le había sido dirigida a él—. Estábamos sólo de paso... er....

—Entrarán en mi casa —dijo solemnemente el hermano Ezekiel —. Partiremos juntos el pan. Charity, llama al hermano David.

—Sí, hermano. —Ella se deslizó para irse, con las manos entrelazadas y la cabeza inclinada, nosotros seguimos a su hermano hacia el interior de la casa.

Siempre había pensado que la expresión “dolorosamente limpio” era una figura retórica. La pequeña sala a la que fuimos conducidos me hizo sobresaltarme, estaba tan desnuda, tan resplandecientemente blanqueada, tan atormentadoramente falta de comodidad. Algunas sillas rectas, una mesa en la cual había varias

velas y un Nuevo Testamento griego, ninguna alfombra en el suelo, ni telas sobre la mesa, ni cuadros en la pared, ni siquiera uno de los horrorosos grabados religiosos que había visto en las casas de otras personas religiosas. Los Hermanos del Santo Jerusalén parecían seguir la Biblia literalmente, incluyendo el mandato contra los ídolos. El único mueble atractivo en la habitación era una librería, fui atraída por ella como una persona que viene del frío es atraída por un fuego. La mayor parte de los libros eran pesados tomos teológicos en varios idiomas o colecciones de sermones.

Pronto se nos unió el hermano David. No le había visto durante algún tiempo y el cambio en él hizo que me quedara mirándolo fijamente. Su traje negro colgaba flojamente de su cuerpo, el mármol encendido de su piel tenía un aspecto enfermizo y sus ojos estaban hundidos en sus cuencas. Mis preguntas sobre su salud fueron sinceras. Él sonrió de forma poco convincente.

—Ciertamente, estoy bastante bien, señora Emerson. Sólo un poco cansado. No estoy acostumbrado al... al calor.

Intercambié una mirada expresiva con Emerson. Estaba bien avanzado el invierno y el clima era excelente: hacía bastante frío después de la puesta del sol como para ser necesario abrigarse y era agradablemente cálido durante el día.

El hermano Ezekiel parecía estar de un estado de ánimo extraordinariamente afable. Frotándose las manos, declaró:

—Charity, prepara la comida. Tomarán un bocado con nosotros.

—No podemos quedarnos —dije—. Encontramos la entrada de la pirámide esta mañana y nuestros hombres están trabajando apuntalando aquellas partes del pasadizo que han sufrido un derrumbe. Debemos estar allí.

Inconscientemente había mirado al hermano David mientras ofrecía esta explicación, fue su colega quien contestó y sus palabras explicaron una parte de su buen humor.

—Sí, oímos que habían detenido la excavación en el cementerio. Me alegro de que tomaran en serio mis palabras, amigos. Cometieron un lamentable error, pero sus corazones no eran inflexibles, al final hicieron lo correcto.

Los ojos de Emerson centellearon, pero puede controlar su temperamento cuando sirve a sus propósitos.

—Er... sí. Señor Jones, vinimos a hablar con usted acerca de un

asunto grave. Ha habido algunos incidentes inquietantes, no sólo aquí, sino también en nuestra casa.

—¿Se refiere a la muerte del pobre hermano Hamid? —preguntó David.

—En los últimos diez días —dijo Emerson—, ha habido un asesinato, tres robos, un incendio aquí en la misión y otro incendio misterioso en el desierto. Tengo entendido que la señorita Charity fue atacada también.

—Algún niño desobediente... —comenzó el hermano David.

—No fue un niño quien entró por la fuera en la habitación de mi hijo.

—¿Está insinuando que estos incidentes están conectados? —preguntó dubitativo el hermano David—. ¿Cómo puede ser eso? Los actos criminales cometidos contra usted y la baronesa no tienen nada que ver con nosotros. Nuestras pequeñas dificultades son del tipo que ya podíamos esperar, los corazones de los que vagan en la oscuridad son de pedernal, pero finalmente la amable persuasión hará...

Emerson le cortó con un ¡Bah! en voz alta.

—Ya le advertí antes. Se lo advierto otra vez. Los peligros que nos amenazan a todos nosotros quizá no sean enteramente por sus actos, pero no mejora la situación con su comportamiento desmedido. Deje de atacar al sacerdote o encuentre otro lugar en el que utilizar su amable persuasión.

El hermano Ezekiel únicamente sonrió con aire satisfecho y emitió una sarta de pomposas referencias a la verdad, el deber, la salvación y la corona gloriosa del mártir. Los últimos elementos lanzaron una tristeza más profunda sobre el semblante taciturno del hermano David, pero guardó silencio.

Emerson me miró.

—Perdemos el tiempo, Amelia. Vámonos.

—No soporto la malicia —le aseguró el hermano Ezekiel—. Los mansos heredarán la tierra y estoy dispuesto en todo momento a verter el agua estimulante de la salvación en el espíritu de la arrogancia. Sólo tiene que pedirlo y le será dado, pues no hay camino hacia el Padre sino a través de mí. Venga a mí a cualquier hora, hermano Emerson.

Afortunadamente Emerson estaba en la puerta cuando oyó este

epíteto cariñoso y pude sacarlo fuera con un fuerte empujón.

No habíamos ido lejos cuando oímos un ruido de pasos y nos volvimos para ver al hermano David corriendo hacia nosotros.

—¿De verdad piensan que estamos en peligro? —Jadeó.

Las cejas de Emerson se levantaron.

—¿Para qué demonios supone que vine aquí, sino para advertirles de ello? No fue por el placer de la compañía de Jones, se lo aseguro.

—Pero seguramente exagera el peligro —insistió el joven—. El celo del hermano Ezekiel algunas veces supera su sentido de la cautela. Los santos del Señor no conocen el miedo...

—Pero nosotros, las vasijas más débiles, sí lo hacemos —dijo Emerson secamente—. No le dé vergüenza admitir eso, señor Cabot.

—Estoy preocupado —admitió David—. Pero se lo aseguro, profesor, los incidentes que usted mencionó no pueden ser el resultado de nuestro trabajo aquí.

—¿Cuál es tu teoría? —preguntó Emerson, observándolo atentamente.

David extendió sus manos en un gesto desesperado.

—Sólo puede ser que, por un accidente desafortunado, nos hemos encontrado de pronto en el centro de alguna siniestra conspiración.

—Una idea interesante —dijo Emerson.

—¿Pero qué podemos hacer?

—Marcharse —dijo Emerson con sequedad.

—Eso es imposible. El hermano Ezekiel nunca consentiría...

—Entonces déjele que se quede y se achicharre —dijo Emerson con impaciencia—. Coja a la joven y váyase. ¿Esa idea no le atrae? Considere la idea. Si el sentido común triunfa sobre su devoción hacia su líder, le ayudaremos en todo lo que sea posible. Pero la decisión debe ser suya.

—Sí, claro —dijo David, infeliz. Estaba de pie retorciéndose las manos, la misma imagen de la culpabilidad y la indecisión.

Nos volvimos caminando hacia la fuente, donde habíamos dejado los asnos. Mientras nos íbamos cabalgando Emerson dijo:

—Un encuentro interesante, Peabody. Cabot sabe más de lo que dice. ¿Te importaría arriesgarte a suponer cuál es la naturaleza del secreto culpable que está escondido en su corazón?

—Tonterías, Emerson. No es la culpabilidad sino el terror lo que le afecta. Sufre todos los tormentos de la cobardía: tiene miedo de irse y tiene miedo de quedarse. Estoy tristemente desilusionada con ese joven. Qué pena que su rostro viril y su figura no indiquen su verdadero carácter.

—Así que por ahí van tus teorías, ¿no?

—No diré más en este momento —contesté—. Asumamos, sin embargo, sólo para esclarecer el tema, que los misioneros son inocentes aunque estúpidos. Tu intento de persuasión ha fracasado, como yo sabía que pasaría, ¿tienes intención dar algún paso más para salvarlos?

—Supongo que podría hablar con Murch u otro de los misioneros protestantes, y podría hacer un esfuerzo para encontrar la base de operaciones de los Hermanos de Jerusalén. Los superiores de Ezekiel deben saber lo que está ocurriendo aquí. Pero tengo el presentimiento, Peabody, de que otros acontecimientos que están a punto de pasar harán tal paso innecesario.

Sentí lo mismo. Excepto que ninguno de nosotros sabía cuán inminentes eran esos acontecimientos, o cuán atroces serían sus consecuencias, no sólo para los misioneros sino para nosotros mismos y los que apreciábamos.

Aunque en un sentido nuestra visita no había dado frutos, no había sido enteramente inútil en cuanto a lo que nuestras investigaciones criminales concernía. Había confirmado una de mis sospechas. Me pregunté si los pensamientos de Emerson iban por la misma línea. Él parecía bastante contento consigo mismo, así que me temí que así fuera. No fuimos tan afortunados con nuestro segundo grupo de sospechosos. De Morgan no estaba en el campamento y sus hombres holgazaneaban a la sombra, descansando y fumando. El rugido de Emerson les hizo gatear hasta ponerse en pie. El capataz vino corriendo a saludarnos. Inclinó la cabeza cuando Emerson empezó a sermonearle, pero dijo que el effendi les había dado permiso para detener el trabajo, era la hora del descanso del mediodía. El effendi había ido a visitar a la señora en la dahabiyya.

—¿Qué señora? —pregunté.

—Tú la conoces, Sitt. La señora alemana que estaba aquí antes. Ella ha regresado. Dicen —agregó el jefe ingenuamente—, que ella

desea dar mucho dinero al effendi para su trabajo. ¿Irás hacia allá también, a obtener dinero de la señora?

—No —dijo Emerson precipitadamente.

—No —acordé—. ¿Cuándo regresará monsieur de Morgan?

—Sólo Alá lo sabe, Sitt. ¿Le esperarás?

—¿Lo haremos, Emerson? —pregunté.

—Hmmm. —Emerson se restregó la barbilla—. Creo que voy a echar una miradita por ahí. Podrías esperar en la tienda de campaña, Amelia.

—Pero, Emerson, yo también quiero...

—Podrías esperar en la tienda de campaña de monsieur de Morgan, Peabody.

—Oh. Oh, sí. Esa es una idea excelente, Emerson.

Parecía ser una idea excelente entonces, pero no demostró serlo, excepto en un sentido negativo. Descubrí que monsieur de Morgan era un hombre ordenado, lo que ya había sospechado y que sus notas no estaban bien organizadas, lo que también había sospechado. Sin embargo, no había nada en las notas o en las cajas de embalaje que servían de alacenas de almacenamiento, que no debiera estar allí. Nunca había considerado a Morgan como un serio sospechoso, por supuesto.

Me sentí un poco incómoda registrando el lugar, pero me dije a mí misma que todo vale en el amor, la guerra y el trabajo de detective. Luego metí la cabeza en la siguiente tienda de campaña, que estaba probablemente ocupada por el Príncipe Kalenischeff, pero estaba aún más desprovista de pistas. De hecho, estaba desnuda. No había rastro de sus bienes personales.

Encontré a Emerson acuclillado en uno de los túneles de monsieur de Morgan, mirando con atención a las profundidades y sermoneando al capataz.

—Mira esto, Peabody —gritó—. Desgraciadamente él ha alterado la estratificación. Cómo diablos espera el hombre...

—Si has terminado, deberíamos regresar —dije.

—¿Esa pared es casi seguro del antiguo reino y él la ha atravesado en línea recta sin...? ¿Qué? Oh, sí. Vayámonos.

La expresión severa del capataz se aligeró. Había sido privado de la mayor parte de su período de descanso, tenía esperanzas de disfrutar una parte de él, al menos.

—¿Dónde está el otro caballero? —pregunté.

—¿El del Ojo de Cristal? Se fue, Sitt. Navega con la señora mañana.

—Ajá —dijo Emerson.

—Ajá —repetí.

Montamos en nuestros asnos.

—Gracias a los dioses que ha terminado —dijo Emerson—. He averiguado lo que necesitaba saber y puedo terminar este asunto en breve plazo.

—¿Qué averiguaste del capataz, Emerson?

—¿Qué encontraste en la tienda de campaña, Peabody?

—Ve más despacio, por favor. No puedo hablar ni pensar mientras voy dando tumbos arriba y abajo encima de un asno.

Emerson me complació.

—¿Y bien? Lo justo es justo, Peabody.

—Oh, ciertamente, Emerson. Pero no tengo nada con que contribuir. Sólo el hecho que Kalenischeff se ha marchado, lo que deduje por la ausencia de su equipaje.

—¿Nada sospechoso entre los efectos personales de Morgan?

—Nada de nada.

La decepción alargó la cara de Emerson.

—Ah, me temía que fuera demasiado bueno para ser cierto. Ha hecho pocos progresos en sus excavaciones. Ninguna señal de la cámara mortuoria y todas las tumbas privadas cercanas han sido robadas... despojadas de todo, incluso de las momias.

—En realidad nunca sospeché de él, Emerson.

—Ni yo, Peabody.

Cuando llegamos a Mazghunah nos encontramos con que el trabajo se había detenido. El pasadizo estaba en tal mal estado que no podría ser despejado. Mohammed se había librado por los pelos de ser sepultado vivo cuando las paredes hechas pedazos se derrumbaron, y después de que hubiera examinado la situación, Emerson alabó a Abdullah por su sentido común al detener más intentos.

—Me temí desde el principio que esto resultaría así —me dijo—. Tendremos que limpiar el área por completo y llegar a las cámaras de la estructura subterránea desde arriba. La estructura superior ha desaparecido por completo, excepto por esa pequeña obra de

mampostería del lado norte. Aparentemente los pasadizos subterráneos se han derrumbado, tú viste cómo se ha hundido la tierra de arriba.

—Estoy segura de que tienes razón, Emerson.

—Mis más sinceras disculpas, Peabody. Sé cómo te encanta gatear sobre tus manos y rodillas a través de los oscuros y sofocantes túneles, pero en este caso...

—Mi querido Emerson, no es culpa tuya que la pirámide esté en mal estado. No debemos arriesgar a nuestros hombres en una tarea desesperada.

Mi tono alegre no engañó a mi marido, pero mantuve la sonrisa en mi cara hasta que me dejó. Sólo entonces permití que mi semblante reflejara la decepción que llenaba mi corazón. Me había resignado a un hoyo hundido en lugar de una pirámide de altura imponente, pero había tenido la esperanza de una estructura subterránea. En algunas pirámides la cámara mortuoria y los pasadizos que conducen a ella fueron construidos en la pirámide misma. Las cámaras internas de otras fueron cavadas total o parcialmente en la roca de la meseta en la que la pirámide descansaba. La nuestra era una de este último tipo, pero ahora mis sueños de explorar su misterioso interior habían acabado.

Ramses escuchó las trágicas noticias con su acostumbrada expresión de ecuanimidad, comentando únicamente:

—Supuze algo azí cuando la pared cayó zobre Mohammed. —Había comenzado a creer que él podría haber heredado mi entusiasmo por las pirámides, pero esta reacción flemática lanzó serias dudas sobre tal hipótesis. No se unió a nosotros cuando regresamos a trabajar después de un almuerzo apresurado.

A primera hora de la tarde los hombres llegaron hasta una porción de pared de más de un metro de grosor. Deduciendo que esto era de la pared del cercado de la pirámide, y que su contorno definía la extensión de los cimientos de la pirámide, Emerson puso al equipo a trabajar rastreando sus cuatro lados. Podía ver que se requerían varias semanas para despejar el cercado por completo, porque la arena suelta chorreaba de vuelta a las zanjas casi con tanta rapidez como era excavada.

Ramses se fue a su cuarto inmediatamente después de la cena, mientras Emerson y yo volvíamos a las tareas burocráticas y de

registro, que son una parte necesaria aunque aburrida de cualquier expedición arqueológica. Al día siguiente era día de paga, con la ayuda de John, Emerson empezó a calcular los sueldos de los hombres, el cual variaba según las horas que cada uno había dedicado, el tipo de trabajo y las recompensas entregadas por los objetos encontrados. Nuestras tardes habían sido tan animadas, con robos e investigaciones detectivescas, que pasar una tranquila fue un anticlímax. Me encontré bostezando sobre mi trabajo y estaba a punto de sugerir que nos retiráramos temprano cuando oí voces fuera.

Una era la voz de nuestro leal Abdullah, que se elevaba en un desafío categórico. La otra era más suave, no podía distinguir las palabras que decían. Después de un momento Abdullah golpeó en la puerta.

—Un hombre ha traído esto, Sitt —dijo él, entregándome un papel doblado.

—¿Qué hombre?

Abdullah se encogió de hombros.

—Uno de los infieles.

—Gracias, amigo mío.

Abdullah hizo una reverencia y se retiró.

—Bien, Peabody, ¿qué es eso? —preguntó Emerson, añadiendo una página ya finalizada a la pila de hojas.

—Parece ser una nota. Está dirigida a mí. No reconozco la escritura, pero creo que puedo adivinar...

—Déjate de adivinanzas y ábrela —dijo Emerson impacientemente.

Me despojé de la extraña aprensión que me había agarrado. Nunca antes había tenido una sensación tan fuerte de maldad, de alguna sombra monstruosa esperando en la oscuridad con los colmillos desnudos. ¡Y todo por una hoja de papel doblada!

Algo en mi expresión mientras leía alertó a los demás. Emerson arrojó la pluma y se levantó. John se quedó sentado mirando, silencioso y expectante.

—Es de Charity —dije—. Tu advertencia no fue en vano después de todo, Emerson. Ella pide nuestra ayuda.

—¿Cuándo?

—Ahora. Esta misma noche.

John se puso en pie de golpe.

—¿Qu'a pasao? —gritó, retorciéndose las manos—. ¿Dónde está ella? ¿Está en peligro?

—Vamos, John, cálmate. Ella no está en ningún peligro inmediato. Nos pide que nos encontremos con ella... —Me refrené. La mirada de John y sus mejillas pálidas daban fe de la profundidad de su preocupación. No le quería corriendo hacia la misión para rescatar a su dama, ya había mostrado una desafortunada propensión a los rescates innecesarios. Dije—: Ve a tu cuarto, John.

—No puedes hablarle como si fuera Ramses —dijo Emerson—. Hablando de Ramses...

—Sí, claro. Te entiendo, Emerson. John, te aseguro que no hay necesidad de alarmarse. Nos encontraremos con la señorita y escucharemos su historia. Si en nuestra opinión hay la más leve causa de preocupación en lo que se refiere a su seguridad, la traeremos aquí.

—Volverá de inmediato y me dirá qu'a pasao, señora —rogó John.

—Por supuesto. Ahora vete.

John se fue, arrastrando los pies y volviendo la mirada atrás. Le di a Emerson la nota.

—A medianoche —masculló Emerson—. ¿Por qué todo el mundo que tiene problemas escoge la medianoche? Es una hora condenadamente inconveniente, demasiado temprano para conseguir dormir algo antes y demasiado tarde para...

—Sssh. No quiero que alguien oiga algo por casualidad. Especialmente Ramses.

—Ella no parece tener ninguna sensación de peligro inminente —dijo Emerson, continuando con la lectura—. Pero obviamente está preocupada. ¿Qué supones que es esa "cosa terrible" que ha descubierto?

—Tengo una idea, creo.

—Oh sí, yo también. Sólo me preguntaba si ella había descubierto lo que ya sé.

Faltaba una hora hasta el momento de la cita. La utilizamos para meter en la cama a Ramses. Estaba de un estado de ánimo irritante, inventando una distracción tras otra para retenernos.

—He dezcifrado el texto copto, mamá —fue su esfuerzo final—.

¿Quierez zaber qué dice?

—Ahora no, Ramses. Mañana.

—Ez muy interezante, mamá. Hay una mención en el fragmento máz pequeño al hijo de...

—El Hijo de Dios es uno de los apelativos de Jesús —expliqué—. Tu adoctrinamiento religioso ha sido tristemente descuidado, Ramses. Es una omisión que pretendo remediar, a pesar de las opiniones de tu querido padre sobre el tema, un caballero inglés debería estar familiarizado con los rudimentos, al menos, de la doctrina anglicana. Vamos, a la cama, ahora.

—Sí, mamá. El evangelio de Santo Tomás...

—Eso es justo lo que quiero decir, Ramses. No hay evangelio de Santo... Tomás. Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Hay una bonita oración que comienza con los nombres de los Evangelistas, te la enseñaré. Pero no ahora. Buenas noches, hijo mío.

—Buenaz nochez, mamá —dijo Ramses resignadamente.

El tiempo restante pasó muy lentamente. Sentía una intensa curiosidad por oír lo que diría Charity. Finalmente Emerson decidió que deberíamos salir. Abdullah se había quedado dormido, pero se despertó instantáneamente cuando abrimos la puerta. Emerson explicó que íbamos a dar un paseo y que estaríamos de regreso antes de que pasara mucho tiempo.

—Me pregunto por qué escogió ella un lugar tan remoto —dijo, cuando nos pusimos en camino a través de las arenas iluminadas por la luna.

—Difícilmente podía citarse con nosotros en el pueblo, Emerson. Y sabe que hemos estado trabajando en la pirámide.

Mi corazón palpitaba con rapidez mientras nos aproximábamos al área hundida. Las zanjas de nuestras excavaciones lanzaban sombras oscuras contra la tierra pálida. Al principio no hubo señales de ninguna forma viva. Luego algo se movió. Atrapé el brazo de Emerson.

—¡Es ella! Conocería esa silueta en cualquier parte, especialmente esa horrible cofia.

Por un instante ella se quedó inmóvil como una negra silueta de papel, delgada y sin rasgos sobresalientes. Un brazo se levantó. La forma oscura se alejó deslizándose silenciosamente.

—Nos hace señas de que la sigamos —exclamé.

—Ya lo veo.

—¿Dónde diablos va?

—Sin duda lo explicará cuando la alcancemos.

Emerson aceleró el paso. Tuve que trotar para mantener el mismo paso que él, pero la distancia entre nosotros y la forma delgada de delante nunca disminuyó.

—Maldita sea —dijo Emerson—. Esto es ridículo, Amelia. ¿Va a correr hasta Dahshoor? Le daré una voz.

—¡No, no hagas eso! Incluso una voz llega muy lejos aquí, un grito despertaría a todo el mundo en un kilómetro alrededor.

—Bien, maldita sea, ya hemos caminando durante un kilómetro.

—Difícilmente, Emerson.

Continuamos un rato en silencio. Comencé a compartir la molestia de Emerson y todavía había algo extraño en esa búsqueda silenciosa a través de las tranquilas arenas. A veces retirándose e incluso alguna vez llamándonos por señas para que avanzáramos, la figura de delante no parecía una mujer viva sino el símbolo de un destino misterioso.

—¿Ha podido confundirnos con alguien más? —Jadeé.

—Imposible. La noche es tan brillante como el día y nosotros tenemos, si se me permite decirlo, un apariencia bastante característica. Especialmente tú, con esos calzones.

—No son calzones. Son pantalones turcos.

—Y haces tanto ruido como una banda de música alemana.

—Uno nunca sabe... cuándo necesitará...

—Ahorra saliva, Peabody. Ah, allí, ella ha girado hacia el este, hacia el cultivo.

Una palmera solitaria, un gigante en su género, había invadido el borde del seco desierto. La delgada sombra desapareció en su penumbra. Emerson comenzó a trotar y yo a correr.

Ella estaba allí. Nos esperaba. Su cabeza giró.

Entonces, de la misma tierra, o así lo pareció, emergieron tres formas fantasmales. Apenas visibles contra la oscuridad, se movieron con la velocidad y la ferocidad de los afreets a los que se asemejaban. Mi mano fue a mi cinturón... ¡demasiado tarde! Estaban sobre nosotros. Oí el grito de Emerson y el golpe de su puño sobre la carne. Unas manos ásperas me agarraron, fui arrojada al suelo.

Capítulo 10

¡La excesivamente dulce y sumisa Charity era en realidad el Maestro Criminal, la señora de viciosos matones! No proseguí con mis reflexiones sobre el caso, debido a que otras consideraciones se impusieron: primero, un gran pie plantado en mi pequeña espalda me mantenía postrada mientras me ataban las manos, me amordazaban y rápidamente me amarraban con cuerdas. Aún más molesto que la incomodidad física era mi aprehensión por Emerson. Ya no llegaban a mis oídos sonidos de queja y lucha. Los sinvergüenzas debían haberlo dejado inconsciente o algo peor... pero no, no podía, no iba a solazarme con esos pensamientos espantosos.

Uno de los bandidos me levantó y me arrojó sobre su hombro. El musculoso brazo que sostenía mis miembros inferiores me advirtió de la inutilidad de intentar escapar, así que redoblé mis esfuerzos en torcer mi cuello lo suficiente para conseguir echar un vistazo a Emerson. Cuando mi captor atravesó la arena, finalmente fui recompensada por este esfuerzo, pero lo que vi estuvo lejos de tranquilizarme. Cerca un par de pies desnudos y con una harapienta túnica nos seguía. No podía ver más que eso del segundo bandido, debido a mi postura poco convencional, pero detrás de los pies, una floja y laxa mano se arrastraba por la arena. Lo llevaban a cuestas. Con seguridad esto quería decir que mi querido Emerson aún vivía. Me aferré a ese pensamiento procurando discernir alguna señal de animación, aunque débil, en el miembro.

No pude ver más. La incomodidad de los estirados músculos del cuello me obligó a relajarme. Esto hizo que mi rostro estuviera muy cerca de la sucia túnica que cubría el cuerpo de mi captor, y fui

consciente de un extraño hedor, incluso más desagradable que el de la carne sin lavar. Conocía ese olor. Era el inequívoco hedor a desechos de murciélago.

Podía ver una pequeña extensión del suelo del desierto, pero no soy una arqueóloga entrenada por nada, la naturaleza de los escombros que al poco pulularon en la superficie me dijo mi posición. Nos acercábamos a la Pirámide Negra. Mi secuestrador hizo un alto ante un agujero abierto en la tierra. Si no hubiera estado incapacitada para hablar habría gritado: "Buen Dios" o algo igualmente indicativo de sorpresa, ya que ese agujero no estaba antes. No me gustó su aspecto. Reanudé mi lucha. El desgraciado reaccionó dejándome caer en el suelo. Emerson yacía junto a mí. Sus ojos estaban cerrados, pero se veía completamente tranquilo. Lo más maravilloso era el subir y bajar de su fuerte pecho. ¡Vivía! ¡Gracias al cielo, vivía!

Pero, ¿por cuánto tiempo? Esta desagradable pregunta se presentó de manera inevitable y los hechos venideros hicieron que la respuesta fuera altamente incierta. El hombre que me había llevado me cogió por el cuello y caminó hacia el agujero, arrastrándome tras él.

No era el hoyo de una sepultura, sino una estructura considerablemente más extensa. Una desesperada conjetura surgió y se reforzó mientras nos adentrábamos en la oscuridad. Deduje la presencia de un tramo de escaleras que conducía hacia abajo, por la impresión que causaron en mi impotente forma. En la parte baja de la escalera mi captor se detuvo para encender una antorcha, luego continuamos, más rápido que antes, y de la misma forma. Para ser justa con el tipejo que me trasportaba de una manera tan incómoda debo confesar que él tenía poca opción, el techo del pasadizo era tan bajo que tenía que agacharse y habría sido imposible que me cargara.

Los ladrones habían descubierto la entrada a las cámaras interiores de la pirámide, ésa que Morgan había buscado en vano. Una emoción de puro fervor arqueológico venció mi angustia mental y física. Sin embargo, pronto se desvaneció ya que incluso una amante de las pirámides no puede disfrutar de estar en una, cuando se encuentra en la posición que en ese entonces ocupaba, con el cuello de mi vestido asfixiándome y las piedras del suelo

magullando la parte baja de mi espalda. Pronto tuve otra incómoda prioridad. El suelo del pasadizo poseía una gruesa capa de arena y de excrementos de murciélago. Éste se elevaba en una nube de polvo mientras avanzábamos, y estando tan cerca al suelo, me encontré que cada vez era más difícil respirar.

La antorcha sostenida por mi secuestrador daba poca luz. Un punto centellante detrás de nosotros indicaba la presencia de los demás. ¿Aún llevaban con ellos a mi esposo inconsciente o habían arrojado su cadáver en una tumba vacía?

Los excrementos de murciélago descompuestos no son exactamente tóxicos, pero no pueden ser aspirados por mucho tiempo sin efectos adversos. Mi cabeza comenzó a dar vueltas. Apenas era consciente de ser alzada y arrastrada, o acarreada, por una escala de madera. Esto ocurrió varias veces, y en verdad creo que así fue pero para esos intervalos ya había sido vencida por el efluvio de los excrementos de los mamíferos voladores. Había perdido todo sentido de la orientación, a pesar de mis esfuerzos por realizar un mapa mental del camino que seguíamos. Los callejones formaban un verdadero laberinto, diseñado para aturdir a los ladrones de tumbas en cuanto a la posición de la cámara funeraria del rey. Éste tuvo éxito en confundirme, por lo menos, pero en mi defensa debo decir que mi posición no favorecía el pensamiento coherente.

Finalmente el villano se detuvo. Mis ojos lagrimeaban por la irritación del polvoriento estiércol. El hombre se inclinó sobre mí. No quise que pensara que lloraba de miedo o debilidad, así que contuve las lágrimas con un parpadeo y fruncí el ceño, que era la única expresión de desaprobación disponible para mí en ese momento. Una desagradable sonrisa se extendió sobre su cara, la cual brillaba como caoba engrasada a la débil luz. Sostenía la antorcha en una mano. En la otra mano tenía un largo cuchillo, afilado como una navaja. La luz corría en tenues rayos a lo largo de la hoja.

Dos rápidas cuchilladas y un agudo empellón... y fui derribada... intenté gritar... caí, indefensa y ciega, en la impenetrable oscuridad.

Una persona que ha sido secuestrada, amarrada y amordazada, sofocada y empujada en un agujero aparentemente sin fondo en el corazón de una pirámide inexplorada es una tonta si no tiene

miedo. No soy una tonta. Estaba aterrorizada. En la oscuridad de Estigia, el hoyo parecía una cima de infinitas profundidades donde los monstruos de los abismos esperaban devorar los cuerpos y las almas de los muertos. Una parte de mi cerebro paralizado comprendía mejor la situación, por supuesto, pero aquella parte era bien consciente de que el fondo del agujero indudablemente estaba adoquinado con piedra, contra la cual mis huesos se romperían en astillas.

Ahora creo las historias de los que afirman haber revivido todas su vida en el espacio de unos segundos, esos pensamientos y otros que me pasaron por la mente antes de que alcanzara el fondo del hoyo no merecen una descripción más detallada. Para mi asombro encontré que estaba cubierto de agua. Bajo el agua había barro y bajo el barro, piedra. La presencia del agua y barro amortiguó mi caída, aunque fue lo suficientemente violenta para magullarme y robarme el aire. No fue hasta que realicé instintivos movimientos de nadar que me di cuenta que mis miembros habían sido liberados. Nadar fue innecesario, el agua y el lodo subyacente apenas llegaban al metro de altura. Después de triunfar en mi intento de ponerme en pie, mi primer acto fue arrancar la mordaza de mi boca. Estaba llena de agua y sabía asquerosa, pero había impedido que tragara el repugnante líquido.

Al poco de ganar una posición erguida fui devuelta al agua por el impacto de un objeto pesado que por poco cayó sobre mí y envió una fuente de salpicaduras en el aire. Sin vacilar un instante caí sobre manos y rodillas y comencé a palpar. Al tantear mis manos encontraron una sustancia que se sentía como la piel de un animal ahogado, resbaladizo por el lodo y el agua, pero conocía la sensación de éste, mojado o seco, fangoso o cenagoso, y agradeciendo al cielo la gruesa y sana caballera de Emerson, enrosqué ambas manos en esta y saqué su cabeza del agua. Un coro angelical no parecería más dulce que el bombardeo de maldiciones que me dijo que Emerson estaba vivo y consciente. Probablemente el agua en su rostro lo había despertado.

Su primer acto, después de escupir el barro que había llenado su boca, fue dirigir un puñetazo a mi mandíbula. Había esperado esto, así que fui capaz de evitarlo, anunciando mi identidad con la voz más fuerte posible.

—¡Peabody! —borbotó Emerson—. ¿Eres tú? ¡Gracias a Dios! Pero, ¿dónde diablos estamos?

—Dentro de la Pirámide Negra, Emerson. O mejor dicho, bajo ella, aunque fui vencida por el efluvio de los murciélagos y otras molestias físicas, estoy segura que la dirección general del pasadizo...

Durante mi respuesta Emerson había localizado mi rostro al tacto, acabó con mi discurso ubicando su boca firmemente contra la mía. Sabía repugnante, pero no me opuse.

Finalmente Emerson dejó de besarme y comentó:

—Bien, Peabody, estamos en un bonito apuro. La última cosa que recuerdo es una explosión en algún sitio en la base de mi cráneo. Supongo que no tuviste la misma experiencia, ¿o es que meramente expones una de tus fantásticas hipótesis cuando afirmas que estamos dentro de la pirámide? Nunca he estado en una que fuera tan húmeda como esta.

—Me amordazaron y amarraron, pero no me dejaron inconsciente. ¡Emerson, encontraron la entrada! No está al lado norte, donde Morgan busca, sino a ras de tierra cerca de la esquina sudoeste. No me extraña que no pudiera encontrarla. —Un crítico carraspeo desde la oscuridad junto a mí me recordó que había cambiado de tema, así que continué—: Sospecho que estamos en la misma cámara de enterramiento. Esta pirámide se encuentra cerca de los sembradíos, si lo recuerdas, la última inundación debe haber anegado las secciones inferiores.

—No comprendo el plan —dijo Emerson, su voz era casi normal —. ¿Por qué no nos asesinaron? Tú, supongo, puedes encontrar la salida.

—Lo espero, Emerson. Pero este es un confuso laberinto de pirámide, si me permites decirlo. Y no estaba en mis mejores condiciones. El secuestrador me arrastró la mayor parte del camino y mi cuerpo... err... siguió chocando con las piedras, y...

—Grrr —dijo Emerson ferozmente—. ¿Te arrastraron, dices? ¡Villano! Tendré su hígado cuando lo atrape. No importa, Peabody, yo te arrastraría por cualquier pirámide jamás construida.

—Gracias, mi querido Emerson —contesté con emoción considerable—. Primero, sin embargo, debemos echar una mirada a nuestro alrededor.

—No veo como vamos a solucionar esto, Peabody. A menos que puedas ver en la oscuridad, como Bastet.

—Según Ramses, ese es un mito popular. Incluso los gatos requieren una pequeña cantidad de luz para ver y esta oscuridad es casi palpable. Espera, Emerson, no vayas por allí, haré una luz.

—Todo esa golpeteo ha debilitado el ingenio de mi pobre queridita —refunfuñó Emerson para sí mismo—. Peabody, no puedes...

La diminuta llama de la cerilla reflejó imágenes dobles ante los ojos bien abiertos de su esposo.

—Sostén la caja —instruí—. Necesito ambas manos para la vela. Así. Esto es mejor, ¿no es así?

De pie en el agua fangosa hasta las caderas, un moretón le desfiguraba una ceja y otra, probablemente, se elevaba por su cuero cabelludo, sin embargo Emerson me dirigía una amplia y alegre sonrisa.

—Nunca jamás me burlaré de tu cinturón lleno de herramientas, Peabody.

—Me alegra comprobar que no fue exagerada la afirmación del fabricante sobre la impermeabilidad de la caja de estaño. No debemos malgastar nuestras preciosas cerillas, cierra la caja con cuidado, por favor, y guárdala en el bolsillo de tu camisa.

Emerson así lo hizo. Y así tuvimos la oportunidad de observar nuestro entorno.

La llamita de nuestra vela casi era vencida por la enorme penumbra de la cámara. Ésta sólo iluminaba nuestros rostros demudados y húmedas cabelleras goteantes. En el límite más apartado del brillante círculo surgía un objeto, de modo que apenas se podía distinguir, elevándose como una isla entre la superficie acuosa. Hacia éste nos dirigimos.

—Es el sarcófago real —dijo Emerson innecesariamente—. Y está abierto. Maldición, no somos los primeros en encontrar el lugar de descanso final del faraón, Peabody.

—La cubierta debe estar sobre el... oh, querido..., sí, esto es. La punta de mi pie acaba de topar con ella.

Los lados de granito rojo del sarcófago eran tan altos como la cabeza de Emerson. Agarrándome por la cintura, me levantó para que pudiera posarme en un saliente parecido a una repisa; tenía

aproximadamente treinta centímetros de espesor y se convirtió en un amplio pero incómodo asiento.

—Déjame sostener la vela —dijo él—. Recorreré las paredes.

Se dirigió al lado más cercano de la cámara haciendo salpicar el agua. Los muros brillaron tan suavemente con la luz de la vela como si hubieran sido cortados de un único bloque de piedra. Mi corazón se hundió ante la vista de la superficie ininterrumpida, pero hablé con voz firme cuando llamé a Emerson:

—Sostén la vela más alta, querido, sentí una considerable distancia antes de golpear el agua.

—Sin duda te pareció más larga de lo que era —contestó Emerson, pero obedeció mi sugerencia. Había inspeccionado dos de las paredes y estaba a medio camino de la tercera antes de que una sombra más oscura fuera visible por encima del brillo de la luz. Emerson sostuvo la vela encima de su cabeza.

Se quedó quieto como una estatua, a la que se parecía bajo la débil luz. Sus ropas mojadas moldeaban su musculoso cuerpo y la luz de la vela resaltaba los músculos y tendones de su antebrazo perfilándolo en las sombras. Esa imagen quedó impresa en mi cerebro, la solemne grandeza de su postura, la fúnebre penumbra de los alrededores y el conocimiento de que la apertura del pozo que era nuestra única esperanza de escape estaba fuera de nuestro alcance. Emerson mide un metro ochenta, yo un metro cincuenta y cinco. El agujero estaba a unos buenos cinco metros del suelo.

Emerson sabía la verdad al igual que yo. Pasó varios segundos antes de que bajara el brazo y regresara junto a mí.

—Calculo cuatro metros y medio —dijo él tranquilamente—. Con mayor precisión cinco.

—Un metro cincuenta y cinco centímetros y un metro ochenta... añade la longitud de tus brazos.

—Y resta la distancia de la cima de mi cabeza hasta mis hombros... —a pesar de la gravedad de la situación me eché a reír, los cálculos parecían tan absurdos.

Emerson se unió a mí, los ecos de su cordial alegría rebotaron fantasmalmente por la cámara.

—Podemos intentarlo, Peabody.

Habíamos omitido deducir la distancia de la cima de su cabeza a sus hombros. Cuando estuve de pie sobre estos, las yemas de mis

dedos estaban un metro debajo del borde de la apertura. Se lo conté a Emerson.

—Umm —dijo él pensativamente—. ¿En caso de que subieras sobre mi cabeza?

—Eso sólo nos daría otros treinta o treinta y cinco centímetros, Emerson. No es suficiente.

Sus manos se cerraron sobre mis tobillos.

—Te levantaré sobre la longitud de mis brazos, Peabody. ¿Puedes mantener las rodillas rígidas y mantener tu equilibrio apoyándote contra la pared?

—Con seguridad, mi querido. Cuando era niña mi ambición más alta era ser acróbata de feria. ¿Estás seguro que podrás hacerlo?

—Eres una mera pluma, mi querida Peabody. Y si tú puedes ser una acróbata, yo puedo aspirar a la posición del fortachón del circo. Quién sabe, si alguna vez nos cansamos de la arqueología podemos cambiar de oficio.

—Despacio, por favor, querido.

—Por supuesto, Peabody.

Creo que he tenido la ocasión de mencionar el impresionante desarrollo muscular de Emerson, pero nunca antes me di cuenta del total grado de su fuerza. Un grito ahogado escapó de mis labios cuando sentí el aire bajo las suelas de mis botas, pero mi agitación inicial fue rápidamente reemplazada por una emoción de puro entusiasmo. Oí a Emerson tomar aire y creí que casi podía oír el crujir de sus músculos. Lentamente me elevé más alto. Esto se parecía a volar... una de las experiencias más interesantes que he tenido jamás.

Temía echar la cabeza hacia atrás a fin de alzar la vista, el movimiento más leve podría destruir el precario equilibrio que Emerson y yo manteníamos entre nosotros. Cuando el movimiento ascendente finalmente cesó, no había nada bajo mis manos extendidas excepto la misma piedra fría y lisa. Emerson soltó a un inquisidor gruñido. Alcé la vista.

—Siete centímetros, Emerson. Puedes...

—Puf —dijo Emerson decididamente.

—Bájame, entonces. Tendremos que pensar en algo más.

Bajar fue mucho menos agradable que el ascenso. No sólo era el conocimiento del fracaso lo que debilitó mis rodillas, era el siniestro

temblor de los brazos que me soportaban. Cuando mis pies una vez más encontraron el seguro equilibrio de los fornidos hombros de mi heroico esposo me apoyé contra la pared y exhalé profundamente. Apenas lo hice así, una de las manos de Emerson perdió su apretón y temí que ambos fuéramos a caer hacia atrás.

—Lo siento, Peabody —dijo él, tomando un firme agarre—. Calambre.

—Pequeña sorpresa, mi querido Emerson. No te molestes en bajarme, me dejaré caer poco a poco.

De alguna manera encontró la fuerza suficiente para reír.

—Jugaré a San Christopher y te llevaré al sarcófago. Siéntate en mis hombros.

Después de que me devolviera a mi asiento se impulsó junto a mí. Nos sentamos lado a lado, nuestros pies colgaban hasta que Emerson recuperó el resuello.

—¿Aún tienes la caja de fósforos, Emerson? —pregunté.

—Puedes estar segura que la tengo, Peabody. En este momento esta pequeña caja de estaño es más preciosa para nosotros que el oro.

—Déjame que la guarde y la aseguraré en el bolsillo de mi camisa. Después, si estás de acuerdo, apagaré la vela. Es la única que tengo, ya ves.

Él asintió, su rostro quedó en penumbras. La oscuridad nos envolvió, pero no me importó, el brazo de Emerson me rodeó y mi cabeza descansó en su hombro. Durante algún tiempo no hablamos. Entonces una voz sepulcral comentó:

—Moriremos en los brazos del otro, Peabody.

Parecía que encontraba consolador ese pensamiento.

—Tonterías, mi querido Emerson —hablé enérgicamente—. No abandones la esperanza. Aún no hemos empezado a luchar, como uno de nuestros héroes afirmó.

—Creo que era un héroe americano quien lo dijo, Peabody.

—Irrelevante, mi querido Emerson. Es el sentido del valor lo que quiero evocar.

—Pero cuando muera, Peabody, me gustaría que fuera como te he mencionado.

—Y yo, mi queridísimo Emerson. Pero no tengo ninguna intención de morir en mucho tiempo. Concentremos nuestra

materia gris en el problema y veremos si podemos pensar en una solución

—Siempre está la posibilidad del rescate —dijo Emerson.

—No necesitas intentar levantarme el ánimo con falsas esperanzas, Emerson. Para estar segura, me pregunto por qué nuestros secuestradores nos trajeron aquí en vez de asesinarnos de una vez por todas, pero ellos sabían que nuestras oportunidades de escape eran nulas. No regresarán. En cuanto al rescate de alguien más... según sé, ningún arqueólogo ha tenido éxito en localizar la entrada. Los bandidos habrán rellenado el agujero que cavaron, ¿en verdad crees que Morgan podrá encontrarlo? No tiene ninguna razón para buscar, incluso después de que nuestra desaparición sea descubierta, nadie pensará en buscarnos aquí.

—De Morgan es la persona menos probable para encontrar la entrada a una pirámide —concordó Emerson. Añadió—: Peabody, te adoro y hablaba en serio cuando afirmé que no me opondría a morir en tus brazos, pero tienes un hábito de moverte sin pensar, lo cual es particularmente irritante en momentos como éste.

Mi querido Emerson intentaba animarme con ese comentario burlón, le di un apretón cariñoso para decirle que entendía.

—Esto es como es —dije—, no debemos depender de ayuda exterior. Lo que necesitamos es algo sobre lo que estar de pie. Meros siete centímetros no nos derrotaran, Emerson.

—No podemos mover el sarcófago. Debe pesar media tonelada.

—Más, me imagino. Y la tapa pesa cientos de kilos. Pero pueden haber otros objetos en la cámara, escondidos bajo el barro. Un cofre canópico

[16] de alabastro o una caja de cosméticos, algo hecho de piedra. Los objetos de madera estarán podridos por el tiempo y la inmersión.

—Echaremos un vistazo —estuvo de acuerdo Emerson—. Pero primero averigüemos si existe otra posibilidad.

—¿Otra entrada, por ejemplo? Es algo que debemos investigar. Una lástima que el techo sea tan alto. Será difícil ver una fisura o grieta, con sólo una vela para iluminar.

—Por lo menos, sabemos que no hay ninguna apertura al nivel del suelo. Si ese fuera el caso, el agua se habría drenado.

El silencio se propagó, mientras nos concentrábamos en el

problema. De repente Emerson se rió entre dientes.

—Esto hará que Petrie se quede bizco —dijo él vulgarmente—. Se enfrentó a algo similar en Hawara, si recuerdas. Sabes cómo se jacta sin resuello de haber limpiado la cámara de la pirámide chapoteando bajo el agua y tanteando los objetos sistemáticamente con los pies desnudos.

—Encontró varios objetos de primera calidad —dije—. El altar alabastrino de la princesa Ptahneferu...

—Algo de esa naturaleza sería un taburete admirable sobre el que estar de pie.

—Los platos alabastrinos y los platos hondos... sólo piensa, Emerson, lo que podríamos encontrar aquí.

—No dejes que la fiebre arqueológica te embargue, Peabody. Incluso si... incluso si salimos de aquí, no tendremos el derecho de excavar. Es la pirámide de Morgan, no la nuestra.

—No podrá objetar nada si descubrimos algo buscando un medio de escape. ¿Ese es nuestro objetivo principal, no es así... escapar?

—Ah, cierto —acordó Emerson.

—Temo que los implementos de escritura en mi cinturón hayan sido inutilizados por el agua. Sin embargo, mi regla de bolsillo es funcional, tendremos que hacer notas mentales de la posición de los objetos que encontremos. No debería ser difícil.

—Eres una mujer extraordinaria, Peabody. Pocos individuos, hombres o mujeres, podrían pensar en antigüedades mientras están involucrados en una lucha por la supervivencia.

—Tu aprobación me complace más de lo que puedo expresar, Emerson. ¿Puedo devolver el elogio?

—Gracias, mi querida Peabody. Volveremos a ese tema después... cuando, espero... nos encontremos en ambientes más salubres. Ahora, antes de que enciendas la vela, asegurémonos de que tenemos clara en la mente nuestra estrategia.

Estuve a punto de replicar cuando vi algo que me hizo preguntarme si mi cerebro no comenzaba a desvariar. Era apenas un débil atisbo de luz, pero en esa húmeda y espesa oscuridad parecía que se apretujaba contra los globos oculares, incluso un fenómeno natural lleva a suposiciones siniestras. El pálido brillo se reforzó. Este provenía de lo alto del muro... desde la apertura del

pasillo. Pellizqué a Emerson.

—Mira —siseé.

—Lo veo —contestó él en un tono igualmente apagado—. Rápido, Peabody, baja al agua.

Él se deslizó por el sarcófago. Con su ayuda lo seguí.

—¿Crees que sean los bandidos regresando? —resoplé.

—No puede ser nadie más. Escóndete detrás del sarcófago, Peabody. Mantente fuera de la vista y no hagas ningún ruido.

Oí el suave susurrar del agua cuando él caminó lentamente alejándose de mí. No había ninguna necesidad de que me explicara nada, mi querido Emerson y yo nos entendemos sin palabras. Los criminales habían regresado para asegurarse de que estábamos muertos, o burlarse de nosotros en nuestra agonía; si no veían ningún rastro nuestro, podrían verse obligados a bajar, a fin de buscar nuestros cuerpos. Había una leve esperanza de escapar, si bajaban una cuerda o una escala y Emerson pudiera agarrarlo. Me puse en cuclillas detrás del refugio de la gran caja de piedra, dispuesta y preparada para cualquier acción que surgiera.

La apertura era ahora de un brillante amarillo. Algo se perfiló contra la luz. No podía ver a Emerson, pero sabía que estaba agazapado contra la pared, bajo el pozo. Mis dedos se cerraron alrededor del mango de mi cuchillo.

Entonces ocurrió el suceso más sorprendente de esta ilusoria noche. Una voz habló, una voz que conocía, una que pronunció un nombre que sólo un individuo en el mundo entero emplea para mí. Tan grande fue mi asombro que me puse de pie, dándome un doloroso golpe en la cabeza contra el borde del sarcófago, y en ese mismo instante, mientras trastabillaba e intentaba reunir mi ingenio, la luz se esfumó, una voz gritó con alarma y horror, y algo se estrelló pesadamente en el agua no muy lejos.

Mi impulso inicial fue hacer algo. Pero la razón prevaleció, como espero que siempre haga en mí. Supe por los sonidos de chapoteo, maldiciones y respiración entrecortada que Emerson hacía todo lo que podía para localizar el objeto caído, mi intervención sólo impediría su búsqueda. Por lo tanto, mi primer acto fue encender una cerilla y encender la vela, que aseguré con cuidado en una base de su propia cera en el amplio borde del sarcófago. Entonces y sólo entonces me giré para ver si la búsqueda

de Emerson había tenido éxito.

Mi esposo se elevaba del agua. En sus brazos estaba un chorreante objeto fangoso. Éste se movió, vivía. Busqué las palabras apropiadas.

—Ramses —dije—. Creí haberte dicho que nunca más debías entrar en las pirámides.

Capítulo 11

—Dijizte que podía entrar en ellas zi tú y papá veníaiz comigo —dijo Ramses.

—Así lo hice. Tu razonamiento es Jesuítico, Ramses; veo que deberemos tener una seria conversación un día de estos. Sin embargo... —Me detuve. ¿Ramses había enfatizado, muy ligeramente, la preposición "en"? Como expliqué antes, las cámaras y pasadizos de las pirámides en algunas ocasiones son internos y en otras subterráneas. Con seguridad ni siquiera la diabólica y taimada mente de Ramses sería capaz de una distinción tan maquiavélica... me prometí explorar esta sospecha en una oportunidad más apropiada.

—Sin embargo —continué—, aprecio tus motivos, Ramses, y... Emerson, ¿por favor podrías soltar al chico y dejar de balbucear?

Emerson interrumpió sus masculladas carantoñas.

—No puedo soltarlo, Peabody. Su boca estaría bajo el nivel del agua.

—Cierto. Tráelo aquí, entonces. Puede sentarse en el sarcófago.

Mantuve una mano previsora en la vela mientras Ramses era dejado junto a ella. Él era un espectáculo terrible. Una capa de barro oscuro le cubría de pies a cabeza. Pero lo he visto con un aspecto mucho peor, y los ojos brillantes que me miraban detenidamente desde la máscara de lodo eran conscientes y estables.

—Como te decía, Ramses, aprecio tus motivos al venir en nuestro rescate, ya que supongo que esa era tu intención. Pero debo indicar que saltar al pozo con nosotros no fue de mucha ayuda.

—No brinqué, mamá, rezbalé. Traje una cuerda, penzzé que

había algún punto de zujeción en el pazadizo por lo que creí que zería capaz de...

—Sigo tu razonamiento, Ramses. Pero si la cuerda está, como supongo, aquí abajo contigo, no nos será muy útil.

—Eza fue una desgracia inoportuna —confesó Ramses.

—Mi muchacho, mi muchacho —dijo Emerson tristemente—. Me consolaba con la idea de que continuarías el nombre de los Emerson para la gloria y el avance de la ciencia. Ahora todos falleceremos aquí en los brazos del otro...

—Por favor, Emerson —dije—. Ya hemos hablado de eso. ¿Supongo que no se te habrá ocurrido, Ramses, traer ayuda en vez de precipitarte a dónde los ángeles no se atreven?

—Tenía algo de priza y eztaba preocupado por vuestra zeguridad —dijo Ramses, balanceando los pies y goteando—. Sin embargo, dejé un menzaje.

—¿A quién? —preguntó Emerson esperanzado.

—Bien, verás, das circunstanciaz eran confusaz —dijo Ramses tranquilamente—. Oz seguí cuando zalisteiz furtivamente de la caza... luché con mi conciencia durante un corto tiempo antez de continuar, pero no podía recordar, mamá... no podía recordar zi especificazte que no podía zeguirte a ti y a papá cuando zalieraiz furtivamente...

—Buen Dios —dije inútilmente.

—No interrumpas al chico, Peabody —dijo Emerson—. Su historia puede contener información de utilidad en nuestra situación actual. Sáltate las luchas con tu conciencia, Ramses, por favor, puedes estar seguro que por el momento no habrá recriminaciones.

—Glazias, papá. No eztaba lejos, oculto, cuando loz hombrez te golpearon y capturaron a mamá. No podía ir por ayuda a tiempo ya que era imprescindible que dezcubriera a donde oz llevaban. Tampoco podía abandonaroz despuéz que oz arrastraran en la zubestructura de la pirámide, ya que temí que pudieran despacharoz inmediatamente. Zolo tuve tiempo de agarrar rápidamente un rollo de cuerda del equipo que habían traído con elloz y garabatear un breve menzaje, antez de seguirloz.

—El mensaje, Ramses —dije entre dientes—. ¿Dónde dejaste el mensaje?

—Lo até al cuello de Bastet.

—Al cuello de...

—Ella me acompañaba, por zupuezto. No podía dejarlo en el suelo, mamá —añadió Ramses en tono herido, mi comentario, aunque breve, escondía una nota de crítica—. Aunque no lo encontraran loz bandidoz, laz posibilidadez de zer descubierto por alguien máz habrían zido levez en extremo.

—¿Qué quieres decir —exigió Emerson—, con esto de que estuviste dentro de la pirámide todo este tiempo? ¿Cómo eludiste a los criminales cuando se fueron?

—¿Y por qué te tardaste tanto tiempo en llegar hasta aquí? —añadí.

Ramses se sentó más cómodamente.

—Ezas preguntaz zerán contestadaz zi me dejaiz proseguir con mi historia de una forma ordenada. Oí chapoteoz y conjeturé que elloz oz habían arrogado a la cámara de entierro. También ezcuché el grito de papá, el cual alivió mi anziedad en cuanto a zu zupervivencia. Cuando loz hombres ze fueron me ezcondí en uno de loz pasadizoz anexos. Todoz ezos pasadizoz no eztán en buenaz condicionez, como quizás habréiz obzervado. Da ruta uzada por los criminales ha zido apuntalada con maderoz, pero algunoz pasadizos lateralez zon menoz zeguroz. Uno que seleccioné, faute de mieux

[17], puedo añadir, colapsó. Tardé algún tiempo en liberarme.

—¡Cielo santo! —jadeó Emerson—. Mi querido niño...

—No haz ezcuchado lo peor, papá. Para alcanzar el pasadizo principal otra vez decidí volver al mundo exterior y buzcar ayuda. Podráz imaginar mi consternación cuando descubrí que eze camino eztaba deliberadamente bloqueado, creo yo, debido a que removieron loz maderoz que apuntalaban el revestimiento de piedraz del pasadizo. Nada habia por allí, azí que regreze con vosotroz, pero necesité algo de tiempo debido al eztado de perturbación que me afligía y al hecho de que debido a eza incapacidad emocional, me olvidé que en emulación de la admirable coztumbre de mamá ziempre llevo comigo una caja de cerillaz y una vela, entre otas cozaz útilez. Pero temo que las perdí cuando me caí en el agua.

Por una vez Ramses tuvo éxito en acabar una declaración sin ser

interrumpido. Fue menos difuso que de costumbre, aunque podría haberse aprovechado de una juiciosa omisión. Sin embargo, mi silencio era el resultado de una considerable emoción. Parecía que estábamos condenados, a menos que el mensaje atado al cuello de la gata fuera encontrado antes de que lo masticara o perdiera. Entre otras emociones, debo confesar sin vergüenza, sentí orgullo maternal. Ramses había demostrado las cualidades que podría haber esperado de un descendiente de los Emerson y Peabody. Se lo podría haber dicho si Emerson no hubiera empezado a colmarlo con profusos elogios. La mirada satisfecha de Ramses mientras se sentaba allí balanceando sus piernas me convenció de que había tenido suficientes elogios.

—Hiciste bien, Ramses, pero es necesario algo mejor —dije—. Debemos salir de esta cámara.

—¿Por qué? —preguntó Emerson—. Si el paso está bloqueado, no podemos salir de la pirámide.

—En primer lugar, está la excesiva humedad de este lugar. Sin un cinturón de franela, que rechazas usar, existe el peligro de catarro.

—El peligro de que se nos caiga encima uno de esos pasadizos en un peligro más grave, Peabody. Estaremos más seguros aquí, mientras esperamos que nos rescaten.

—Podríamos esperar mucho tiempo, Emerson. Bastet regresará finalmente a casa, sin duda, pero la nota de Ramses puede ser inútil para ese entonces.

—Y también —añadió Ramses—, zi deseamoz detener a ezoz zinvergüenzas, no podemoz ezperar. Ellos planean marcharze al amanezer. Oí que decían ezo.

—Pero si el paso está bloqueado...

—Hay otra zalida, papá.

—¿Qué dices, Ramses?

—Ezte lleva a un vestíbulo junto a la pirámide que contiene variaz tumbaz subsidiariaz de miembroz de la familia real. Lo que quiero decir ez que antez entré en la pirámide por allí. Y —añadió Ramses rápidamente—, zi mamá permite que pozponga la explicación de ezas circunstancias hazta un momento más propizio, lo uzaríamos mejor en averiguar si eza entrada aún eztá abierta.

—Muy cierto, mi muchacho. —Emerson cuadró los hombros y

flexionó los bíceps—. Nuestro primer problema, entonces, es encontrar algún objeto sobre el que estar de pie. Tu madre y yo estábamos a punto de comenzar esa búsqueda cuando tú... er... te nos uniste.

—No, Emerson —dije—. Primero debemos encontrar la cuerda que Ramses tan descuidadamente dejó caer.

—Pero, Peabody...

—Piensa, Emerson. Al principio nos faltaba un objeto de siete centímetros de altura. Aquí tenemos algo que mide más que eso. —Señalé a Ramses, quién devolvió mi mirada con una totalmente solemne.

—¡Ah! —gritó Emerson. El eco repitió la sílaba como si fuera la misteriosa imitación de una carcajada—. Acertada como siempre, mi querida Peabody.

La oferta de Ramses de bucear en busca de la cuerda fue unánimemente rechazada. A Emerson no le tomó mucho tiempo localizarla. La cuerda, enrollada, había caído en línea recta por la apertura y se había hundido hasta el fondo del barro, del cual finalmente Emerson la extrajo. No podíamos secarla, pero le quitamos lo peor del lodo, que la haría resbaladiza y peligrosa de escalar. Así que una vez más formamos nuestra escalera humana, con Ramses en la cima. Esta vez el procedimiento fue casi ridículamente fácil. Ramses escaló nuestros cuerpos con la agilidad de un mono. Una vez que sus manos se aferraron al borde del agujero, fui capaz de asistirle empujando la más conveniente porción de su anatomía y muy pronto estuvo en el pasadizo.

Fue necesario que esperáramos mientras Ramses encendía la vela e intentaba localizar alguna saliente de piedra alrededor del cual pudiera atar la cuerda; ya que era imposible que él soportara mi peso. Esto era la parte del asunto que más me preocupaba. Considerando la ruinosa condición de la cantería interior, existía el peligro de que la pared pudiera ceder si la tensión excesiva fuera puesta sobre cualquiera piedra que lo apuntalaba. A diferencia de las pirámides más grandes de Dahshoor, esta estructura posterior no fue construida en su totalidad de piedra, sino de ladrillo cubierto con lajas de piedras. Un examen al exterior demostraba lo que podría pasar cuando las piedras de soporte eran removidas.

Pude oír al muchacho moverse con cautela a lo largo del

pasadizo y estuve contenta al notar que se tomaba su tiempo en la selección de un apoyo conveniente. Alegre como debía estar por dejar la cámara de enterramiento, estaba algo decepcionada porque Emerson y yo habíamos sido frustrados en nuestras esperanzas de explorar ese recinto. Ahora nunca tendríamos la posibilidad.

Ramses finalmente anunció que había localizado un saliente que consideraba conveniente.

—No aguantará mucho, mamá —gritó él—. Tendráz que ser rápida.

Una sección de la cuerda colgó junto a mí crispante y retorciéndose, como si fuera una serpiente. Susurré una muda oración a cualquier Deidad que guíe nuestro final cuando agarré la cuerda. Emerson me lanzó tan alto como pudo. Durante un largo momento colgué soportada solamente por la frágil hebra entre mis manos. Sentí flaquear siniestramente la línea, entonces mi bota encontró un agarre, leve pero suficiente, contra la pared; mi mano izquierda cayó sobre el borde del pozo y después de una corta pero emocionante escalada me adentré en la seguridad (temporal).

Anuncié mi éxito a Ramses y Emerson, ambos respondieron con las convenientes felicitaciones.

—Ahora puedes darme la vela, Ramses —dije.

Él la dejó caer, por supuesto. Después de recuperarla junto con las cerillas, encendí una luz y me giré para examinar el apoyo que él había encontrado.

No era una vista alentadora. Varias de las piedras en la parte inferior de la pared habían sido vencidas bajo la presión de los ladrillos superiores. Alrededor de uno de los sobresalientes Ramses había pasado la cuerda —faute de mieux, como él mismo podría haber dicho, ya que no había otra más que sirviera. Yo había dependido de la cuerda tan poco como fue posible, pero Emerson tendría que depender en su totalidad de ella para subir y su peso era bastante mayor que el mío. Había una posibilidad distinta, que el bloque pudiera soltarse completamente por la tensión, lo cual no sólo haría que Emerson se precipitara de regreso al agua, sino que podría derribar la pared. Seriamente pensé en pedirle que se quedara abajo hasta que pudiéramos traer ayuda. La única razón por lo que no lo hice fue porque sabía que se aburriría con la espera e intentaría subir por la cuerda de todos modos. Él no es y nunca ha

sido un hombre paciente.

—Voy a subir, Peabody —gritó él.

—Sólo un momento, Emerson. —Me senté en el suelo con la espalda contra el bloque suelto y mis pies se apuntalaron contra la pared de enfrente—. Ramses —dije—. Avanza por el pasadizo, y espera en la siguiente esquina.

Esperaba otro de esos eternos: "Pero, mamá". En cambio, Ramses dijo quedamente:

—Muy bien —y se alejó trotando. Esperé hasta que estuvo fuera de vista y luego le grité a Emerson que continuara.

Los consiguientes minutos no están entre los más agradables que he vivido. Como temía, Emerson tensó y forzó la cuerda teniendo un efecto pernicioso en el bloque que la sostenía y aunque presionaba contra la piedra con cada gramo de fuerza que poseía, me excedía en peso en aproximadamente 200 kilos. La maldita cosa cedía un centímetro cada vez que las manos de Emerson subían un trecho por la cuerda y ésta hizo un crudo sonido chirriante mientras rozaba contra la superficie contigua. Algo más suave y delicado goteó sobre mis manos, la cual presionaba contra el suelo haciendo que casi se me escapara de los labios un grito... pero, espero no tener que aclarar, que ese grito fue suprimido antes de ser pronunciado. El roce de la arena, la sustancia se desmoronaba de un antiguo ladrillo de adobe, caía lenta y horriblemente de una grieta que se ensanchaba cada vez más.

Parecieron horas antes de que finalmente viera su cabeza peluda, llena de barro, aparecer por la apertura. Para ese momento la presión de la piedra contra mi espalda había levantado mis rodillas hasta un ángulo del suelo. Tenía miedo de hablar en voz alta, me parecía como si la más leve vibración empujaría al bloque del delicado punto sobre el que se equilibraba.

—Emerson —susurré—. No te demores ni un segundo, sólo sígueme. Sobre manos y rodillas, por favor y con la más afortunada combinación de velocidad y delicadeza de movimiento.

Otra vez tuve razón en bendecir a la unidad de espíritu que nos liga a mi marido y a mí. Sin titubear me obedeció. Abandoné mi tensa posición, y con dolor de espalda y el latir de mi corazón avancé lentamente delante de él por el pasadizo. Cuando doblamos la esquina y alcanzamos el lugar donde Ramses nos esperaba, sentí

que era seguro detenerse para un breve descanso.

Si esta fuera una novela sensacionalista en vez de una autobiografía, relataría que la pared cayó en el mismo instante que alcanzamos la seguridad. Sin embargo, esto no fue así. Pero seguía convencida de que el peligro era inminente, a pesar de las afirmaciones de aquellos que examinaron el lugar mucho después e insistieron que la piedra no se había movido.

Pero continuemos. Como la sección precedente, esta parte del pasadizo estaba revestida con bloques de piedra caliza. Apenas tenía un metro de altura. Incluso Ramses tuvo que agachar la cabeza. Limpié mis manos sangrantes en mi pantalón, metí mi blusa y me arreglé el pelo, que estaba tristemente despeinado.

—Adelántate, Ramses —dije—. ¿Estás... estás totalmente recuperado, Emerson?

—Nunca podré recuperarme del todo —dijo Emerson, aún agachado—. Pero estoy dispuesto a continuar. Antes déjame recuperar la cuerda. Podemos necesitarla.

—¡No! Dejemos la cuerda, Emerson. Es un milagro que la pared no se haya caído. No dejaré que vuelvas allí.

—No ze requerirá una cuerda —dijo Ramses—. Al menoz... azí lo ezpero.

Con esa dudosa certeza nos tuvimos que contentar.

Hubo varios lugares en los que podríamos haber hecho buen uso de una cuerda, ya que los antiguos arquitectos habían usado cada truco en los que pudieron pensar para frustrar a los avezados ladrones, desde trampas abiertas en el suelo a entradas ocultas en las paredes. Por suerte para nosotros, los ladrones hace tanto muertos fueron más perspicaces que los arquitectos. Nunca creí pensar amablemente de esas malvadas almas que habían saqueado los tesoros enterrados con los faraones, frustrando a los arqueólogos modernos en su búsqueda de conocimiento; pero cuando trepé por una enorme piedra, por el estrecho túnel cavado por los invasores de la pirámide, bendije sus avaras y ambiciosas almas.

También bendije el extraño sentido de orientación de Ramses. Los corredores y cámaras giraban y torcían como un laberinto, algunos terminaban en callejones sin salida, pero él nos llevó infaliblemente hacia su objetivo.

—Creo que podemos asumir que estas complejas subestructuras

son típicas de las pirámides de la Duodécima Dinastía —le comenté a Emerson, mientras avanzábamos lentamente a lo largo de la solitaria estancia—. Este modelo es parecido a una de Hawara, esa que Petrie exploró en el 87.

—Parece una suposición razonable —fue su respuesta—. Sospecho que nuestra pirámide es del mismo período, así que tendrá una subestructura similar. Lástima que no hayamos sido capaces de encontrar una inscripción con el nombre del faraón para quien la construyeron.

—Aún podemos encontrarla, Emerson. Creo que debe ser más reciente que la nuestra. Es de una construcción más sólida...

En este punto fui elegantemente golpeada en la cabeza por una masa de ladrillo de barro y arena que cayó desde una grieta en el techo y tuve que ahorrar aire para moverme más rápido. Emerson también aceleró su paso y no reanudamos nuestra conversación hasta que estuvimos a alguna distancia.

A algunos les puede resultar extraño que continuáramos con nuestra discusión académica en una ocasión en la que nuestra única preocupación debería haber sido escapar del mortal peligro. Aunque la acción de caminar lentamente en sí mismo no compromete todas las facultades críticas, ¿qué mejor modo de pasar el tiempo que conversando? La pasión arqueológica arde intensamente en nuestra familia, gracias al cielo, y sinceramente espero que mi penúltimo aliento sea empleado en la especulación de las últimas teorías de la egiptología. El último aliento, no es necesario que lo mencione, estará reservado para los afectuosos descendientes que se inclinen sobre mi lecho.

La caída de escombros, que erigió otro chichón en mi cabeza dolorida, no era el único peligro al que tuvimos que enfrentarnos. En varios lugares del pasadizo el revestimiento de piedra había cedido. Un lugar estaba casi del todo bloqueado, con sólo un estrechísimo túnel a un lado de las piedras caídas. Ramses se quedó muy quieto en este punto, había estado dándonos una conferencia sobre la construcción de pirámides en el Reino Medio, y se veía aún más enigmático que de costumbre mientras cuidadosamente ensanchábamos el túnel para dejar que nuestros cuerpos más grandes pasaran. No dije nada, estaba decidida a reservar mis comentarios sobre su comportamiento falaz hasta que los otros

criminales fueran atrapados.

Salvo por esos sucesos y la caída de Ramses en un hoyo (del que Emerson lo sacó por medio de mi cinturón de franela, probando una vez más ser un útil accesorio de vestir), no tuvimos mayor contratiempo hasta que alcanzamos el final de nuestro viaje subterráneo. Un largo y recto pasadizo nos condujo a una cámara de proporciones considerables tallada en la roca, robada en la antigüedad (al menos asumí que fue en esa época); ya que sólo contenía un sarcófago de piedra vacío. Aquí por fin fuimos capaces de estar de pie en toda nuestra altura. Ramses le dijo a Emerson que sostuviera la vela hacia el techo.

Faltaba una de las piedras.

—Ez la apertura del pozo desde la zuperficie —dijo Ramses—. La profundidad no ez mucha... trez metroz con ochenta centímetros, para zer preciso. Mi única preocupación ez que eza piedra que coloqué sobre la apertura del pozo puede zer demaziado pesada para que papá la mueva. Le tomó mucho a Selim y Hassan ponerla allí.

Me prometí una seria conversación con Selim y Hassan después.

—¿Qué piensas, Emerson? —pregunté.

Los dedos de Emerson frotaron su barbilla sin afeitar.

—Puedo intentarlo, Peabody. Después de todo lo que pasamos no pienso dejar que una simple piedra me detenga.

El pozo era tan estrecho que él podía subir apoyando la espalda contra un lado y los pies contra el otro, escalar chimeneas, creo que llaman al proceso. Era una posición incómoda para ejercer presión con un peso considerable y los gruñidos y gemidos de Emerson declaraban el esfuerzo que realizaba.

—Intenta deslizarte de un lado a otro en vez de impulsarte, Emerson —grité.

—¿Qué demonios crees que estoy haciendo? —fue la respuesta —. Es difícil sujetarse a la maldita cosa... Ah, allí. Creo...

Su frase fue interrumpida por un baño de arena, algo de la cual roció mi rostro elevado. Lamentablemente, el grueso de esta cayó de lleno en la cabeza de Emerson. Pocas veces he escuchado semejante riqueza de imprecaciones, incluso de Emerson.

—Deberías mantener la boca cerrada, querido —dije.

—amp;*^!% amp;”* —dijo Emerson.

—Tuve que echar arena zobre da piedra —explicó Ramses—, a fin de ocultar la posición del...

Una positiva avalancha de arena y guijarros acabó con este inoportuno comentario. Emerson continuó blasfemando imprecaciones mientras colocaba la espalda contra su tarea, sin duda la irritabilidad mental y la incomodidad física le otorgaron la fuerza adicional. Por fin el chaparrón se vio reducido en fuerza a un chorrito.

—¡Cuidado abajo! —gritó un arenoso Emerson—. Estoy bajando.

Descendió deprisa y pesadamente. La llama de la vela osciló en mi mano mientras lo contemplaba, la arena cubría cada centímetro de su cuerpo, adhiriéndose al sudor y al agua fangosa. Desde la máscara pedregosa de su rostro, dos ojos enrojecidos ardían con chispas azules.

—Ah, querido —dije compasivamente—. Déjame lavar tus ojos. La pequeña cantimplora de agua, que siempre llevo conmigo...

Los labios fuertemente presionados de Emerson se separaron. Escupió un bocado de barro y comentó:

—Ahora no, Peabody. Siento que mi carácter por lo general equilibrado comienza a desmoronarse. Tú primero. Déjame echarte una mano.

Me ayudó a entrar en la boca del pozo. No era la primera vez en nuestras aventuras que subía una grieta tan estrecha en semejante guisa, pero por un momento fui incapaz de moverme. A unos metros sobre mí se alzaba un rectángulo de terciopelo azul profundo salpicado con brillantes gemas. Se veían tan cerca que creí poder alcanzarlas y tocarlas. Mi afectada mente rechazaba reconocerla por lo que era... el cielo nocturno, sobre el que me había preguntado si lo vería otra vez.

Entonces una pregunta quejumbrosa de Emerson, debajo de mí, me recordó mi objetivo e inicié el trayecto final. No fue hasta que yací contra el incómodo suelo del desierto, con la brisa de la noche refrescando mi rostro abochornado, que fui consciente del todo de que nuestras terribles pruebas habían acabado.

Alcé la cabeza. A un metro de distancia, silenciosa a la luz de la luna, una estatua de ámbar se sentaba inmóvil, contemplándome con estrechos ojos. Podría la antigua diosa del amor y la belleza dar la bienvenida a un devoto después de su viaje por los peligrosos

caminos del mundo subterráneo.

Bastet y yo mantuvimos contacto ocular en silencio. Había una mordaz crítica en mi mente, leve curiosidad en la suya a juzgar por la placidez de su expresión. Ella inclinó la cabeza inquisitivamente. Bruscamente dije:

—Él estará contigo en un momento.

Ramses surgió pronto. Los dedos de sus manos y pies encontraron rendijas en las piedras del pozo que yo no había visto. Cuando le ayudé a salir, Bastet maulló y trotó hacia él. Comenzó afanosamente a lamerle la cabeza, escupiendo con irritación entre lamidas. Después de que Emerson se impulsara desde el pozo, se sacudió como un gran perro mojado. La arena voló en todas direcciones

La ruinosa pila de la Pirámide Negra se elevaba junto a nosotros. Estábamos en el lado norte. Al oeste, la apacible la luz de las estrellas bañaba de plata las cuestas de la Pirámide Inclinada, con su más convencional vecino visible más al norte. El silencio y la paz pesaban sobre la escena. Hacia el este, donde el pueblo de Menyat Dahshoor se encontraba entre arboledas de palmeras y sembradíos, no se veía una sola luz. Debía ser tarde, pero no tanto como me temía, ya que el cielo del este aún esperaba que la oscuridad cediera ante el alba.

Bastet abandonó su tentativa de limpiar a Ramses.

Era un animal inteligente y sin duda se dio cuenta de que sólo una prolongada inmersión tendría el efecto deseado. Lo mismo se podría decir sobre los padres de Ramses. Emerson parecía una estatua de piedra arenisca desmoronándose y en cuanto a mí... decidí no pensar en ello.

Agarré a la gata. Un trozo informe de papel aún estaba atado a su cuello.

—La mitad de la nota aún está aquí —dije—. Menos mal que decidimos no esperar a ser recatados.

—Parece indicado un máz exhauztivo entrenamiento —dijo Ramses—. Aún no empecé eze azpesto del programa, ya que no tenía ninguna razón para ezperar que una emergencia...

—Tenemos un paseíto de cinco kilómetros —interrumpió Emerson—. Deberíamos empezar.

—¿Estás seguro, Emerson? Estamos más cerca a Menyat

Dahshoor, quizás deberíamos despertar a Morgan y pedirle ayuda. Podría proveernos de asnos y hombres.

—Para ser honestos, Peabody... tú no deseas más que yo ir a rastras donde Morgan en busca de ayuda.

—Pero, querido, debes estar cansado.

Emerson se golpeó el pecho.

—Nunca me he sentido mejor. El aire es como el vino, sobre todo después de sustituir al aire viciado que hemos estado respirando. Pero tú, mi querida Peabody... quizás deberías ir a Dahshoor. Estás temblando.

—No te dejaré, Emerson. Donde tú vas, yo voy.

—Sabía que dirías eso —contestó Emerson, su máscara arenosa estaba cuarteada por una afectuosa sonrisa—. Excelente, entonces. Ramses, deja a la gata y papá te la llevará.

Las variadas contusiones y los dolores que hacían nuestro andar tieso fueron olvidados muy pronto mientras conversábamos. La enérgica caminata nos calentó, y los placeres de la intimidad familiar nunca fueron más apreciados. Si no fuera por la ansiedad de enfrentar a los bandidos que habían intentado exterminarnos, podría haber deseado que se prolongara el paseo.

Nuestros planes fueron trazados muy rápidamente. Eran sencillos: reunir a nuestros leales hombres y conseguir un nuevo suministro de armas de fuego (mi pistola, atascada por el barro, era inservible) antes de dirigirnos al pueblo a detener al Maestro Criminal.

—Debemos atraparlo sin que se dé cuenta —dije—. Estará desesperado y puede estar armado.

—¿Él? —dijo Emerson—. ¿La señorita Charity ya no es tu opción para el papel?

Había tenido tiempo para revisar mi precipitada primera impresión, así que contesté:

—Nunca vimos el rostro de la furtiva figura, Emerson. Cualquier persona joven, hombre o mujer, podría llevar el vestido de Charity, y esa cofia pasada de moda ocultaba los rasgos de la persona con tanta eficacia como una máscara. Ni siquiera el mensaje que recibí la incrimina, ya que nunca he visto su letra. Cualquiera podría haber escrito esa nota.

—No cualquiera, Peabody.

—Cierto, Emerson. Si la nota fuera una falsificación, como creo que es, sólo podría ser escrita por el hermano Ezekiel o el hermano David.

—¿Por cuál te inclinas? —preguntó Emerson.

En ese momento estábamos tan cerca de concluir el caso que las evasivas parecían vanas.

—El hermano Ezekiel, por supuesto —dije.

—Discrepo. El hermano David.

—Sólo lo eliges porque no te gusta sus modales.

—Eres una crédula, Peabody. Tienes debilidad por apuestos jóvenes con lenguas educadas. Mientras que el hermano Ezekiel...

—Todas las pistas lo señalan, Emerson.

—Muy por el contrario, Peabody. Apuntan al hermano David.

—¿Te gustaría explicarte, Emerson?

—No ahora, Peabody. Hay uno o dos detalles menores que resolver. ¿Y qué contigo?

—También estoy indecisa sobre unos detalles excesivamente sin importancia, Emerson.

Así terminó la discusión. El intento de Ramses por ofrecer su punto de vista fue rechazado con mutuo consentimiento y continuamos en silencio. Fue una suerte que lo hiciéramos. Los sonidos se propagan grandes distancias en el desierto y estábamos cerca de casa cuando Emerson, que había estado mirándola con creciente ansiedad, se detuvo abruptamente.

—¿Ramses —dijo él quedamente—, dejaste una luz en tu habitación?

—No, papá.

—Ni nosotros. Mira.

Dos manchas doradas rompían la oscuridad de la casa. Emerson agarró mi brazo y me empujó a tierra. Ramses bajó de los hombros de su padre y se arrodilló junto a nosotros.

—John puede haber descubierto la ausencia de Ramses y estar buscándolo —sugerí.

—¿En completo silencio? ¿Y dónde está Abdullah? Tengo un mal presentimiento sobre esto, Peabody.

—Creo que veo Abdullah... allí, a la izquierda de la puerta. Parece que está dormido.

Me levanté a medias, para una mejor vista. Emerson me arrastró

hacia bajo.

Al doblar la esquina del muro, hacia la dirección de la derruida iglesia, llegó una forma oscura y fantasmal. Revoloteando de una sombra a otra más profunda, dejó atrás la forma durmiente de Abdullah y desapareció en la casa.

Me recordé a mí misma que los pies desnudos sobre la arena no hacen ruido y que la mayoría de los aldeanos usaban túnicas oscuras. Si Abdullah hubiera visto la forma, con seguridad habría creído que el espíritu de uno de los monjes asesinados había regresado.

Sobre manos y rodillas avanzamos arrastrándonos. La forma acurrucada en efecto era la de nuestro leal reis; no se movió, aun cuando Emerson lo zarandeó suavemente. Sentí una sensación de inmenso alivio cuando escuché que Emerson decía:

—Drogado. Hachís, apesta a ello. Se sentirá fatal por la mañana.

Susurrando dije:

—¿Damos por supuesto que el resto de nuestros hombres están en la misma condición?

—O peor —fue la agria respuesta—. Dame tu pistola, Peabody.

—No te atrevas a dispararla, Emerson. El barro...

—Lo sé. Sólo puedo fanfarronear. ¿Te quedarás aquí?

—No, Emerson, no lo haré.

—Entonces Ramses vigilará. —Dirigiéndose al muchacho antes de que hablara—. Entiendes, Ramses, que si tu madre y yo no tenemos éxito en dominar a los intrusos, tendrás que ir a por ayuda.

—Pero, papá...

Mis nervios estaban ligeramente alterados. Agarré a Ramses de los delicados hombros y lo sacudí hasta que sus dientes castañearon.

—Escuchaste a tu padre. Espera quince minutos. Si no nos reunimos contigo para ese entonces, vete a Dahshoor tan rápido como puedas. Y si dices una sola palabra, mamá te dará unos azotes.

Ramses se escabulló para ocultarse con un escueto: “Zí, mamá”, el cual me sonó literal y sin dobleces.

—¿Vamos, Peabody, debes ser tan brusca? —preguntó Emerson —. El chaval ha mostrado su prodigiosa lealtad y habilidad esta noche, una leve muestra de aprecio...

—La que se le dará en el momento oportuno y de la manera

apropiada. Ramses sabe que no soy emocional. No lo espera. Ahora, Emerson, dejemos de perder el tiempo. ¿Qué demonios estarán haciendo en la habitación de Ramses?

Fuera lo que fuera, aún estaban en ello cuando alcanzamos el patio. La puerta del cuarto de Ramses estaba abierta y pudimos oír voces. Obviamente no temían ser interrumpidos. Nuestros hombres debían estar prisioneros, como Emerson había sugerido. ¿Y John... qué habían hecho con el pobre John?

Nos movimos silenciosamente, pegados a la pared, hasta que estuvimos de pie detrás de la puerta, que se abría hacia el patio. Ocultó detrás de esta, Emerson miró por la abertura. Seguí su ejemplo, a un nivel inferior...

Podíamos ver un extremo de la habitación, la mesa que servía a Ramses como escritorio, la mampara de la ventana, la jaula con el cachorro de león y la parte inferior de la cama, la cual había sido volcada. Las mantas y sábanas formaban una pila en el suelo. Había dos hombres visibles, ambos llevaban los turbantes azul oscuro acostumbrados del pueblo. No, no temían ser interrumpidos; no sólo habían dejado la puerta abierta de par en par sino que producían una considerable cantidad de ruido. Los sonidos de voces pronunciando exabruptos indicaban su frustración y cólera mientras esparcían los objetos que volcaban en su búsqueda, provocando los gruñidos frenéticos del león. Uno de los hombres le dio una patada a la jaula de paso. Apreté los dientes. Nada me enfada tanto como la crueldad contra un animal.

Mi mano se cerró sobre el mango del parasol. No teníamos ninguna otra arma, nuestras pistolas estaban en nuestra recámara, que también estaba ocupada por nuestros huéspedes sin invitación. Afortunadamente había dejado el parasol en el salón la noche anterior. Me puse de puntillas y coloqué mi boca junto al oído de Emerson.

—Sólo son dos —exhalé—. ¿Ahora, Emerson?

—Ahora.

Estoy segura que nuestro ataque hubiera sido un éxito completo si Emerson no se hubiera interpuesto en mi camino. Hubo un poco de confusión en la entrada, cuando los dos intentamos entrar a la vez. Cuando recuperé mi equilibrio y mi parasol, me afligí al notar que uno de los hombres nos apuntaba con una pistola.

Sus rasgos me eran vagamente familiares. Creía haberlo visto entre “los diáconos” que ayudaban al sacerdote. El otro hombre era un completo extraño y cuando habló reconocí el acento de El Cairo.

—Es difícil de matar, oh, Padre de Maldiciones. ¿Vemos si una bala puede hacer lo qué ser enterrado vivo no pudo?

Como si respondiera, el pequeño león emitió un agudo gemido. El otro bandido pateó con maldad la jaula.

Entonces una voz contestó a lo que creía era una pregunta retórica. Ésta vino de un extremo del cuarto que habíamos sido incapaces de ver y dijo en el más puro y clásico árabe-egipcio.

—No se matará a nadie a menos que Emerson no nos deje ninguna otra opción. Y no patees la jaula. ¿No cortó el Profeta su propia manga, en vez de molestar a su gato durmiente

[18] ?

La imponente voz caminó hacia la luz proyectada por la lámpara sobre la mesa. Turbante oscuro, túnica negra, barba negra... y los rasgos del padre Girgis de la iglesia de Sitt Miriam.

En mi asombro casi dejo caer mi parasol.

—¿Usted? ¿Usted es el Maestro Criminal?

Él se rió y contestó, en un inglés tan perfecto como lo fue su árabe.

—Una palabra melodramática, señora Emerson. Sólo soy el líder de una organización comercial con cuyas operaciones usted y su familia han estado interfiriendo.

Con las manos en alto, los ojos alertas, Emerson dijo tranquilamente:

—Habla excelentemente el inglés. ¿Es ésta, por casualidad, su nacionalidad?

El “sacerdote” sonrió.

—Hablo la mayoría de las lenguas europeas con igual facilidad. ¡Especule, profesor... especule! Son una pareja de tercos entrometidos. Si se hubieran apartado de mi camino, no estarían en peligro.

—Supongo que arrojarnos al interior de una pirámide y sellar la entrada no era peligroso —dije ásperamente.

—Habría tomado medidas para asegurar su liberación una vez que hubiéramos dejado la región, señora Emerson. El asesinato no

es mi negocio.

—¿Qué hay del sacerdote de Dronkeh? Estoy segura que el Patriarca en El Cairo no tiene ni idea de que su representante local ha sido sustituido. ¿Qué ha hecho con el pobre hombre?

Un destello de blancos dientes rompió la oscuridad de esa extraordinaria barba.

—El estimado viejo caballero es un preso honrado. Está disfrutando de primera manos los placeres mundanos a los que había renunciado. Se lo aseguro, los únicos peligros a los que se enfrenta son del tipo espiritual.

—¿Y Hamid?

Una chispa brilló tenue y enigmáticamente en los ojos hundidos.

—Habría ejecutado al traidor, sí. Pero no lo hice. La venganza de otro lo alcanzó antes que la mía.

—¿No esperará que crea eso, no es así?

—Amelia —dijo mi esposo—, no hay ninguna necesidad de molestar a este... er... a este caballero.

—No importa, profesor. No me preocupa si la señora Emerson me cree o no. Estoy aquí por negocios. Estoy buscando cierto artículo...

—¿Esto? —Levanté mi parasol para apuntar algo y ambos coptos (o pseudo-coptos) saltaron. Su líder los maldijo. Entonces él contestó a mi pregunta.

—No soy tan tonto para malgastar mi tiempo en un fragmento de algún manuscrito copto, señora Emerson. No. Vine por esto.

Extrajo la caja de la pechera de su túnica y le quitó la tapa.

La luz de la lámpara acarició el reluciente oro y el suave brillo de las turquesas, el esmalte de cobalto del lapislázuli, el naranja rojizo de la cornalina. Aguanté la respiración.

—¡El pectoral de la Duodécima Dinastía!

—Otro pectoral de la Duodécima Dinastía —corrigió el sacerdote—. Con su collar de oro y cuentas de cornalina, y una colección de pulseras a juego. El aderezo de una princesa del Reino Medio, escondido tan bien bajo el suelo de su tumba que esto evitó que los ladrones de tumbas saquearan su momia. Es el segundo escondido de esa manera que hemos encontrado en Dahshoor, señora Emerson, y si no fuera por el entrometido mocoso de su hijo, quizás habríamos encontrado otros. Él ha estado cavando alrededor

de todas las pirámides de Dahshoor en las últimas semanas. Uno de mis hombres estaba observando cuando encontró la tumba de la princesa y extrajo estos ornamentos, pero nos abstuvimos de adueñárnoslos porque esperábamos que dejara sus búsquedas y nos permitiera continuar en paz con nuestro trabajo. Esa esperanza no se concretizó. Ha echado a perder al niño, señora Emerson, ¿a cuántos niños de su edad se les permite excavar solos?

Estuve a punto de contestar cuando vi algo que hizo que mi sangre se helara. Era un rostro, presionado contra la ventana enrejada, con una mueca horrible. No podría haberlo reconocido, sino fuera por el apéndice nasal que sobresalía entre el espacio de dos barras. ¡Ramses!

El sacerdote continuó.

—Sin embargo, tales son las inevitables vicisitudes de mi profesión. Ahora debo pedir que me excuse. Debo notificar a los hombres que buscan en su cuarto que los objetos que buscábamos han sido encontrados. Así que ésta es la despedida. Espero no encontrarnos otra vez.

Caminó con grandes zancadas hacia la puerta.

Sus hombres lo observaron irse. Emerson estaba de espaldas a la ventana. Era la única que veía el marco de barras de madera temblar y ceder. Silenciosamente esta se balanceó... y luego supe cómo Ramses había ido y venido por las noches sin ser visto. Estaba atada de manos. No podía ordenarle que se fuera sin llamar la atención sobre su presencia. Sólo pude apartar la vista y planear las indignidades que esperaba perpetrar sobre su persona.

Ni Emerson ni yo habíamos contestado a ese último insulto, aunque sabía que el mismo pensamiento estaba en nuestras mentes:

—Nos encontraremos otra vez, no tema, ya que mi cruzada personal será perseguirlo y acabar con sus infames actividades. — Sin embargo, Emerson siempre debe tener la última palabra. El sacerdote estaba en la puerta cuándo mi marido gritó—: ¿nos deja para que sean sus secuaces quienes nos maten? Debía suponer que le dejaría el trabajo sucio a otros; ¡pero nuestra sangre estará sobre su cabeza, bandido!

—Mi querido profesor, ni una gota de su sangre será derramada si usted acepta lo inevitable. Mis hombres tienen órdenes de atarlo y —volviéndose, el sacerdote prorrumpió un grito ahogado. Ramses

cayó en el cuarto. Se alzó a sí mismo del suelo y avanzó.

—Devuélvamelo —dijo él, con un gruñido que espantosamente se pareció al de su padre.

El sacerdote se rió desdeñosamente.

—¡Diablillo de Lucifer! Atrápalo, Mustafa.

Con una sonrisa malévola, el hombre al que se había dirigido estiró un despreocupado brazo. El golpe cogió a Ramses por la cintura y desprendió sus pies del suelo. Su cuerpo golpeó la pared con un horrible crujido, cayó en un montón y se quedó inmóvil.

Oí el rugido de Emerson y el disparo de una pistola. No vi nada. La oscuridad me absorbió, como una nube de espeso humo con estallidos de fuego. Un gran estruendo llenó mis oídos, como el rugido de una avalancha.

Después de un intervalo incalculable me di cuenta de que unas manos me sostenían y una voz pronunciaba mi nombre.

—¡Peabody! Peabody, por Dios...

La niebla frente a mis ojos se aclaró. Estaba de pie, parasol en mano y Emerson me zarandeaba.

De repente Ramses se sentó, la espalda contra la pared, las manos apoyadas en el suelo, sus piernas se flexionaron rápidamente. Tenía la boca abierta y los ojos ensanchados.

—Estás vivo —dije.

Ramses asintió. Por una vez en su vida pareció incapaz de hablar.

En el rostro de Emerson vi la misma expresión de incrédulo horror. Pero no había ninguna razón de alarma, un bandido yacía con el rostro en el suelo, los brazos sobre la cabeza. El segundo se acurrucaba en una esquina, balbuceando incoherentemente. El sacerdote se había esfumado.

—Parece que tienes la situación bajo control, Emerson —dije, preguntándome por qué mi voz sonaba tan ronca—. Mis felicitaciones.

—Yo no lo hice —dijo Emerson—. Tú lo hiciste.

—¿Qué estás diciendo, Emerson?

Emerson me liberó y retrocedió tropezando. Cayó pesadamente sobre las mantas caídas.

—Hay sangre en tu parasol, Peabody.

Me di cuenta que sostenía el instrumento equilibrado, como si

fuera a golpear. Con seguridad había una oscura y viscosa sustancia en la punta de acero. Una gota se formó y cayó cuando la contemplé.

—Berserker —continuó, sacudiendo la cabeza ofuscadamente—. Ese es el término... una furia berserker. He escuchado referencias de esto. Uno casi podría creer en las viejas leyendas, que quién era poseído por esta furia era insensible a los golpes, armas, balas... el instinto maternal, despertando la furia... la tigresa defendiendo a su cachorro...

Me aclaré la garganta.

—Emerson, no puedo imaginar de lo que estás hablando. Rasguemos las sábanas en tiras y amarraremos a los criminales antes de rescatar a los nuestros.

El rescate resultó ser innecesario. Mientras amarrábamos a los dos matones (quiénes estaban en un peculiar estado de temblorosa parálisis y no nos dieron ningún problema), nuestros hombres de Aziyeh se precipitaron en la casa como un cuerpo inquieto y vociferante. Habían estado inconscientes del peligro hasta que uno de ellos despertó para encontrar que le apuntaba “un cristiano maldito”, como Ali infelizmente expresó. Emerson se apresuró a limpiar el nombre de los coptos. En un inicio, la expresión “Maestro Criminal” aturdió a Ali; después de explicaciones adicionales él continuó con su historia.

—Cuando vi el arma grité y desperté a los demás. El hombre dijo que no nos moviéramos, Sitt Hakim, así que no lo hicimos; era un rifle de repetición Mauser, usted entenderá. Pero habríamos venido si hubiéramos sabido que estaban en peligro; en efecto, estábamos a punto de abalanzarnos contra el bandido, arriesgando nuestras vidas a su servicio, cuando desde la noche un hombre apareció, agitando los brazos y lanzando gritos estremecedores...

Sabía que este debía ser el sacerdote por la descripción de Ali.

—Tenía una larga barba negra, Sitt y una horrible faja rodeando su cintura. Había sangre cayendo por su cara y gritaba con voz alta, como una mujer asustada.

Emerson ceñudo me fulminó con la mirada, por lo que opté ignorarlo.

—Continúa, Ali.

Ali puso un dedo bajo su turbante y se rascó la cabeza.

—Se escaparon, Sitt, ambos. Estábamos tan sorprendidos que no supimos qué hacer. Hablamos un rato y Daoud dijo que deberíamos quedarnos donde estábamos, por si el hombre con el arma se escondía, observándonos...

Daoud se retorció y comenzó a protestar. Lo tranquilicé y Ali terminó su historia.

—Mohammed y yo dijimos, que no, que debíamos encontrarla y asegurarnos de que estaba a salvo. Así que venimos. Nuestro honrado padre está muy drogado por el hachís, Sitt.

Abdullah se veía tan feliz que parecía una vergüenza despertarlo. Entonces lo cargamos y acostamos, con Ali para vigilarlo. Ordené que otro de los hombres fuera con Ramses para ordenar su habitación.

Ramses tardó un poco. Contra su golpeado pecho aún aferraba la caja que contenía el pectoral.

—¿Dezeaz hablarme, mamá?

—Tengo muchísimas cosas que decirte después, Ramses. Ahora ve y haz lo que ordeno.

—Una pregunta —dijo Emerson, rascándose distraídamente su ahora excesiva barba—. ¿Qué demonios te indujo a subir a esa ventana, Ramses? Creí haberte dicho que fueras por ayuda.

—Eze criminal eztaba a punto de robar mi pectoral —contestó Ramses—. Es MÍO. Yo lo encontré.

—Pero, mi querido muchacho, fue terriblemente peligroso —exclamó Emerson—. No puedes ir exigiendo tu propiedad legítima a ladrones, no están predispuestos a tales demandas.

—No corría peligro —dijo Ramses con serenidad—. Zabía que tú y mamá no permitiríaiz que ezos hombrez me hicieran daño.

Emerson se aclaró la garganta ruidosamente y se pasó la manga sobre los ojos. Ramses y yo intercambiamos una larga y estable mirada.

—Acuéstate, Ramses —dije.

—Zí, mamá. Buenaz nochez, mamá. Buenaz nochez, papá.

—Buenas noches, mi querido muchacho.

Bajo su musculoso exterior, Emerson es una persona muy sentimental. Discretamente miré hacia otra parte mientras se secaba los ojos y controlaba la expresión de su rostro. Entonces dijo:

—Peabody, ese es el más magnífico reconocimiento que

cualquier niño dio jamás a sus padres. ¿No podías haber respondido más cariñosamente?

—No importa, Emerson. Ramses y yo nos entendemos perfectamente.

—Umm —dijo Emerson—. ¿Bien, querida, ahora qué?

—John —dije—. Ciertamente debe ser el siguiente.

—¿John? ¡John! Buen Dios, mi querida, tienes razón. ¿Dónde está el pobrecito?

Emerson se puso de pie. Lo empujé de regreso a la silla, ya que a pesar de su extraordinaria resistencia mostraba señales de fatiga.

—Sólo hay un lugar donde puede estar, Emerson. Pero antes de que vayamos a buscarlo, insisto en un baño y una muda de ropa. No hay peligro en la demora, si el daño debía pasar, ya debe haber sucedido. Recemos porque el asesino de Hamid y Abd el Atti haya respetado al muchacho.

Los ojos de Emerson se estrecharon. Su preocupación por su infeliz criado era totalmente sincera, pero por el momento otro asunto tenía prioridad.

—Ajá —dijo él—. ¿Entonces creíste al bandido cuando rechazó la responsabilidad de los asesinatos?

—¿Por qué debería mentir? Le habíamos sorprendido in fraganti. No, Emerson, el sacerdote... o, si prefieres, el Maestro Criminal... es incuestionablemente un bandido de la más baja calaña y estoy segura de que tiene varios asesinatos en su conciencia (si posee tal órgano, cosa que dudo); pero no mató a Abd el Atti y a Hamid.

—Amelia.

—¿Sí, Emerson?

—¿Sospechaste del sacerdote? Sé honesta.

—No, Emerson, no lo hice. ¿Y tú?

—No, Peabody, no lo hice.

—Pero no estaba del todo equivocada —seguí—. La persona que sospechaba ser el Maestro Criminal es el asesino. Es una distinción con mucho sentido, en verdad.

—Maldición, Peabody, nunca te rindes, ¿verdad? Apúrate con tu baño, entonces iremos a la misión y detendremos al hermano David.

—Al hermano Ezekiel —dije y dejé el cuarto antes de que Emerson pudiera replicar.

Capítulo 12

El sol estaba muy alto en el horizonte antes de que estuviéramos listos para marchar en nuestra tarea justiciera y, esperaba yo, misericordiosa. El aire matinal era claro y fresco, el cielo del este insinuaba la exquisita brillantez dorada de un amanecer en el desierto. Pero caminábamos arrastrando los pies, inconscientes por una vez a las maravillas de la naturaleza. No esperaba peligro, pero la entrevista prometía ser dolorosa y tenía aprensión por el pobre John.

Estaba en la misión, por supuesto. No podía culparlo por desobedecer mi orden expresa, cuando no regresamos debió temer por nosotros así como por su amada. Ya que no le dije dónde nos reuniríamos con la muchacha, él buscaría en el lugar más obvio.

Al llegar se encontró con... ¿qué? ¿Qué escena de horror o masacre encontrarían sus atónitos ojos y habría obligado al asesino a añadir otro delito a su lista? El que John no volviera era hecho seguro de que algo le había impedido regresar, ¿pero era el asesinato o el secuestro lo que lo tenían retenido? Cuales quiera que fuera las razones, había sucedido hacía muchas horas. Si John ya no estaba en este mundo, sólo podríamos vengarlo. Si lo mantenían prisionero, lo salvaríamos en poco tiempo.

Una de mis primeras ocupaciones, incluso antes de bañarme y cambiarme de ropa, fue enviar un mensaje a Morgan. Se lo mencioné a Emerson, esperando calmarlo, pero su expresión mientras caminaba de un lado a otro era extremadamente sombría.

Sólo gruñó.

—De Morgan no tiene pruebas para detener a Kalenischeff, Peabody. Incluso si el bribón es un ladrón de antigüedades, está

bajo la protección de la baronesa. Se necesitaría una orden directa de Cromer para apresar a un invitado tan distinguido.

—Kalenischeff debe pertenecer a la banda, Emerson. Es demasiada coincidencia que deba dejar Dahshoor al mismo tiempo que el Maestro Criminal.

—Ah, estoy de acuerdo. Su trabajo era actuar como observador. Si De Morgan encontraba algo de interés, Kalenischeff lo notificaba a su líder. Pero nunca podremos demostrarlo, Peabody, ni siquiera convenceremos a De Morgan de que fue timado.

—Parece que esto es uno de esos casos en donde todo el mundo es culpable —dije.

—Exageras, Peabody. La baronesa fue engañada, De Morgan es inocente de todo excepto de estupidez congénita, y de los tres en la misión, sólo uno es el culpable.

—¿Ah, crees eso? ¿Y qué tal, dos de tres?

El desafío sacó a Emerson de su depresión.

—¿Cuáles dos... o cual?

—No dije que dos fueran los culpables. Sólo lo presento como una posibilidad.

—¿Entonces te aferras a tu posición? ¿Ezekiel?

—Er... sí.

—Está el hecho de que Bastet siseó al hermano David, Peabody.

Lamentaba que hubiera notado eso. Había tenido dificultad encajando ese hecho en mi teoría y finalmente había decidido ignorarlo totalmente.

—Fue un incidente insignificante, Emerson. Bastet estaba de mal humor...

—¿Y por qué estaba de mal humor, Peabody? Su agudo sentido del olfato reconoció el aroma del hombre que estuvo en la tienda de Abd el Atti...

—Eres igual de iluso que Ramses cuando esa gata está involucrada, Emerson. Oh, no dudo de que eso fue lo que el niño pretendía cuando regresó a la tienda y se enteró que Abd el Atti había siso asesinado, es sólo un pequeño muchacho, y no entiende que los animales no pueden ser entrenados para que hagan todo lo que él quiere. Pero si eres lo suficientemente ingenuo para suponer que Bastet rastreó al asesino por las extensas y hediondas callejas de El Cairo y que, muchos días después de eso, recordó el olor del

individuo que le lanzó una bota o algún otro misil...

—Umm —dijo Emerson.

Vaya si sonaba absurdo cuando lo expresabas en palabras. Pero aún así me preguntaba. El hermano David no fue el único extraño presente ese día.

El pueblo debería estar lleno de actividad, ya que la jornada laboral en tales lugares empieza al amanecer. No se veía ni un alma. Incluso los perros se habían escabullido a sus escondrijos. Sólo cuando llegamos al pozo una tímida voz nos llamó. En ese momento me di cuenta de que detrás de cada ventana éramos observados por curiosos ojos, y que las puertas estaban ligeramente entornadas. Uno de ellas se abrió con cautela y una cabeza apareció. Era el pequeño y tímido Sheik el beled. Nos detuvimos y esperamos, y finalmente él reunió el coraje para salir.

—La paz de Dios sea contigo —dijo él.

—Y contigo —dijo Emerson automáticamente. Entonces añadió —: Maldita sea, no tengo tiempo para esta clase de cosas. ¿Qué demonios ha pasado aquí?

—No lo sé, effendi —dijo el alcalde. ¿Nos protegerás? Hubo muchos gritos y disparos por la noche...

—Ah, cielos —exclamé—. ¡Pobre John!

—Sólo está haciendo una buena historia de lo que pasó —dijo Emerson en inglés, pero se veía preocupado—. ¿Te dispararon, tu ilustrísima?

—Una vez —confesó el alcalde—. Uno, al menos... y cuando despertamos esta mañana, el sacerdote se había ido y todos sus adeptos con él, y los vasos sagrados se habían esfumado. Son muy viejos e invaluables para nosotros. ¿Quizás los ha llevado a El Cairo para que sean reparados? ¿Por qué no dijo a nadie que se iba?

—Tiene algo de razón —dijo Emerson—. No dudo que a estas alturas los vasos sagrados estén camino de El Cairo.

—Debí esperar esto —dije algo disgustada—. Para ser sinceros, Emerson, no noté los vasos cuando asistí al servicio.

Este intercambio fue realizado en inglés. El pequeño hombre miró tímidamente de Emerson a mí. Emerson le dio unos golpecitos en la espalda.

—Anímate, amigo —dijo en árabe—. Regresa a casa y espera. Todo te será explicado más tarde.

Continuamos avanzando en silencio sepulcral.

—Emerson, tengo un mal presentimiento —murmuré.

—Esperaba que lo tuvieras, Peabody.

—Si hemos traído a ese chico a su muerte, nunca me lo perdonaré.

—Fue mi idea traerlo, Peabody. —Fue todo lo que dijo Emerson, pero su aspecto demacrado expresaba la profundidad de su remordimiento.

—Oh no, querido. Estuve de acuerdo, tanto es mi carga como la tuya.

—Bien, no vamos a preocuparnos, Peabody —dijo Emerson, cuadrando los hombros y mostrando el espíritu intrépido que esperaba.

Alcanzamos el espacio abierto frente a la misión. Los pequeños y ordenados edificios parecían bastante pacíficos, pero el mismo silencio anímico colgaba sobre el lugar.

—Apresurémonos —dije—. Ya no puedo soportar la incertidumbre.

—Espera. —Emerson me arrastró a un refugio entre los árboles —. Sea lo que sea que nos espere en ese siniestro lugar, hay una cosa que sabemos con seguridad, nos encontraremos con un loco de atar. ¿Al menos, nuestras teorías concuerdan en esto?

Asentí.

—Entonces nos conviene andar con extrema precaución —dijo Emerson—. No queremos empujar al tipo a un acto imprudente.

—Tan acertado como siempre, Emerson. Pero no puedo esperar mucho más tiempo.

—No tendrás que hacerlo. —La voz de Emerson cayó a un emocionado susurro—. Por todos los cielos, allí está él... tan indiferente como si no hubiera asesinado ya dos veces. Asombroso cuán normal se ve, pero eso sucede frecuentemente con los locos.

Se refería al hermano David. El hombre no parecía loco, pero tampoco indiferente. Estaba de pie fuera de la puerta de la casa mirando nerviosamente de un lado al otro. Después de una larga y sospechosa inspección de la escena, reunió el coraje para continuar. Emerson esperó hasta que estuvo justo en medio del claro, entonces, con un rugido, saltó fuera de su escondite.

Cuando los alcancé, el hermano David estaba sobre su espalda y

Emerson se sentaba sobre su pecho.

—Te tengo —gritó mi marido—. No hay nada que temer, Peabody. ¿Qué has hecho con mi criado, bribón?

Yo dije:

—No te puede responder, Emerson, lo estas asfixiando. Quítate de una vez, vamos.

Emerson cambió su peso. David tomó un largo y estremecido aliento.

—¿Profesor? —jadeó él—. ¿Es usted?

—¿Y quién diablos pensó que era?

—Ese sacerdote diabólico, o uno de sus correligionarios... estamos sitiados por el enemigo, profesor. Gracias a Dios que está aquí. Iba a ir por usted, a pedirle ayuda.

—Ja —dijo Emerson escépticamente—. ¿Qué ha hecho con John?

—¿El hermano John? ¿Por qué lo menciona? Nada. ¿Ha desaparecido?

Ningún profesional de las tablas podría haber representado el aturdimiento en el rostro del hombre, pero Emerson es notoriamente difícil de persuadir una vez que se enterca con algo.

—¡Por supuesto que ha desaparecido! ¿Está aquí... lo ha secuestrado, o... algo peor...? ¿Qué fueron los tiros de anoche, desgraciado? —Aferrando a David por el cuello, lo sacudió como un mastín zarandeando a una rata.

—Para, por el bien del cielo, deja de hacerle preguntas y luego impedirle responder —exclamé.

Emerson soltó el cuello de David y su cabeza golpeó en la arena con un ruido sordo, sus ojos se quedaron en blanco.

—¿Qué fue lo que me preguntó?... No soy yo del todo... disparos por la noche. Oh, sí... el hermano Ezekiel se vio obligado a disparar su revólver a un ladrón. Disparó a lo alto, por supuesto, sólo para espantar al tipejo.

—El hermano Ezekiel. —Emerson manoseó su barbilla y me miró—. Umm. ¿Dónde está el hermano Ezekiel? Usualmente siempre es el primero en la escena.

—Está rezando, en su estudio. Suplica al Omnipotente que defienda a sus santos contra los enemigos que los rodean.

Aún a horcajadas sobre su víctima, Emerson lo estudió

atentamente mientras seguía acariciando el hoyuelo de su barbilla.

—Tenías razón, Amelia —dijo por fin—. Admito la derrota. Este enclenque no es un asesino.

Levantándose, puso a David sobre sus pies.

—Señor Cabot, su líder es un maníaco peligroso. Por su propio bien, así como el de otros, debe ser confinado. Sígame.

En el momento en que Emerson soltó su agarre, David correteó raudamente. La puerta de la iglesia se abrió y cerró de un golpe. Un rostro pálido nos miró desde una de las ventanas.

—Déjalo, Emerson —dije con repugnancia—. Si estabas equivocado con la criatura, yo también. Sólo sería un estorbo en nuestro camino. Vamos a buscar al asesino en su guarida. Sólo espero que no lleguemos demasiado tarde.

A estas alturas habíamos perdido la ventaja de la sorpresa y avanzamos sin más preámbulos a la casa. La puerta principal estaba abierta como David la había dejado. No había nadie en el salón, era tan estéril y triste como antes. La Biblia griega ya no estaba sobre la mesa.

—¿Cuál crees que será su estudio? —preguntó Emerson, contemplando el par de puertas al otro extremo del cuarto.

—Sólo hay una forma de averiguarlo. —Con cuidado giré la manivela de la puerta derecha. La pequeña recámara era obviamente el dormitorio de Charity. Su cofia, y un familiar vestido oscuro de calicó, colgaban de clavijas en la pared. No había nada más en el cuarto excepto un catre tan estrecho y probablemente tan duro como un tablón. Un delgado cubrecama estaba echado, como si el durmiente se hubiera levantado con prisa.

Cerré la puerta.

—Esa —dije, indicando la otra puerta.

Habíamos hablado suavemente, pero algún sonido debería haber delatado, para entonces, nuestra presencia a los oídos de una persona atenta. Comencé a preguntarme si la casa estaba habitada después de todo. ¿O los ocupantes de este cuarto silencioso yacían muertos y desangrados?

Saqué mi pistola.

—Abre paso, Emerson.

—Claro que no, Peabody. Lo estás haciendo mal. —Llamó suavemente a la puerta.

Para mi asombro una voz puntualmente contestó:

—Le dije, hermano David, que me dejara solo. Estoy hablando con mi Padre.

Emerson puso expresivamente los ojos en blanco.

—No soy el hermano David. Soy... Emerson.

—¿Profesor? —Hubo una pausa—. Entre.

Emerson abrió la puerta.

Preparada como estaba para cualquier visión espantosa, estoy orgullosa de mi aplomo bajo todo tipo de circunstancias, me quedé muda ante la imagen que observé. Mis ojos fueron primero hacia John, que estaba sentado en el borde de la cama. Una venda sangrienta cubría su ceja, pero sus ojos estaban abiertos y con una mirada frenética, de hecho no parecía seriamente herido. Respiré más tranquila, pero necesariamente acorté la oración de gracias.

Una de las dos sillas era ocupada por Charity. Parecía estar en trance, su blanco rostro era totalmente inexpresivo y no alzó la vista cuando la puerta se abrió. El hermano Ezekiel se sentaba a la mesa, con un libro abierto ante él y una pistola en la mano. Apuntaba a John.

—Entren, hermano y hermana —dijo él tranquilamente—. Han llegado justo a tiempo. He estado luchando con los demonios que poseen a este desafortunado hombre. No hay ningún cerdo a dónde echarlos, ya ve. Me imagino que la única forma de deshacernos de éstos es dispararles, pero primero él debe reconocer a su Salvador. No querría que su alma se quemara en el infierno.

—Cuan considerado de su parte —dijo Emerson, con igual frialdad—. ¿Por qué no voy a por una cabra... o un perro? Puede echar los demonios a ellos.

—Me temo que no —dijo Ezekiel, sacudiendo la cabeza—. Vea, profesor, usted también tiene a unos demonios en el cuerpo. Tendré que tratar con ellos antes de que deje este sitio o podrían corromperlo.

—Señor Jones...

—Ese no es el modo de dirigirse a mí, hijo. Llámame por mi nombre correcto. Ya que soy el Ungido, cuya llegada para redimir a Israel fue anunciada por los profetas.

—Buen Dios —dije involuntariamente.

Emerson hizo unas muecas ante mí y Ezekiel dijo:

—Ella tiene más demonios que todos juntos. Entre, hermana, y reconozca a su Señor y Salvador.

Mi pistola estaba en mi mano, escondida por los voluminosos pliegues de mi pantalón, pero nunca pensé en usarla. ¿Cuánto tiempo había estado la locura incubándose en su pobre cerebro retorcido? Había aparentado normalidad hasta la actualidad.

Emerson entró en el cuarto.

—Es suficiente —dijo Ezekiel—. Ahora usted, hermana. Entre.

No podía pensar qué hacer. El cuarto era tan pequeño que el desquiciado hombre podría darle a alguien si se veía obligado a disparar, y lo haría si era físicamente atacado. Parecía igualmente peligroso e infructuoso razonar con él. Entonces algo se movió frente a la ventana abierta. ¿Eran los refuerzos? No. Era David, con los ojos salvajes, estaba blanco como la nieve por el miedo. No podíamos contar con su ayuda.

Emerson lo vio también y con la brillantez que siempre guía sus acciones, aprovechó la única ventaja posible de su presencia.

—Mire allí, en la ventana —gritó él. Cuando Ezekiel se dio la vuelta, Emerson saltó.

El arma se disparó. La bala golpeó inocuamente en el techo. David chilló y desapareció. John brincó sobre sus pies e inmediatamente se sentó otra vez cuando sus rodillas cedieron. Charity se deslizó desmayada desde su silla. Emerson me quitó el arma y envolvió al hermano Ezekiel en un apretado abrazo. En la habitación exterior sonaron pasos.

—Nom du nom du nom —exclamó Morgan—. ¿Qué ha ocurrido aquí?

Detrás del francés estaba mi hijo Ramses.

* * *

—Era el manuzcrito Copto despuéz de todo —dijo Ramses después de un tiempo.

Ezekiel estaba bajo resguardo y sus víctimas eran atendidas, una vez más estábamos en nuestra propia casa y John, aunque pálido y tembloroso, había insistido en hacer el té.

—¿Quel manuscrit coptique? —exigió de Morgan—. ¡No entiendo nada de esto... nada! Esto es de una locura sin precedentes. Maestros Criminales, manuscritos, misioneros dementes...

Le expliqué sobre el manuscrito Copto.

—Desde un principio sabía que debía estar implicado —dije—. Pero no podía pensar qué hacer. El problema era...

—Estos dos grupos diferentes de criminales hicieron el trabajo —dijo Emerson—. Los primeros malhechores eran ladrones de antigüedades. Habían descubierto un alijo de joyas reales en Dahshoor y buscaban más. Su líder tomó el lugar del sacerdote del pueblo en Dronkeh a fin de supervisar sus excavaciones ilícitas...

—Pero los ladrones se enemistaron, como sucede entre estas personas —continué—. Hamid, que era un miembro menor de la cuadrilla, no estaba contento con su parte de las ganancias. Vio una oportunidad de robar a los ladrones y vender un poco de lo que encontraba. Persuadió a su padre de venderlos. Y entre estos objetos...

—Estaba el sarcófago comprado por la baronesa —interrumpió Emerson.

—No, no, mi querido. Había dos sarcófagos. Ese es el hecho que originó la mayor parte de la confusión. Ambos están destruidos ahora, pero creo que eran ataúdes gemelos, hechos al mismo tiempo por el mismo artesano. Pertenecían, no me cabe duda, a un esposo y su mujer que deseaban expresar su afecto mutuo ocupando idéntico...

—No importa eso, Amelia —refunfuñó Emerson—. El caso es que estaban hechos del mismo material... tiras de lino y viejos papiros, mojados y moldeados en sus formas antes de ser pintados. Tales ataúdes de cartonaje son comunes, fragmentos de manuscritos griegos han sido encontrados en algunos. Debimos habernos dado cuenta de que nuestros restos de papiro provenían de semejante fuente.

—Mi querido Emerson, cometes una injusticia —dije—. Nuestro papiro era copto, no griego. Cristiano, no pagano. El sarcófago de la baronesa obviamente pertenecía a un devoto de los viejos dioses. Databa del período romano temprano, y el cristianismo no se convirtió en la religión oficial del Imperio hasta el año 330 d.C., bajo el reinado de Constantino el Grande. La Iglesia Copta fue fundada en el siglo I y los cristianos egipcios sobrevivieron, aunque sujetos a una persecución cruel, hasta...

—Hasta que consiguieran la posibilidad de perseguir a todos los

demás —dijo Emerson.

—Te pido que te abstengas de expresar tus opiniones religiosas poco ortodoxas en este instante, Emerson. Procuro explicar que las escrituras cristianas del primer y segundo siglo realmente existieron, y que sería natural para un pagano considerarlas papel usado, adecuadas para emplearlas en la hechura de un ataúd.

—Concedido, concedido —dijo Morgan, antes de que Emerson pudiera seguir su argumento—. Reconoceré lo que guste, señora, si sólo continua con su historia. Este asunto de los ataúdes gemelos...

—Es realmente muy simple —dije, con una sonrisa amable—. Abd el Atti estuvo en posesión de los sarcófagos, llegaron, por supuesto, de la misma tumba. Uno, el perteneciente a la esposa, estaba dañado. Abd el Atti se dio cuenta de que el papiro usado en su confección contenía escritura copta. Al ser un viejo bribón perspicaz, entendió la naturaleza de su hallazgo...

—Y buscó un cliente que apreciaría su valor —interrumpió Emerson—. Desgraciadamente para él, el clérigo al cual se acercó era un fanático religioso. Ezekiel Jones no era ningún erudito. Sus maneras ordinarias y forma de hablar hicieron que lo subestimáramos, pero hubo, de hecho, varios indicios de su capacidad intelectual, incluso de su conocimiento del griego. Él tradujo el manuscrito que Abd el Atti le vendió, y las alarmantes revelaciones en el texto le llevaron al borde de la locura. Decidió destruir el manuscrito blasfemo. Pero estaba incompleto. Visitó a Abd el Atti durante la noche del asesinato....

Emerson tomó aliento, y retomé la historia.

—Fue allí en busca del resto del manuscrito. Sin duda había acosado y amenazado a Abd el Atti, el anciano estaba mortalmente asustado... no, como yo suponía, de sus socios criminales, sino del incrédulo que se comportaba tan extrañamente. Esa anoche Abd el Atti admitió ante Ezekiel que había dos ataúdes, uno de los cuales había sido vendido a la baronesa. También le dijo a Ezekiel que yo tenía un fragmento del primer ataúd. Ezekiel se volvió loco. Estranguló al anciano y allí...

—Y lo ahorcó de la viga del techo —dijo Emerson en tono grave —. Siempre existió una suposición de asesinato ritual, sino ¿para qué tomarse la molestia de colgar a un hombre que ya está muerto? Lo interpreté como alguna ceremonia de la banda de Abd el Atii a

la que había engañado, ¿pero no fue Judas, el mayor de los traidores, quien se ahorcó; y no fue el traidor a David y amado hijo, Absalon, quien se encontró ahorcado de un árbol? En la brumosa mente de Ezekiel ese era el tratamiento adecuado para un blasfemo.

—Ezekiel interrumpió en nuestra habitación del Shepheard con la esperanza de recuperar el fragmento —continué—. Había retirado los trozos restantes del primer sarcófago de la tienda de Abd el Atti la noche del asesinato. No estaba interesado en la momia, que junto con otros artículos fueron tirados y el panel pintado adherido fue desalojado de las envolturas. Esa es la pintura que Emerson...

—Ejem —dijo Emerson en voz alta—. Así fue para el primer sarcófago y su momia. El segundo, el de Thermoutharin, estaba en el salón de la dahabiyya de la baronesa. Ezekiel sabía que su santa misión no estaría completa hasta que lo hubiera obtenido y destruido. Había una fuerte posibilidad de que contuviera el resto del manuscrito blasfemo.

—¿Ese torpe tipo irrumpió en la embarcación de la baronesa y sin ayuda se llevó el sarcófago? —preguntó Morgan incrédulamente.

Emerson me gana al tomar aliento, como el dialecto americano.

—No, fue Hamid con la ayuda de unos cómplices. Sabía cuan desesperadamente deseaba Ezekiel el sarcófago. Se deshizo de la momia, ya que carecía de valor y pesaba, pero quitó el retrato pintado en un esfuerzo por hacer que la momia fuera anónima. No sé lo que pasó con esa pintura. Quizás Hamid la vendió a un turista de paso. El retrato de... er... la señora Thermoutharin, parecía encajar con la momia de su marido, porque eran del mismo tamaño.

Fue mi turno de hablar.

—Hamid probablemente entregó los otros objetos que robó de la baronesa a su líder como prueba de su lealtad, pero el líder, que no es ningún tonto, se habrá preguntado lo que hizo con el sarcófago y en primer lugar por qué lo robó. Hamid habrá inventado alguna mentira para explicar la última pregunta, estaba equivocado sobre su valor, había creído que contenía joyas valiosas... o esa clase de cosas. Pero tenía que explicar su desaparición. Sus trucos con los sarcófagos yendo y viniendo fueron diseñados para aturdir a su líder así como a nosotros.

—Fue inteligente al ocultar su premio entre otros de la misma clase —dijo Emerson de mala gana—. La vieja estratagema de la "Carta Robada". La puso en nuestro depósito y llevó uno de nuestros ataúdes al desierto. Posteriormente, después de que Ezekiel consintiera en comprarlo, lo recuperó del depósito. Ezekiel no tenía intención de pagarle, no tenía más dinero, pero tenía sus manos asesinas. La cuerda alrededor del cuello de Hamid era un gesto simbólico. Ezekiel difícilmente hubiera podido colgar al hombre de la viga del techo de su propia casa.

—Aún se agarraba a trozos de cordura en ese entonces —comenté.

—Confundes tus metáforas, Peabody, según creo. Su agarre sobre la realidad se debilitaba cada día. Pero tenía la cordura suficiente para saber que no podía esconder el sarcófago indefinidamente. Lo destruyó quemándolo unos días después. Era su verdadero objetivo, después de todo... destruir el manuscrito. Eso —añadió Emerson despreocupadamente—, fue una de las pistas vitales. El Maestro Criminal, maldita sea, supongo que el líder de la banda no tenía ninguna razón para robar una antigüedad sólo para destruirla.

A esas alturas Morgan ya no podía contenerse.

—¿Pero qué era eso? —gritó él—. ¿Qué hacía terrible a este manuscrito, que llevó a un hombre a asesinar?

Hubo una breve pausa dramática. Entonces Emerson se giró hacia Ramses, quién había sido un espectador interesado.

—Muy bien, mi muchacho, ni siquiera tu madre puede negarte el derecho a hablar. ¿Qué decía el manuscrito?

Ramses se aclaró la garganta.

—Entenderán que zólo puedo teorizar, ya que loz fragmentoz restantez zon zólo una pequeña fracción del todo. Zin embargo...

—Ramses —dije suavemente.

—Sí, mamá, zeré breve. Pienzo que eze manuscrito ez una copia de un evangelio perdido, ezcrito por Didymus Thomas, uno de los apóstolez. Ezo ze puede conjeturar del primer fragmento. Ez el segundo fragmento, encontrado por mamá despuéz, el que puede proporcionar una explicación de la locura del hermano Ezekiel.

—Ramses —dijo Emerson.

—Sí, Papá. Este contenía trezz palabraz. Eztas zon: "hijo de

Jesús".

—Nom de Dieu —jadeó de Morgan.

—Es perspicaz, monsieur —dije—. Nota el significado de esas palabras.

—Pueden no significar lo que creemos —refunfuñó Morgan, pasándose una mano temblorosa a través de la frente—. No pueden significar lo que pensamos.

—Pero podemos concluir razonablemente por las acciones del hermano Ezekiel, que el evangelio perdido contenía un tema que él consideraba tan blasfemo y herético que nunca debía salir a luz. No es extraño, incluso en eruditos supuestamente sanos, suprimir datos que no están de acuerdo con sus teorías favoritas. Imagine el efecto de tal información sobre un hombre cuyo cerebro se tambaleaba ya, que sufría de megalomanía incipiente.

—Debe tener razón —dijo de Morgan—. No hay otra explicación que encaje con los hechos. ¡Mais, quel melodrame! Es una verdadera heroína, señora, capturó al asesino, derrotó a los ladrones... la felicito de corazón.

Extendí una mano hacia Emerson.

—Felicítenos a ambos, monsieur. Trabajamos juntos.

—Admirable —dijo el francés cortésmente—. Bien, debo volver a trabajar. Sólo espero que los ladrones me hayan dejado algo que descubrir. ¡Qué golpe sería si pudiera encontrar semejante escondite!

—Le deseo suerte —dije cortésmente.

Emerson no dijo nada.

—Sí, un verdadero golpe. —De Morgan suspiró—. Mi fotografía estaría en el Illustrated London News —explicó, luego añadió algo patéticamente—. Siempre he querido estar en Illustrated London News. Schliemann ha estado en el Illustrated London News. Petrie ha estado en el Illustrated London News. ¿Por qué no de Morgan?

—¿Por qué no, en efecto? —dije.

Emerson no dijo nada.

De Morgan se levantó y recogió su sombrero.

—Ah, pero señora, hay una pequeña cosa que no ha explicado. Su escapada de la pirámide fue realmente maravillosa. Acepte mis felicitaciones por esa fuga, a propósito, no creo que lo expresara antes. Pero no entiendo por qué el Maestro... el líder de la banda...

fue contra usted en primer lugar. Ese malvado de Hamid y el demente de Ezekiel fueron responsables de los otros ataques contra usted, buscando el sarcófago y el papiro. ¿El Maestro... el líder de la banda... también buscaba el papiro?

Ramses dejó de balancear sus pies y se quedó muy quieto. Emerson carraspeó. De Morgan lo miró inquisitivamente.

—Un leve acceso de catarro —explicó Emerson—. Pequeño.

De Morgan continuó esperando.

—Parece —dije—, que el líder... el Maestro Criminal, poseía la impresión de que teníamos otros objetos de valor.

—Ah. —De Morgan asintió—. Incluso los Maestros Criminales a veces se equivocan. Sospechan de todo el mundo esos bribones. Au revoir, señora. Adiós, professeur. Ven pronto a visitarme, mon petit Ramses.

Después de que el francés se fuera dirigí un ojo crítico sobre mi hijo.

—Debes devolverlo, Ramses.

—Zí, mamá. Zupongo que debo. Glazias por permitir que arregle el azunto con la menor pozible vergüenza para mí.

—Y para mí —refunfuñó Emerson.

—Iré y ze lo diré inmediatamente —dijo Ramses.

Reemplazó sus palabras con la acción.

De Morgan había montado a caballo. Le sonrió a la pequeña figura que trotaba hacia él y esperó. Ramses agarró el estribo y comenzó a hablar.

La sonrisa de Morgan se desvaneció. Interrumpió a Ramses con un comentario claramente audible incluso en esa distancia y extendió la mano hacia él. Ramses saltó hacia atrás y continuó hablando. Después de un momento, un cambio curioso se produjo en el rostro del francés. Escuchó durante un tiempo más, luego desmontó y se agachó de modo que su rostro estuviera cerca de Ramses. Un diálogo serio y aparentemente amistoso continuó. Esto prosiguió durante tanto tiempo que Emerson, de pie junto a mí, comenzó a refunfuñar.

—¿De qué están hablando? Si amenaza a Ramses...

—Tiene todo el derecho a leerle la cartilla —dije.

Cuando la conversación terminó, Morgan parecía más perplejo que enojado. Montó. Ramses lo saludó cortésmente y emprendió el

viaje de regreso hacia la casa. En vez de alejarse, Morgan se quedó sentando mirando irse a Ramses. Su mano se movió a un rápido gesto furtivo. Si no lo supiera mejor, habría jurado que el culto y educado director del Departamento de Antigüedades había realizado la señal para el mal del ojo... para protegerse contra los espíritus diabólicos.

¿Qué decía el evangelio perdido de Didymus Thomas? Nunca sabremos la respuesta, aunque Emerson a menudo se adentra en la especulación grosera e impropia.

—¿Describe el truco de cómo los discípulos se aprovecharon de los romanos, para hacerlos creer que un hombre había resucitado? ¿Estuvo casado Jesús y era padre de varios hijos? ¿Y cuál exactamente era su relación con María Magdalena?

El hermano Ezekiel, la única persona viva que leyó parte del evangelio perdido, nunca nos dirá lo que éste contenía. Es un lunático, y he oído que vaga por los pasillos de su casa cerca de Boston, Massachusetts, vestido con un simple batín y bendiciendo a sus asistentes. Se llama a sí mismo el Mesías. Es atendido por su fiel hermana y su afligido discípulo, y supongo que un día —si esto no ha ocurrido ya, Charity y el hermano David se casarán. No sólo tienen en común su devoción a un loco, sino su estupidez invencible. Algunas personas no pueden ser rescatadas, ni siquiera por mí.

John afirmaba que su corazón estaba roto. Anduvo durante semanas con su gran mano bronceada presionada contra el preciso centro del pecho, donde erróneamente creía que ese órgano estaba localizado. Sin embargo, una de las criadas es una muchacha encantadora de pelo castaño y un hoyuelo en la mejilla, y comienzo a detectar señales de convalecencia.

Dejamos Egipto en marzo y regresamos a Inglaterra para saludar a nuestro sobrino más reciente. La madre y el niño habían sobrevivido a la ordalía en excelentes condiciones. Habíamos desenterrado la subestructura de nuestra pirámide antes de marcharnos, y aunque no se hizo ningún descubrimiento notable me sentía completamente vinculada al lugar. Fui capaz de abandonarlo con ecuanimidad, sin embargo, ya que Morgan nos había ofrecido firmar para Dahshoor el año siguiente. No fue muy cortés sobre ello, pero eso no me preocupó ni un ápice. Esa cámara medio

sumergida en el corazón de la Pirámide Negra... yo presentía que bajo el agua turbia algo fascinante nos esperaba.

No fue hasta después de volver a Inglaterra que nos enteramos del notable descubrimiento por Morgan de las joyas de las princesas, cerca de la pirámide de Senussret III. Fue presentado en el Illustrated London News, con un retrato favorecedor de Morgan, bigote y todo, sosteniendo la corona de la Princesa Khnumit ante el auditorio al que había invitado para que admirara su descubrimiento. No pude sino estar de acuerdo con Emerson cuando arrojó el periódico a un lado con un crítico:

—Estos franceses harán lo que sea para estar en los periódicos.

Uno de los collares de la momia de la princesa tenía un parecido asombroso a uno de los que Ramses había encontrado. Recordé la larga conversación entre Ramses y Morgan, la concesión repentina del francés a nuestros deseos y me pregunté...

Parece que el león se ha instalado muy placenteramente en Chalfont. Walter ha sugerido que traigamos a una hembra joven en una próxima oportunidad.

Fin

Glosario

AFRIT: Demonio maligno.

BACSHISH: Propina.

DAHABIYYA: Barca de recreo o vivienda en forma de media luna, cuya popa y proa no se sumergen en el agua.

DRAGOMAN: intérprete y guía de los países donde se habla el árabe, el turco o el persa.

EFFENDI*:* Señor.

FARAGIYYA: túnica exterior llevada principalmente por eruditos.

FELLAH (Pl. *fellahin):* Campesino.

GALABIYYA: Túnica suelta que usan los hombres.

GUARNAWIS: habitantes de Gurna.

HAKIM: Doctor.

MASTABA*:* Bancos de piedra o adobe en la entrada de los edificios.

RAIS: capitán, capataz.

SITT: señora.

USHABTI: Estatuilla.

WADI: valle o paso de agua, por lo general seco, cañón.

[1] En realidad el defecto del habla de Ramses es que pronuncia el sonido inglés “TH” como “D” pero como eso es intraducible al español hemos considerado que lo más cercano en español es el ceceo.

[2] Palabra inventada, viene a ser la traducción de la unión de Hermanos y Protestantes. (N. de C.)

[3] Es usted por Dios Santo. En alemán en el original (N. de la T)

[4] Querido. En alemán en el original (N. de la T.)

[5] No. En alemán en el original (N. de la T.)

[6] El Párraco. En alemán en el original.

[7] Pequeñín. En alemán en el original

[8] Maldito.(N. de la T.)

[9] Infierno judío. (N. de la T)

[10] Estimado colega. En francés en el original (N. de la T)

[11] Dama. En alemán en el original. (N. de la T.)

[12] En español en el original (N. de la T.)

[13] Mi viejo. En francés en el original (N. de la T)

[14] La Pirámide Acodada, también llamada Pirámide Romboidal o Pirámide sur de Dahshur, fue construida por orden del faraón Snefru en Dahshur, Egipto. Tiene la particularidad de que sus caras son de doble pendiente, posiblemente debido a la necesidad de corregir la inclinación durante la construcción. (N. de la T.)

[15] El pilar Djed era el símbolo egipcio representado por una

columna con base y capitel. En la parte superior de la columna el capitel estaba dividido en cuatro barras paralelas. (N. de la T.)

[16] Los vasos o cofres canópicos o canopos guardaban las vísceras extraídas de los cuerpos durante la momificación (N. de la T.)

[17] A falta de algo mejor. En francés en el original (N. de la T.)

[18] Referencia a Muezza, el gato del profeta Mahoma, de quien se dice quería tanto que una vez decidió cortar parte de la manga sobre la que dormía el felino, antes de molestarlo y despertarlo. (N. de la T.)

This file was created
with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
21/02/2011